

HOTEL FRANCÉS

Raúl Carrillo Arciniega

HOTEL
FRANCÉS





Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
Secretario Técnico de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora General de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales*

Hotel Francés

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

Carlos Eduardo Barrera Díaz

Rector

Doctora en Humanidades

María de las Mercedes Portilla Luja

Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración

Jorge Eduardo Robles Alvarez

Director de Publicaciones Universitarias

18° Premio Internacional de Narrativa
“Ignacio Manuel Altamirano” 2021

Jurado

Ana Clavel, México

Humberto Guzmán, México

Antonio Ortuño, México

Raúl Carrillo Arciniega

HOTEL FRANCÉS



Universidad Autónoma del Estado de México

"2021, Celebración de los 65 años de la Universidad Autónoma del Estado de México"

Primera edición, septiembre 2021

Hotel Francés

Raúl Carrillo Arciniega

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-362-4

Hecho en México

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Corrección de estilo: Ma. del Socorro Zepeda Montes

Diseño: Eva Laura Rojas Almazán

Diseño de portada: Luis Maldonado Barraza



PRESENTACIÓN

Ignacio Manuel Altamirano fue un escritor mexicano nacido en 1834, en Tixtla, municipio que entonces pertenecía al Estado de México y hoy es parte de Guerrero. Escritores de la talla de Juan Rulfo lo reconocen como el padre y maestro de la literatura mexicana.

Altamirano estudió en el Instituto Literario de Toluca (antecedente de la Universidad Autónoma del Estado de México), bajo la tutela intelectual de Ignacio Ramírez Calzada, "El Nigromante".

Sus principales obras literarias –entre las que destacan *Cuentos de invierno*, *Navidad en las montañas* y *El Zarco*– fueron publicadas durante los últimos 31 años del siglo XIX. Murió en Italia cumpliendo una misión diplomática ordenada por el entonces presidente de México, Porfirio Díaz, en 1893.

El Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano" fue instituido por la Universidad Autónoma del Estado de México en 2004 con el objetivo de honrar a este hombre de las letras, apasionado por la libertad.

El jurado calificador estuvo integrado por los escritores Ana Clavel, Humberto Guzmán Juárez y Antonio Ortuño,

quienes otorgaron el premio a la novela *Hotel Francés* del mexicano Raúl Carrillo Arciniega, obra que, en palabras de la escritora Ana Clavel, “explora la relación con la madre, plagada de desencuentros y traiciones, desde una mirada masculina. Y lo hace con oficio novelesco y un estilo literario sólido”.

Sin duda alguna, la publicación de esta obra viene a enriquecer la prolífica narrativa mexicana con una escritura y una historia originales e innovadoras. Deseo que sea para bien de las letras hispanoamericanas y para el goce de los lectores actuales y futuros.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales

CARLOS EDUARDO BARRERA DÍAZ

Rector

*Mama's gonna make all of your
Nightmares come true
Mama's gonna put all of her fears into you
Mama's gonna keep you right here
Under her wing*

ROGER WATERS

I

Strange now to think of you, gone without corsets and eyes, while I walk on
the sunny pavement of Greenwich Village
downtown Manhattan, clear winter noon, and I've been up all night, talking,
talking, reading the Kaddish aloud, listening to Ray Charles blues
shout blind on the phonograph
the rhythm the rhythm –and your memory in my head three years after—
And read Adonais' last triumphant stanzas aloud—wept, realizing
how we suffer—
And how Death is that remedy all singers dream of, sing, remember,
prophesy as in the Hebrew Anthem, or the Buddhist Book of Answers—
and my own imagination of a withered leaf –at dawn—
Dreaming back thru life, your time—and mine accelerating toward Apocalypse,

Kaddish, ALLEN GINSBERG

Nadie ha necesitado anticiparse a sí mismo para conocer la noche
obscena de la madre;
pero todos aún se preguntan por ella: ¿la madre o la noche?

Bastaría, dicen aun, preparar en los labios el rostro de la madre y
morder y callar.

Digamos, todavía:

Deseoso aquel que huye de su madre.

Nadie escarba, nunca, lo suficiente en el vicio de su gran desnudez:
por temor a la madre.

[...]

Lo que ha permanecido de la madre es una astilla dura y luminosa:
lo que de ella sobre es un escaso reflejo de nosotros.

Nadie ha necesitado, DAVID HUERTA

**PRIMERA
PARTE**

I

LA MUERTE DE MI MADRE me tomó por sorpresa. No porque nunca la hubiera imaginado (qué hijo no fantasea con la muerte de sus padres), sino porque no la esperaba tan pronto, tan abruptamente. Como ella solía argumentar de mí: “yerba mala nunca muere”. La oí proferir esta frase cuando se dirigía a mí para descalificarme. Después de todo, mi madre sólo tenía 69 años cuando murió, un año menos de los que tenía mi padre cuando una úlcera le reventó el estómago. Ahora trato de recordar algo sobre ella, una pista, un indicio que me lleve a comprender algo que no he podido ver después de más de 40 años de haberla conocido. Mi hermana, Nora, ha sido el heraldo negro que me ha comunicado las noticias de la muerte de mis padres. En ninguna de las dos ocasiones he podido llorar y eso lo ha hecho más complicado todavía. Cuando murió mi padre, sólo escribí un texto en el que le reprochaba su ausencia y decepción ante la vida de un hijo. Ninguno de los dos me buscó en todo mi autoexilio.

Ahora que ella ha muerto me siento más obligado a recuperar su recuerdo. Creo haberla querido, creo haber sentido algo en un momento, pero no estoy seguro de que eso se hubiera llamado amor, o tal vez sí, dado que, como dijo Gide, “sólo un tonto pensaría que los sentimientos no son una cosa complicada”. Escribo sobre ella porque su muerte me ha

traído a lugares que había querido evitar durante todo este tiempo. Recuerdo una cita de Süskind de la novela *El perfume* que leí a los veinte años: “la verdadera libertad sólo comienza cuando no hay padres”. La verdadera libertad, entonces, se inaugura con la orfandad. Sin padres a quienes decepcionar, no hay nadie que sufra por los errores que el hijo cometió para tratar de alegrarlos. Basta decir que todo hijo decepciona a sus padres en algún momento de su vida.

Con mi huida y el poco contacto que tengo con la península de Baja California (o que he decidido tener), pensé que se acabaría cualquier nexo con una tierra espuria que tuve que dejar por muchas razones que no vienen a cuento narrar. Nunca me contaron sus vidas. Dejé de verlos de manera cotidiana desde hace más de 20 años. Sólo hablábamos esporádicamente por teléfono; por ejemplo, cuando los aviones se impactaron en las Torres Gemelas de Nueva York. Me llamaron a Kentucky donde estudiaba el doctorado en Estudios Latinoamericanos para saber si no había muerto; después de corroborar mi existencia no hablaron más. Mi interés en su vida era mínimo: sólo saber si aún respiraban, y a medida que no lo han hecho, Nora es quien me lo ha comunicado. Creo que mi madre es la que se merece primero una historia, es quien debe ser recordada ahora que el resentimiento se ha ido y que la verdadera libertad ha comenzado.

II

Vi por última vez a mi madre, Silvia, a principios de 2009 en La Paz. Era la temporada de ballenas en Baja California. Fui a participar en un congreso que realizaba la universidad del estado en torno al tema fronterizo. Pude viajar con

presupuesto del fondo de investigación de la Universidad de Virginia, donde había conseguido, hacía cuatro años, una posición permanente. De ese modo, pensé que cualquier conflicto que tuviera con ella se vería amainado por no haber gastado mi propio dinero para ir a verla. Decidí no llegar a su casa para evitar las escaramuzas que se pudieran generar y la cantidad de reproches que de seguro llegarían por no haber ido al funeral de mi padre hacía cinco años. No estaba seguro de si debía avisarle de mi llegada o sólo aparecerme en su puerta. Opté por decirle a Nora que le avisara. Antes de 2009, no la había visto ni le había hablado desde hacía nueve años.

En el aeropuerto me esperaba Laura, una antigua estudiante que conocí cuando impartía algunas clases por asignatura en la universidad estatal. Seguíamos en relativa comunicación, más porque se había hecho amiga de Aminta, mi exesposa, que porque yo insistiera en continuar con su amistad. Por esa misma amistad con Aminta me contuve lo más que pude en no tratar de seducirla e ignorar sus coqueteos. Debo confesar que esta operación no fue nada fácil; mantenerme a raya era algo que en aquel entonces consideraba de gran valía, sobre todo porque creía en un proceso de mejoramiento espiritual que de alguna manera había adquirido por estar entregado al proceso de formación de nuevas generaciones. Parece que eso me valió también su admiración y respeto. Me habían dicho que nunca podía decir que no a una propuesta de amor, así que siempre evité el tema.

Al verla recordé aquel momento cuando estuvimos en su departamento tirados en su cama descansando después de subir y bajar cajas porque se había mudado de casa. Sentí la misma erección que había experimentado ese día, pero sin una intención de buscar culminar aquello que dejé pendiente. En el trayecto sólo me puso al tanto de la gente que no había

visto y que tampoco me importaba. Laura había accedido a ir por mí porque se había quedado a cargo de mi pequeña biblioteca que no quise dejar con mi madre por temor a que me impidiera algún día recobrarla. No me acordaba cuántos ejemplares le había dejado, eran como cinco cajas que había acumulado durante mi licenciatura y parte de mi vida como profesor de la universidad, ediciones bastante respetables y de buena calidad, por lo que su rescate era necesario.

Laura era bajita, de pelo oscuro, piel tostada por el sol y con rasgos finos. Sus labios carnosos y su par de tetas enormes invitaban a un encuentro sexual violento. Su aspecto era limpio, pero daba la impresión de tener peso de más. Solía ser bastante servicial; se maquillaba al estilo norteño con grandes delineados en cejas y boca, así como con gran cantidad de cosmético en el rostro que, a mi parecer, no necesitaba. Tenía en su haber cierta melancolía que no podía esconder, tal vez porque su padre los había abandonado para irse a Tijuana con otra mujer más joven que su madre, o porque su hermano menor de 15 años estaba en una clínica de desintoxicación debido a un gusto por la metanfetamina y el alcohol. Desde que la recuerdo trabajaba en el mismo sitio llevando la contabilidad del negocio. Pese a que había estudiado literatura hispana y terminado con mención honorífica la carrera, no tenía la intención de renunciar para dedicarse a otra cosa. Su estabilidad económica le daba un sentido a su inestabilidad emocional. Los números no otorgan mayor contenido exaltado, salvo el que se puede crear íntimamente por razones caprichosas. Me reveló el paradero de mi biblioteca. Los libros estaban en otro departamento que se había construido en el terreno al lado de la casa de su mamá. Recordé de súbito el lugar donde había sucedido ese conato sexual que había tenido a las afueras de la ciudad rumbo a Los Cabos.

Al acercarnos a la escultura de la Cola de Ballena, me señaló el rumbo donde se encontraba la nueva casa que había comprado a la que aún no se mudaría, pues quería arreglarla antes de vivir ahí con un galán que tenía por aquel entonces. Lo describió como su “sexoservidor”. Evidentemente, ya no era la estudiante nerviosa que yo había conocido, Laura ahora se me revelaba como una mujer más consciente de sí misma y de sus pasiones. Cuando dijo “sexoservidor” volví a tener una nueva erección. Supongo que el tiempo hace que los temas sexuales se vayan convirtiendo en inscripciones del alma que son parte de nosotros y que no hay necesidad de esconder. Recordé el propósito del viaje y mi erección fortuita se desvaneció al instante. Me había olvidado de la disposición particular de la ciudad y sólo conservaba un mapa mental que ya no reflejaba lo que veía a bordo de su Mazda azul. Pasamos la Cola de la Ballena y el aire con olor a mierda se filtró por las ventanas. Recordé una tarde en que mi madre me hizo declamar la aberración del poema “Calafia”, yo con 16 años, frente a un auditorio de jubilados en la inauguración de ese adefesio que, según su creador, representaba la identidad de todos los sudcalifornianos. Su diseño, que era al mismo tiempo una cola de ballena y una paloma, simbolizaba la paz y la armonía con la naturaleza. Supongo que eso era la recuperación del tiempo perdido de la que hablaba Proust, una visión y un aroma horripilantes que se filtraban en mi memoria como emblema de un fracaso. Aunque yo no vivía en un lugar tan atrayente como Francia, mi realidad se volvía sobre actitudes autorreferenciales. No fueron las magdalenas en el café sino una cola de ballena con olor a mierda. Pero mi tiempo perdido era más bien como el niño perdido del mariachi, una trompeta que se alejaba para reencontrarse con su gran familia y vibrar de alegría todos al unísono. Era

posible que la vuelta debía ser inevitable. Volvía para ver a mi madre cinco años después de la muerte de mi padre. Laura me dejó en el Hotel Francés del malecón, quedamos vernos a las ocho de la noche y pasar a recuperar mis libros.

III

Al llegar al Hotel Francés, en el lobby me esperaba Manuel, lo más cercano que había tenido a un amigo, o mejor dicho a un hermano, o lo que creo que puede ser un hermano: alguien a quien puedes insultar sin sentir remordimientos o dejarlo de ver a sabiendas de que cuando vuelvas a verlo fingirá que somos los mismos de siempre. Había conocido a Manuel en la prepa. Fuimos compañeros, pero nunca realmente amigos. No tuvimos intereses en común ni tampoco una dedicación escolar similar, yo estudiaba por aburrimiento y él buscaba otras maneras de no aburrirse. Lo único que hacíamos era ayudarnos mutuamente, mejor dicho, él tomaba ventaja de mí y yo tomaba ventaja de él; le daba *raite* en las mañanas, salía conmigo a los bares, me hacía compañía y yo le pagaba las cervezas, aunque no estuviera conmigo toda la noche. Su familia era pobre y la mía rica. Iba al colegio privado porque el padre conservaba cierta noción de alcurnia por algún lado y consideraba que su primogénito tenía la obligación de rescatar esa valía que el tiempo y su inutilidad laboral les había arrebatado. Desde la distancia parecía otra cosa, el señor Manuel Sugich no trabajaba, quien lo hacía era su esposa, doña Rocío. Horneaba pasteles, hacía decoraciones navideñas, galletas con motivos festivos y menús para fiestas. Tenían cuatro hijos varones. A excepción de Manuel, los demás eran pelirrojos y se educaron en el sistema estatal. Cuando estuvieron más grandes, junto

con la madre, abrieron una taquería. A los dos Manueles parecía incomodarles esta profesión por lo que evitaban ser vistos dentro de las inmediaciones del puesto. Quien llevaba la batuta era el tercer hijo, que terminó por dedicarse a la comida, hacerse chef en Los Cabos, para finalmente abrir una pizzería gourmet en La Paz.

Por alguna serie de razones que no recuerdo, Manuel acabó viviendo con mi padre en su departamento del DF en la calle Fresas de la Del Valle. Entonces, mi padre era subsecretario de Salud y después se hizo senador. Los dos nos fuimos a estudiar al DF, creo que Manuel me siguió más por inercia para saber qué podía sacarme que por cierto deseo de trascender. A los cuatro meses de haber llegado, me fui a Guadalajara porque no soportaba a mi padre y Manu acabó siendo su secretario privado. Manu era de más utilidad que yo. Al marcharme creo que lo único que hizo fue tomar un lugar que estaba vacante. Él sí lo toleraba y lo admiraba; mi padre lo adoptó y lo puso en la nómina. Tuvo la intención de estudiar Derecho, pero dejó de asistir a la UNAM en el segundo semestre. A medida que mi padre le aumentaba el sueldo, decidió marcharse y tener su propio departamento. Regresó a La Paz cuando mi padre lo tuvo que hacer y las cosas no les resultaron como lo habían planeado. Mi padre perdió la elección para gobernador en la incipiente y desabrida transición democrática del país, y se dedicó a la consultoría del gobierno en turno como premio de consolación. Cuando murió, Manu se quedó sin conectes y cambió de partido político y de jefes. Hizo lo que todo el mundo hubiera hecho: buscar a todos los amigos que había conocido a lo largo de sus quince años que duró al servicio de mi padre para ofrecer sus conocimientos en la resolución de asuntos privados. Se casó con la exnovia de Jorge, amigo nuestro que estudiaba en Guadalajara y, a la par de sus

pesquisas, puso una tienda de decoraciones en el centro. Tuvo un incidente por hacer uso de pornografía con cargo al estado y fue corrido por la administración en turno. Ahora se había colocado en el nuevo gobierno en el área de Salud como secretario privado, su única especialidad. Una vez muerto mi padre trató de distanciarse de mi madre a quien toleraba y capoteaba como mejor podía.

En el lobby del hotel nos saludamos efusivamente con un abrazo a la manera de los políticos: un par de golpes en la espalda. Lo encontré bastante más gordo de cómo lo recordaba, con una barba medio crecida en la que se materializaba esa herencia perdida en alguna migración irlandesa hacía generaciones. Era de piel blanca y de baja estatura. Tenía en las manos un BlackBerry que denotaba esa esencia del hombre moderno y conocedor de lo que pasa en el mundo, imagen que siempre le había gustado proyectar. Sentí que no había pasado el tiempo y que veía al mismo de siempre, un tipo preocupado por mostrar una imagen de triunfo y un exotismo que lo colocara como entendido de la modernidad y sus caprichos. Vestía una camiseta marca Polo de cuya abertura pendían unos lentes oscuros Ray-Ban de aviador. Estaba ahí para llevarme a ver a mi madre:

—Tu mamá me pidió que viniera por ti. Ya sabes cómo es, así que no la hagas de pedo. Quería que te organizara una fiesta sorpresa con los de la prepa, pero ya sé que no es tu palomilla, y no supe a quién invitar.

—No te preocupes, Manu; mejor te invito a comer a ti mañana, aquí en el hotel, recuerdo que tenían buena carne. Podremos ponernos al corriente de los detalles de cuando murió mi papá y de qué ha pasado con la palomilla.

Nuestra puesta al corriente no requeriría de gran esfuerzo. Tal vez algunas anécdotas de cuando habíamos estado en el

DF o en la prepa que hubieran quedado en la memoria de Manu. Lo que más me intrigaba era la lectura que hubiera podido hacer de los últimos días de mi padre. Casi agotamos la conversación del tiempo pasado en un trayecto de diez minutos del hotel a la casa de mi madre. Manu tenía razón, su universo no era mi palomilla. Mi palomilla había cambiado conforme mis intereses se fueron transformando: mis tres años en la Universidad de Baja California como profesor de asignatura, mis regresos como estudiante de la carrera de filosofía con los profesores de la universidad que habían sido mis maestros en la prepa, inclinaciones literarias y musicales. Manu no las tenía y nunca las tuvo. Su muestra de cómo había asimilado la cultura y el arte se dirigía sobre todo a mí y a sus nuevas amistades del círculo artístico sudcaliforniano: un par de pintores, dos fotógrafos (que además tomaban fotos en fiestas privadas y bodas), un guitarrista y, por último, un aspirante a filósofo como yo. No tenía más cultura que lo poco que vivió conmigo en el DF. Algunas veces, casi de rebote, fuimos a la cineteca y un par de conciertos de música clásica. Me acompañaba más por el vino que se podía pedir en los intermedios que por la música; por supuesto, las copas las pagaba yo.

Con el extrañamiento que tiene el neófito que se acerca al arte me contó en el trayecto a la casa de mi madre la ocasión en la que había conocido a uno de estos fotógrafos venidos del DF. En una cena formal a la que fueron invitados Manu y su esposa, el fotógrafo les mostró su portafolio; en las fotos de desnudos la modelo que aparecía era la chica del fotógrafo ahí presente. Esto al parecer causó desconcierto a todos los comensales y, por lo que pude adivinar en Manu, erecciones incómodas.

—¡Imagínate la raza, güey! La gente aquí no está acostumbrada a estas cosas. Y el bato como si nada. No agarraba

la onda. ¿Cómo le enseñas las fotos de tu vieja encuerada a toda la palomilla? —. Me lo preguntó retóricamente para que yo no notara la locuacidad con la que aún se imaginaba a la esposa del fotógrafo en posiciones eróticas. Le di la razón porque era lo más prudente; en realidad, era una anécdota sui géneris para afirmar que todos los que se dedicaban a alguna disciplina cultural eran una especie de depravados potenciales sin ningún filtro social.

Recordé sus incursiones en la pornografía y el acervo que tenía de revistas tres equis. Eran dos maletas llenas de toda clase de títulos que me regaló para que me masturbara hasta arrancármela. Se las acepté más por hacerle un favor que por querer tener las mil revistas. Con un par me habría bastado. Al final, cuando estalló el escándalo pornográfico en la oficina de mi padre me echó la culpa. Dijo que las llamadas, las videoconferencias, y las suscripciones a sitios porno las había hecho yo. Por supuesto, como acabé siendo un renegado social, mi reputación era más endeble que la suya. Resistí los embates un poco por amistad y otro poco por lástima. En su historia todo cuadraba y en la mía todo era cuesta abajo. No podía argumentar que no asistiera o hubiera asistido a puteros, a *teibols* y casas de citas, legales o clandestinas. Yo tenía una larga tradición de ese tipo de comportamiento que además Manu había atestiguado desde los antros más populares hasta los más sofisticados. Sin embargo, en su narración no se establecía que el tipo de interacción que yo había perseguido era más real que virtual. Jamás había pagado por tener un *hotline* o ver en una *webcam* a alguien tocarse mientras me masturbaba. De *voyeur* yo no tenía nada. Mi historia sexual tenía otras connotaciones y diferencias, tal vez más tristes si se quieren ver así, o más sucias por haber mancillado el cuerpo en su totalidad. Desde que tuve mi primer encuentro sexual

con una puta a los 16 años, el sexo se había transformado en una actividad altamente decepcionante. Dos años más tarde vendría Claudia en mi primer año universitario. Ella cambió mi visión del sexo radicalmente. Lamenté mucho haber cogido antes con una puta.

Quería encontrar cuerpos cálidos en los cuales poder refugiarme. Buscaba amor corporal, epidérmico, buscaba el cuerpo de mi madre. Mis pesquisas corporales se extendieron a los burdeles, a los *teibols* de todo tipo. No me dediqué a la pornografía, me dediqué al sexo o, mejor dicho, a su fantasma, al deseo, pero sobre todo a la piel femenina.

IV

Mi afición continuó por años. Frecuenté toda clase de puteros donde era espectador y actor. Necesitaba piel que tocar, respiración que sentir, olor que absorber. Mientras Manu veía fotos, yo sentía piel, erecciones, humedades ajenas, pero, sobre todo, podía sentir al ser humano debajo de esas miserias. Mis dos experiencias fundacionales del sexo adolescente habían sido completamente descabelladas e intensas, casi devastadoras e inmisericordes. Era todo lo que conocía de la palabra amor. El amor entonces se materializó como una confusión corporal que algo tenía que ver con lo espiritual pero no podía trazar esa delgada línea entre el deseo y el amor. Para mí, llegar a las sábanas significaba entrar a un territorio privado, un capullo desde el cual saldría una mariposa de dos cabezas, o un andrógino perfecto que se estabilizaría dentro del mundo como dos cuerpos entrelazados en constante cópula. De ahí que los *teibols* y los burdeles se convirtieron en el sucedáneo de mi precaria educación sentimental. Asistí a todos

los puteros de La Paz donde la concurrencia era camioneros, botudos con sombrero vaquero y delincuentes de poca monta. Frecuenté con relativa asiduidad la zona de tolerancia donde se encontraban el Ranchito y el Valle Verde. Era una etapa de transición en la oferta sexual justo antes de la revolución de los *teibol* y del *poledancing*. El Ranchito y el Valle Verde, ubicados a kilómetros de distancia rumbo al Sur, y que mi padre había ideado según me lo contó Manu, aún se manejaban como bares de ficheras en los que les invitabas un trago a las putas y te hacían compañía por tres canciones para que bailaras con ellas a ritmo de banda. Entre más canciones, más tragos diminutos y mayor compañía en mesas y sillas de plástico de la Tecate. El precio por cuarto se negociaba en la barra y tenía una duración de 15 a 20 minutos. De estas incursiones sólo recuerdo un par. La más feliz fue la más exótica. Manu estaba conmigo aquella noche. Ahora cuando la evoco puedo reconocer el misterio que fue entregado para mi contemplación. El número según el animador se llamaba “Ángela en el infierno”; Ángela era una güera oxigenada que decía haber llegado de Los Ángeles. Lo que presenciaríamos sería un espectáculo celestial, pero, al mismo tiempo, desafiaba todo sistema simbólico cristiano por escenificarse en el Valle Verde. Por una serie de correspondencias que juzgué fascinantes por el medio y por la lejanía, sentí que aquello podría tener una repercusión mucho más profunda en mi formación espiritual. El desafío del Valle Verde se me antojó fuera del tiempo, en un espacio caprichoso, un número que tal vez había sido escenificado para una audiencia mucho más sofisticada que la de los sombrerudos que ahí se congregaban. La madrugada siempre me había parecido un momento precioso donde la confusión y la levedad espiritual se conjugaban para crear una desestabilización en lo que se contempla.

—Ahora sí, juventud puñetera, ahora sí. Ya les llegó su hora—. El animador con cara carcomida por un acné juvenil articulaba con voz chillante que el tiempo del arte había llegado. —Directamente desde Los Ángeles, California, les hemos traído a Ángela, a Ángela... en el infierno. ¡Ardan cabrones!

Los pocos que nos encontrábamos ahí aplaudimos.

—No mames, güey. Hay que irnos —me advirtió Manu— se me hace que esto estará de la verga.

Manu seguía acompañándome ahora más como parte de su trabajo que como amigo. Le molestaba estar en aquel lugar por ser de baja ralea, pero al ir conmigo saciaba su voyerismo y no oponía resistencia más allá que de una inopinada recomendación.

La música comenzó como desde ultratumba con un remix de *Enigma* que duró por espacio de 10 minutos. Mientras se escuchaban los cantos femeninos del remix cuatro tipos disfrazados de monjes cargaban una pecera gigante llena de espuma para afeitar, misma que depositaron en medio de la pista de baile. A medida que se desarrollaba la canción, Ángela emergía mostrando primero las piernas como si estuviera en una tina donde tomaba un baño de espuma. Los cuatro monjes se pusieron cada uno en una esquina formando una cruz. Mientras Ángela dejaba ver más su cuerpo torneado y eliminaba el exceso de espuma de su piel, los monjes disfrazados simulaban azotarse con mecates y no quitaban la vista de Ángela en la tina. Los monjes procuraban ser más histriónicos cuando el coro de la canción entonaba un “Mea culpa”. Una vez que emergió desde las profundidades espumosas de la tina, dos monjes se aproximaron rápidamente para sacarla del tanque y depositarla en el centro mientras los otros dos se llevaban la pecera gigante. Ya instalada en

el centro de la pista, Ángela procedía a la última parte de su número. Aún con residuos de espuma semejando un bikini, trazó un círculo alrededor suyo con una botella de alcohol puesta ahí previamente. Mientras se contorsionaba en el suelo unos diez segundos, uno de sus ayudantes clericales prendió fuego al círculo donde ella se limpiaba ya el bikini espumoso para quedar desnuda en el centro. El infierno duró algunos segundos más al tiempo que el remix de *Enigma* también se consumía. Al final salió del círculo dantesco, y el mismo que había prendido el fuego le extendió una bata roja de terciopelo.

—Amigos puñeteros, ella fue “Ángela... en el infierno”. Si alguno quiere conocer a este exótico ser, no se olviden de hacer sus peticiones que nuestro ángel se agota —chilló la voz del animador para dar por terminada la actuación. La concurrencia aplaudió ya más por inercia que por la revelación histriónica que acababan de presenciar.

A la distancia me parece inverosímil, fuera de todo contexto de lo que se presenciaba en aquellos lugares. Por esta razón creo que quedé intrigado o, mejor dicho, sorprendido de la puesta en escena, de la narración pecaminosa que había observado, pero también de un espectáculo alucinante. Era la primera y la última vez que contemplaba una actuación de esa naturaleza, con ese nivel de sofisticación. No creo que a nadie le haya extrañado tanto como a mí. La borrachera, la madrugada junto con la música hicieron que todo aquello se conjugara de una manera insólita para derivar en una serie de erecciones, pero también de curiosidades bajo todos los niveles. Es probable que me haya arriesgado demasiado y que me haya aventurado donde no debía, pero no era la primera vez que pactaría un encuentro sexual con una puta. Sentí que debía investigar a profundidad lo que había ocurrido aquella madrugada. Lo presenciado era de una delicadeza casi

demoniaca. Tal vez Ángela sí tenía un pacto con el infierno o sólo se había escapado del paraíso para caer en desgracia en esta vida, la vi como un verdadero ángel caído. Me levanté de la mesa donde Manu y yo bebíamos unas tecates y sin decirle nada fui a buscarla. La danza había surtido efecto y concerté una cita con ella. No recuerdo cuánto pagué esa noche. El animador me dio el número de su cuarto.

—Cuidado, puñetero. No te vayas a quemar —me advirtió apuntando con su mano la dirección que debía seguir.

No tenía idea de que atrás del Valle Verde hubiera una serie de cuartos para uso exclusivo de encuentros sexuales. Descubrí que eran también donde se alojaban las chicas por el espacio de tiempo que duraran sus servicios en la localidad. Pensé que se trataba de una especie de claustro, de un convento maldito, y de alguna manera lo era. Tenía dos entradas de las que antes no me había percatado que conducían a habitaciones dispuestas en un patio interior de forma cuadrangular. Cada entrada estaba flanqueada por un tipo que se encargaba precisamente de impedir el paso a quien no trajera ningún salvoconducto.

Entré a ver a Ángela con curiosidad y con una erección sostenida. Se había enjuagado la espuma y no olía a fragancia masculina sino a desodorante floral. Llevaba la misma bata roja con la que salió del improvisado escenario. Me pidió el papel que me habían dado en el que se leía “Ángela 6”. Eso garantizaba que no había burlado a la seguridad y que mi presencia ahí era legítima. Le extendí el papel con una mano temblorosa, una mano que mostraba toda la excitación de un veinteañero dispuesto a entrar a descargar toda la intensidad pasional a quien se dejara, o en este caso, a quien pudiera recibirla, aunque fuera por dinero a cambio.

—Hola, papi. Ponte cómodo que sólo tenemos 15 minutos y quiero que los aproveches. No me llegan muchos como tú por estos lados—. Me dio un beso en la mejilla y me indicó que pasara. Busqué algún rasgo lingüístico que me revelara su autenticidad como gringa, algún vestigio de una lengua enterrada por otra. No descubrí nada.

—¿Eres de Los Ángeles? —pregunté sin mayor preámbulo casi con ingenuidad infantil. Su procedencia funcionaba en mí más como objeto talismánico que no podía dejar de pasar por alto. Esperaba que fuera mi primer encuentro internacional.

Ángela sonrió burlonamente y sin sacarme de mi error me pidió que me quitara la ropa. Obedecí diligentemente. Quedé en bóxer ante ella y me señaló la cama para que me tumbara. Mi verga erecta pulsaba. Ángela se quitó la bata roja ante mí y me dejó ver el cuerpo que ya había contemplado anteriormente en aquel espectáculo del pecado. En medio de mi borrachera la vi hermosa. No pude evitar encontrarle un parecido icónico con Marilyn Monroe a quien de seguro veneraba, la prueba era un poster pegado en una de las paredes. Una vez tumbado en la cama me empezó a besar del cuello para abajo. Al llegar al ombligo me quitó el bóxer para agarrarme la verga y apretármela un par de veces.

—¿Te gusta, papi? Yo sólo le pude musitar un “sigue” entrecortado, más para no perder el hilo de la excitación que para saber si me complacía. Hizo una pausa y sacó un condón que montó en mi miembro en su totalidad. Una vez que lo deslizó para cubrir mi verga se frotó el pubis con un lubricante. Me dijo que la penetrara yo estando arriba. Lo hice lo más profundo que pude. Su pelo rubio oxigenado se sentía pegajoso, tal vez por algún spray, el humo, el sudor y la humedad de la noche. Soltó un jadeo de satisfacción que me pareció auténtico. Gracias a esa especie de contrato mi

excitación comenzó a sentirse placentera, incluso hasta suave. La penetré con movimientos rítmicos a los que ella respondía con un “¡oh, papi, oh, papi!” como simulando un guion de película porno. Aquello empezó a materializarse más como parte de una actuación ya bastante trabajada hasta que Ángela me pidió en medio del coito “¡Dame tu leche, papi! ¡Dámela ya!”. Un desdoblamiento me invadió en ese instante. La escena me pareció ya más cercana a la comedia. Sin embargo, la excitación era más fuerte, pero como algo que sucedía al margen de mis movimientos conscientes. ¿Por qué le llamaba al semen leche? Era la primera vez que semejante petición, con esas palabras, me había sido externada.

Traté de olvidarlo y sólo cumplir con mi eyaculación para concluir mi orgasmo.

—¿Me diste tu leche, papi? —Me preguntó para saber si había cumplido su trabajo de manera adecuada.

Le contesté afirmativamente. Al quitarme el condón vio que se había roto y súbitamente comenzó a escandalizarse.

—No puede ser, se rompió el condón. Pero si no la tienes tan grande... ¿Qué voy a hacer ahora? No puedo tener otro hijo.

Al oírla no pude sentir la misma turbación sino más bien creí que el tiempo no marchaba de la misma manera entre los dos. No pude evitar pensar en el semen como leche y en el tamaño de mi verga. Según sus parámetros no la tenía tan grande. ¿Significaría eso que la tenía grande, pero no tanto? Literalmente eso había dicho, o en realidad lo que quería decir era que mi verga era pequeña y que se rompiera el condón era más bien un capricho de la naturaleza que lanzaba una posibilidad de reproducción. El semen como leche también resultaba una analogía que me pareció suspicaz. Demasiado versada para estar dentro de la boca de una puta, pero después de todo el espectáculo que había presenciado

tenía un alto contenido simbólico. Se me antojó que estaba ante una sabiduría rupestre, casi instintiva. Podía ser sólo que la analogía del blanco del semen con la blancura de la leche fuera lo único con lo que había realizado su aproximación simbólica. Pero había más, la leche es el alimento que sustenta la vida, la leche materna nutre al hijo. Mi leche, como lo había pedido Ángela, ahora estaba en su vientre y tal vez nutriría su óvulo para dar paso a otro hijo de puta.

Quise sentir pena por ella, pero no pude. Ahí estaba yo, recién eyaculado, pensando en que al final de cuentas ella no era de Los Ángeles. Su acento no era extranjero.

—Lo que no puede ser es que seas de Los Ángeles —le espeté sin miramientos.

—Claro que no soy de Los Ángeles, es mi personalidad artística, soy de Topolobampo. Si fuera de allá no andaría yo puteando aquí. ¡Cómo eres pendejo!

—Si hay un hijo yo me haré cargo.

Le contesté para cerrar la escena conforme a los cánones de la caballerosidad.

—Es más —quise añadir para que viera lo serio de mi propuesta —vengo por ti mañana para ir a la playa y a conocer a tu hijo.

—¿Por qué no mejor te vas a la chingada? —me soltó con un tono que, comprendí, ya no era amigable.

Me vestí en silencio, le reiteré que, de cualquier manera, vendría por la tarde para ir a la playa. Quise sellar la promesa de ir por ella con un beso que rechazó de manera un tanto exasperada. Lo tomé como un poco de turbación en su carácter.

Salí del cuarto al patio central donde el cielo ya se pintaba de azul y pude ver también una luna más iluminada.

Volví a las tres de la tarde con la intención de saber si sería padre, pero sobre todo mantener mi promesa de llevarla

a la playa. Rodeé por atrás el Valle Verde en la camioneta Bronco de mi padre. Me estacioné. Al apagar el motor dudé si lo que hacía tendría algún sentido, si de verdad podría rescatar a alguna puta de su destino trágico. Luego pensé en un posible hijo criado por una puta de Sinaloa que finge ser de Los Ángeles. El condón se había roto, de eso no había duda. Recapacité y me dije que lo que hacía era una tontería, que los terrenos de la caballería no debían aplicarse en esas circunstancias. Eran finalmente los riesgos del trabajo que tenía que correr una puta. Puse en marcha el motor; tomé la carretera transpeninsular rumbo a Todos Santos; puse un cassette de Guns and Roses, y canté reconfortado: *Take me down to the Paradise city where the grass is green and the girls are pretty.*

Pasé por un expendio de cerveza a comprar un “vaso loco” para curarme la cruda. En Todos Santos me compré otro y llegué hasta Cerritos. Tomé la primera brecha que encontré más o menos demarcada y llegué a la playa donde las olas eran mucho más altas y grandes que en la playa de La Paz. Me bajé de la Bronco y caminé hacia la orilla. Me quité las botas Caterpillar y me senté en la arena amarilla. Mientras sorbía el vaso y sentía el sabor picante de la cerveza al contemplar cómo rompían las olas en la playa desierta, pensé en lo que sería ser padre de un hijo bastardo, de otro hijo de puta más en el mundo.

V

Manu me dejó en la casa de mi madre. Al traspasar el umbral de la puerta que abrí con dificultad por su mal estado, me invadió una ansiedad absurda que revivía antiguas heridas. El

deterioro me recibió desde el principio. La fachada de su casa, que originalmente era de un blanco intenso, o cuando menos es lo que recordaba, ya se veía oscurecido por el polvo y la mugre. Ahora era opaco pese a la claridad del cielo porteño. No pude evitar sentir nostalgia de los días idos. Sería la primera vez que entraría a la casa en la que había pasado los peores años de mi vida, después de muchos años como adulto lejos de mis padres y de la casa. Era como regresar en el tiempo para corroborar que las mismas bestias que te asaltaban en sueños seguían ahí, respirando el mismo aire y que sólo había logrado distraerlas pensando en que las había aniquilado.

Entré como siempre por la cocina para descubrir que las cortinas estaban raídas y las ventanas no podían ocultar que el tiempo existía de manera física. Todo lo que recordaba como de última tecnología ya se había descompuesto. Un vacío se apoderó de mí. No sabía si mi madre habría de recibirme con un grito, una sonrisa o un reproche. Había posibilidad de que las tres emociones se fueran dando a medida que pasara el tiempo. Yo también le revelaría a mi madre que el curso de los años sí había transcurrido y que no sólo los objetos de su casa se habían rendido a él sino mi propia imagen. No podía controlar el nerviosismo que me asediaba a cada segundo. Por más que quise racionalizar mis miedos, éstos continuaban tan irracionales como siempre. Si bien es cierto que había ganado batallas para poderme ir, lo que más temía era el regreso; volver a ver su cara y buscar en ella la primera muestra de cariño para entregarme, para caer en su trampa, para buscar su conversión tan deseada, esa de la locura a la sanidad, ese milagro que me hubiera gustado corroborar en vida, porque eso había tratado de conseguir a lo largo de los días que habían pasado, en los que buscaba desesperadamente a alguien que me quisiera como mi madre no lo había hecho. Sabía que me

esperaba. Al cruzar ahora el umbral de la cocina sentí que me encogía, que la casa me envolvía para llevarme de vuelta a un enjuiciamiento de todas las decisiones que había tomado. No entraba a un mundo mágico, sino a lo que yo creía era un universo del terror. La barda que rodeaba su casa hacía que el ruido de la calle se oyera muy lejano. El silencio crecía y con él mi miedo de encontrarla. Comprobé lo que me había dicho Nora del estado de la casa. La estufa no servía y sólo había una parrilla eléctrica con una tetera encima. Los platos sucios estaban amontonados en la tarja del fregadero sin ningún cuidado y parecían estar ahí desde hacía semanas. Sobre la mesa del desayunador había una caja de Corn flakes y un plato con leche del desayuno de ese día. Abrí el refrigerador mientras llamaba a mi madre como lo había hecho en mi adolescencia con un “amá” a la manera nortea, dejando claro que el que hablaba podía transmitir la virilidad en cada aliento, como ella siempre me lo dijo “¡Habla como hombre, cabrón, no como marica!”.

Mi madre siempre quiso dejar sentado su lugar de procedencia. Su chovinismo era algo que mantenía para sentirse superior ante el mundo. Al abrir el refrigerador dúplex, del que había estado muy orgullosa por ser de los primeros en llegar a la península, descubrí que seguían ahí las mismas cosas que recordaba. No sabía si incluso eran los mismos frascos que había dejado cuando decidí no volver más. La dieta de mi madre parecía ser la misma que hacía diez años: un frasco de cherries, un tarro de malvavisco en los anaqueles de la puerta, y en el interior del refri un plato hondo de frijoles refritos, un galón de leche y unas tortillas de harina. Era el mismo menú que recordaba de mi infancia y años preparatorianos, años en los que tenía que salir y rotar casas de amigos y familiares para poder alimentarme decentemente o complementar mi

nutrición porque me decía que ese día no habría comida. Mi padre le daba dinero diariamente para alimentos. Ese dinero raras veces llegaba a la mesa y se convertía en objetos menos volátiles como vestidos, cosméticos, medias, pinturas de uñas, sacos, bufandas, zapatos que pagaba a plazos o adquiría en forma de “apartados”. Mi madre veía la comida como una especie de enemigo al que había que vencer para conservarse deseable ante las miradas de los otros. Alimentarse para ella era un acto inútil, algo que al final sólo se desechaba por el excusado. No obstante, la comida la laceraba y en ocasiones, sobre todo en mi infancia, yo sabía que la vomitaba después de ingerirla. Era experta en el vómito inducido. Costumbre que heredó a Nora.

—Acá estoy —respondió. Su voz provenía de una pequeña antesala donde se encontraba aquella mañana. Te esperaba desde hace dos horas —agregó con molestia.

Al parecer la conversación había empezado con un reproche. Su voz no era la misma que recordaba. De hecho, tardé unos segundos en reconectar su dicción con aquella imagen que veía y que se parecía a mi madre. Por supuesto la voz también se le iba deteriorando, dejaba de tener la vitalidad de la imposición, de la autoridad con la que se dirigía a mí, exigiendo siempre algo de mi conducta. Su tono también escondía un matiz de lamentación. Por fin podía descubrir su estrategia de manipulación que hizo que mi miedo inicial se viera aminorado. Diseccioné su oración mentalmente para concluir que había cometido un error gramatical en su consistencia verbal, el “hace” debía haber sido “hacía”. Claro que eso no le importaría a mi madre, pero sí a mí. Me sentí solvente, en clara posición de ventaja. Había ganado la primera batalla.

Caminé hasta donde se encontraba recobrando la compostura que había perdido al entrar a su casa. La vi

completamente arreglada, con color de pelo rojizo y un fleco que le ocultaban las arrugas de la frente. Traté de no responder a su provocación y le eché la culpa a Manu, al aeropuerto, a la conexión y al sino maldito que me había hecho retardar el encuentro esperado. Habíamos pasado el segundo obstáculo.

Me acerqué y el temor se fue convirtiendo en ansiedad; no sabía ahora hacia donde se dirigiría la conversación. Noté que los años también habían sido implacables con ella. La recordaba más joven, menos morena. Era de manos fuertes y pies sólidos. Vestía en combinación y traía demasiada ropa para el clima, tal vez hacía calor o era que el sudor del encuentro me hacía sentir que lo que tenía puesto era demasiado para la región. Llevaba un saco de lana que combinaba con los zapatos. Me saltó que tuviera una férula en el brazo cuyo peso se sostenía por una cascada de seda que hacía juego con su falda en tonalidades doradas. Las uñas de los pies y de las manos tenían el mismo color, un rosado tenue que recordaba desde la infancia. Portaba en las manos los anillos que rememoraba más por las bofetadas que me daba: una argolla de matrimonio y el escudo de armas de la familia Arnau. Su muñeca la adornaba con una pulsera de oro macizo de gran grosor, regalo de mi padre cuando cumplieron treinta años de matrimonio. Se encontraba con los pies cruzados sentada en una silla de estilo barroco. La madera era dorada y decía que era pintura de hoja de oro. Era una salita ubicada al lado de una columna. Mi madre había creado una casa de espacios para distintas situaciones. La silla en la que la encontré hacía juego con otra igual. Había en el centro una pequeña mesa de tres patas que estaba cubierta con un pesado mantel de terciopelo rosa con estampados antiguos. Me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. Sentí una leve excitación, un conato de erección, un oscuro pasaje se abría ante mí, mismo que decidí controlar.

Mi madre era la primera mujer desnuda a la que había visto, contemplado, y no sólo eso, sino que había sido la primera mujer en desear lascivamente. Su cuerpo voluminoso y voluptuoso, de amplias caderas y grandes senos, me producía una fascinación desconcertante. No sabía cómo dejar de imaginarla desnuda. No podía dejar de entrar al baño mientras se duchaba para verle las tetas y su gran aureola donde había puesto la boca. Contemplaba maravillado su pubis frondoso que toqué en algunas ocasiones mientras fingía dormir a mi lado cuando era un niño de diez años. Mi madre respondía de forma placentera a mis incursiones. Yo no sabía lo que hacía o, mejor dicho, lo hacía sin saber qué clase de comportamiento implicaba cuando se lo hacía a ella, mi madre. Sucedió en Santa Rosalía, su pueblo enclavado en la mitad de la península de Baja California. Fuimos huyendo de algo, de mi padre o de una infidelidad más. Ahora sé que de ese desencuentro suyo surgió en Oaxaca un hijo de mi padre que no conozco, que nunca siquiera he visto o imaginado. Era la casa de mis abuelos que, al morir mi abuela, mi madre compró. Dormíamos mi madre y yo en la misma cama, ella sin sostén y una camisa blanca que usaba como pijama que dejaba ver sus pezones y dibujaba su pubis. En medio de mi sueño fingido me acurrucaba en sus pechos y metía la pierna entre las suyas para presionarlo. Nunca opuso resistencia, se entregaba a mí y yo me restregaba en ella. En una ocasión acarició sobre mi pijama mi pene erecto, tal vez con la satisfacción de que aún producía erecciones en los hombres, aunque fueran incipientes, tal vez con ello desbancaba fantasmas y yo me convertía en el hombre que había dejado. La sexualidad de mi madre era una bomba de tiempo que nos llevaría a explosiones disímolas y dolorosas que ahora encaro, a sabiendas de que no es que los dragones no existan, sino con la certeza de que es posible matarlos.

Me senté en la silla gemela. Su mirada se posó sobre mí escrutando mi apariencia, las pocas arrugas que ahora empezaban a aparecer en mi frente, mi complexión, mi porte, mi estatura, que siempre me reprochó. Invariablemente había considerado que mi baja altura era por mi culpa dado que su padre, mi abuelo, medía un metro noventa y dos, así como sus hermanos. Yo con apenas 1.69 era parte de la decepción que siempre le había causado. Mi estatura me la achacaba a mí mismo.

—Te ves igual... sólo que más grosero —Soltó sin más preámbulo.

Evidentemente mi madre se lanzaba al ruedo de la confrontación. No me sentía con ganas de continuar la pelea que seguro habíamos dejado pendiente el día que decidí irme. Había puesto las reglas de juego y esperó mi movimiento para ver si aún tenía aquel control sobre mí. Debía minimizar el ataque, quizás ignorarla, y desviar la conversación hacia otros derroteros. No estaba ante ella para hablar sino para que me dijera lo que tantas veces me había dicho. Para que yo jugara al hijo, que articulara el rol que me había impuesto el destino: ser un hijo desobediente merecedor de un castigo ejemplar, cualquiera que éste fuera. Era necesario reafirmar mi conducta de niño malcriado, de hijo bastardo, de hijo de puta una vez más. La pregunta que había formulado años antes sobre cómo sería ser padre de un hijo de puta tirado en la arena de la playa Cerritos era una pregunta retórica que podría responder. Pensé en ese encuentro con Ángela en el infierno, ser padre y ser hijo una vez más se materializaban como dominios opuestos. No sabía cómo ser padre. Ahora tenía una hija de la que me encargaba con lo que yo, he creído, ha sido una paternidad responsable. No sé si tener un hijo sea lo mismo que una hija. Sólo sé que ser hijo y tener una madre

como la mía ha sido un proceso de huida, de refundación, pero también de temor difícil de confrontar, de miedo y ansiedad por no ser nada.

Sin duda mi grosería se transformaba en una altanería por haberme ido, haber descubierto una posibilidad de vida y de sustento que me brindaba una libertad para ya no someterme a su voluntad.

—¿Por qué no viniste al funeral de tu padre? —volvió a interrogar.

La respuesta ya se la había dado a todos aquellos que me habían preguntado.

—No tenía visa para regresar y estaba en medio de su renovación. Técnicamente todo era verdad. Decidí optar por el lado de la ley migratoria.

—Eso te pasa por estar siguiéndole el juego a los gringos... Me chocan... son una gentuza. Estaba visto que la conversación no podría resolverse de otra manera. Tenía que resistir, pero no sabía hasta cuándo ni hasta dónde. Emocionalmente era un tipo muy vulnerable y mi madre lo sabía para utilizarlo en mi contra. De igual forma, la férula que tenía en el brazo era parte de su teatro de recibimiento. Resolví seguirle el juego, ahora a la mexicana, y opté por cambiar la conversación.

—¿Qué te pasó en el brazo?

—Me caí en el baño —Sostuvo su mirada para indicarme que yo había caído en la trampa, que aún podía dirigir la conversación a su gusto y por sus linderos. —Estuvo a punto de concederse tu sueño. Casi me muero —agregó con un dejo de altanería. Tuve una descompensación y perdí el equilibrio saliendo de la regadera. Estuve tirada tres horas hasta que pude moverme y le hablé a la Lupita Cabrera para que vinera a rescatarme. Estuve tirada con un dolor y un frío que me carcomían el alma. Porque claro... se me fracturó el brazo y

tuve que arrastrarme para poder coger el teléfono. Tardé tres horas en llegar al maldito teléfono. Lupita me vio tirada, me echó una toalla encima, me ayudó a vestirme y me llevó a urgencias.

No sabía cuán cierto era lo que me contaba. Todo podía ser el producto de sus desvaríos que comenzaban a ser más frecuentes. Había perdido la habilidad de hablarle. Quería responderle de otra manera. De una forma autónoma, que mostrase mi autonomía emocional.

—Me alegra saber que ya estás bien. —Comenté tratando de terminar el asunto.

—¡Por fin Dios me ha escuchado! Mijito, soy tan feliz de saber que estás aquí. He rezado tanto... día y noche le pedía a mi Dios y a mi virgen que me dejaran verte por última vez. Terminó con un lamento y explotó en llanto.

Comprobé que mi madre era una gran actriz. Iba del reproche al llanto de una manera muy versátil. Los años de terapia psiquiátrica que tuve siempre recomendaron que mi madre fuera a visitar el consultorio a lo cual se opuso tajantemente argumentando que ella no estaba loca. Nunca supe si era esquizoide o qué tipo de enfermedad mental presentaba, pero los ataques de ansiedad que ella tenía nos habían llevado a perder de vista muchas cosas dentro de la dinámica familiar. La bipolaridad que expresaba ahora no era nada nuevo.

Quise responder a sus lágrimas y acercarme, pero había perdido esa naturalidad para interactuar con ella. Opté por quedarme en mi sitio sintiéndome más incómodo de lo que esperaba. Al ver que yo no reaccionaba decidió alzar la vista para mostrarme sus lágrimas.

—Te he extrañado tanto, hijo. Más desde que murió tu padre. Me siento sola en el mundo, sin un hombre que responda por mí. Tan sola como nunca imaginé estarlo.

Si algo había aprendido yo era cómo funcionaban los mecanismos de la manipulación. Los podía reconocer y sinceramente no sabía qué pretendía ganar mi madre con todo esto. Opté por no decírselo y dejarla hablar, aunque al mismo tiempo me exponía a que reconociera de qué pie cojeaba para poder identificar mis nuevas debilidades. Eso es lo que hacía, estudiar a su nueva víctima, rodearla con todas las emociones posibles para asestar su garra en el momento de mayor debilidad. Yo seguía sin responder a sus provocaciones ni liarme en sus necesidades belicosas. Me ofreció dinero que rechacé, pero que quise aceptar. Exploraba ahora conmigo el poder del dinero. Mi madre sabía que todo el mundo tenía un precio y sólo sería cuestión de encontrar la suma adecuada para poder ofrecerla. Sabía que esa careta de autosuficiencia con la que me presentaba podía ser destruida en un abrir y cerrar de ojos. Fue tal vez una mirada mal puesta por la que ella se percató de que me estaba quebrando, e insistió. Me armé de tripas corazón para rechazar la suma que había doblado y no quise pensar en el bienestar que dicho monto podría traerme. Mi madre estaba ahí para pelear y rescatar su poder de antaño y no me dejaría ir hasta que no encontrara mi punto de quiebre. Sabía a ciencia cierta que lo único que no tenía era un coche para trasportarme en la ciudad. Nora me había dicho que se había comprado uno del año. Mi madre no podía adivinar con cuánto había viajado ni cuánto era lo que yo podía ganar en los Estados Unidos como académico. Esa información la había mantenido en secreto por muchas razones.

Finalmente, cuando parecía que saldría victorioso me ofreció su coche nuevo. Resultó ser el que había visto estacionado afuera confundiéndolo por uno de agente judicial, un Charger Dodge del año, color blanco. Al principio lo rechacé también. Mi madre sabía que los coches y su

movilidad era lo que me había mantenido a flote cuando vivía bajo su tutela. De no haber sido por el coche, mi adolescencia hubiera sido más desastrosa. Mis compañeros de la prepa pensaban que no vivía en la casa y que dedicaba mis tardes a circular por el mundo porteño. En cierto sentido era mi actividad preferida. Salir a la carretera y manejar hasta que los caminos se me acabaran para no volver a casa donde mi madre me esperaba para hacerme una escena o propinarme una golpiza. En ese momento el carro fue la manifestación de terminar un suplicio que había comenzado desde que puse pie en ese desierto. Insistió argumentando que oponer resistencia era un capricho del adolescente y que el Ricardo adulto tenía que ser razonable. Quise ser más listo que ella, pero de jugar con fuego sólo el diablo se salva y ella era la encarnación de todos mis demonios. Acepté su carro para salir de ahí cuanto antes a tomar aire e ir a recoger los libros de la casa de Laura y ponerlos en el correo. Me dije a mí mismo que esa era la única razón por la cual había aceptado su coche. Creo que no fue así. Más bien había caído en el primer círculo de Dante. Le pregunté por mis libros y traté de dirigir mi vista hacia el estudio donde éstos solían estar mientras me levantaba para ir a ver qué había sido de ellos. Al abrir la puerta descubrí que el cuarto había sido rediseñado para albergar los últimos días de mi padre. Aún había una cama de hospital, una mesa plegable arrinconada y vestigios de una enfermedad terminal. En los libreros empotrados en la pared descansaban papeles apilados, folders ya descoloridos por el tiempo, un dragón de cristal, algunos engargolados, y archivos que mi padre debió de haber rescatado después de la primera embolia que lo dejó en la cama.

—Tus libros ya no están ahí. Los tengo arriba, cambié el estudio y los instalé en la salita antes de entrar a los cuartos.

—Entonces subo.

Me dirigí hacia la escalera que estaba en la mitad del camino de la cocina a la sala en donde nos encontrábamos. Ella se levantó también para subir detrás de mí. Al término de las escaleras pude percatarme de que mi madre se había construido una prisión: había un cancel que cerraba por las noches con tres candados y una cerradura. Mientras subíamos me reveló que del techo se había caído una de las capas de yeso y había aparecido una figura en la cual se adivinaba la silueta de la virgen de Guadalupe de quien, me reveló, era gran devota. Al haber sucedido días después de la muerte de mi padre no podía ser más que un milagro que indicaba que no se quedaba desamparada. Para probar que todo había sido obra de Dios, me contó que cuando regresó a cambiarse para el funeral de mi padre, después de que los médicos le indicaron que subirían la dosis de morfina para que no sintiera más dolor y que esto ocasionara un paro cardíaco, tres pajaritos se posaron en la ventana y un aroma muy fuerte a guayaba se filtró por ella. En ese momento supo que mi padre había expirado. Al final mi madre lo había canonizado. Había tenido el olor a santidad y las tres personas divinas en forma de pájaros le habían anunciado su muerte. ¿Qué más pruebas quería yo?

Aminta, mi exesposa, alguna vez me había dicho que lo más frustrante de que alguien querido se muera es cuando quieres verlo de nuevo, pero sabes que no estará ahí nunca más. Recordé sus palabras cuando estuve en el segundo piso de la casa. Pensé en la familiaridad de la zona. Seguía ahí una tele Sony de pantalla enorme que servía muy poco porque si no era vista en un ángulo correcto las imágenes eran completamente indescifrables. Fue el primer vestigio de mi padre que pude ver. Había crecido en la época pretelevisiva; era heredero de

una cultura radiofónica y el poder de la imagen televisada lo asombraba, no sabía cómo era posible que las ondas también transmitieran imágenes por el aire. La televisión fue uno de sus grandes fetiches. En la casa sólo se dedicaba a ver y a oír televisión. Hablar con él era un reto, pues había que competir con el programa en turno y siempre lo proyectado en la tele era más interesante. Se dormía con ella encendida y nunca la apagaba. Tenía una en su cuarto y yo tuve una propia desde que tengo uso de razón. Cambió de tele en múltiples ocasiones y cada vez que aparecía un nuevo modelo salía a comprarlo. Tenía debilidad por las teles Sony que tomaba como sinónimo de calidad. Las que no quería, las regalaba a sus subordinados. Manu fue uno de los congraciados con un aparato de segunda mano. La gran tele Sony ahora sólo era un elemento decorativo, tenía un florero encima que contenía naturaleza muerta. En la sala de arriba descubrí los mismos muebles con los que había crecido: una poltrona en la que de niño me mecía hasta perder el control porque tenía unos resortes cuyo impulso multiplicaba el muelleo y había riesgo de salir expulsado por el aire; y un loveseat incomodísimo, tapizado en tonos dorados y marrones que hacían juego con la poltrona.

—¿Te acuerdas, Rico? En esta poltrona te mecía cuando eras niño y te daba pecho y te quedabas dormidito satisfecho y yo contigo. Me acuerdo cuando me querías.

La alusión a su pecho desnudo y yo mamándolo me puso ligeramente incómodo. No supe qué responder por lo que decidí cambiar de tema y enfocarme en mis libros que estaban ahora en los estantes de caoba que no ubicaba en mi memoria.

Reconocí algunos de los títulos y quise rescatar cuando menos los que tuvieran pasta dura: una edición de la *Divina Comedia* de Dante, algunos de Siruela. Pero el hallazgo más

grande fue un ejemplar de mi tesis de licenciatura que daba por perdida. Me dirigí hacia ellos y los comencé a sacar del librero. Mi madre nada dijo. Los puse frente a mí como si fueran un escudo.

Recorrí todo el segundo piso para cerciorarme de que todo lo demás estuviera como lo había dejado. Mi cuarto se había convertido en uno con dos camas individuales; mi antigua área de estudio ahora era espacio donde estaban arrumbadas dos televisiones. El *secretaire* que fungía como mi escritorio seguía ahí, aunque ya inservible porque a la puerta le faltaban unos tornillos. El estante que iba arriba había desaparecido. Me acerqué a comprobar el contenido tras la puerta. Percibí el mismo olor a madera fina que tanto me había cautivado de niño. Adentro no había nada. Mi madre me observaba desde el umbral de la puerta. El aire acondicionado de ventana seguía ahí, pero ahora, según me reveló, era un minisplit del que al parecer estaba orgullosa porque no hacía ruido. Ella dormía ahí. Siempre le había gustado dormir en mi cuarto, incluso cuando iba de vacaciones, me esperaba acostada en mi cama a que llegara para verificar mi estado, el cual me lo reprochaba de alguna manera, fuera cierto o no.

—¿A qué puta te fuiste a coger? ¡Hueles a sexo!

Era una de sus preguntas más comunes.

—A nadie, mamá. A nadie. Sólo me tomé un par de cervezas.

Trataba de calmarla en las madrugadas de verano. Mi madre tenía 42 años y sus deseos sexuales no eran respondidos por ningún hombre a la redonda.

—Entonces qué... ¿eres marica? ¿No te gustan las mujeres?

Al increparme veía a través de la luz tenue que se filtraba de la sala, cómo las aureolas de sus pezones se endurecían y se dejaban ver a través del camisón abierto.

Ahora puedo reconocer, al correr de los años, que cuando dudaba de mi virilidad era porque le hubiera gustado corroborarla de nuevo, de otra manera más gráfica. Sencillamente me deseaba como hombre. Se levantaba enfurecida porque intentaba calmarla. Le hubiera gustado violarme ahí mismo, repetir de alguna manera aquellos encuentros infantiles. Su furia era no poder corroborar mi potencia sexual, mi erección, el color de mi pene, su rendimiento adulto. Mi padre había dejado de cogérsela, sencillamente porque nunca estaba, y mi madre se hallaba ahí: sola con sus deseos, con la necesidad de un miembro erecto en su vagina, con su última juventud en constante mengua, ansiosa de ser penetrada. De alguna manera lo sospechaba porque cada vez que teníamos esa clase de encuentros nocturnos una erección me sorprendía cada vez que se levantaba de mi cama y la descubría sin ropa interior para que yo tomara la iniciativa. Ser hombre era eso: tomar la iniciativa, atacar sin miramientos, poseer con fuerza como mi madre habría querido que alguien la penetrara, someter a la mujer para saciar esa parte viril que mi madre desconocía de mí.

VI

Entré a su recámara; vi la cama en la que había dormido todos los años antes de irme y en la que me esperaba aquellas noches; contemplé el escritorio, ya muy deteriorado por el tiempo, que solía ser parte del estudio. En la pared tenía una serie de fotos mías de cuando tenía 17 años, mi último año en la prepa antes de irme a la Ciudad de México. Es como había decidido recordarme. Fotos de la graduación y de la

misa en donde había entrado con Claudia, mi novia de la prepa. Yo llevaba un smoking negro con corbata y faja roja y ella un vestido blanco. Ambos peinados ochenteramente con copetes, laca y gel. Recordé en ese momento a Claudia. Ya habíamos hecho el amor en el Hotel La Concha frente al mar, en una habitación que pagué con cargo al gobierno del estado y que mi padre me autorizó orgulloso cuando le dije para qué la quería. Fue la primera vez que tuve sexo con amor o, mejor dicho, con mayor miedo y sin tanta culpa. Claudia y yo ya habíamos tenido escarceos y prácticamente la había desvirgado con los dedos a las afueras de su casa. De regreso a la mía veía mis dedos ligeramente enrojecidos y su olor a pubis me alimentaba el deseo y la erección permanecía durante todo el trayecto. Fui su primera experiencia sexual y ella fue la primera a la que no le había pagado. Supongo que por eso estaba feliz en la foto. La había calificado como el primer y gran amor de mi vida. Mi madre nunca vio con simpatía ni a Claudia ni a ninguna con las que tuve cualquier tipo de relación. No sé si sabía que hacíamos el amor y los celos la consumían. Quiero decir que no me atrevo a aseverar que eso sucedió, sino que es posible que eso era lo que más le molestara: saber que era activo sexualmente y que sus escarceos infantiles conmigo ya no serían nunca más posibles, aunque lo habían dejado de ser hacía años.

Tenía también en su poder un par de cuadernos en donde yo había escrito poemas y reflexiones que llamaba, en aquel entonces, filosóficas. Eran cuadernos artesanales en los que había escrito con plumas fuente de color negro que coleccioné por un tiempo. Los tomé con admiración recordando cuando los compré a las afueras de la Facultad. Encontré una carta que recibí de Eline hacía años, antes de marcharme definitivamente de la península a los Estados Unidos. Me escribía desde Francia diciéndome que se acordaba de mí. El

estilo era poético y con grandes imágenes. Hablaba también de la noche en que tuvimos un encuentro sexual y cómo la había envuelto con palabras que ardían más que las caricias. Me deseaba lo mejor y firmaba: Siempre Eline.

—¡Qué hermosa carta! Es la única que en realidad te ha querido. Ese amor es incondicional. Durará toda la vida — soltó mi madre sin miramientos.

Lo que no sabía, tratando de descubrir mis bondades amatorias, es que Eline se había ido con un francés mucho mayor que yo y que había formado una familia. Su padre, otro francés, había llegado también a la península para trabajar en la compañía extractora de cobre, y luego se había mudado a Tijuana. Había conocido a Eline en Guadalajara cuando pasé una temporada tratando de encontrarle rumbo a mi vida. Tuvimos escarceos sexuales una sola vez. Fue una noche después de tomar unas cervezas en una peña de la calle López Cotilla. Fuimos a mi estudio alquilado por un par de meses en la calle Pablo Neruda que tomé como augurio para mi destino, más porque la colonia se llamaba Providencia. Acababa de leer *Rayuela* de Cortázar y su nivel de experimentación me hizo creer que yo era Oliveira y ella la Maga. La invité a discutir el libro y leerle algunos capítulos que me habían parecido reveladores y hasta indescifrables. Sobre todo, los que versaban de amor, que en ese momento era indistinguible de la pasión. “Sí... pero quién nos libraré de este fuego sordo...” comencé a leer con Eline a mi lado. Todo lo francés se me revelaba como el summum de la exquisitez. Había aprendido a reconocerlo como tal gracias a la influencia de mi madre que, aunque no clamaba ser francesa, argumentaba que todo su universo cultural era francés. Creía que su pueblo era una pequeña Francia y que estaba fundada de acuerdo con una ingeniería francesa, si es que eso existe.

Para mí, lo francés era parte de mi madre. Eline era un susurro francófono con el que podía verla. Entre palabras comencé a acariciarle los muslos para subir mi mano y alcanzar su pubis que exploré oralmente dejando un discurso articulado para lamer su clítoris húmedo. No quiso que la penetrara. Mejor extrajo mi miembro enhiesto y lo acarició suavemente para luego introducirlo a su boca. Ha sido una de las felaciones más vibrantes que he tenido hasta la fecha. No pude evitar venirme en su boca; creo que, como símbolo de cariño, coterraneidad desértica o amistad histórica, se tragó mi semen. No sé qué nombre ponerle a lo sucedido. No se quedó a dormir. Pidió un taxi. Desde entonces comenzó a escribirme misivas que me llegaban esporádicamente, yo contestaba con diligencia y cariño verdadero. No mencionamos nunca más el encuentro.

Mi madre me confesó que leía mis cuadernos todas las noches y que se había aprendido de memoria un par de poemas que yo había escrito. Para uno de ellos, que según ella yo le había dedicado sin saberlo, me había escrito una respuesta. No recordaba ningún poema de aquella época. Todo lo escrito había decidido olvidarlo y partir de cero; había sido un entrenamiento que nunca supe si había tenido algún beneficio o no.

Sacó el poema del cajón de su buró y se sentó. Todo parecía milimétricamente ensayado porque se había posado en un sillón rojo que parecía un trono; desde ahí moduló su voz y lo empezó a declamar de memoria sin mirar una sola vez la hoja que tenía entre las manos. Comenzó a gesticular con movimientos bruscos. La situación me pareció insoportable. No sabía si pararla o dejarla que terminara. El poema era una acusación sostenida donde el hombre era el malvado, un ser abyecto que había que desmembrar con violencia. Al final era

un reproche hacia mí y la condición demoníaca de ser quien era. Contenía lugares comunes. Frases hechas extraídas más de canciones de Marisela con banda, y de telenovelas. Cuando terminó su actuación sólo musité un “muy bien” sin entrar en detalles estilísticos.

Pregunté por las pertenencias de mi padre: trajes, corbatas, suéteres y demás. Todo lo había regalado. Sólo conservaba sus relojes Cartier, sus mancuernillas, y sus plumas Montblanc. Quise reclamarlos como míos, pero sabía que mi madre no me dejaría salir con algo. Todo era de ella, según me había dicho Nora. Mi padre no me había dejado nada, absolutamente nada. Al final era un primogénito reconocido a regañadientes, heredero de nada y con el peso de todas las cosas de mi padre. Sabía que lo había decepcionado y nunca evité no hacerlo. Mi padre y yo éramos dos seres completamente desconocidos para cada uno. Sentí una tristeza muy honda, la misma que se experimenta cuando la esperanza se acaba, la certidumbre de que todo lo que habías creído que podría cambiar se disuelve para dejar ver que siempre fue lo que parecía. Para mi padre, el amor era una convención que no se manifestaba de padre a hijo. En otras palabras, con su muerte pude descubrir que la verdadera relación que tuvimos fue eso que siempre intuí, que no hubo un cambio en el lecho de muerte o un momento de arrepentimiento que nos llevara a una reconciliación con el pasado.

Ahora entiendo que acepté las llaves del carro de mi madre como premio de consolación, por sentir que algo material era la prueba de que alguien de esa casa me había querido de la manera en la que solían querer: dando bienes materiales. Traté de ocultar mi desencanto y salí de la casa de mi madre preguntándome por qué me había tocado nacer en esa familia.

VII

Después de la muerte de mi padre, la condición paranoica de mi madre creció en grado exponencial. Además de la puerta con barrotes de fierro al final de las escaleras, había puesto rejas a todas las ventanas de la planta alta que dieran a la calle. Se había comprado un sistema de alarma que activaba cada noche. Los policías privados ya sabían que les hablaría a las tres de la mañana, hora en la que su ansiedad se desbordaba y oía pasos por todos lados, incluso, me dijo, había oído cadenas arrastrándose. ¿Por qué no podía sentir pena por ella? Su tragedia me parecía una comedia melodramática de mal gusto. Sólo podía acercármele por empatía humana. No es que su paranoia no existiera, era real y de no haber sido mi madre quien la padecía, la situación me hubiera parecido muy dolorosa de sobrellevar. Sin embargo, todo lo referido no hacía más que causarme hilaridad. Estaba convencida que sus vecinos eran narcos. No es que yo lo dudara. No los conocía y la situación del narco comenzaba a preocupar a cualquiera. La península había sido zona neutral pero bien podía detonar. El puerto había duplicado su oferta mercantil. Grandes tiendas departamentales se abrieron, se construyeron los primeros centros comerciales. En los ochenta sólo había un par de cines donde exhibían lo más terrible de la producción cinematográfica mexicana; en los noventa se construyeron los primeros multicinemas y en la primera década del nuevo milenio se abrieron los Cinépolis. No era que la población hubiera aumentado de manera exponencial, seguía estable con un ligero crecimiento, nada que justificara tanta inversión. La teoría de mi madre no era nada descabellada. ¿Dónde más habrían de vivir los narcos?, si lo que querían era subir en la sociedad, argumentaba mi madre con gran perspicacia. En

efecto, era una mujer sola viviendo en una casa enorme. Al día siguiente de mi primera visita, durante la comida en el Carlos and Charlies, le recomendé que se comprara otra casa, tal vez un condominio en la nueva zona de Costa Baja, donde pudiera estar más segura.

— ¿Y dejar la casa que tanto trabajo, esfuerzos y sacrificios me costó construir? No, Rico. Eso jamás. Es lo que me da prestigio. Me quieren ver derrotada, en el suelo, pero no les voy a dar el gusto. Todo esto que ves nadie me lo ha regalado. Yo he tenido que luchar para conservarlo todo. Me ha costado lágrimas, noches sin dormir. Algún día sabrás toda la historia. Pero recuerda que todo lo hice por ti, por darte un padre, un nombre que te hiciera la vida menos complicada.

Mi madre volvía una vez más a su antigua estrategia: me nombraba directamente responsable de todos los años que aparentemente había vivido en la miseria. Pero ahora ya se había liberado, habían pasado tres años desde la muerte de mi padre en los que su aislamiento fue creciendo. Conservar la casa era el único reducto simbólico que podía sostener.

Nunca lo hizo por mí. Yo no había jugado papel alguno dentro de la ecuación amorosa de mi madre. Sólo la había ayudado a salir de la pobreza de su pueblo; sólo había sido la pieza clave para consumar su matrimonio después de ser, por muchos años, la amante joven, quince años menor, de mi padre.

Vivió su juventud en los años sesenta mientras se daba el esplendor de las fotonovelas. Las fotonovelas sirvieron para reclutar y, en repetidas ocasiones, prostituir a muchachas provincianas cuando se experimentaba el boom de la industrialización mexicana. La historia de mi madre cae, tal vez, dentro de una de las afortunadas. Al final llevo el apellido de mi padre. Un apellido que ella me cobró caro, un nombre que no me ha servido para nada, más que para sentir culpa y que, a

la postre, fuera el responsable de mi éxodo. Un apellido que mi madre me escupía cada vez que su frustración no encontraba salida más que con golpes, vejaciones, insultos, cuando al que quería herir era a un padre ausente que prefería pasar todo el día alejado de su hogar y sólo venir en ocasiones ya entrada la noche con manchas de lápiz labial en el cuello. Yo era la constatación de unas decisiones que ella había tomado para darme un padre. Me lo ha dicho desde que tengo uso de razón. Mi patrimonio, me quiso enseñar mi madre, ha tenido un costo que yo debía compartir con ella, aligerárselo. Mi padre ya había muerto, pero en realidad para mí había muerto hacía muchos años. No fui a su velorio pese a que lejos, en la bocina del teléfono, oía la voz de mi madre que me increpaba para que regresara a enterrarlo, que era mi padre y que todos tenían que ver cómo yo daba la cara por ella. Cuando se enteró de que no iba me llamó una vez más “malnacido”. Mi malnacimiento me lo había escupido siempre que podía. En mi niñez nunca registré el insulto como revelación o siquiera como indicio de mis circunstancias.

Descubrí mi malnacimiento años después, al segundo año de matrimonio con Aminta. Fuimos a Hermosillo a la boda de mi prima Consuelo. Al revisar fotos que mi tía Refugio, hermana de mi madre, tenía, di con los papeles del registro civil de la boda de mis padres. Mi tía Refugio conservaba una memoria gráfica de mi prima y yo cuando las dos hermanas habían vivido en la Ciudad de México durante una primera parte de su niñez. Mi tía Refugio no tenía marido de facto. Conservaba su soledad, hasta donde lo he sabido, para el padre de mi prima Consuelo, de nombre Bulmaro, quien le hacía esporádicas visitas anuales. Consuelo se sentía la depositaria de un registro histórico que daba cuenta de nuestra infancia. Después de todo éramos ella y yo los hijos mayores frente a

los otros hijos que la tercera hermana, mi tía Socorro, había tenido con un japonés llegado hacía ya dos generaciones a Guaymas para trabajar en las minas de la península. Las fotos y los documentos funcionaban como detonantes de la memoria para que mi tía Refugio hablara de quien yo creí por muchos años sin cuestionar era su marido, el tío Bulmaro.

Al sacar las dos cajas de álbumes descubrí una pila de documentos oficiales. Me puse a hojearlos mientras Consuelo y Aminta comenzaban a contemplar las fotos y mi prima le hablaba a mi exesposa con acento norteño al que ella nunca había estado expuesta por venir del DF. Tenía 26 años cuando descubrí que mi madre no se había casado con mi padre sino hasta dos años después de mi nacimiento. Era una copia fotostática en la que no había duda de la fecha ni de la legibilidad del documento. Llamé a Aminta para que corroborara lo que yo acababa de descubrir. El acta de matrimonio databa de 1974. La fecha coincidía con lo que mi madre señalaba como su aniversario de bodas. Dos años más tarde, al solicitar una visa al gobierno gringo tuve que tramitar un acta de nacimiento original en el registro. Descubrí que la firma de mi padre no figuraba en el documento original y que las nuevas actas tenían un día diferente del que había celebrado mi cumpleaños por lo que supe que había tenido dos actas. En ese momento entendí que era yo un bastardo, que el nombre que mi madre me había puesto era una usurpación de su voluntad. Tuve un nombre impuesto, pero eso no significaba un reconocimiento del todo. El verdadero triunfo de mi madre fue haberse casado con mi padre. No solamente darme un nombre sino un padre que me tomara como suyo. Un padre al que yo haría sentirse orgulloso, un padre al que no vi morir, al que ya había dejado atrás y al que no pude ver por temor a su reproche, un padre que, pese a los años, no he podido del todo rescatar.

VIII

Invité a comer a mi madre a La Paz-Lapa porque esa era la actividad que relacionaba con el poderío económico y con mi padre. De alguna manera mi madre quería que yo tomara el lugar que había dejado mi padre y que fuera heredero de algo, que siguiera sus pasos para convertirme en un personaje relevante de la historia estatal como lo había sido él. Al llegar al restaurante pidió una mesa en el porche frente al mar, no por la vista que podríamos tener sino para que la vieran comiendo con su hijo. Como era su costumbre, se quejó del lugar demeritándolo y exigió trato especial, que el capitán de meseros se esmeró en darle. Pedimos unas micheladas y bebió más de lo acostumbrado. Yo no tenía nada que decirle, mi estrategia era dejarla hablar y eso hice. Me advirtió que me había librado de que me denunciara a las autoridades por maltrato emocional y abandono. Estaba tipificado en el código civil, agregó como si ahí se contuviera toda la justicia y la moral del universo.

—Porque tú no sabes... Ser mal hijo es un delito. Y tú ahora calificas como delincuente. Para tu fortuna llegaste en el momento justo. Estaban a punto de cumplirse todas las agravantes de la ley y no hace falta más que yo vaya a denunciarte. Está ahí en el código. Nuestras leyes estatales son muy avanzadas —reflexionó antes de darle otro trago a su michelada. Como yo siempre he dicho: no tenemos un problema con las instituciones, nuestras instituciones están muy bien, lo que tenemos es crisis de protagonistas. Ahí está la clave. Puro mequetrefe. Tu padre era de lo mejor que había y merecía más.

Me pareció que estaba a punto de llorar, pero se contuvo. Tal vez tres años aún no eran suficientes para haber

cauterizado todas las heridas. El amor es algo misterioso, difícil de cuantificar, sobre todo si se mezcla con la convivencia. Kundera diría que el amor no es con quien uno quiera acostarse, sino con quien se quiera dormir. Es probable que mi padre la haya amado y que ella también; finalmente no se habían separado y pasaron más de 35 años sin divorciarse, no necesariamente juntos. Yo sabía, o cuando menos intuía, que las razones eran más pragmáticas que sentimentales. Sin embargo, nunca le conocí a mi madre algún amante y sí varias a mi padre. Algunas veces en nuestras conversaciones Nora me dijo que la postura de mi madre sobre el amor era muy cerebral. Lo veía como lo que era: un contrato entre dos partes. Ella propondría incluso una enmienda y lo reformaría a contratos renovables por periodos de 10 años. Esto podría reflejar su visión de las cosas del espíritu. Es probable que los dos se hayan utilizado para cubrir sus propias deficiencias (¿y no eso es el amor?). Después de todo mi madre era una de las personas más dedicadas e inteligentes que he conocido. Además, tenía una capacidad mnemotécnica que le gustaba presumir; misma que exigía de los otros para ser reconocido por ella como persona inteligente. Decía que tenía un coeficiente intelectual de 150 y eso la ubicaba en el lado de las personas envidiables, casi en la categoría de genio, según ella.

Lo que quería decir con esto era que ella merecía más. Cientos de veces le recriminó a mi padre no ser financieramente indestructible como los otros que se habían enriquecido de manera ilícita en seis años o, mejor dicho, no haber robado más. Estaba claro que robar a los contribuyentes era algo que se necesitaba hacer porque primero había que ponderar el bienestar propio.

Usó la palabra “respeto” varias veces durante la comida para decirme lo que no tenía. Yo no la respetaba. Mi padre no

la respetó. La sociedad no la respetaba. Su respeto tenía varias acepciones y requería de tres distintos matices: ser respetada por la sociedad era lo más importante; era una especie de reconocimiento con visos de admiración que no había podido conseguir por su historia personal. No era vista como igual sino como advenediza, usurpadora, la otra, aunque hubiera permanecido más de 35 años con mi padre. Mi falta de respeto hacia ella consistía en cuestionar sus órdenes y oponerme a sus desvaríos. Quería ejercer una autoridad indiscutible sobre mí, de disciplina y obediencia conventual donde la orden era ejecutada según el nivel de prontitud con la que se llevaba a cabo sin cuestionar su contenido. La falta de respeto de mi padre provenía del número de amantes. Alguna vez me dijo que no le preocupaba que se fuera “por ahí con otras” (como era niño me hablaba con eufemismos) sino que esas “idas” se traducían en “bajas” en la casa. En otras palabras, que mientras no le hiciera falta el dinero no tenía problemas con el comportamiento de mi padre (aunque sí los tuviera, pues se lo reprochaba con lujo de gritos y cachetadas).

Terminamos la comida, yo con una desazón que me oprimía el pecho y mi madre sensiblemente alcoholizada. Mientras caminábamos por el malecón despotricó en contra de todos los chilangos y la gente de piel morena del interior, o “indios tahualilas” como también los llamaba.

—¡Nos están invadiendo, Rico! —Exclamó con voz de indignación.

Quiso que pasáramos por un helado a la Baskin Robins que habían abierto recientemente en pleno malecón porque nos quedaba en el camino hacia su carro de judicial. Frente a nosotros hacía cola un chilango que hablaba con una chica del lugar. Los acentos de ambos eran típicos de sus propias regiones. El chilango era de piel sensiblemente morena, tenía

pinta de jipi. Por la conversación pude entender que estaba de paso y que hacía esculturas de arena para ganarse la vida. En efecto, en la porción de playa frente a la heladería se podía distinguir una figura en la arena con forma de sirena.

—Lo que te dije, ¡ya ves!... ¡Estos chilangos!

Lo soltó sin el menor pudor frente al que hacía cola y condenando la usurpación de la que éramos objeto. Sentí pena ajena; me avergoncé por estar a su lado y no saber si debía pelear por los derechos del chilango en cuestión o ignorar el comentario. Desde mi huida, disfrazada de autoexilio, cada vez me había solidarizado más con el usurpador, con el mal recibido, con el otro. Pensé en todo lo que podrían decir de mí en Virginia, en el malestar que debían sentir algunos por oírme en la calle interactuar con mi hija. Si bien lo hacía en inglés y no en español, aún podía ver la cara de interrogación de los lugareños cuando trataban de adivinar mi nacionalidad por mi acento. Una vez revelada no podían ocultar su cara de decepción cuando les revelaba mi origen mexicano.

Había tenido en casa todo aquello que había evitado. Mi madre era esa persona con la que me temía encontrar. Había tenido un entrenamiento constante para lidiar con la intolerancia en condiciones completamente adversas. Había sido educado en el odio, la furia, el resentimiento, la venganza, la conspiración, la vejación, el maltrato infantil, el abuso sexual, la soledad, el aislamiento, la intolerancia, la violencia, pero sobre todo la culpa y la duda sobre qué fuerzas secretas habían operado en mí.

Por un momento temí una confrontación que tuviera su respuesta en un altercado donde yo sería el protagonista. Por fortuna el chilango hizo lo más sensato al ignorarla. Mi madre volvió al ataque un par de ocasiones más. Su necesidad bélica era algo que había suprimido de mi inconsciente. Pensaba que

no se enfrentaría a nadie que no la conociera. Sin embargo, su cólera, casi infinita contra el mundo, no había disminuido un ápice. Al haber muerto mi padre, se había quedado sola rumiando su violencia. Tenía que sacarla de algún modo. Por lo regular lo hacía en sus clases en la universidad donde le habían otorgado un medio tiempo en la Escuela de Ciencias Políticas para impartir clases de Derecho Constitucional y Filosofía del Derecho. Ahí era implacable con sus alumnos a los que obligaba a recitar de memoria la Constitución de la República y la del Estado, ridiculizando a aquellos que no tenían una memoria privilegiada.

Salimos de los helados. Al enfilarse rumbo al coche pasó una pareja de gringos, un negro del brazo de una rubia sonriendo, ambos con atuendos veraniegos.

—Mira a ese negro, seguro es capitán de barco —sugirió.

Su inferencia había sido casi producto de una figuración mitológica, no sabía qué le había hecho creer eso. El comentario se lo atribuí a un efecto del alcohol que nunca había corroborado en ella. La dejé en su casa y me enfilé a buscar a Laura para recoger mis libros y tomar unas cervezas. No pude evitar recordar el incidente del capitán y me reí solo mientras conducía.

IX

Mi madre fue la amante de mi padre por más de seis años antes de convertirse en su esposa legal. Mi padre tuvo dos hijas reconocidas en su primer matrimonio: Alejandra y Luz, aunque esta última no era su hija biológica. Justo antes de casarse con su primera mujer, Rosa, tuvo también una hija ilegítima, Eugenia. Esta fue producto de una correría en el

hospital general con una enfermera. No le dio su apellido. Yo lo supe en su convalecencia cuando Nora me dijo que Eugenia era quien lo había cuidado hasta el final. De alguna manera yo lo sabía, pero había decidido ignorarlo, tal vez porque fui educado en el machismo. Ser hombre y ser educado como tal era la norma. Esto quería decir que lo que la mujer opinara no tenía mucho sentido ni valor. Cada uno tenía su lugar en la sociedad. Mi madre ponderaba, siempre que pudo, su rol de mujer como inferior y subrayaba el papel del hombre como proveedor. Ser hombre era resolver los problemas económicos de la familia con alto nivel. De acuerdo con la profesión venía cierto respeto, pero lo más importante era darle a la mujer casa y una vida estable, es decir, llena de todos los productos que pudiera. De ahí que lidiar con las infidelidades era una parte del papel de la mujer. En eso constaba la hombría según mi madre: dinero y mujeres.

Mi madre ventilaba conmigo los detalles de las hijas de mi padre, ya fuera la ilegítima o la hija producto del cuerno, dado que no podía reprochárselos a él, o, mejor dicho, me los cobraba a mí como si el solo hecho de ser hombre fuera una culpa cósmica y, por ende, yo tendría ese demonio escondido. Pero al final sí, también me había ido yo con otra, con una mujer mucho menor que ella, Aminta. En cierto sentido también la había engañado y me había comportado como vil cerdo al haberla dejado.

La hija menor, Luz, era la que verdaderamente le había abierto la puerta a mi madre para consumir el matrimonio tanto anhelado por ella. Yo creo que le debería estar agradecida, o cuando menos no verlas como seres nulos. Pero en el mundo de los sentimientos no hay nada que valga, no hay lógica que se comporte, sólo es posible vislumbrar unas cuantas explicaciones que nos digan en dónde perdimos la

cordura, o quién fue la persona que nos la hizo perder. A la distancia las cosas han dejado de tener una intensidad tan dramática, pero para mi madre nunca dejaron de tenerla. Sin embargo, la muerte de mi madre muestra esa fatalidad y caprichos de la vida que insisten siempre en darnos muestra de que la heroicidad no está nunca para verse en carne y hueso.

Murió en un accidente al que sólo puedo catalogar de absurdo. He querido escribir trágico, aunque la tragedia dependería de la cantidad de empatía que podría generar. Desafortunadamente mi madre cultivó muchos enemigos. Me lo han dicho; me lo confesaron cuando estuve por última vez en La Paz. Su muerte fue producto de un resbalón mientras descendía una escalera del restaurante El Palacio Chino del centro. La falta de equilibrio, aunado con su obesidad, le hizo rodar hasta impactarse con la puerta de cristal. Al chocar con la puerta cerrada su pulsera de oro macizo hizo que estallara el vidrio y la inercia de su peso la llevó hasta la calle donde al momento pasaba un coche que al arrollarla la desnucó. Al escribir esto me siento raro, casi sucio por no atenuar ninguna de sus circunstancias, pero esos son los hechos. Eso es lo que está en el parte médico. El conductor ha quedado exonerado. Sólo tendrá que dormir con culpa por el resto de sus días. Ni siquiera he querido saber su identidad. Nora me sugirió que lo fuera a ver, no sé para qué. Sus recomendaciones siempre carecen de sentido común.

X

Laura me esperaba en su casa situada rumbo a la salida a Los Cabos. Era un departamento adyacente a la casa de su madre, pero con zaguán y cochera separados. Eran aproximadamente

las seis de la tarde y ya estaba vestida para la ocasión con una blusa de algodón azul eléctrico de tirantes con el que presumía sus grandes tetas, unos pantalones de mezclilla azules más oscuros y un par de tacones que la hacían subir unos ocho centímetros. Se había maquillado a la usanza porteña y sus labios dejaban ver un rojo discreto pero tentador. Al verla me pareció reconocer a la que había sido mi alumna. Clavé la mirada en el escote donde le nacían los senos y recordé los días en los que frecuentaba mi departamento cuando Aminta había decidido irse al DF para estar una vez más con su familia. La casita, más que un departamento, estaba adornada con cierta gracia e incluso buen gusto. Su decoración trataba de ser un estilo más moderno con muebles de buena calidad. La felicité por el esmero en su casa. Con un “gracias” nervioso me llevó hasta una especie de walking closet donde estaban las cajas de mis libros. No pude evitar sentir una nueva erección al permitirme entrar hasta lo más profundo de su casa, era como si de pronto me dejara penetrar en los secretos de su dormitorio. Vi de reajo su ropa como buscando algún indicio que me revelara su urgencia sexual. Avergonzado traté de desviar la atención y conté las cajas; eran seis y debo decir que no estaban todos los libros que recuerdo haberle dejado. Me explicó que durante el último huracán se le habían mojado algunos. A esas alturas ya no importaba nada. Lo que fuera era mejor que nada. Eran para mí como una suerte de hijos pródigos que había encontrado después de tantos años de haberlos perdido. No sabía a ciencia cierta por qué quería recobrarlos, no los he vuelto a leer, algunos ni siquiera a hojear. Tal vez la biblioteca sólo sirva como un mapa mental, no muestra lo que somos, sino lo que nos gustaría ser.

Exploré las cajas de forma rápida y le agradecí la custodia de sus páginas como si ellas fueran una extensión de mi

cerebro cercenado. Los eché al coche de mi madre y salimos rumbo al centro a tomar algunas cervezas. Me llevó al bar de moda de la clase intelectual llamado Salsipuedes, frente al malecón, justo a una cuadra de mi hotel. Consumidas las cervezas comencé a contarle la historia de mi madre y de mi situación doméstica. No pude evitar decirle que las cosas con Aminta no iban del todo bien. Me quería quitar el mal sabor de boca de la conversación con mi madre. Me habían ofendido sus aires de superioridad entre racial y cultural que siempre mostraba. Laura sólo me oía y conforme consumíamos las cervezas fue acercando más su pierna a la mía. Al principio no quise darle importancia. Pensé que habría alguien más al que había llamado su “sexoservidor”, igualmente sabía que los amantes lugareños eran un poco agresivos en clara cultura animal de defender a sus mujeres de los elementos externos que pretendieran robárselas.

—¿Y no has pensado que tu mamá a lo mejor tiene razón?
—me cuestionó de forma intempestiva —¿Que a lo mejor sí somos superiores? Sin ofender por supuesto.

—¡Chale, no me salgas con eso, Laura!

Laura tampoco era indígena. Era bajita sí, pero no indígena. Su piel un poco morena era más bien por su exposición al sol. Tenía un culo prominente y un torno curvilíneo. Supongo que no quería ofender mis decisiones tomadas. Aminta era de Puebla y si bien no era tan morena, sí tenía un cuerpo menos voluptuoso que el de Laura. En cambio, Laura era de Tijuana vecindada en la otra punta, de padre tijuanaense y de madre sudcaliforniana. Era la primera vez que volvía después de haber pasado ocho años en otro viaje mental para confrontarme con un mundo que no había cambiado del todo. Supongo que ellos me veían como si no me hubiera ido nunca, como si el mundo estuviera regido bajo esos principios

exclusionistas. Mi ausencia se les revelaba sólo como un paréntesis en sus vidas. Me decepcioné del comentario de Laura o, mejor dicho, me decepcioné de haber sido su profesor durante algunos años en la universidad estatal. Sin embargo, por fortuna yo no era el mismo y en favor de Laura debo argumentar que el aislamiento insular debe buscar un proceso de autoafirmación. A la postre ser superior en México era simplemente no ser indígena, no ser “indio tualila” y mi madre no era la única que lo percibía de esa manera. Todos queremos ser superiores, todos queremos tener la razón sin importar el tipo de suelo que se pisa, sin importar el color o la situación social. Incluso yo mismo al decepcionarme de Laura le estaba aplicando el mismo baremo porque pensaba, pues, que mi visión era la noble, la humana, sobre todo después de haber sentido en carne propia el rechazo a priori. Quizás era injusto con Laura. Los problemas de pertenencia comienzan cuando dejas de pertenecer, cuando sales. Laura sólo había viajado a Tijuana donde vivía su padre, y de turista a Guadalajara. La experiencia fronteriza era otra cosa donde todo el mundo está en su lugar: los gringos en sus bares y los tijuanaenses en los suyos. Los espacios destinados para cada quien brindaban resguardo, certeza de que el mundo está firmemente construido y dividido. Esa era la herencia del México que nos había llegado a través de nuestros padres.

—El problema, Laura —le dije— empieza cuando el otro te asume como inferior sólo porque sí. Por tanto, el inferior es el otro, no tú que te piensas con cierta superioridad que no puedes relacionarla con nada. Y eso es mucho más complicado de lo que crees porque ¿cómo compruebas tu superioridad? ¿En un test de inteligencia? ¿Hay tests de inteligencia cultural?

Era evidente que culturalmente no sabíamos determinar nada. Pero opté mejor por no seguir elaborando nada más.

No era el lugar, y al final provocaría que la empatía que Laura me tenía, se viera estropeada por llamarle pendeja en su cara. Después de todo se había comportado muy bien conmigo hasta el punto de ir cargando con unos libros y acercarme su pierna para restregarla con la mía. Laura no era mi madre y no tenía que castigar su visión de mundo sencillamente porque no había vivido otra.

Para fortuna de nuestra conversación, que se estaba tornando un poco incómoda nos alcanzó en el antro Mirna. Era cuatro años menor que yo. La había conocido en mi periodo de docencia en la universidad estatal. No fue mi alumna porque estudiaba filosofía. En aquel entonces salía con un profesor suyo. Habíamos coincidido en fiestas y carnes asadas que se organizaban a menudo en distintas casas. Cuando recién nos conocimos algo suyo prendió en mí para convertirse en una especie de antojo. Me enfrentaba ahora a una Mirna ya ocho años mayor y con un par de hijos, cada uno de un padre distinto. Descubrí que no había perdido ese allure que me había interesado hacía tiempo cuando tuvimos varios encuentros motivados por el abandono de Aminta. Incluso quisiera decir que se aprovechó de mi situación para infiltrarse de manera porosa dentro de mis fines de semana de juventud.

Me puso las manos en los hombros y con sus pulgares presionó mis omóplatos como para darme un mensaje instantáneo. Me volví para descubrir que era ella y me dio un beso casi en la comisura de los labios. Sentí otra erección. Se sentó a mi lado para dejar en claro que ella sería la favorecida de la noche, y que Laura debía alinearse. En efecto, intuyo que ya habían hablado del asunto porque hizo todo lo posible por poner distancia entre ella y yo. Trató de ponerse al corriente en la conversación y en el número de cervezas que habíamos bebido.

—Yo estoy de acuerdo con Laura —afirmó Mirna con aire de autosuficiencia. Nosotros somos superiores... ja, ja, ja.

Mirna se arrellanó en la silla para tomar una posición corporal que hiciera ver a todos que ella estaba conmigo. Por unos momentos me sentí halagado. Después de la primera cerveza que se tomó como agua pidió una ronda de tequilas para celebrar mi llegada y nuestro reencuentro.

De ahí fuimos en el coche de Mirna a un bar con música en vivo, rock ochentero y baile improvisado. Yo me dediqué a alcoholizarme con los tequilas que Mirna me traía diligentemente; las dos bailaban yendo y viniendo para afirmar que estaban conmigo. Ese detalle me pareció simpático, y de alguna forma se me antojó que estaban reverenciando al falo, que era una danza para invocar la fertilidad y que el palo estaría asegurado aquella noche. Mirna aprovechó para cantarme un par de canciones que invocaban y reprochaban un supuesto abandono, un amor-odio por haberme ido, pero al mismo tiempo esa posibilidad de poder recobrarla. Yo sonreía más por el efecto del alcohol que por ceder a sus invitaciones. “Dejaré la puerta abierta porque sé que algún día regresas” sonaba en las bocinas del antro. Al grito de “dejaré” yo sonreía más lleno de un sentimiento narcisista que de otra cosa, mientras me arrinconaba para darme algunos besos que parecían contener todo un deseo de pérdida y de muerte. Laura quiso meterla en cintura, pero Mirna no entendía razones. Parecía una bestia sexual dispuesta a destruirme, a acabar conmigo esa noche, más como venganza que necesidad. Era como si quisiera que todo el bar se enterara de que era yo el que estaba puesto bajo el reflector. Laura volvió a calmarla y salimos los tres. Ya en el coche, Laura se hizo cargo del volante y dejé que Mirna se sentara en el asiento delantero mientras yo me instalaba en el asiento trasero justo detrás de ella.

Extendió su mano derecha hacia atrás para buscar mi verga enhiesta, la restregó un par de veces para sentir de nuevo su consistencia y su forma. Me bajó el cierre de la bragueta y con una mano experta empezó a masturbarme. Laura fingía no enterarse. Mirna le sugirió que le hablara al Quilliqui, apodo con el que designaban al sexoservidor de Laura. Nos enfilamos rumbo a mi hotel, Mirna con mi verga en mano y yo tratando de permanecer en silencio sin que ningún sonido de placer se me escapara de la boca. Nos estacionamos en una calle adyacente al hotel. Mirna seguía acariciándome la verga enhiesta, pero sin esperar una eyaculación, situación que de continuar con un ritmo constante hubiera ocurrido. A los diez minutos llegó el Quilliqui. Mi antigua alumna bajó del coche y con un adiós rápido se montó en la pick up del amante en turno que me miró un tanto desafiante, como para dejar en claro que Laura era suya y que me mantuviera a raya. Yo sólo levanté la mano para darle un saludo que respondió con un movimiento de cabeza muy discreto, movimiento que revelaba una superioridad hormonal.

Mirna cambió de asiento para conducir su auto. Yo me pasé al lugar de copiloto. Una vez que la pick up se hubo ido, me abalancé sobre ella de manera intempestiva para sorberla toda como si quisiera arrancarle los labios. Traté de saciar un apetito que tenía más reminiscencias y recuerdos que atributos reales cuando cogimos por primera vez y su cuerpo aún conservaba una lozanía juvenil. El tiempo ya le había desfigurado un poco la silueta, además se le había diluido el sentimiento de culpa por haber estado conmigo hacía años cuando jugó un papel de amante discreta, pero dispuesta a estar presente. Me lo había dicho antes de irme a manera de sentencia y de oráculo: “regresarás conmigo, sé que volverás”. Mientras le asestaba una serie de lengüetazos

alcanzó a murmurar: “¿Ves cómo tenía razón? Has vuelto y ahora no te dejaré ir nunca más...”. Su comentario se me hizo un poco exagerado, producto más bien de su peda, que de su intención porque me quedara. No hice caso de su comentario melodramático y deslicé mi mano por sus nalgas para buscar su clítoris humedecido. Lo sentí más voluminoso de lo que podía recordar. El clítoris de Aminta era discreto, mientras que el de Mirna se erguía mucho más autónomo. Ante el tacto se inflamó aún más. Introduje mis dedos índice y anular en la vagina y comencé a masturbarla, mientras que con el dedo pulgar frotaba su clítoris. Sus contorsiones encendieron más mi deseo por penetrarla, antes de estar a punto de venirse me detuve intencionalmente. “¡Sigue, sigue por favor!” me pidió suplicante. “Mejor vamos a mi cuarto” le respondí. Mis palabras parecieron tener un efecto contrario, con una invitación a mi cuarto la había expuesto una vez más a un territorio de realidad porteña. Ir a la habitación de un hotel no era parte de ser una buena mujer. “No, no puedo ir al hotel” me respondió tajante. “No a estas horas de la noche” acotó para darme a entender que lo más importante eran las formas en las que se conduce una dama, aunque en realidad a nadie le importara. No es que el mundo la viera entrar a un hotel de madrugada y la confundieran con una puta, sino que precisamente verla y mostrarse en otro horario era lo que realmente valdría. No una entrada fortuita a un hotel en la noche sino una entrada triunfal en el día donde el mundo, su mundo, la validara como una mujer de día y no una de noche. Entrar a un hotel era parte integral de una sociedad inclinada al lujo, al exhibicionismo. Después de rogarle un par de veces y con una erección que ya me dolía en los huevos, se fue prometiéndome que al día siguiente llegaría desde temprano y pasaríamos todo el día cogiendo. No usó esta

palabra porque le gustaba pensar que lo que tenía enfrente era la posibilidad final de un amor recobrado. La verdad es que yo nunca la habría imaginado conmigo más de un par de horas. Me dijo que la esperara a las cinco de la tarde. Bajé del carro, me acerqué a la ventanilla del conductor y desde afuera la volví a besar en la boca hasta llegar a sus tetas que arremetí con hambre una vez más.

—Ya me tengo que ir, le prometí a mi hija que estaría con ella para hacerle hotcakes por la mañana. Pero ya sabes que mi puerta está abierta porque sé que regresas.

Se rio con locuacidad después de que parafraseó eso que creo que había llamado “nuestra canción”. Yo le devolví una sonrisa. Encendió su carro. Lo puso en marcha y al irse me advirtió “¡Mañana serás mío!”. Confieso que me gustó sentirme un objeto de deseo. Ser mero instrumento sexual hizo que mi verga pulsara de nuevo para reafirmar el dolor de una erección sostenida. Sentí la brisa de la madrugada. “Esto es lo más cercano al paraíso” me dije al ver cómo se alejaba el carro en la madrugada.

Ya en el cuarto del hotel me recosté en la cama con la cabeza dando vueltas. Me masturbé y en unos pocos minutos ya había eyaculado. Decidí no levantarme por papel. El olor del semen se infiltró en mi nariz. “No sé si mañana tenga ganas de coger” exclamé al vacío mientras bajaba un pie para saber que mi realidad aún tenía un piso en el cual podía sostenerme.

XI

Mi madre, a quien llamaré mejor Silvia para distanciarme de ella y ser fiel a la verdad, decidió de joven salir de su pueblo enclavado en la mitad de la península de Baja California

rumbo a Hermosillo para cursar la preparatoria. Su historia inició el día en que Silvia se dio cuenta de que el mundo había sido injusto con ella.

Nunca me habló de su vida para revelarme su historia. La conozco gracias a las recriminaciones que me ha hecho por estar vivo al decirme que soy el pináculo de su infortunio. A los dieciocho años partió rumbo a Guaymas, desde el puerto de Santa Rosalía donde había nacido y vivido toda su infancia y adolescencia. Santa Rosalía es un pueblo minero situado en la mitad de la península que fue fundado o, mejor dicho, inventado por los franceses a final del siglo XIX para explotar cantidades industriales de cobre. Es ahí cuando comienza la narración de Silvia, con el exotismo de lo francés, con la añoranza de una civilización de la que sólo había oído hablar. Pasó toda su infancia en las afueras del poblado, en una zona que llaman todavía “Ranchería”. Silvia, según he descubierto por fuentes que la han conocido, fue una mujer guapa e inteligente, demasiado inteligente para su realidad desértica, demasiado sagaz para tratar de seguir una vida que no llevara el riesgo de por medio. Salió para Hermosillo en compañía de su abuela con quien tenía fuertes nexos. No vivió en la casa paterna porque fue entregada para hacerle compañía a su abuela y resolverle la vida. Alguna vez me dijo que de su abuela y su padre heredó los ojos verdes, la blancura y lo claro del pelo, único atributo que le daba orgullo al hablar de mí. Su abuela, a la que llamaba Nina, tenía ojos azules como los de su padre y ejercía una discriminación racial galopante. Creía en la superioridad de una civilización occidental frente a otra. Desconozco los orígenes de la abuela de Silvia, pero cuando la mencionaba refería una historia de travesías oceánicas, de gambusinos traídos a estas tierras por la fiebre del oro. En la historia de los apellidos y nacimientos de Baja California no

figuran ninguno de los suyos. Hice una investigación hace años para corroborar su historia, pero no encontré registro. Esa novedad en las tierras desérticas y los relatos de Nina sobre la vastedad del mundo hicieron que Silvia pudiera verlo como un lugar para explorar y obtener un regreso a la civilización.

La condición de pueblo minero y su lejanía hizo que se mantuviera un poco al margen de la inmigración del centro de la república, manteniendo a la población dentro de parámetros europeos, de color y de fisonomía. De ahí el racismo de ambas. Veían a la gente que no fuera europea como si portaran un desorden divino, y se percibían a sí mismas como portadoras de inteligencia que las diferenciaba más por el color de la piel que por la habilidad para memorizar grandes extensiones de palabras, aunque esto segundo fuera lo más sorprendente de la capacidad que Silvia tenía y daba muestras constantemente mediante declamación de poemas decimonónicos interminables.

He dicho que su historia comenzó el día en que se embarcó para Guaymas. Su historia de infortunios, quiero decir, su necesidad de huida, de fuga, de conquista o, mejor dicho, una vida marcada por el deseo de mejoramiento o, mucho mejor, la necesidad de encontrar una felicidad prometida. Salió con Nina para hacer la preparatoria a los 15 años. Al parecer, Nina también era poseedora de alguna inteligencia que vio reflejada en Silvia, y más por darse una segunda oportunidad imaginaria que por ayudar al desarrollo mental de su nieta, decidió decirle adiós a Justo, su hijo, que tenía una tiendita que ella me ha referido como “sodería” a un costado de su casa. Es probable que Nina tratara de cuidar la honra de Silvia y que por eso haya decidido acompañarla a cursar la preparatoria a Hermosillo. Se embarcó en el *Cantamar* con destino a Guaymas. De ahí tomarían un autobús hasta

la capital sonorensé donde Silvia y Nina serían recibidas por el tío Juan Jesús quien las hospedaría; si no la duración de la preparatoria, sí los primeros meses. El trayecto por barco duró toda la noche.

La estancia en Hermosillo no duró más de medio año. Bastaron dos meses para que el tío Juan Jesús corriera a su madre de su casa y la devolviera a Rosalía con Justo, acompañada de Silvia. Esa fue su primera salida, su primer viaje fuera de un pueblo que contaba con dos calles que iban desde el mar hacia arriba, rumbo al cerro, una de ida y otra de vuelta atravesadas por 12 calles, llamadas por sus ordinales. Más arriba, pasando el arroyo seco estaban sus dominios, mismos que aún recuerdo en sueños, que en ocasiones son pesadillas. Su casa, según me dijo en mi infancia, era la que habitaba en ese momento un niño al que apodábamos “el matemático”, sólo porque el padre era maestro de matemáticas en la única secundaria del pueblo; el “mate”, como le llamábamos, era adoptado y medio retrasado mental; se chupaba el dedo, le escurría el moco y tenía una fisonomía casi monstruosa. Esa era la casa que Silvia clamaba como la suya, la auténtica, que estaba al lado de donde vivía su madre, Bárbara, y sus hermanos.

Mi primer recuerdo del pueblo fue cuando tendría yo a lo sumo unos cinco años. En los años setenta la crisis no se dejaba sentir y a mi madre le gustaba regresar a sentirse alguien en su pueblo; a mostrar lo que había conseguido porque sin ese reconocimiento todo el esfuerzo puesto en casarse con Enrique no hubiera tenido sentido alguno. Volábamos del DF a Hermosillo en un viaje que siempre me producía mareos (en dos ocasiones lo hicimos en autobús, recorrido que duró 24 horas sin escalas más que para comer burritos). Recuerdo a Silvia cargada de regalos para sus hermanas y para sus sobrinos. Lo importante era bajarse del avión con bolsas de

Liverpool y el Palacio de Hierro que mostraran la sofisticación de quien había salido del moridero que era el desierto y el México bronco del norte. Hasta que tuve diez años viajamos todos los veranos con destino final a Santa Rosalía, siempre haciendo una escala en Hermosillo donde vivía Socorro, la hermana menor de Silvia, en el fraccionamiento Buganvillas. La tía Socorro era la más bajita de las tres y tenía el pelo rubio y los ojos claros. Era el testimonio y la prueba de que algo ajeno a la fisonomía indígena se había gestado dentro de la genética de los Echegaray. La tía Socorro se había casado con su novio del pueblo, Abraham Yumori, un japonés bajito de segunda generación, de esos que habían llegado cuando el pueblo se construyó e hizo falta mano de obra barata para construir las vías del tren sobre las cuales se habría de transportar el cobre desde el interior de la mina hasta la fundidora, donde se limpiaba el mineral para tener una muestra de cobre puro. Los Yumori eran la única especie superviviente de lo que había sido el clan japonés del pueblo. La tía Socorro había salido del pueblo casada con el tío Yumori quien había estudiado medicina en la Universidad de Sonora. En Guaymas hizo la residencia mientras Socorro terminaba la Escuela Normal y conseguía una plaza en Hermosillo, razón por la cual ambos se mudaron allá. Los Yumori se dedicaban a dos cosas: la carpintería y la comida oriental. Su restaurante era atendido por uno de los hermanos del tío Bran, como le decían en el pueblo al marido de Socorro, que nunca supe su nombre, pero su principal atributo era ser afeminado. Lo recuerdo porque cuando entrábamos a comprar comida se refería a lo verde de mis ojos como dos esmeraldas gigantes y me decía que debía estar orgulloso de ellas. También me revelaba sus planes para cambiar los suyos en el otro lado y cambiarse el nombre a algo menos embarazoso que su apellido japonés.

Cuando llegábamos a pasar una parte del verano en casa de los Yumori Echegaray en la colonia Buganvilias, todo era angustia porque sabía que en cualquier momento Silvia acabaría gritando cosas incomprensibles a todos los hombres que hubieran tenido que ver con sus hermanas. Su línea final era un “¡qué me cuentas a mí que sé tu historia!” Con esta frase en un alto tono de voz daba por terminadas todas nuestras estancias para el día siguiente salir rumbo a Guaymas y tomar el ferry que nos llevaría a Santa Rosalía. En cierto sentido yo lo prefería de esa manera, en Hermosillo siempre me trataron como extranjero y los niños de la colonia Buganvilias continuamente buscaban pretextos para noquearme.

XII

Cada vez que volvíamos al pueblo de Silvia lo más problemático era adaptarse al calor del barco, estructura de acero que parecía un símbolo de nuestro infortunio, hecho de juegos de póquer, abandonos y recurrentes insultos. Salíamos de Guaymas a las ocho de la noche, ya cuando el calor bajaba y, dependiendo del ferry, podíamos tener acceso a un camarote para pasar la noche o simplemente una cubierta para sentir la brisa refrescante donde improvisábamos unos tendidos. Todo el glamour con el que Silvia llegaba se perdía a medida que la estancia en tierra norteña se iba alargando. Era como si el tiempo diluyera la extranjería que Silvia quería presumir a sus pares.

Pasábamos todo el día en Guaymas porque lo primero que quería hacer la tía Socorro era deshacerse del peso de Silvia y nos dejaba cerca del muelle con alguna pariente que no conocía o que ya he olvidado.

Me gustaba llegar a Santa Rosalía, comprobar que el tiempo y el espacio no estaban unidos, sino que la magia se comprobaba con el sueño; ese sentimiento de quedarse dormido y que tras el amanecer se alzara una realidad espacial diferente a la que había dejado al dormirme. Lo mejor era despertar en la cubierta y oír el graznido de los albatros y las gaviotas que nos anunciaba la costa, las playas llenas de desechos que tanto me fastidiaban porque me cortaban los pies. El atracadero era muy elemental y el ferry se anclaba con facilidad sin gran pericia del que Silvia llamaba “el práctico”. A medida que llegaba para abordar el ferry, Silvia lo ponderaba como el summum de la perfección en las maniobras, como indiciándome desde pequeño que debía saber guiar un barco a buen puerto.

La arquitectura del pueblo, que Silvia había confundido con francesa sin haber salido de su pueblo y atestiguado en el mundo francés, era en realidad un estilo arquitectónico gringo. Las casas estaban hechas de madera en su totalidad, con tablaroca en el interior para cubrir las fisuras que se podían abrir en el exterior de las casas. Desde la cubierta del barco se podía contemplar los dos cerros que flanqueaban al pequeño puerto. Hasta ahora no entiendo por qué Silvia regresaba, para qué debíamos volver si a la postre todo sería pleitos, reproches, gritos y, sobre todo, drama humano. La historia de su linaje era una farsa que se había creado para poder lidiar con las necesidades de una vida pública, una vida que en esos momentos si no vislumbraba como posible, sí veía como alternativa remota.

Después de su primera huida fallida al macizo continental, se decantó por bajar a la capital del territorio. La península era considerada, además de un paisaje desolado, un terreno sin posibilidades de autogobierno, de dominio por sí misma.

El gobernador era nombrado desde el centro del país y la región era vista más como terreno de castigo que como recompensa para cualquier político o vía para escalar a través de la meritocracia. Sin embargo, Silvia tenía en claro que quería salir de ese moridero que confundía con Francia. De ahí que nunca contemplara la emigración el revés: dirigirse al norte para conquistar un bienestar económico más asequible como muchos lo habían hecho.

Refugio se había ido a estudiar la Normal gracias al proyecto de Vasconcelos de educación para todo el país. La Paz tenía una con internado que pretendía servir a todo lo largo del territorio Sur. Silvia siguió a Refugio como última y única alternativa a estudiar secretariado y taquimecanografía en el pueblo. Entonces no era ni las luces de lo que se iba a convertir. De complexión más bien gruesa, tirando a obesa, las dietas, y clínicas de adelgazamiento serían su obsesión hasta llegar a cirugías reductivas y liposucciones con las que recobraría si no una figura, sí una seguridad en sí misma con la que siempre luchó. Sentía que todo lo que había hecho era parte de un proyecto por recomponer aquello que la herencia, el linaje o una noción de aristocracia no le habían otorgado. Su inteligencia la llevó a cuestionarse esos mismos esquemas con los que no podía luchar, sino más bien aceptar. Las reglas del juego a las que ella había cedido eran esas, y con ellas debía operar, reconocerlas como artilugios y buscar salidas aprobadas. Una de éstas era utilizar eso que la distinguía de las demás para construir una valía. Silvia sentía que no tenía valor, que el sino, el destino, e incluso Dios no le habían dado aquello que necesitaba: reconocimiento, nombre, oportunidades. Y fue lo que me transmitió durante toda mi infancia, una sensación de inseguridad, de vulnerabilidad, de miedo de un entorno que buscaba destruir lo que estaba dentro

de nosotros, que pretendía exhibir una historia de vergüenza. Eso pensé mucho tiempo de mí. He llevado a cuestras una vergüenza por ser quien soy, por no haber podido hacer que Silvia se sintiera no sólo complacida por mis decisiones, sino que me viera como entidad individual, como persona incluso, no como un remedo mal hecho de ella.

En la Normal logró superar su gordura mediante dietas que eran demasiado rigurosas incluso para alguien que estaba en la mitad de su adolescencia. Desarrolló en esos años una bulimia que extendió hasta mi prima Consuelo, pasando por mi hermana Nora. A la par de la bulimia, su vida de normalista la llevó a reconocer la inteligencia como valor que podía aplicar para salir de esas condiciones paupérrimas en las que sentía que vivía. Nora, la responsable de contarme su vida, me ha dicho que durante esos años algo debió de suceder que la llevó a emprender una cruzada en contra de la homosexualidad con todo hombre que encontrara a su paso. El problema era que su malestar en contra no era uno de recuperación o de entendimiento, sino más bien de rechazo explícito, escarnio, e incluso podría asegurar odio. A mí me inculpó en muchas ocasiones. Nora me dijo lo mismo, incluso Enrique, mi padre, me hizo una mención cuando le conté en mis años preparatorianos, más por hartazgo que por confesión, que Silvia pensaba que yo era maricón, con esas palabras.

—¿No serás maricón? —me preguntaba cuando me veía “mal” sentado, o cuando me dedicaba a alguna actividad que ella desestimaba como varonil, que dentro de su esquema mental era todo aquello que no fuera violencia, desprecio por la mujer y fuerza. Los síntomas inequívocos de la mariconería eran para ella las manifestaciones artísticas o, sencillamente, cualquier actividad que tuviera que ver con la búsqueda

interior o el desarrollo de un lenguaje. El hombre debía ser limitado en raciocinio y en capacidad lingüística, nombrar las cosas era tarea de un marica. Tenía en ese sentido una visión demasiado elemental, su mundo se dividía como un programa de *Animal Planet* donde cada especie tiene su lugar para resolver su identidad y ese lugar era la pelea frontal por ser el macho alfa. El único problema era que yo no había heredado ninguno de los atributos físicos que ella ponderaba, a no ser por el color de la piel, del pelo y los ojos, mi estatura siempre le molestó, nombrándome el único responsable de esa falla genética. Incluso mi padre era diez centímetros más alto que yo. Mi estatura era la marca más evidente de mi imposibilidad para el éxito. Lo tenía claro y me lo hizo sentir de esa forma. En las pocas ocasiones en que me vi enfrentado a los golpes frontales donde por supuesto acababa siendo el perdedor, el reproche iba acompañado de mi poca virilidad y mi incapacidad para protegerla. En ese momento no sabía de qué ni si mi rol en la vida tendría que ser ese. Años más tarde supe que siempre lo esperó así. Su recriminación venía de tiempo atrás donde tal vez todo había comenzado hacía muchos años. Según Nora la infancia de Silvia había sido accidentada por no decir con trastornos mentales. Era una niña gorda de lentes que le ponía comida a los santos, que veía en el cuerpo alguna suciedad que nadie, cuando menos dentro de la comunidad de hijos y primos, sabía el porqué. Dentro de los monstruos de Silvia el sexo y sus desviaciones eran la construcción más ínfima, el epítome de la maldad. Mi infancia se limitó a un confinamiento lejos de cualquier contacto con otros amigos del mismo sexo. No tuve amigos por varias razones, la primera de ellas es que no me lo permitía. Para librarme de la fuerza amenazadora del falo, Silvia me confinaba a mi cuarto del cual no podía o, mejor dicho, no tenía la necesidad

de salir porque veía la tele y descubrí que leer me producía cierto placer que nunca antes había experimentado. Durante mi primera adolescencia, mi cuarto lo era todo y desde él podía enfrascarme en lo que puedo catalogar como viajes psíquicos. Iba al mundo completamente solo y a Silvia eso le parecía totalmente seguro y normal (la parte de las lecturas acabaría siendo problemática). Mientras más alejado del peligro del falo mejor. Lo más terrible ya había sucedido justo a mis ocho años cuando el matrimonio de Silva se venía abajo y sintió que su valía, si es que algún día sintió que la tenía, se menguaba con rapidez. Se aproximaba a los 36 años y para una mujer de esa época, proveniente de un pueblo desértico eso podía representar su disminución. Ya no era la joven que había “cazado” a Enrique, con sus exuberantes caderas, según sus propias palabras ni con su torrente incontenible de datos acumulados. Esto la llevó a reestructurar la posición y la estrategia que había formulado para estar todavía “cotizando” como producto dentro del mercado masculino. Vivíamos en Oaxaca y Enrique emprendía su ascenso y con él la seguridad de construirse como semental cuyo atributo tendría que ser el poder. Se sentía poderoso y era partícipe del círculo privado de quienes disponían de los recursos de un estado con clara marginación económica y racial. Dentro del poder que le fue conferido por el gobierno se encontraba regir los destinos como secretario de Salud del estado. Sus máximos logros fueron implementar una política de planificación familiar y presentar un proyecto de descentralización de los servicios de salud para cada estado, que le valieron una Subsecretaría de Salud a nivel federal. Fue una intensa campaña porque representaba viajar por las sinuosas cordilleras del estado oaxaqueño y llevar condones a todo lo ancho de los quinientos y pico municipios del territorio. En cada llegada había fiesta

del pueblo y eran agasajados con las mejores viandas de la localidad; es decir, tasajo y mezcal. Le presentaban regalos típicos de la zona que incluían dagas y machetes tallados, y con el nombre de Enrique rotulado, que yo me adjudicaba. Ahora los entiendo como símbolos de la virilidad que le entregaban y le rendían. Finalmente era de los pocos blancos del gabinete y del círculo privado del gobernador Vázquez Colmenares, con quien había trabado amistad hacía tiempo en la península.

Silvia viajaba con él para hablar de anticonceptivos con las mujeres indígenas de etnias perdidas en poblados a los que sólo se podía llegar por brecha o camino de terracería y coches de doble tracción. En esas incursiones descubrió dos cosas determinantes para saciar sus miedos psíquicos: un Cristo muy milagroso en Chilapa de Díaz, y los hongos alucinógenos de María Sabina en Huautla. Chilapa de Díaz era un pueblo en la sierra mixteca a casi dos mil metros sobre el nivel del mar con una población de mil quinientos habitantes. El Cristo al que Silvia iba a pedirle favores políticos para Enrique era el del viacrucis en algunas de sus caídas. Se mostraba con el rostro ensangrentado en clara actitud calamitosa y vestía túnicas moradas; cargaba una cruz, es decir, el universo de los pecados de la humanidad con los que Silvia había vivido atrapada en el terreno de lo sexual. De igual modo, estos viajes hacían que su labor maternal fuera delegada a la servidumbre en turno.

Algunas veces cuando los viajes eran en fin de semana los acompañaba únicamente para marearme, los otros, me quedaba en la casa con la sirvienta y el chofer. Ambos eran indígenas bilingües cuyo broncíneo hacía pensar en una civilización zapoteca de la región. Con ellos comencé a pasar más tiempo que con mis padres. A decir verdad, a tener

una relación mucho más cercana. A los ocho años el mundo afectivo se construye con tiempo y basta con un desvío pequeño, una caricia extraña, para que se desencadenen sentimientos que el tiempo aclara y te da la fuerza y valentía para llamarlos por sus nombres.

Ahora sé que fui víctima de una violación, ahora sé que la monstruosidad nunca ha estado en mí, sino en el entorno que tuve que vivir, un entorno que desconozco si para Silvia (iba a escribir mi madre pero no he podido, tal vez para amortiguar el peso de la violencia) fue el detonante para aislarme y acusarme por haber sido penetrado, por haberme doblado, por no saber decir no a los 8 años, por haber oído, visto y tocado otro miembro viril que no fuera el mío, por sentir la penetración de un miembro erecto en el culo sin pensar en una violencia o verlo dentro de toda la monstruosidad que debió haber sido. Porque el dolor no es ese, porque el dolor vino después, meses después, tal vez años, cuando Silvia sospechó algo, cuando Silvia emprendió no un rescate sino una embestida contra mí. Confieso haber desarrollado un síndrome de Estocolmo (¿qué otra cosa se puede hacer a los ocho años?) mismo que he conservado para mi madre. No es que el chofer me haya tratado con desdén; era de los pocos que estaban para mí, ahí, dispuesto a acercarse y extenderme una caricia, aunque fuese en el sitio incorrecto. Esta violación, y me pesa escribirlo, fue la que desencadenó todo el cuadro psíquico de abusos que tuve que aguantar a lo largo de mis primeros 24 años de vida. En ellos Silvia había irrumpido para comprobar algo que nunca quiso aceptar: mi indefensión como culpa suya. Si había alguien que nunca debió haber tenido hijos era ella. Sin embargo, su proyecto jamás se hubiera concretado de no haber aparecido yo en el mundo; éste era entrar en un universo al que no había sido

convidada, invitada por nacimiento, por ese derecho que todo el mundo clama, o del que le gustaría ser parte. Su destino se fraguó por una serie de cálculos y manifestaciones que tenían que haber sido sólo suyos. De ahí que mi existencia sólo fuera un problema lejos de una dicha. Esa soledad en la que me crie me hizo víctima de un entorno que no tuvo las mejores intenciones. La soledad y la confusión fueron la perfecta combinación para que se diera lo que me sucedió. Al buscar una figura masculina, el chofer era lo único que tenía a la mano.

Ocurrió durante los primeros meses de nuestra llegada a Oaxaca. La casa era una quinta con la arquitectura casi salida de un set cinematográfico de la época de oro del cine mexicano; de hecho, la colonia donde vivíamos estaba habitada por restos de una comunidad española, y por la gente rica de la ciudad. A unas casas vivía Emilio “El Indio” Fernández, en una casa con columnas dóricas, que había sido del pintor Rufino Tamayo y ostentaba una placa de madera en la que se leía “Quinta los Tamayos”. Se ubicaba hacia el norte de la ciudad donde literalmente se tenía que subir cerros para llegar a ese enclave de prosperidad donde vivía la clase dominante de Oaxaca, de la que automáticamente éramos parte, por el color y por la actividad de Enrique. Silvia estaba en el cenit de su juventud y Enrique tenía la misma edad que tengo ahora. Por desgracia puedo entender sus motivaciones vivenciales aunadas con ciertas preguntas que incluso yo ahora me hago. Sin embargo, creo que, en esa época, y tal vez hoy todavía, ser padre no era un problema, o mejor aún, el padre sólo debía ser el proveedor y el hijo aceptar la vida o, mejor dicho, ser un superviviente de todo lo que le hubiera ocurrido con el riesgo siempre de perderse. Quiero decir que me hallé constantemente en esa línea, fina, delgada que me ha

impulsado al abismo para terminar de una buena vez todo lo que por descuido o falta de dirección he hecho mal, pero luego recuerdo que vivir es precisamente esa exposición al mundo. Ese mundo en el cual, se supone, los padres protegen a los hijos. Algo dentro de mí necesita decir que esa protección no era asunto de mis padres, que mi comportamiento se debió al sino con el que nació. Los abusos y violencia que tuve que enfrentar habían sido producto de los dioses. Silvia me lo reclamaba cada vez que la cólera le subía, yo era su karma, su sino maldito por el que tuvo que suspender todos sus sueños, sueños que en realidad no se habían concretado.

Cuando se enteró de lo que llamó entonces “mi suciedad”, yo estaba en una práctica de natación. Había ganado el regional de nado de dorso y me preparaba para las competencias estatales. Llegó a sacarme de la alberca a mitad de la práctica.

—¡Vámonos! —Me gritó al pie de la alberca. Ahora sí vas a saber quién soy yo. ¡Sucio!

Me increpó ante el estupor del entrenador que observaba la escena desde la otra orilla de la alberca. Su ceño fruncido desde que la vi a la distancia mientras soplaba agua al inicio del carril me dijo que algo estaba mal. No sabía exactamente qué era lo que el chofer y yo hacíamos, pero sí que había una excitación que me hacía sostener una erección, tal vez cosas de hombres, pensaba. No me dio tiempo de entrar a los vestidores. Me prohibió usarlos. Salí empapado; a regañadientes me dijo que podía ir por la toalla que había dejado en una de las gradas. Ya en el coche, en presencia del otro chofer, un señor ya mayor, comenzó a gritarme desafortadamente: ¡Maricón, maricón, maricón!

—¡Qué hice, Dios mío! Por qué me diste esta clase de hijo. Por esta inmundicia, por este bastardo, por este marica dejé todo. ¡Eres mi castigo!

Comprendí a qué se refería. Mi comportamiento era una aberración. Sentí culpa. De pronto todo se me reveló como mi yerro, una enorme carga se posaba sobre mis hombros. Todo lo que había sucedido era una inmundicia digna de merecer la hoguera.

— ¡Tu padre te va a matar! Y si no lo hace él, yo lo haré, porque no es posible vivir con un marica como tú. Su único hijo, su único hijo... — volvió a gritar para concluir que yo era el único responsable de mi fracaso. —Te hubiera abortado cuando pude. — Me soltó sin misericordia.

Aquellas palabras me han lacerado desde que las oí. Se instalaron dentro de mí para ofrecerme un mundo sobre los hombros que debía cargar. Desde entonces quise expiar los rencores de todas las mujeres que encontraba a mi paso. Yo había decepcionado por primera vez a Silvia. Ya no era nadie para sus ojos, sólo un bastardo más, un maricón de mierda que no podía amar a ninguna mujer porque acababa decepcionándolas.

No me habló durante todo el trayecto de la alberca olímpica a la Quinta. Una vez en la casa me confinó en mi habitación. No discutimos más el tema. De alguna manera creía que el chofer sería castigado y sentí pena por él. Fue el primero en revelarme que los hombres tenían eyaculaciones. El suyo fue el primer semen que olí en mi vida, con él sentí su textura y su viscosidad.

—¿Te imaginas que cuando estés con alguien te den ganas de hacer pipí? —Le pregunté ingenuamente una vez.

—Eso haces. Sólo que es de otro color. Me contestó.

Al llegar Enrique a la casa me puso contra la pared de un segundo patio interior. Me ordenó que me quitara la camiseta y con el cinturón me propinó 15 azotes, mismos que me hizo contar en voz alta. Nunca más volví a ver al

chofer. Silvia me llevó a Santa Rosalía con su hermana y mi prima donde pasé tres años, lejos de ella, para cursar cuarto, quinto y sexto de primaria. Fueron los años más felices que recuerdo de mi infancia.

**SEGUNDA
PARTE**

I

LA LLAMADA DE NORA anunciándome la muerte de Silvia me sorprendió entre clase y clase. Como era un número desconocido lo ignoré y la llamada se fue al buzón de voz. Entre clase y clase oí la noticia y la recibí con extrañeza. Al colgar, la extrañeza se convirtió en pesadumbre por tener que pensar en endeudarme para poder comprar un boleto de avión. No sabía si tenía que ir a enterrar a mi madre. Aquella preocupación más bien la vi como una monserga. La última vez que había hablado con Nora discutimos asuntos de muertes también. La de mi padre para ser exacto. Ella sí fue al velorio. Viajar del DF a La Paz resultaba más fácil que desde Virginia en donde me encontraba en ese momento. Creo que temí ir al velorio de mi padre para no tener que lidiar ni con Silvia ni con una sociedad que había abandonado por no acomodarse a mis expectativas o, mejor, por no haber podido yo con las suyas. Era el velorio de un hombre reconocido por su participación como constituyente, por haber sido parte de la misma historia de un estado que él construyó cuando menos dentro del orden legal. Era parte de los padres fundadores, de los “Forjadores de Baja California Sur” como se llamaba el boulevard. Cuando murió ya había pasado su pináculo, pero aún había quien pudiera acercarse al velorio. Silvia tenía la esperanza de que yo articulara alguna elegía, de que hablara

de lo positivo que era tener un padre como el mío, de que una vez muerto yo me hiciera cargo de ella y de las cosas que había dejado inconclusas. Nora me dijo, también, en tono de reproche que ella había dado dinero en mi nombre para erigir la tumba en la que fue enterrado. Cuando me lo recordó asumí que quería cobrarme.

Ahora me gustaría evitarme este viaje también. Sin embargo, en esta ocasión sí hay más cosas de las que habría que hacerse cargo. Mi padre no me dejó nada, ni a mí ni a mi hermana ni a sus otras hijas. Todo se lo heredó a mi madre. No sé si Silvia haya hecho testamento. Es probable que haya muerto intestada con lo que no tendría de qué preocuparme, sólo de no ser el único heredero y las adjudicaciones legales que esto conllevaría. Sin embargo, mi madre no ha sido una persona emocionalmente estable y los últimos años de su vida los pasó recluida en el convento de las Brígidas, donde pagaba una pensión por dormir y, de alguna manera, vivir confinada donde decía sentirse a salvo. Si hizo testamento no es descabellado que alguien más fuera el beneficiario de sus bienes. Pensar en esto último sería un fastidio, no tanto porque no me quedaría nada de herencia sino porque lidiar con asuntos legales me incomoda, sobre todo porque tendré que reparar algunas relaciones que dejé fragmentadas antes de irme.

Ya había evitado el velorio de Enrique y quería evitarme el de Silvia. Ahora es un poco distinto. Las hermanas de mi madre ya se han muerto y en estos 40 años no le conocemos ninguna amiga que se preocupe genuinamente por ella. No sé si quiero ir o dejaré una vez más que Nora se ocupe de todo. No esperamos a nadie. Tal vez irán algunos de sus estudiantes de la universidad, a quienes recurre para que le hagan cosas a cambio de comidas en restaurantes y puntos extras en los exámenes, incluso hasta notas finales. Lo último que tuvo

eran escrúpulos morales de esa índole. Su concepción ética tiene que ver con la teoría del mal menor. Todo el tiempo me lo repetía: yo era merecedor de cualquier castigo para expiación de sus culpas.

Cuando murió Enrique, Nora, y sus otras hijas se hicieron cargo de sus últimos días. Un año de agonía para ser exacto. Era un hombre feo y de una salud que se le complicó a medida que los años se le iban acumulando debido a la artritis degenerativa que padeció los últimos 30 años de su vida. A medida que la artritis evolucionaba su cuerpo pagaba la cuota. Se fue encorvando y la joroba que tenía, que de cierta manera está en mis genes y en los de mi hija, se fue pronunciando para convertirlo en un espectáculo nada grato al ojo. Las manos y los pies se le fueron deformando hasta dejarlo a expensas de una tercera persona para resolver todas sus necesidades. No podía mantenerse en pie porque los dedos de los pies ya no hacían contacto con el piso por lo que no podía controlar el equilibrio.

Enfermó primero de un par de embolias que le paralizaron la mitad del cuerpo y lo confinaron a una cama de hospital instalada en lo que había sido el estudio en el primer piso. Sus hijas del primer matrimonio fueron las que estuvieron más al pendiente, en especial la que nunca reconoció como suya, Eugenia. Ésta, según me reveló Nora, era la copia fiel y exacta de Enrique. Eugenia se hizo enfermera, tal vez como una oscura manera de perseguir a su padre; si no la iba a reconocer al menos él sabría que hubo una herencia espiritual entre ambos. Nora me dijo que todas sus hijas, incluida ella, no le tenían nada que reprochar a Enrique. Lo poco que les había dado había sido mucho.

Mi historia con él había sido distinta. Como único varón nuestra convivencia fue una serie de desatinos, malentendidos

y extrañezas. La última vez que lo vi fue en el verano de 2003 en el DF. Coincidimos porque yo había dirigido un programa de intercambio de la Universidad de Kentucky a Puebla. Había ido a la Ciudad de México con Aminta a visitar a sus padres y a su hermana. Nos habíamos dejado de hablar justo después de que se habían asegurado que los ataques de las Torres Gemelas no habían dañado a todo Estados Unidos a pesar de las cinco horas de cercanía a la que se encontraba Washington D.C. de mi universidad. Temía más que le fuera a pedir dinero que otra cosa. Nos vimos en el lobby del hotel Sheraton de Reforma. Fuimos Aminta y yo solos, no porque ella hubiera querido ir, sino porque yo se lo pedí, casi como súplica; no quería que me dejara solo con mi padre. Temía perderme y encontrarme amenazado por su figura aplastante. Temía acabar perdonándolo sólo porque me reconociera como hijo suyo digno de encontrarse conmigo. Gracias a la distancia, Aminta siempre pudo reconocer las fallas de Enrique y muchas veces me sirvió de coach para impedir mi rendición inminente. Me citó a las 9 de la noche, una vez terminados sus asuntos oficiales. Yo había desarrollado cierta paranoia en la ciudad por lo que no me gustó el horario, pero no podía decirle eso a mi padre, no era de hombres mostrar esas debilidades. Pensé que una cena o un par de tragos durarían cuando menos una hora y media y tendríamos que regresar en taxi a la casa de los padres de Aminta en el sur de la ciudad. Eso me incomodó más. Aminta había sufrido un secuestro express en un taxi, situación que me ponía más tenso; además, habría que pagar el taxi y en aquellos días cualquier dinero tenía que cuidarse; apenas podíamos subsistir con la beca de la universidad en la que yo cursaba el doctorado.

Encontramos a mi padre en el lobby del hotel. Lo noté más viejo de lo que esperaba. Siempre me había amenazado

con su muerte prematura y su enfermedad crónica. Se veía claramente deformado, su joroba sobresalía más y sus pasos eran más vacilantes. No lo había visto hacía tres años. Me había sostenido en Lexington gracias a una beca de la universidad y otra de la Secretaría de Educación. Enrique no había contribuido en nada a ese viaje; por el contrario, se había opuesto y me había vaticinado un fracaso rotundo. No es que estuviera ahí para demostrarle que se había equivocado, para restregarle en la cara mi resistencia, pese a tres años de silencio, pero sí creo que hubo un poco de autocomplacencia de mi parte por enseñarle que podía andar por la vida sin su ayuda, sin su figura protegiéndome; que yo estaba al margen de él. Algo en mí habría querido pedirle perdón por no haber llegado hasta donde él hubiera deseado, aunque tampoco nunca me enteré si acaso quiso algo para mí. Ahora que soy padre puedo entender más que no lo pude comprender, que sus motivaciones eran en cierta medida elementales, sin una dirección, porque sólo se contemplaba a sí mismo. Era como todo personaje público: megalómano. Sus hijos eran una especie de falla técnica, de accidente del vivir, de pagar en carne ajena los placeres de otra carne mucho más apetitosa. No es que haya fracasado como padre, fracasó bajo mis estándares que eran sólo comparables a los que veía en otras casas. Mis padres me enseñaron a despreciar el mundo, el trabajo, el valor de las cosas conseguidas a pulso. Ser parte de una aristocracia, es creerse parte de ella. Mi madre jugaba a eso, mi padre estaba convencido de que lo era; no en balde había sido uno de los padres fundadores del estado, gracias a él se había dado el paso de territorio a Estado; eso lo tenía claro, y había que hacerlo patente ante cualquiera, incluso los berrinches y desplantes de mi madre. Por eso ya no tenía ningún plan ni me había contemplado como sucesor de nada.

Finalmente era yo un hijo de puta, un bastardo reconocido sí, pero al final sólo un hijo de puta. Ese era mi gran problema, que no podía valorar quién era porque había surgido de un lugar equivocado. Por eso a quien prestó toda su atención fue a mi primo Héctor, quien había quedado bajo la tutela de Enrique porque su hermano se lo encargó en el lecho de muerte como lo había hecho con él su padre al gobernador del territorio, cuando Enrique tenía 24 años.

Al estar frente a él me extendió la mano deforme por la artritis. Hice lo mismo y traté de darle un abrazo. Mi condición de padre me mostró lo que se puede querer a un hijo, a percibirlos como una extensión de tu cuerpo, a descubrirte en ellos, no por lo que son ellos mismos sino por lo que les vas transmitiendo: una serie de emociones que no siempre esperas que deban caer en el mismo lugar por más que lo digas. Ser padre me ha enseñado lo impreciso que es vivir, sentir, estar, presenciar la vida de otro. Sentir la reciprocidad del amor. Mi vida de hijo no había sido de esa manera. No querer a los padres es vivir en la culpa, es expresar un sentimiento que no está dentro de valores que quisieras transmitirles. Cómo hablar de amor a los hijos cuando por los padres sólo hubo odio. Ese ha sido mi problema. Se lo dije a Nora: “Hemos sido siempre unos ingenuos... ¿sabes por qué volvemos?” le pregunté después de que Enrique murió. “Porque aún no podemos entender cómo es que no hemos sido nada para ellos; porque deseamos seguir teniendo la idea de contar con padres y fingir que nos debieron haber amado, protegido; porque no podemos concebir siquiera que nuestra presencia en esa casa no era solo fantasmal”. Por eso volvimos, por eso ahora Nora que tiene hijas nunca ha dejado de ir, pese a que Silvia las insultaba, pese a que las llamaba perversas, “raras” porque iban de la mano. Porque Nora no las podía orientar a ser auténticas mujeres.

Al rodear a Enrique con un abrazo noté su deformación en la espalda más prominente que nunca. Le había salido una protuberancia más en la cima de la primera. No supe qué pensar ni sentir. Aminta lo saludó con un beso en la mejilla y él la llamó con algún otro nombre. Al oír esto la tomé de la mano y se la apreté para que supiera que todo estaría bien, más para decírmelo a mí que otra cosa. Tomamos una cerveza y luego fuimos a cenar al restaurante del hotel. No hablamos de nada en particular. A los diez minutos la conversación entre los tres se había agotado. No sabía adónde me había ido, o qué tipo de doctorado estudiaba en el extranjero. Mejor optó por un monólogo que decidí dejar correr hasta que se fatigara.

—Sabrás que yo tuve la oportunidad de irme al extranjero. A Estados Unidos también, a hacer una especialidad en radiología. Cuando era apenas experimental y nadie tenía ningún equipo. Yo hubiera llegado a implementar nuevos tratamientos. Tenía una beca para ir a Texas en el campus de Austin.

— ¿Y por qué no se fue? —preguntó Aminta para que el monólogo diera un poco más y así nuestra conversación no se fuera al vacío.

Enrique pareció pensar su respuesta. No podía responder y aparentar cobardía, o tal vez había algunas cosas en las cuales no quería entrar. Por un lado, yo sabía que cuando terminó su carrera de medicina tenía 24 años y que ese mismo año se había casado con Rosa. Del tiempo en el que hablaba podría ser que a su esposa no le hubiera gustado irse de la península. La explicación a Aminta pareció un poco gratuita, tal vez no quería que lo percibiera con debilidades.

—Eran otros tiempos —se limitó a cerrar la plática.

Se me ocurrió pensar en el racismo, en que precisamente en los años cincuenta las leyes de integración no habían

pasado y que en Texas se le prohibía la entrada a los negros y a los mexicanos a lugares públicos y se separaban de acuerdo con algo que para el mexicano blanco aún no se limitaba bien, aunque fuera completamente evidente para los gringos. Sin embargo, comprobar esos malentendidos en las apreciaciones no estaba dentro de la lista de cosas por experimentar en la vida de Enrique. Simplemente decidió no aceptar la oferta e irse a hacer dos años de servicio social a la isla de San Marcos, a 400 kilómetros de la capital del territorio. Dos únicos años en los que ejerció la medicina clínica. Luego de esos dos años con dos hijas, una legítima y otra no, fue que le dio un giro a su vida. Su padre, Antonio, médico también pero tardío, graduado de medicina a los 40 años y comerciante distinguido con cuya familia administraban “El Emporio”, murió a los 53 al parecer de un infarto. “El Emporio” se perdió, pero la estirpe de Antonio continuó al dejar a su hijo en buenas manos, social y gubernamentalmente. Al casarse bien, además tenía asegurado un puesto central en la historia de lo que pudiera venir. Fue nombrado secretario de Salud a los 26 años. Antes de casarme con Aminta, me comentó que él nunca se había querido casar. No sé si lo hizo para que yo no me fuera a vivir con Aminta o para decirme que casarse a los 24 era una estupidez. De haber sido un tipo normal no creo que me hubiera casado joven, debido a mi inestabilidad emocional tuve que dar ese paso. Mi casamiento fue más una necesidad de seguir vivo que una condena de monogamia. Para él fue lo contrario, según supe por todo lo que Silvia me recriminaba en mi adolescencia como si yo fuera Enrique. Cuando lo insultaba lo llamaba indistintamente “poco hombre” o “mujerujo”. El término se lo había oído decir a María Félix a quien gustaba de emular y ponderar como summum de la belleza y de la eugenesia. Le gritaba en las noches cuando llegaba que era “poco hombre”.

En ocasiones, Enrique reaccionaba y le devolvía el insulto, en otras sólo se encerraba en un mutismo pasivo y dejaba que Silvia despotricara hasta el cansancio.

Muchas veces yo no sabía con quién ser empático. Quería serlo a veces con Enrique, sobre todo en mis años preparatorianos, más como mecanismo de acercamiento a los terrenos de la masculinidad y sobre todo de las dudas que ésta me generaba. Había tenido mi primera relación sexual gracias a su intervención, mejor dicho, gracias a su posición en el gobierno y a su cartera. Enrique trató de establecer alguna conexión conmigo que reflejara alguna diferencia entre la de él y su padre. Trató de ser moderno; pretendió establecer una paternidad que tuviera como paradigma la inclusión de la masculinidad. Si en algo había intervenido era en su comprobación. Encima había que ayudarme a “superar mi episodio”, a tratar de comprobar que no había quedado marcado de por vida o que la desviación no me había alcanzado. Entiendo poco desde aquí cuando escribo cuáles podrían ser las maneras en que Enrique y Silvia optaron por “corregir” la tensión sobre mí ahora vacilante sexualidad. En ese entendido, Enrique me proveyó de todas las posibilidades para servirme de todo el sexo que pudiera. La primera vez lo hice más impulsado por su insistencia. Me pagó un “chica fina”, de las que él consumía para que tuviera la oportunidad de experimentar el amor y que todas las dudas que Silvia tenía de mí se disiparan. Antes de eso, invirtieron en todo lo que pudieron para que mis inclinaciones sexuales no fueran torcidas. Enrique frecuentaba una casa de citas cuya apertura él mismo había autorizado desde su posición del gobierno. A ella acudía toda la plana gubernamental y de ahí extraían chicas para las fiestas. La primera vez que me mandó con mi primo Héctor le mentí y no penetré a la chica, sólo me mamó la verga y en un par de succiones tuve para venirme.

Después de eso comencé a frecuentar el lugar sólo para impresionar a los de la prepa a quienes llevaba para tomar unos tragos pues mi padre me había abierto una cuenta. La primera vez había sido justamente un 20 de noviembre. Había ley seca. Buscábamos un lugar para beber; al no encontrar yo propuse la “Casa de Lety” como se le conocía en el argot político. Lety era la madrota que había sido una de las putas preferidas de Enrique. Mis amigos de entonces no tenían idea de dónde los llevaría. Al llegar nos percatamos de que estaba lleno y mis amigos descubrieron a conocidos de sus padres; unos y otros se asustaron y salieron huyendo. Nos quedamos sólo Manu y yo. Estuvimos ahí, simulando beber, pero con sendas erecciones que nos manchaban los pantalones. Dos de las chicas se nos acercaron. Una dijo llamarse Rubí y la otra Vanessa. Rubí era rubia, blanca y de pelo rizado. Se me acercó mientras fingía tomar una cuba. Vanessa se dirigió a Manu. Intuí que ya sabían quiénes éramos, o cuando menos quién era yo.

—No quiero que se pongan pedos. Ya nos vamos a ir de aquí —me reveló Rubí por lo que entendí sus intenciones. —Vamos a nuestro hotel; Vanessa y yo vivimos ahí con más chicas. Puedes traer más amigos si quieres. Estamos en el hotel Evergreen; nos vemos en media hora. Tenemos pisto en el hotel, pero traigan más.

Al decir esto una erección más intensa me asaltó seguido de un pánico por la promesa de sexo. No sabía si quería invitar a alguien, pero por otro lado si había más, podría acabar en una gran orgía, pensé, más interesado en protagonizar una película porno que en tener una experiencia colectiva. Después de todo debía ser la primera de muchas, pensé. El miedo estaba aún presente, aunque en menor grado. Al hacer tiempo decidimos buscar más alcohol para aminorar la ansiedad que

se nos presentaba. Manu propuso ir a tocar puertas a aguajes no autorizados. Probamos un par y no nos quisieron abrir. Decidimos enfilarnos al hotel atravesando toda la ciudad. Sólo conocíamos de nombre el hotel Evergreen, precisamente porque era mito urbano que estaba lleno de putas.

Rubí y Vanessa ya nos esperaban en minifalda, pero sin los tacones de plataforma que usaban en la “Casa de Lety”. Al entrar, Rubí me dio un beso que al posar sobre mis labios me hizo temblar. Pasado el umbral de la habitación me pidió que preparáramos cubas para los cuatro. Manu, más nervioso que yo, se enfiló directamente a la cocineta de la suite en la que se hospedaban. El hotel era una serie de búngalos alrededor de una alberca. Pude observar que había un par de cuartos a ambos lados de un lavabo y un baño. Las chicas instaladas en un sofá floreado sacaron un poco de polvo blanco y empezaron a inhalarlo. Era la primera vez que me enfrentaba a lo que creía que era cocaína. Manu y yo cruzamos la mirada más para darnos ánimo que otra cosa. De pronto se me hizo que estábamos en medio de una película de mafiosos y a punto de iniciar una bacanal de antología. Rubí, que ya a la luz se revelaba como una rubia de tinte, se levantó del sillón satisfecha y se dirigió a una grabadora para poner a todo volumen un cassette mezclado de *Poison* y *Def Leppard*. Las chicas no tendrían más de 25 años, para nosotros eran mujeres altamente experimentadas que estaban a punto de abrirnos un universo de sensaciones. Rubí empezó a querer cantar la canción con un inglés de oídas que reproducía un sonido aproximado a lo que la canción decía realmente. La primera canción que sonó fue “Cinderella” a la que se entregó histriónicamente, y Vanessa la siguió. En la mesa de centro seguía un par de líneas que nos habían preparado nuestras amigas. Manu trajo cubas para todos y nos instalamos en

el sillón para contemplar su baile. La erección sostenida ya comenzaba a dolerme. Comenzaron a quitarse la ropa. Manu estaba embelesado con aquel *striptease* privado que por algunas razones cósmicas nos era ofrecido. La coca enfrente de nosotros generaba otra tentación a la cual yo sucumbí primero. Pensé que una inhalación podía pasarse, que al final había que vivir y uno de los requisitos para graduarse en la vida era el consumo del sexo y de las drogas. Finalmente, ahí estaban ante mí esos dos grandes manjares que equiparé con una fuerza divina, sobrenatural. Éramos dos adolescentes puñeteros dispuestos a encarar los niveles de hombría necesarios para ingresar al mundo de los ganadores.

La coca de súbito me bajó el pedo y aclaró mis movimientos y reacciones. Rubí y Vanessa nos invitaron a que nos uniéramos en el baile privado. Yo accedí. Sonaba ahora *Def Leppard* con la canción “Put some sugar on me”; en ese momento todo quedó esclarecido. Por fin entendía la canción, la epifanía de sus letras que me decían que el azúcar no era lo que quería en realidad, no imploraba ternura el cantante, sino que desde su atasco, lo que pedía era el azúcar de la coca como vehículo para el orgasmo sostenido: coger hasta morir llenos de coca en un ciclo casi tántrico. A finales de los ochenta estábamos en la sociedad “previagrática” donde se buscaba desesperadamente una erección perenne. La coca, comprobé, la hacía posible. Me llevó a su cuarto, y bajo una luz tenue me comenzó a desvestir. Con una erección bestial por el efecto de la coca, las cubas y el nerviosismo todo me parecía irreal, como visto por un escaparate que me privaba de una sensación más auténtica. Me tiró a la cama. Mi verga pulsaba. Abrió un condón y me lo puso con la boca.

—Ahorita vas a saber por qué somos tan caras, mi rey.

Al mencionar su valor monetario recordé que no tenía dinero, o no sabía si lo que tenía en el bolsillo me serviría para cubrir esa advertencia que Rubí me había hecho después de ponerme el condón en una suerte circense. Estuve a punto de preguntarle por la tarifa, pero ya ahí no quería que todo terminara. Me pregunté si Manu estaría corriendo la misma suerte que yo; si podría encarar con valor esta fiesta de los sentidos a la que éramos sometidos. Se me montó encima y antes de buscar mi verga se ensalivó la mano para humedecerse el coño. Me agarró el miembro y se lo introdujo a la vagina.

—Nosotras apretamos, mi vida. Y por eso los políticos pagan lo que sea.

Al revelarme lo más oscuro de su poética sexual, no pude evitar pensar en dos cosas mientras, efectivamente, su vagina me succionaba la verga con gran intensidad sabedora del oficio. La palabra política me incomodó porque me ponía de lado de Enrique, de su sombra. Sabía poco del tipo de relación sexual que mis padres habían llevado, tan poco que nunca había oído un solo suspiro orgásmico en la casa. Ahí se seguía una antigua tradición en la que se tenía una esposa para hacerse cargo de los hijos y una amante para atender sexualmente al marido, un lugar donde pudiera descansar de las presiones del mundo, del trabajo, de la corrupción y podredumbre de los círculos políticos, un oasis en medio del desierto. La amante no sólo era bien vista sino necesaria dentro de la clase política del priismo de los años ochenta. No es que no supiera de las amantes de mi padre; no es que no hubiera convivido con ellas. Pero sospechar no es lo mismo que cerciorarse de conductas. Me estaba cogiendo a una de ellas en aquel momento. El hijo por fin se encontraba con su padre, por fin tenían un receptáculo en común en el cual descargaban todo el arsenal de frustraciones sobre una chica

que hacía uso del impulso vital de su cuerpo. El hijo en el padre transformándose por un acto carnal, por un impulso alterado producto de la coca, del fuego interior, del deshonor y la tristeza. Rubí y yo cogimos hasta el amanecer. Cuando salí Manu ya no estaba. Me dolían los huesos de la cadera, la verga y los huevos. El sol ya estaba muy arriba, la claridad del día me molestó y con un dolor de cabeza que todo lo complicaba, me sentí miserable, no sucio, sino despreciable. Había cogido por primera vez, me había drogado por primera vez. Había hecho uso del paraíso en la tierra y no me podía apartar de esa sensación de pérdida.

Al llegar a la casa Enrique estaba en el comedor almorzando.

—¿Cómo te trató Rubí? —me preguntó sin mayor preámbulo. La interrogación me sacó del precario balance que había conseguido en el trayecto del Evergreen hasta la casa de mis padres.

—¿Cómo? ¿De qué hablas? —Lo increpé.

—No te hagas el loco, Rico. Sé muy bien adónde andabas. En cuanto llegaste con Manu me hablaron. No te olvides que soy el que en realidad gobierna este estado, no hay nada que yo no sepa. Aguinaga sólo se divierte, pero yo soy el que hace todo el trabajo. Espero que Rubí te haya tratado como si hubiera sido yo, que por la factura te pasaste toda la noche, eso sin contar lo de Vanessa y Manu. Pero se lo había prometido a tu madre. Espero que con esto me deje tranquilo. A menos que se le ocurra hablar con Rubí para ver de qué calidad fue tu desempeño.

Me lo dijo mientras comía un plato de frijoles y devoraba una concha como si me hablara del clima o de mis planes para ese día. De hecho, todo había sido planeado, cuidadosamente diseñado. No sé por qué, pero me sentí traicionado. Mi primera vez había sido producto del exceso con la venia de mi

padre. Había controlado incluso con quién debía acostarme, qué tipo de trabajo me haría. Por un momento pensé que al revelarme su poética del sexo estaría entrando a una zona de intimidad con Rubí. Finalmente ella había hecho su trabajo y Enrique lo sabía, entendí que por experiencia propia. En ese momento me dio asco, me di asco por haber caído en una trampa a la que había entrado voluntariamente. Sentí ganas de vomitar. Salí del desayunador con rapidez mientras las arcadas me presionaban el estómago. Vomité todo lo que tenía. Me lavé la cara y al contemplar el rostro en el espejo no me gustó lo que vi.

II

Aminta y yo nos fuimos del Sheraton a las diez y media de la noche. Antes de despedirnos creía que me daría algo de dinero. Había pagado la cena y las bebidas, pero esperaba un poco más. Quizás revivir aquella época estudiantil en que visitar a mi padre sólo significaba salir con los bolsillos llenos después de una cena en algún restaurante exclusivo. Esa era su noción de paternidad responsable y funcionó hasta cierto grado. En el taxi de regreso, ya sin tanta ansiedad por las cervezas, sentí el mismo malestar de siempre, como de haber entrado a un universo distinto al mío. Por un momento, antes de irnos, quise pedirle dinero. Tal vez como se pide perdón, quise venderme y quedar bajo su protección para no regresar a Kentucky. Después de todo, Kentucky no me sentaba. Me incomodaba ser visto como clase minoritaria, como mexicano inauténtico y que sintieran lástima de mí, tanto los demás hispanoparlantes como los pocos compatriotas que encontré en la universidad. Me molestó ser tratado en el otro extremo del espectro, sobre

todo porque mi acento revelaba mi pasado y mi descendencia. Quería regresar bajo su tutela, ser un digno representante de cualquier plan que tuviera para mí. El problema es que Enrique no tenía nada que ofrecer, ni dinero ni proyectos. Estaba en clara decadencia y deterioro. Ya no podía dar nada y Enrique sin dar nada era completamente miserable.

No teníamos mucho que decirnos porque Enrique no había leído nunca un libro entero, un libro de literatura, una historia. Las historias no le interesaban. Se quedaba dormido en las películas a las que íbamos y en los dos conciertos de música clásica a los que me acompañó en dos ocasiones. La tele era su forma de arrullarse. El problema era que roncaba. Tenía que despertarlo para que no molestara a los demás. A mí, el cine y sus historias visuales me sacaban de mi realidad desértica, me alejaban de eso que experimentaba todos los días. Vivía en un desierto y hacía todo lo posible por escapar de ahí. Mi afición por el cine fue medular en mi escape. Gracias al cine pude plantearme historias alternativas, historias de dimensiones paralelas a las mías. Me gustaban más las que salían de la norma, aquellas historias en las que todos los protagonistas estaban jodidos. Para eso me tuve que repasar el Videocentro solo. Manu sencillamente se aburría conmigo y yo no tenía más amigos con quien pasar la tarde. Si en otras casas rentaban películas de acción, Manu prefería ir a pasar el rato con más amigos. Así me fui aislando más, internalizando más mi desazón por lo que me había tocado vivir, preguntándome más y más el porqué de las cosas. Era una pregunta que a los 17 a nadie interesaba salvo a los que creíamos que habíamos perdido algo en el camino. Éramos pocos, en realidad, sólo era yo en ese mar de “gente bien”. Supongo que no era de clase bien hacerse preguntas filosóficas que pusieran al descubierto sentimientos de valor y merecimiento. Éramos congraciados, pertenecientes a las altas

esferas sociales donde las preguntas internas que no tuvieran que ver con lo externo no importaban en realidad. Leer ni siquiera era requerido para las clases de literatura. Enrique, pese a su nula afición por las cosas del intelecto artístico, se creía poseedor de alguna cultura frente a los demás a quienes despreciaba de igual forma. Su política era sentirse superior ante ellos y exigir conclusiones que se pudieran generar en alguna tabla o estadística. Ese era su espíritu científico. “La frialdad de los números”, recuperando más la frase de la televisión del Mago Septián, era lo que ponderaba para hablar de cualquier tema, no comprendía cómo se podía evaluar una obra de arte ni cómo ponderar una frente a otra. No es que esta disquisición estuviera clara para mí. Era algo que no podía cuantificar y Enrique me preguntaba cómo sabía que el *Quijote* era la gran obra de la literatura universal, qué la hacía tan especial o de qué manera se podía corroborar. La ocasión en que me lo preguntó me sentí ultrajado. Lo tomé personal, más porque no supe darle una respuesta; la verdad es que a mis 17 años tampoco lo sabía. Había intentado leerla a mis 15 y su prosa me pareció tan confusa que no pude continuar más allá de su famoso principio. Había consultado una edición sin notas por lo que atribuí que mi falta de lenguaje era la culpa. Jamás había oído semejantes palabras ni tampoco había oído a nadie hablar de aquella forma, pero en el desierto y rodeado de gente que no podía sostener una idea que contuviera más de dos oraciones, aquello se me hacía deficiencia de razón continental.

Después de la cena del Sheraton no lo volví a ver nunca más. Cuando terminé el doctorado me habló con la intención de felicitarme, o cuando menos eso quise pensar. La plática fue baladí, plagada de lugares comunes que no decían nada, hasta que dijo algo que ha resonado en mí desde entonces:

—Hijo, te reconozco como persona adulta.

Al término de la frase quise tomarlo como una revelación de su amor. Finalmente era la prueba de que el amor paternal había estado ahí dormido. Quería quedarme con eso hasta que Aminta me desbarató el entuerto cuando colgué el teléfono y se lo dije.

—Perdóname, Rico, que te lo diga. Pero ¡qué cabrón es tu papá! ¿Y qué has sido entonces para él los últimos diez años que llevamos juntos?

—Supongo que un niño jugando a ser adulto. Le respondí azorado por la reflexión de Aminta.

—Yo creo que esas cosas no se le dicen a un hijo. Nosotras, tu hija y yo, nos hemos sentido muy orgullosas de ti desde que te conocemos y hemos creído siempre que eres una persona adulta.

Ese fue el último insulto que mi padre me dio en vida desde miles de kilómetros de distancia. Su insulto había atravesado dos países, dos costas para seguir resonando todavía años después.

¿Por qué mi padre después de haberme vaticinado todo el fracaso del mundo me concedía ahora la mayoría de edad? Una mayoría de edad a los 30, una mayoría que tenía una hija, una esposa, cinco años viviendo en el extranjero en el que trataba de borrar todo mi pasado, empezando de cero. Sí, era pobre al final. Vivimos de la seguridad social gringa cuando trajimos al mundo a Alejandra, pero nadie nos mostró un mapa, nadie nos enseñó que vivir en el extranjero era perder algo y estarlo perdiendo paulatinamente. Yo sentía que perdía cada día algo, pero Enrique por fin me había reconocido como hombre, como adulto. No sé si se refería a que había tenido huevos para irme y quedarme por espacio de cinco años sin quebrarme.

Aquella noche en el Sheraton estuve a punto de quebrarme. Ese último encuentro sucedió para que viera que él había sido derrotado por sus propios fantasmas y que ya no había nada debajo de esa prominente joroba. Me contuve no como forma de autonomía ni como imposición masculina. Me contuvo su silueta, fue un reconocimiento de la soledad gigantesca y su proximidad a la muerte. ¿Qué era Enrique en ese momento para mí? Un dragón derrotado, un gigante empequeñecido. Sentí lástima por él. Su reconocimiento final ya no me decía nada, sonaba a disculpa, que supongo era lo más sensato decir.

III

Seis meses después de la llamada en la que me reconocía como persona adulta Enrique tuvo su primer infarto cerebral, cumplía 69 años justo en el día en que se le paralizó la mitad del cuerpo. En esta ocasión me localizó su hermana Brenda, la menor, que siempre trató de justificarlo y afirmar más la culpa de Silvia en la violencia doméstica que experimentábamos Nora y yo. Le debía a Enrique cierto bienestar en el DF mientras hacía la carrera de Psicología en la UAM Xochimilco. Me dijo que la había ayudado, nunca abundó en los detalles, pero lo más probable era que se refería a dinero. No la conocí en mi infancia, sino en mis años como estudiante preparatoriano y universitario, cuando empecé a defenderme de Silvia y Enrique mediante todos los mecanismos que tenía al alcance. Fungió en cierta manera como una madre putativa, sucedánea o así traté de asimilarla. A ratos como una persona cercana, en otros como una guía espiritual hasta llegar a una especie de enamoramiento que fue creciendo sobre

todo cuando mi necesidad de conexión con lo otro, o mejor dicho las otras, no fraguó de la manera en que me hubiera gustado. Después de todo seguía viviendo en una sociedad puritana y mis amistades no podían surgir de otros lados. Brenda tenía por mí cierta empatía. Para mi familia extendida no era ningún secreto que Silvia era violenta, que tenía problemas de clase y que encima de todo tenía inestabilidad mental. Brenda fue la primera en llamar a Silvia colérico-depresiva y esquizoide. Los tres años que viví en La Paz, una vez terminada la universidad, volví para tratar de rescatar o reconstruir una relación con ellos (todavía pensando en que la interacción podía cambiar porque había terminado la universidad y tenía 22 años). Brenda me sirvió para comenzar a reconstruirme. Cuando la conocí vivía en cierta medida al margen de la clase política y de la familia, un tanto aislada por su compromiso social. Había dejado atrás a su marido y pretendía también recomenzar una vida al margen de una imagen masculina. Estaba más cercano a lo jipi y al New Age; creía en los cuarzos, la curación alternativa, las flores de Bach que aplicaba en el tratamiento de enfermedades mentales y psicológicas. Enrique le consiguió un puesto en algún centro de protección de adicciones y niños de la calle. En sus ratos libres se dedicaba a la pintura. Ella me enseñó a pintar al óleo, más como terapia que como hecho artístico. No me dio terapia *per se*, pero las pláticas de café en la tarde con ella y las sesiones de pintura tenían que ver más con una búsqueda de mi individualidad fracturada y confusa. Pinté una buena cantidad de cuadros al óleo, eso me sirvió para darme cuenta de que sólo exponía las mismas cosas, las mismas obsesiones: un cuerpo femenino en todas las posturas que pude expresar y rostros melancólicos que buscaban conectar con algún surrealismo retardado. Según yo, exploraba mis sueños y con

ellos la sexualidad que había traído conmigo desde los años oaxaqueños; sin embargo, jamás le conté la historia de mi violación, porque la creía superada, enterrada por el tiempo y por el descubrimiento de que el cuerpo femenino me atraía, tal vez, demasiado como para volverlo una obsesión. O quizá ese trauma me impulsaba a reafirmar más esa sexualidad. Nunca me preguntó por qué pintaba lo que pintaba; era quizás lo poco que se escandalizaba por mis composiciones lo que me hacía buscar sus límites y los míos. Los límites de una relación que podría llamar nuestra pero que siempre fue solo mía. Iba a su casa en el centro de la ciudad para discutir algunos trazos y contemplarla como una cápsula de tiempo, como un estero de felicidad donde por fin podía reconciliarme con la imagen femenina y con el deseo. Una imagen materna que podía desear sin mayor culpa.

Dejé de pintar porque no podía llevar los cuadros a la casa de Silvia. Nunca aprobó mi “relación” con Brenda y tenía que mentir cuando iba a verla. Todo el material lo dejaba en casa de Brenda. Compraba lienzos a escondidas, todos de gran tamaño, porque pensaba que necesitaba espacio para desbordar todo lo que no podía digerir en mi vida. Los óleos se fueron acumulando en su sala hasta que no hubo espacio en las paredes y tuve que regalar algunos y otros guardarlos en casas de más familiares. Incluso al llevarle uno a Manu me increpó por la indecencia de la composición: “Está padre, güey, pero mi jefa se va a agüitar si ve esta madre” me contestó; también dejé de pintar porque mis cuadros no me satisfacían del todo, incluso podría aseverar que eran horribles, exploraciones de elementos sin sentido narrativo. Además, me faltaba mucha dirección. No sabía cómo hacerlo y estaba seguro de que carecía de talento. Los talleres con Brenda los tenía cuando regresaba de vacaciones a la casa de Silvia y Enrique los veranos y los

inviernos y en cualquier oportunidad que tenía de salir del DF para volver a ese brazo largo y sin sentido que era la península. Debo confesar que admiraba a Dalí más por su encuentro con Gala, una mujer mayor, y de quien decían había “corregido” las tendencias homosexuales de Dalí. Era una figura que de alguna manera tendía en mí un puente entre lo que podía ser o había sido o era destinado a ser, cosas que aún estaba por dilucidar. Brenda bien podía ayudarme a trazar esos puentes que necesitaba para encarar mejor algunos demonios que quedaron relegados en algún rincón de mi memoria.

Brenda fue quien me llamó para decirme que tenía que ir a despedirme de Enrique. No lo podía dejar solo y tenía que ir a verlo y perdonarlo. Después del primer infarto cerebral llegó otro. A petición de Brenda le hablé por teléfono desde Kentucky. Ha sido la conversación telefónica más devastadora que he tenido jamás. No la puedo considerar, del todo, conversación. No entendí nada de lo que me dijo. Trató de decirme algo que no pude comprender. Estoy seguro de que fue una despedida de su parte. Sólo recuerdo el malestar emocional de no entender nada al otro lado; empecé a hablar sin ton ni son. Tenía que decirle algo positivo pese a que no sentía más que pena por mí por no poder articular algo que me saliera de adentro. Querer decirle a alguien a quien has dejado de respetar e incluso de querer, que sí tienes por él alguna clase de amor o de admiración resulta lo más desolador que se puede vivir. Se lo dije de cualquier manera sintiéndome un hipócrita. Experimenté pena por el hombre terminal, porque sentir el miedo del otro ante la muerte te lleva a sentirla tú mismo. La profecía de Enrique por fin se estaba cumpliendo. Su muerte tan anunciada por él mismo desde que tenía 10 años se estaba consumando, materializando después de 20 años. No sé si la hubiera imaginado de esa forma. Imaginar la

muerte es buscar algo para no experimentarla, entender por qué se vive. Enrique sabía que moría sin haber logrado lo que quería. Sus aspiraciones quedaron truncadas. Había tenido buena estrella, hecha de encuentros y desencuentros, como todo. Había conocido gente que tomaba decisiones centrales y había tratado de hacer sus jugadas sin tanto dinero de por medio. Silvia se lo reprochó todo el tiempo.

—Era para que tuvieras más dinero. El cabrón de Aguinaga ha tenido menos puestos que tú y mira hasta dónde llegó. Él fue el que te rescató de México y te dio luz. Pero tú nada más sirves para irte con putas y ponerlas en la nómina. Pero no sé qué chingados les hagas.

Sus reproches debían terminar con la duda y el insulto hacia la hombría. Enrique negaba toda acusación que pudiera venir de la boca de Silvia.

Nora me dijo que había querido hablar con todas sus hijas. La llamó por teléfono para pedirles perdón, por eso deduzco que quería decirme algo similar. No entendí si lo que me decía era algo parecido. En realidad, lo mejor que me pudo pasar fue no haber entendido nada. Quedaba la duda de una posible despedida, de una posible reconciliación, de un lugar del cual habría podido asirse. No sé lo que me dijo. Colgué entre consternado y aliviado. Consternado porque sabía que aquello no podría terminar de un modo positivo, con una recuperación, aunque Brenda me dijo también por teléfono que era más probable que se recuperaran de las embolias los viejos que los jóvenes. Me refirió el caso de un hijo de Santiago Rainer, exsecretario de Enrique en sus años de apogeo político, quien había tenido una embolia y que acabó en la muerte, frente a la de Enrique quien por lo visto ya había sufrido dos anteriores que nos habían pasado inadvertidas. Aliviado porque si pasaba algo terrible como su muerte no

podría ir. Mis papeles migratorios estaban en trámite y ante la burocracia no se puede hacer nada. Sencillamente no podía salir y esa sería mi coartada, mi argumento. Argumento que sostuve los siguientes cuatro meses después de la imposible conversación que tuve con él. A los dos meses de empezar mi nuevo trabajo en la Universidad de Virginia recibí la llamada de Nora. Me ofrecieron cubrir mis clases y me dieron una semana para ir, misma a la que por ley tenía derecho. Volví a argumentar mi situación jurídica. Si bien ya tenía aprobado el visado correspondiente aún debía ir a la embajada, sacar cita, hacer cola a las 5 de la mañana y esperar por espacio de tres horas a que se concluyera todo el papeleo. Esto además tenía que hacerlo en un consulado de Estados Unidos en México. El más cercano era el de Tijuana. Lo investigué sólo para que mi excusa fuera más creíble, para defenderme del posible reproche de Silvia, Nora y Brenda. El viaje sería más gravoso de lo que podía pensarse y acabaría gastando el dinero que apenas comenzaba a ganar.

Al discutirlo con Aminta, que tenía más sentido común para las cosas de la vida y de la muerte, me lo dijo claramente:

—Los funerales son para acompañar a los vivos, no a los muertos. Para que no entierres a tus muertos solo. En este caso es para que te acompañen a ti, a tu madre y a tu hermana. Los muertos ya están muertos y ni se enteran.

Ahora a la distancia no sabría cómo interpretar esas palabras de Aminta. En aquel momento lo tomé como una invitación a no ir. Toda mi culpa se disipó, aunque tenía que dar la cara y explicar por qué no podría ir ni siquiera haciendo el esfuerzo por cruzar la frontera. Finalmente había que tomar decisiones drásticas y dejar la sensiblería al margen. No iría y además no me sentiría culpable.

IV

La ambulancia llegó a las tres de la mañana para llevarse a Enrique a urgencias del hospital de salubridad del Estado. Pudo reconocer que lo que lo estaba matando no era la embolia ni la afasia sino una perforación en el estómago que los médicos nunca buscaron. Tenía una úlcera del tamaño de una moneda por lo que los jugos gástricos empezaron a inundar el torrente sanguíneo y a desintegrar los órganos alrededor del estómago. Esos ácidos comenzaron a descomponer todo lo interno y el dolor era lo único que Enrique podía percibir.

—Es el estómago. Trató de decir Enrique desde su afasia mientras los camilleros lo sacaban de la casa en una lengua que nadie podía entender. Se lo llevaron a terapia intensiva. Silvia lo siguió en su coche y estuvo con él desde la madrugada del sábado hasta el domingo en la mañana sin apartarse de la cama. En terapia intensiva lo único que podían hacer por él era darle morfina para aminorar el dolor. Trataron de que Silvia firmara el consentimiento para elevarle la dosis y que el corazón le dejara de funcionar. No había nada que hacer. Los jugos gástricos lo estaban calcinando por dentro. Entre más pronto firmara sería mejor. Era algo que ocurriría conforme el dolor siguiera avanzando. Era mejor terminar de una vez con la agonía de Enrique. Silvia no quiso firmar. Ella no lo iba a matar, según increpó a alguno de los doctores que quisieron persuadirla. “¡Jamás voy a matar al doctor!” empezó a gritar. “Eso déjenselo a sus hijos”. Le tuvieron que aplicar a ella un calmante también.

Brenda le habló a Nora para que tomara el primer vuelo a la península. Llegó a las 12 de la noche con sus dos hijas de 1 y 3 años. Manu fue por ella al aeropuerto y se las llevó a su casa con su esposa.

—No te preocupes, Nora. Yo me llevo a las niñas y nos vemos cuando todo esto esté más en calma —le dijo Manu.

A la 12:45 ya estaba en el hospital. Fue a verlo inmediatamente. Encontró a Enrique y a Silvia en algo que calificó como prueba de un amor del que ella siempre dudó. Como buena hija siempre creyó que Enrique no sentía nada por Silvia, pero al cabo de los años el amor se transforma en una especie de soledad acompañada. Silvia estaba sentada al lado de él y le tomaba la mano. La mano pesada y morena de Silvia envolvía la mano fina, blanca de Enrique ya deteriorada sensiblemente por la artritis, al tiempo que le cantaba “Mi viejo” mientras él le respondía “¡Ay, Silvi, me muero; Silvi, Silvi, Ay, Silvi!” Nora no pudo contener las lágrimas y sólo observó desde la distancia. Se alejó para que estuvieran los dos en su última y quizás única escena de amor que le tocó vivir a Nora entre ellos.

Los médicos se le acercaron con el permiso y le dijeron que ya era hora. Nora firmó el documento. Entraron a llevarse a Silvia que salió con altivez. Se encontró con Nora y se consolaron por algún instante. Silvia le dijo que tenía que planear lo siguiente y que mientras Nora lo resolvía todo, ella iría a tomar una siesta y cambiarse para el día siguiente. No dijo funeral ni velorio ni sepelio. En el hospital se encontraban todas sus hijas, por respeto a Silvia habían esperado a que Nora firmara las formas. Nora las saludó y abrazó a una por una, incluida Eugenia. Le sorprendió el parecido que tenían ambos; era la que más se parecía a él de todas. También se encontraba Luz que técnicamente no era su hija sino la hija de un Valverde que despachaba una tienda de abarrotes en el mercado donde Rosa compraba la fruta y la verdura. Enrique la reconoció, pero no lo hizo como medida heroica, sino que pensaba que realmente era suya. Todo el pueblo sabía que

Rosa engañaba a Enrique y como típica historia de cornudo fue el último en percatarse.

Nora vio cómo subían la dosis de morfina hasta que el monitor indicó que su pulso había desaparecido. Lloró tendidamente abrazada de sus otras hermanas, aquello se me antojó un plañido en coro. Su padre había muerto y era, además, domingo en la madrugada. Esta agonía lo había puesto del lado de los arrepentidos y como el amor femenino hacia la figura masculina resulta incondicional, todas lo glorificaron, todas lo canonizaron, incluyendo por supuesto Silvia y Brenda. En pocas palabras a todas se les moría un padre. Eso había sido tanto para Silvia como para Brenda, la imagen sucedánea de un patriarca a quien le mostraban todo el respeto del mundo.

Silvia me lo había dicho la última vez que la vi. Había quedado huérfana también pero su espíritu, o mejor dicho su fantasma, llegó para quedarse atrapado con ella en esa casa que construyó para no dejar que el tiempo transcurriera. “Tu papá es un santo” fue lo que me dijo cuando hablé con ella aquella tarde primaveral en su casa. Su santidad no le dio para mucho; la santidad de un macho que las quiso, la santidad de un hombre que no era la figura del macho sino más bien, una figura recompuesta de lo que la dimensión de macho podría ser. Su violencia no era física sino económica y política. Su fuerza consistía en proveer a sus mujeres, incluidas amantes, dentro de un estado de confort, una suerte de certeza metafísica para lidiar con las andanzas de la burocracia. Las había provisto de casas, trabajos con ISSSTE, a ellas y a sus respectivos maridos, cuando los hubo. Eugenia, la única que no llevaba su apellido, había sido la más congraciada. Persiguiendo ese sino fantasmal del padre extraviado, se hizo enfermera en el Conalep y se casó con otro enfermero. Siguió en contacto

con Enrique durante toda su vida. Si bien era esporádico de alguna manera la ayuda continuó fluyendo durante los años de necesidad. Eso es lo que entendí que Eugenia le agradecía a Enrique: el no haberse desligado de su “responsabilidad paterna”. Supongo que dentro de los mendrugos de amor que requiere una hija fuera del matrimonio lo poco que da un hombre que te ha negado su apellido resulta mucho. De entrada, porque según la ley no estaba obligado a dar nada y sin embargo todavía lo hizo. Supongo que en eso radicaba la nobleza de Enrique. En una sociedad machista lo poco se convierte en demasiado. El hombre no tiene por qué dar nada y así está bien. La mujer no lo buscó, no le armó escándalo. Había respetado su posición y el pago a su medida, a su reconocimiento de posiciones dentro de la aristocracia médica y social determinaba que ella sólo podía aspirar a que la dejara verlo, cuidarlo sin vergüenza. Por eso, Eugenia le estaba agradecida a un padre que sabía que la había evitado toda su vida. La plaza para el marido de Eugenia (por supuesto Enrique no fue a la boda ni a entregar a la novia) y el ascenso que tuvo dentro de la administración del hospital general fue bajo la venia del padre, su padre. Nora me dijo que, de todas las hijas, era a la que le había ido mejor económicamente. Cuando se la presentaron la llevó a conocer su casa, ubicada cerca de lo que era el hotel La Posada, donde habían estado también unos terrenos que Enrique se había adjudicado en época de la Reforma Agraria. Le habían autorizado un par de manzanas completas. A esto nunca lo llamó corrupción sino generosidad y reconocimiento a la labor partidista. En uno de esos terrenos Eugenia había construido su casa. A las otras dos también les dio una, tal vez cómo símbolo de hombría; había que proteger a las hijas y uno de esos mecanismos era regalándoles casa. No es que Enrique las hubiera comprado

para regalárselas con su propio dinero. Más bien, hacía todo lo posible para que las casas salieran de los fondos del Infonavit mediante adjudicaciones directas con menor precio de lista y con posibilidades de tener el crédito más jugoso con tasas de interés menores a las que se financiaban en aquellos días. Así, las modestas casas no eran tan modestas después de todo, porque estaban en zonas donde no había casas de interés social. Incluso Luz, la menor, quien optó como Eugenia por ser enfermera, tuvo una casa financiada por un padre que no era el suyo. Alejandra, con la que más convivimos, fue la que corrió con mejor suerte.

Alejandra era la mayor del matrimonio con Rosa. Se parecía a Enrique en ciertas facciones, pero de igual forma tenía rasgos de la madre. Como Ale y Luz eran blancas, pertenecientes a la clase alta, sin rastro de contagio indígena. En ese sentido Enrique se había casado con quien debía haberse casado. En algunas de las pocas pláticas que tuvimos le pregunté por qué se había casado tan joven, a los 24 años. Entonces tenía 17, para mí, la paternidad ni el casamiento estaban próximos ni como proyecto ni como objetivo. “Por pendejo” me contestó sin reparo. Y luego agregó:

—Le hice caso a mi padre. Él había concertado el matrimonio y yo nunca fui un tipo rebelde. Me dijo que ya me tenía esposa, acababa de terminar la universidad y no pensaba en nada más que en lo que trajera la vida. Digamos que he ido tomando lo que se me presenta, sin hacer mayores conjeturas, sin tomar demasiadas decisiones, sin ampliar mi universo de opciones; tiendo a sólo encontrarme en pequeñas encrucijadas en las que únicamente haya dos opciones.

A los 17 años, la explicación de Enrique me pareció entre razonable y pusilánime. Aquella conversación quedó grabada en mí para el resto de mis días. En ella lo único que

me quedaba claro era que no había que hacerle caso al padre. Opté después por el camino contrario, por todo lo que él hizo yo elegiría el lado contrario, un movimiento opuesto. Lo mío sería ir por el lado contrario de mi padre porque él no lo había hecho y claramente se notaba que no había sido feliz. Yo lo sería porque podía concretar más cosas que él. De alguna manera sentí que me daba la libertad de estar en su contra. Me revelaba secretamente que los padres, al contrario de lo que yo suponía, se podían equivocar. Es más, que era posible que los padres siempre se equivocaran. Con esta revelación en mente traté de dirigir mi vida. Había sido claro que el padre de Enrique se había equivocado y que su primer matrimonio había sido un fracaso. Esta premisa me ponía del lado de los inconformes, del lado de aquellos que buscan desafiar el orden establecido y además Enrique, mi padre, me había dado permiso de contradecirlo. El ídolo de la infalibilidad se me había caído. ¿Lo que me había dicho significaba que su vida había sido el producto de otras decisiones, de otros códigos morales? A los 17 no sabía lo que era el amor, pero sí lo que era el sexo y encima lo que era el sexo con una puta. Había tocado, visto y sentido partes de ambas anatomías. Para mí estaba claro que el amor no era parte del sexo, sino de otra cosa a la que Enrique se había entregado nada más porque sí, para no defraudar a su padre, que ya había hecho arreglos para que su hijo exiliado y puesto al cuidado de sus abuelos, se casara con alguien digno, de buena familia. Esta bondad familiar tenía que ver más con el reconocimiento peninsular de ser parte de aquellos españoles que fundaron y se establecieron desde la época jesuita del siglo XVII que con los que se habían quedado, establecido y no habían tenido contacto con el resto de la población mexicana, hasta cierto sentido orgullosos de su herencia y de sus maneras. De este

tipo de familia provenía Rosa. Mujer criolla, de facciones finas, cuya familia tenía propiedades en el centro de la ciudad. Tenía 20 años cuando se casó con Enrique. Terminó la preparatoria y había estudiado de manera casi informal para ser estilista. Sólo por gusto, como una suerte de profesión en el arte de estar detrás de las apariencias, de una vida social pequeña y por eso mismo demandante. Su juventud y su desarrollo mental llevarían a Enrique a verla como “su adoración” y ante eso soportar una serie de ataques.

La historia de llamarla “su adoración” se la oí a Silvia cada vez que discutían. Lo acusaba de haber amado más a Rosa que a ella. Lo acusaba de haberla tratado mejor pese a que Rosa había enloquecido hasta el punto del manicomio. Ciertamente Rosa había enloquecido, pero hasta la fecha no sé por cuál historia decantarme. Aún persisten en la familia, sobre todo con mis otras hermanas, una sensación de extrañeza, de que no pertenecemos al mismo código genético. Tal vez la empatía que Nora y yo hemos buscado constantemente con Silvia nos ha llevado, o quizás más a mí, a creer que Silvia no era ese monstruo que la evidencia, que las historias (y no sólo las nuestras) lo confirmaban.

Ahora Nora ha trabado amistad con Luz. Desde la muerte de Enrique las dos han tratado de reconciliar sus historias, conocerse, o reconocerse una en la otra. Luz fue la más distante con nosotros. Yo no recuerdo ni haberle dicho siquiera hola. Tal vez nunca habría conocido su historia de no ser porque Silvia se encargaba de recordársela a Enrique como la prueba viviente de su deshonor, la historia de su debacle masculina. Había sido el producto del fracaso matrimonial, de la prueba irremediable de que su masculinidad era absolutamente frágil, que no sabía cómo satisfacer a una mujer en lo más esencial. Al final Rosa se había ido a buscar lo que no tenía en casa con

el tendero de la esquina. Con ello quería decir dos cosas: la primera es que no sabía cómo saciar el hambre sexual de la mujer y que, dada esa carencia, Rosa había tenido que ir a buscarla adonde fuera; la segunda era que Rosa al final no podía distinguir entre el sexo, el poder, o el amor. Al disminuirla también procuraba enaltecerse ella misma, ponerse en otro nivel intelectual. Todo este reproche nos evidenciaba la falta de actividad sexual entre ellos. Si por alguna razón cogían no lo hacían con frecuencia ni regularidad. Ocasionalmente la puerta de su cuarto estaba cerrada con seguro para evitar cualquier intromisión. Eso disminuyó hasta que dejaron de compartir habitación y Silvia se convirtió en una figura errante dentro de la casa que dormía en todos lados, la sala, el estudio, el cuarto de Nora y finalmente en mi cama, la mayoría de las veces.

Nora descubrió que la historia de Luz de alguna manera tenía correspondencias con la suya, incluso con la nuestra. No sé qué tanto sepa Nora de las situaciones que viví o qué tipo de abusos tuvo que soportar o, incluso, si fueron similares a los que tuve que enfrentar. Por un lado, supo que, a Luz, por una decisión interna y casi como reproche, la otra hermana la condenó a hacerse cargo de Rosa, después de todo era la bastarda.

Rosa murió hace tres años. Durante sus últimos diez años su vida oscilaba entre el manicomio y su casa familiar del centro, misma que era propiedad de Enrique debido al contrato matrimonial que habían firmado al momento de casarse. Luz vivió a cargo de la madre desde que tuvo uso de razón y desde que Enrique regresó a establecerse en la capital de la península como secretario de Gobierno por lo que el manicomio pudo conservar a Rosa por periodos más prolongados. Gracias a esto, Luz pudo terminar la secundaria y hacer la carrera en

el Conalep. No pudo contemplar una opción tradicional de prepa por la urgencia y la decisión de su hermana. Además, el estado mental de su madre lo hacía casi una necesidad. De esa forma Enrique también aceleraba el paso de ser sostén de su otra familia para que a los 18 años ya sus hijas tuvieran algunos medios de incorporarse a la vida laboral. Al término de su carrera técnica, Enrique la congraciaría con una plaza en el hospital general. En su esquema mental no resultaba ninguna canallada. Las hacía autosuficientes y les daba una casa en la que, a los 18, pudieran establecerse y tomar toda clase de decisiones equivocadas que no comprometerían su calidad moral, pero sobre todo su cartera. Así, Luz se convirtió en la más vulnerable. No sé, porque no la conozco, si su capacidad intelectual daba para más. Lo único que me queda claro es que no tuvo ninguna opción, no ejerció un libre albedrío en su vida. Es aquí donde el concepto de libertad se me confunde, mejor dicho, se me pierde. La primera familia de Enrique tuvo grandes carencias humanas, afectivas y al final económicas. Vivieron a la sombra de Enrique, siempre en el mismo lugar donde residía la mayoría del tiempo: El DF, Oaxaca y finalmente La Paz. Ale es diez años mayor que yo y Luz seis.

Alejandra había inaugurado el camino que Luz tomó. Silvia las criticaba y nos decía que eran “bastante tontas”, que de seguro habían heredado la poca inteligencia de Rosa. Enrique, para conectar a todos sus hijos, nos forzaba a acompañarlo todos los domingos por la mañana a desayunar a algún Sanborns. En el trayecto, Nora lo cuestionaba para saber a quién de sus familias quería más. Aunque Enrique repetía, que, a nosotros, yo no podía ocultar mi animadversión hacia mis otras hermanas. Sentía celos, sí. No por ser ajenas a mi vida diaria, sino porque eran el producto de otra madre. Porque

de alguna manera no tenían que sufrir a la mía. En aquel entonces no sabía que la locura de Rosa era real, auténtica y que la de mi madre, Silvia, nunca fue diagnosticada. Creo que, en ese sentido, ellas tuvieron una ventaja sobre nosotros: la certeza de la locura, el diagnóstico clínico que cuando menos aligeró la recepción de la violencia, la necesidad afectiva. Por eso creo que tengo que corregir, había dicho que vivieron con más carencias afectivas que nosotros, no fue cierto. Creo que nosotros acabamos más dañados, que hemos tenido que recurrir a otros medios de expresión para poder lidiar con esa incertidumbre de la posibilidad de que Silvia algún día cambiara, de que Enrique entendiera y supiera lo que éramos, que nunca me sentí más vulnerable que dentro de esas cuatro paredes en las que viví los primeros 25 años de mi vida, de que Silvia no dudara de todo lo que éramos: yo un hombre que de niño había sido sexualmente abusado y que no tenía por qué perderme en terrenos que no me apetecieran; Nora también, pese a que no pudo conectar con hombres por lo que decidió ser virgen hasta su matrimonio, porque al final Silvia nos hizo percibir todo lo relativo al sexo como sucio, torcido, pervertido. Rectifico entonces, sus carencias fueron otras, quiero pensar que más nobles, menos escandalosas que las nuestras. Lidiar con esquizofrénicos es muy complejo. Pero aún más si nunca han sido diagnosticados y se convierten en un peligro para la salud mental de un niño.

Ale llegaba con el que llamaba “El Peter”. Era un tipo simpatiquísimo, con una risa contagiosa. Provenía de una familia que había llegado a la península y echado raíces desde tiempos inmemorables, casi desde los tiempos jesuitas, por lo que parecía ser todo un ranchero perdido en la urbe de acero del DF. Hablar con él era entrar en los terrenos de una congregación donde todos éramos rebautizados

para convertirnos en uno solo: *el amigazo*. Todos los que interactuaban con él, a excepción de Enrique, su suegro potencial, adquiriríamos un nuevo nombre que nos unía y al mismo tiempo nos ponía en una relación de amistad y de confianza extrema. Ser su amigazo era tener la confianza de presentar opciones y alternativas, llegar a conclusiones que invocaban un sentido de comunidad que no había vivido. “Ya llegó el amigazo” me decía cuando nos veía entrar al Sanborns de Universidad y División del Norte. “¿Qué vas a querer, amigazo?”, su calidez humana me decía que mis celos eran completamente inútiles, que podía extender mis paradigmas a cualquier comunidad sin traicionar a Silvia. Eso aprendí del Peter. Recordar a Ale es recordar al Peter y tratar de darle sentido a Ale dentro de algo que fue apenas trozos de mi vida.

Cuando dejé de ser niño y ocasionalmente venía a la casa, siempre que Silvia no estuviera, la veía perdida. Casi como reclamando el lugar que alguien le había robado, con ganas de ser parte de la vida de Enrique, con ganas de no irse nunca. A mí me generaba una pena enorme. No sé si sabía que Silvia estaba loca también o si creyera que la violencia de Silvia era benigna o sólo parte de su mala fama, pero era muy distante con Nora y conmigo. Tal vez envidiaba la cercanía que teníamos con Enrique. Pero una vez que Ale se iba, Enrique comenzaba a hablar mal de ella. Cuando la veía, le decía que estaba muy gorda y que debía adelgazar o de lo contrario se moriría muy joven. Me impresionaba el tono de su reproche, más cerca al insulto que de la preocupación sensata. Lo cierto es que cada día engordaba más. Se casó con el Peter en el DF y volvieron a Loreto. Como era parte de las familias del lugar tenía contactos, incluido el suegro, que lo ayudaron a escalar peldaños en el ayuntamiento hasta convertirse en regidor, secretario general del Ayuntamiento y finalmente alcalde de la

región. Tuvieron un par de hijos. Casi a la par de su noviazgo, el Peter andaba con otra; duró con ella todo su matrimonio y su divorcio, hasta que se casaron hace algunos años.

Silvia sostuvo una relación un poco ambivalente con Ale. Días de odio profundo con reencuentros amorosos, sobre todo después de la convalecencia de Enrique. Silvia había sido clave para alejarnos y aislarnos de todo. Por ello mantenía a las hijas de Enrique a raya, a distancia, y a cualquiera que pudiera entrar a desestabilizar el orden construido en forma de casa, una que como solía decir “con tanto esfuerzo había construido”.

V

Al velorio de Enrique asistieron todos los políticos locales, incluido el gobernador en turno, la familia de Enrique y las dos hermanas de Silvia que venían de Hermosillo. Silvia estuvo a punto de no conseguir la catedral para la misa. Quería que fuera lo más vistosa posible. Sería la última gran congregación de Enrique. El día en que comenzó el velorio Nora me llamó al celular para preguntarme una vez más si iría al funeral. Desde el fondo oí la voz de Silvia gritar:

—Dile a ese bastardo que si no va a venir a acompañar a su padre. No está cuando se le necesita. ¡No sé qué hice para haber parido a ese desalmado! Quién sabe qué pecados habré cometido en mi vida anterior para merecer a esa basura, a ese poco hombre.

Yo me encontraba a miles de kilómetros de distancia, de costa a costa, sin embargo, una ventana, un hoyo negro que devoraba toda la antimateria, se abrió para lanzarme de súbito a lo que había dejado atrás. Me sentí miserable, no porque no iría sino por lo vulnerable que todavía podía ser a sus insultos.

Cómo podía ocurrir que, a pesar de la distancia, la vida, mi autonomía, mi calidad de padre, mi labor como esposo, profesor, investigador, crítico, filósofo de los fenómenos culturales, aún la voz de Silvia me podía lanzar de bruces contra el piso y hacerme sentir inhumano una vez más, hacerme sentir que no podía alcanzar ninguna de sus expectativas, me hacía sentir como un gran fraude. Y eso es lo que era, una imagen fraudulenta de mí mismo que sólo traía la muerte y no la vida; la inconveniencia de existir para defraudar.

—Ya saben que no puedo, Nora —acoté.

—Sí... Sólo hablé porque me insistió —respondió Nora en tono conciliatorio.

Colgué casi paralizado como esperando que un rayo me partiera al momento de salir del apartamento en el que vivía con Aminta. Entré al baño para descargar mi frustración sin que Aminta me viera el rostro desencajado. Prendí la luz y el extractor para que su ruido amainara la confusión que sentía de no saber si todo aquello me debía estar sucediendo aún a mí. Me miré al espejo y vi mi rostro, los ojos verdes, el pelo castaño, la piel un poco tostada por el sol del verano que apenas íbamos dejando atrás. Me gustó verme confundido, sobre todo porque podía encontrar la fuerza para distanciarme de mí. Sentí pena por el que veía. Quise ponerme más triste para determinar que el llanto era el responsable de un estado alterado. Intenté sacar algo en claro de aquella situación, pero no pude imaginar otra cosa que a Silvia lista para lo que sería su última aparición en sociedad. Sabía que después de ese día, cuando volviera a ser el foco de atención, comenzaría su estancia en la ignominia. Por fin la fecha en que imaginé a mi madre sola por el resto de su vida empezaría en 48 horas.

No hubo discursos heroicos ni panegíricos que narraran las hazañas de un gran político, de un forjador de la historia

del estado. Sólo condolencias. Ese era el mundo de una política que despreciaba al hombre en sí mismo, al ser humano en favor por el que pudiera repartir favores. Silvia esperó toda su vida para que la historia fuera rectificada y Enrique pudiera ser parte de la Rotonda de los hombres ilustres sudcalifornianos. Ese día nunca le llegó. Lo enterraron en el panteón municipal por el que sólo había pasado un par de veces. Silvia hubiera querido construirle un mausoleo, pero no había dejado el dinero para hacerlo. Nora me volvió a hablar para platicarme sobre el entierro y los gastos generados. Yo no estaba en posibilidad ni emocional ni financiera para poder contribuir. Acababa de mudarme a Virginia y apenas había recibido mi segunda paga con la que debía cubrir lo que me habían prestado para mudarme desde Kentucky. Las hijas de Enrique se hicieron cargo de aportar para construir la tumba. Silvia, por supuesto, quedó muy descontenta de lo que hicieron. Parecía una más del montón. Silvia esperaba que yo estuviera presente para servirle de hombro, de apoyo, pero, sobre todo, para que fuera el hombre de la nueva casa, de todas las mujeres que quedaban. Hasta ahora había demostrado lo contrario. No había aportado para la tumba, no había ido, estaba en Estados Unidos, en un lugar del que nadie había oído hablar, no había conseguido la liquidez monetaria que necesitaba para ser un hombre hecho y derecho, entonces a qué me había ido si seguía siendo el mismo muerto de hambre de siempre. ¿No se suponía que los que se iban a Estados Unidos se hacían ricos? Todo esto Silvia lo pensaba y no dejó pasar ninguna oportunidad de reprochármelo por conducto de Nora. Por fortuna, Enrique le había hecho caso, había arreglado una jubilación en el ISSSTE y había comprado un seguro para que con su muerte quedaran saldadas todas las deudas de casa y tarjetas de crédito.

Después de que todos los asuntos funerarios se acabaron, las hijas de Enrique se reunieron en el café Capri. Con el mar de fondo, Nora les notificaría la situación legal en la que se encontraba Enrique. De eso nunca hablaron en su convalecencia, aunque estoy seguro de que hubieran querido enterarse. Ahí les notificó que Enrique, extrañamente, había preparado un testamento que Nora, dada su calidad de abogada civil, había obtenido de la notaría de Romero, amigo de Enrique, donde estaba resguardado. Descubrieron que no había muerto intestado como todas lo hubieran previsto. Se reunieron las tres hermanas: Eugenia, Alejandra y Luz. El asombro de sus hijas lo compartimos nosotros también. De alguna manera pese a que siempre evocaba su enfermedad nunca había sido un tipo previsor. Vivíamos al día, pero eso nadie lo sabía. Con todos sus gastos no podía ser de otra manera. Esperábamos a que llegara la quincena y cuando afirmábamos que no teníamos dinero nadie nos creía. “Si ustedes se deben estar pudriendo en dinero” me increpó una de mis primas en alguna ocasión. Todos sus hijos recibíamos una mensualidad, incluida Silvia. Nos repartía el dinero de acuerdo con lo que él juzgaba que necesitábamos cubrir. Durante la preparatoria me asignaba dinero para ir al cine, y a comer fuera cuatro veces, además de vales de gasolina ilimitados que yo vendía por la mitad de su valor. Ya en la universidad calculó el valor de la renta de un apartamento en la Ciudad de México, tres comidas al día en fondas y dinero para cuatro tanques de gasolina al mes. Pero nunca cubrió por ejemplo un seguro para el carro del año que me regaló el día en que me gradué de la prepa. Con Nora hacía lo mismo, aunque su asignación mensual era más que la mía porque su nivel de vida resultaba más caro. Si había necesidad de más había que hacer una cita con él para plantearse y justificar los gastos. Lo más difícil de conseguir, cuando menos

para mí, eran libros. Lo más fácil eran gastos para salir con los hijos de sus amigos políticos, para eso me daba más de lo que podía pedir dado que sabía que eran más juniors que yo porque se iban a dedicar a tratar de conquistar todos los puestos de elección popular que pudieran. Con ese estigma tuve que vivir los años de mi carrera universitaria en el DF. Supongo que con sus otras hijas hizo exactamente lo mismo. Este sistema hacía imposible un ahorro, y encima, si tenía más dinero, no lo guardaba en una cuenta por temor a que se lo descubriera la prensa e impidiera su ruta hacia el poder. De ahí que gastara hasta desaparecer el dinero. Eso Nora y yo lo sabíamos porque Silvia se lo gritaba en casa, pero sus otras hijas sospecho que no. De cualquier manera, debo decir que todos, incluida Silvia, siempre esperamos que tuviera alguna cuenta secreta en Suiza que con su muerte saldría a relucir. Nos habíamos dejado llevar por los rumores de la gente, por la percepción de riqueza que Enrique transmitía. Resultó que no había tal dinero, comenzó Nora a decirles a sus hermanas. No les había dejado nada, ni un cinco ni dos pesos ni una carta de agradecimiento por las últimas horas que pasaron a su lado. Enrique había nombrado heredera universal de lo presente, pasado y por venir de todos sus bienes a Silvia. Cuando les dijo esto sus caras se desencajaron. No lo podían creer. No podía ser que, a pesar de su convalecencia, el esmero que pusieron en él, el tiempo que perdieron en tolerar a Silvia no les haya retribuido en nada, que su padre las había dejado de lado por recompensar a Silvia. Trataron de ahogar el lamento que sintieron porque de la famosa fortuna que tenía (que el saber popular había colocado en millones de dólares) no les había tocado nada.

—¿Pero... estás segura? —Preguntó Alejandra.

—Me apena mucho decírtelo... Aquí está la copia del testamento.

—Es que a mí me dijo otra cosa —insistió Alejandra a punto de romper en llanto.

Nora le extendió la copia del testamento. Lo que había tratado de ser conversación animada se opacó en un silencio incómodo. Nora no supo si quedarse a tomar otro café, consolarlas, o estar de acuerdo en que Enrique, su padre, era un cabrón, un ser abyecto que las había engañado con todo ese teatro absurdo de reconciliaciones y perdones. Me pregunto ahora qué es lo que les había dicho ya en su lecho de muerte, qué promesas o cómo las habían entendido. No sé si el “no te preocupes que te va a ir bien” como en mi niñez me dijo, cuando quería que lo acompañara y me compraba algo, había significado lo mismo para ellas. Tal vez el irles bien no era heredar sino interceder por ellas una vez que llegara adonde tuviera que ir. Pero no era un hombre religioso.

Las tres no lo podían creer. Pensaron que, finalmente, sería su revancha contra Silvia por haber usurpado el puesto de madre que Rosa había perdido desde que Enrique se enteró que Luz no era su hija. Eso fue lo que Enrique no pudo soportar, no la espiral de locura en la que entró Rosa, no la esquizofrenia con la que había lidiado. Podía contenerla, jugar con ella, resistirla, incluso tenía la posibilidad de medicarla, a pesar de que no había ejercido la medicina clínicamente. Lo que no pudo soportar era ver su imagen de macho contravenida, disminuida por el estigma de haber sido un cornudo, pero sobre todo haberse enterado hasta después de haber reconocido a Luz como suya. Silvia estaba loca también, pero nunca trató de irse o de calmar su ansia sexual con otros cuerpos. En ese sentido su amor era más bien racional, acomodaticio, situación que siempre incomodó a Nora, quien le profesaba al padre un amor incondicional, hasta el punto de haberle dicho en una ocasión a Enrique que no podía soportar

que Silvia llegara por temporadas a tratar de controlar la vida que ella y él tenían en armonía; obligó a Enrique, infantilmente creo yo, a decidir entre las dos. Al mes siguiente, Nora se fue a vivir a una pensión al cuidado de unas monjas en la calle La Acordada, donde alguna vez había estado alojada Alejandra.

Con la expulsión Nora supo que no podía competir con Silvia. Ese fue su gran momento. Tuvo que dar el salto, el corte. Después de eso buscó una figura paterna y salió por un tiempo con su profesor de Química de la prepa. Sostuvieron una relación por seis meses. Es probable que el profesor se haya asustado al saber que era hija de un senador que tenía mayores intenciones y que era amigo del secretario de Gobernación. Nora había dejado de ver en Enrique el modelo a seguir.

Nora y yo ya sabíamos que todo lo heredaría Silvia, incluso heredó la casa materna de las Medina (como las llamábamos porque nunca les pudimos llamar hermanas), donde Rosa aún vivía recluida y al cuidado de Luz. Esto acabó de hundirlas. Veían a Nora una vez más como la emisaria del mal. En eso se había convertido a lo largo de los años en los que por su posición cercana a todos fungía como heraldo del color que hiciera falta, como el puente entre todos.

En un acto desesperado por matar al mensajero, por hacerla sentir desdichada como en ese momento se sentían, Alejandra juzgó necesario tomar la palabra y destruirle el ídolo que había construido gracias a la intimidad que alguna vez había tenido con Enrique. Le reveló que había otro hermano, otro varón, con el que quiso ponerse en contacto durante su convalecencia. En la muerte es cuando todo sale a relucir, cuando las mentiras ya han dejado de ser un peso para convertirse en posibles actos liberadores. La muerte abre la caja de Pandora y deja que todos los demonios anden libres, salgan para pasearse por el camino

de la cotidianeidad, para confrontar una muerte que no tiene ningún valor salvo terminar con la historia del individuo, completar el ciclo narrativo, terminar de formar la totalidad del personaje en cuestión. Enrique lo sabía desde siempre, pero en su “rica vida interior” como me lo dijo una vez que le pregunté por su falta de interacción con la gente, lo había guardado para casi llevárselo a la tumba. Silvia lo sospechaba, pero nunca había tenido la certeza de algo, dado que Enrique tuvo múltiples amantes.

Nora me lo reveló hace apenas un año, minimizando el incidente. Me lo dijo por Skype. Al increparle su silencio y el tiempo que tardó en hacer público el secreto, lo zanjó con un casual “pensé que te había dicho”. Sabía perfectamente que no me había dicho nada, y que le costó trabajo decírmelo. Me ha llevado grandes pláticas y muchas horas seguir desenterrando un pasado para no olvidar y volver a situar todo. A ella también. Después de todo provenimos del mismo abuso y de la misma violencia familiar. Tal vez fue el tiempo que tardó en reconstruir la pérdida de Enrique y sobre todo esa imagen inmaculada que tenía de él. Después de casi diez años cuando la vida la llevó por despeñaderos y derrumbes, reconciliaciones y pérdidas de energía con Silvia a quien nunca dejó ni de frecuentar ni de procurar telefónicamente hasta el día de su muerte. Es probable que ese “pensé que te lo había dicho” era sólo una muestra de la decepción que tenía por él, que no sabía cómo solucionar, cómo darle algún valor.

La historia me la confirmó Manu quien fue el artífice de todo. Enrique había pedido hablar con un muchacho en Oaxaca. Le había pedido directamente a Manu que buscara al doctor Yamamoto, quien había sido su secretario particular cuando fue secretario de Salud de Oaxaca, para que localizara a un chico con el que tenía que hablar. Manu nunca supo quién

era ni siquiera el nombre o si lo supo en ese momento no le dio importancia. Cuando le recliné no habérmelo dicho antes me dijo con tono de disculpa:

—Agarra lo onda, Rico. Yo no sabía qué pedo ni a quién estaba llamando. Lo único que me dijo el bato fue que no quería hablar con él. Cuando le dije que hablaba de parte de tu jefe, se puso a la defensiva y casi me cuelga. Tu jefe me hizo llamarlo como diez veces. A mí ya hasta me daba pena. ¿Qué le decía a tu jefe? Hasta que le solté la neta. “Es que no quiere hablar con usted. Dice que no quiere saber nada”. A mí me dijo cosas más culeras. Hasta que comprendí que era su hijo y la verdad... no sé por qué no te dije. Supongo que sentí culero... Yo qué sé. Aunque sabía que no ibas a hacer nada.

Esta conversación la tuvimos en el DF cuando coincidimos hace poco en una boda de mi primo Eduardo. No fui invitado precisamente, sólo estaba de paso en el DF para asistir a una conferencia de Estudios Latinoamericanos en el Instituto Mora. No tenía programado nada. Nora fue la que me avisó casi con una semana de antelación, incluso coincidió en que se celebró en el hotel en el que me hospedaba en Reforma, el Sheraton donde había visto a mi padre por última vez. Pensé en lo absurdo de querer ver las cosas como coincidencias reales. No había tal coincidencia, ese era el hotel preferido de Enrique al que había llegado casi como acto fallido, a donde de seguro llevaba a sus putitas cuando visitaba el DF con el pretexto de que estaba cerca de Gobernación y de Los Pinos. Eduardo había imitado todas las manías de Enrique, incluso su afición por las putas. Desde que lo conocí y fungió como mi padrino de “primera vez” (que no fue tal), ha tenido esa debilidad. En la universidad fue quien me enseñó todos los recovecos putaños del DF, incluidas casas de cita en Polanco. Con él entré a una casa de citas para “altos funcionarios” cuyas

chicas estaban catalogadas por apariencia de piel y de pelo con un rango de edad de 18 a 25. Además de experimentar una erección culposa y una necesidad de redención de todas ellas, no pude evitar ver en aquellas escorts de lujo la belleza total. En aquel momento no me quise preguntar nada; ahora, con veintitantos años de por medio, puedo ser más empático y pensar en otros aspectos que entonces no podía plantearme. No estuvimos con ninguna de ellas porque Eduardo debía regresar a trabajar y sólo estábamos en una misión que llamó de “reconocimiento”. Estábamos a la caza de un “material” con la que había estado antes y que buscaba a toda costa.

—¿Por qué no preguntas por ella en la recepción? —le pregunté ingenuamente.

— ¡Ay, pinche Rico! Cómo se ve que aún no has aprendido nada. Estas chavas se cambian el nombre: hoy se llaman Cristal, mañana Ámbar, pasado Rubí y toda la colección de piedras preciosas que te puedas imaginar. Esta nalguita me hizo un trabajo super rico. ¡Me dio un masaje con terminación con los pies, cabrón...! Me hizo una puñeta con las patas para que me entiendas.

Después de esa ocasión cuando iba a las reuniones de mis pares en cantinas y restaurantes de lujo, acabábamos buscando putas demasiado caras para mi presupuesto y pudor. Así que tenía que esperar en la sala tomando un trago carísimo que tenía que dosificar por espacio de una hora con una erección incómoda por verlas con tan poca ropa. Enrique se manejaba en cash por lo que nunca me dio una tarjeta de crédito que gustoso hubiera goleado en aquellos momentos.

La historia de los últimos Arnau era pues la del amor pasajero, la del amor no comprometido o, mejor dicho, la del amor de todos los criollitos mexicanos que ostentaban altos puestos gubernamentales. Sin embargo, faltaba uno, otro.

Un hermano al que no conocía, del que no sabía nada, ni siquiera una posible edad, ni nombre certero para comenzar a buscarlo. Por lo visto, Oaxaca se había convertido en el lugar de la desazón de Silvia y mío, se había convertido en el paisaje de la destrucción, de las mandas pagadas sin efecto, de los peregrinajes sin sustancia, de los mezcales que embriagaron el cuidado de los más débiles. La revancha de los indios frente a los españoles americanos, a los criollitos que nunca se regresaron. Qué podía hacer después de todo con aquella información de un hermano bastardo. Yo había sido bastardo, y él también lo era, o tal vez no y con él el clan Arnau llegaría a ser lo que a Enrique le hubiera gustado.

Enrique había sucumbido ante el encanto de una mujer de facciones indígenas, pero de coeficiente intelectual superior, doctora de una unidad sanitaria bajo su mando, o tal vez había sido parte de la comunidad criolla que habitaba en San Felipe del Agua y su rostro era blanco y su cabello rubio. No lo sabía. Ahora trato de hacer memoria, de remover un entramado de imágenes para localizarla siguiendo el patrón de las mujeres que le conocí, con las que hablaba más o de manera más diligente, pero su imagen se me pierde entre las que me hacían más fiesta exclamando que yo “era igualito” a Enrique.

En aquella época Silvia había convalidado su Normal Urbana y Normal Superior en español, como estudio equivalente al de la prepa y trató de ingresar a estudiar la licenciatura en Derecho en la Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca. No pudo resistir la presión de todo lo que ocurrió en aquellas landas plagadas de indígenas de todas las etnias posibles. Terminó por hacer un éxodo a su pueblo en la mitad del desierto para unirse a Nora y a mí, relegados por tres años al cuidado de su hermana. Era probable que esa haya sido la ventana en la que se dieron las cosas, en la que el divorcio

podía ser inevitable y el cambio de rumbo nos hubiera dejado atrapados en la península. Llegó hacia la segunda mitad del año escolar para quedarse hasta terminar el ciclo que yo cursaba con las monjas. Era probable que la nueva amante de Enrique hubiera estudiado mucho más que Silvia y que Enrique empezara a compararlas, después de todo le gustaban las mujeres con capacidad intelectual.

Tuvo un hijo que no quiso hablar con él, que no quiso saber nada del padre arrepentido que en el lecho de muerte buscaba hacer las paces con todos para morir tranquilo. Lo hizo por sí mismo y no por su otro hijo del que no sabíamos su nombre ni si había sido reconocido. Sabía que era médico y debía ser unos diez años menor que yo. Los hombres de la familia entonces, sus descendientes directos, no lo despedimos, o no le dimos la oportunidad de que se fuera sin recibir algún perdón que creíamos no merecía. Por otro lado, las hermanas reconocidas o no, clamaban la bondad y la bonhomía de lo que llamaban “un gran guerrero”. Su grandeza se me había caído desde hacía años y esta nueva entrega en su historia de personaje heroico me pareció producto de una necedad por darle valor a sus propias vidas. ¿Cómo era posible que dos hombres completamente disímbolos hubiéramos tenido la misma opinión? Yo lo había conocido y el otro, a quien imagino con el nombre de Roberto o incluso Ricardo, nunca supo qué significaba tener un padre. Así había sido puesto en duda por dos hermanos alejados, por dos escenarios posibles donde lo único que pudimos acumular fue una especie de rencor. Roberto lo había rechazado por no haber estado, por no haber fungido como padre, y yo lo había descalificado, así como él lo había hecho durante todos los años en los que nos conocimos. Habíamos vivido en lugares diferentes y sin embargo habíamos llegado a la misma conclusión. Al final sólo tuvo de nosotros el rechazo.

Después de enterarme de la noticia de un hermano hice algunas cosas para tratar de rastrearlo. Sabía que vivía en Oaxaca y que se había hecho médico. Cuando menos había optado por una profesión más acorde con la historia de los Arnau. Sin duda sus bonos habrían podido estar más arriba que los míos. No había optado por querer ser un escritor fracasado como yo, que hasta la fecha continuaba siendo tristemente resentido de aquellos que habían podido escalar hasta una torre más clara que la mía. Tampoco había huido de su casa ni su madre estaba clínicamente desbalanceada (o no lo sabía). Me dieron ganas de buscarlo, de verle la cara, de decirle algo, pero no sabía para qué. Pensé que si Enrique lo había mantenido en secreto y que él no había hecho nada por establecer contacto con nosotros era porque tampoco quería, que no necesitaba de un padre y de unos hermanos biológicos. Yo quería decirle que no se había perdido de nada, que el haberse aparecido pudo haber violentado más la poca armonía que teníamos en la casa. Si terminó una carrera de medicina probablemente era listo y gozó de cierta estabilidad emocional para haber trazado una carrera más o menos normal, estable. Ser médico podía ser sinónimo de empatía humana. Por otro lado, a mí me había ido mal, un par de intentos de suicidio en mi adolescencia eran prueba suficiente para darme cuenta de que había estado bien jodido. No sé si Roberto llegó hasta estos excesos, para saberlo tendría que ser su amigo, enterarme de todas sus vicisitudes y malos tragos, y no sabía si los había tenido. Pero estoy seguro de que, si nos hubiera conocido, su historia habría tenido que cambiar, padecer a Silvia y que lo viera con mucho mayor resquemor que con el que trató a las otras hijas de Enrique. Hubiera querido decirle que no se había perdido de nada, que encontrar al padre había sido la historia de la literatura mexicana, un padre que se pierde y

que su búsqueda es en cierto sentido inútil. Para qué sirve finalmente el padre sino para ser decepcionado. Para Enrique fui una decepción y aunque creía que su elección profesional no sería una marca de fracaso, tal vez el no haber asistido a las mejores escuelas (aunque no las hubiera pagado) era parte de irse decepcionando de su segundo hijo bastardo. Decirle quizás que su lugar, nuestro lugar, había sido tomado por Eduardo; al final, también acabaría decepcionándose de él. Sobre todo, cuando le expresó que dejaría la secretaría particular de Enrique en la Cámara de Senadores para irse a estudiar filosofía a una universidad en Canadá, un pequeño Liberal Art College afiliado a los jesuitas. Fue la primera vez que sentí empatía por cualquier miembro de la familia Arnau, supe que no estaba solo pues todo lo que yo consideraba profundo y digno de celebrarse era apoyado por otro del clan al que Enrique había dirigido toda su atención. Como prueba de ese nuevo acuerdo de renovación intelectual del clan Arnau, le regalé mi ejemplar de *Del sentimiento trágico de la vida* de Unamuno para que fuera despertando su conciencia a nuevas aproximaciones mentales. Hice un gran esfuerzo para pensar que esa sería una inversión que dirigiera sus disquisiciones metafísicas. Me confesó que estaba leyendo *El mundo de Sofía* y que ese libro le había abierto las puertas a la historia de la filosofía. Si bien su libro era meramente de divulgación, mi regalo de Unamuno era para decirle que la vida desde donde la veía era una mierda y que sus inclinaciones eran una mamada, pero quise otorgarle el beneficio de la duda. Podía ser todavía que su fresés tuviera ese punto de inflexión en el que acabaría redimiéndose. Le di el libro, uno de los más valorados en mi incipiente biblioteca, porque el clan Arnau salía de un mundo falso para instalarse en un mundo de las ideas.

A los cuatro meses Eduardo se regresó porque dijo no haber aguantado el frío glacial de Toronto. Cuando escuché su fiasco pensé en toda la familia, incluida una partida secreta de la Cámara, que lo apoyó financieramente para que pagara la colegiatura y su manutención. Tomamos un café en Sanborns donde iba a desayunar los domingos imitando las maneras de Enrique. Recuerdo que yo estaba crudo y esperaba que me regresara el libro de Unamuno, dado que todo el esfuerzo por filosofar había derivado en un fiasco. Me confesó que no aguantó la tundra, el frío de menos veinte bajo cero. Tuvo que comprarse ropa especial y nunca antes se había sentido discriminado. Como no le alcanzaba y la comida de la cafetería no le gustaba, comía en los restaurantes aleñaños al campus. Me confesó que fue a hacer una licenciatura. Su acción me pareció desproporcionada. Si ya era abogado para qué quería hacer otra, especialmente si tendría que empezar a estudiar desde cero. Al final, el inglés también acabó intimidándolo. Una vez que me confesó los detalles de su “desventura” lo imaginé como un pobre diablo que no pudo aguantar la pobreza o, mejor dicho, la falta de dinero en los bolsillos. Había dejado un “puestazo” en el jurídico de Pemex gracias al residuo de conexiones que había dejado el padre al morir. Renunció a su puestazo para ir a perseguir, sin encontrar, la sabiduría que le había quedado grande.

Su odisea impactó negativamente en mi futuro y cuando me fui del país a estudiar el doctorado toda la familia Arnau dio por sentado mi fracaso. Si Eduardo no había podido, menos Rico, que siempre había sido una especie de oveja negra, vendaval confundido. Por eso me pregunto si Roberto, el hermano perdido, habría tenido un destino similar. Si por alguna razón su situación habría sido reconocida de alguna manera. ¿Qué quería decirle Enrique después de todo? Yo lo

veía como un acto de insolencia de su parte, un acto de supremo egoísmo. Su objetivo era sólo aliviar su conciencia ante la proximidad de la muerte. ¿Qué quería decirle? “Perdón, hijo, por no haberte reconocido como mío, pero es que yo ya tenía dos familias y una tercera habría sido demasiada monserga...”. Tal vez Roberto había vivido bajo el estigma de ser parte de una tercera familia o de ser hijo bastardo en su infancia cuando Enrique vivió años más tarde en el DF y lo nombraron subsecretario de Salubridad en el sexenio de Miguel de la Madrid. En esos años, cuando el dinero era boyante, debió de haber mandado algo para la manutención de Roberto. Incluso algunos viajes esporádicos que hizo a Oaxaca podrían haberlo mantenido cerca de la nueva amante. Su carácter de varón pudo haberle otorgado ciertos privilegios que tal vez lo llevaron a terminar con buena estrella la carrera de medicina. Su llamada fue vista por Roberto como una intromisión, como un juego al que no quiso entregarse. Al oír la historia pensé que había hecho bien. El no querer hablarle era síntoma de autonomía emocional. No sé por qué, pero me sentí orgulloso de él, después de todo, teníamos el mismo padre y no era yo el único que no le tenía devoción ciega. La cultura machista así lo imponía.

Decidí no buscarlo más, si acaso el deseo de hacer algo es un comienzo. No sé ni su nombre verdadero y sospecho que Roberto sabía perfectamente quién era su padre. No dudo incluso que nos llamemos de la misma manera. El que le ganó a Enrique la nominación para ser electo por el PRI a la gubernatura, Miguel Arámbula, tiene dos hijos que se llaman exactamente igual, de la misma edad y con mujeres diferentes: Miguel Arámbula uno y dos. Ese es el territorio de la masculinidad, de la expresión del músculo erecto, de la verga irremediable e invencible. ¿Quién puede criticar la

hombria de Arámbula? Éste no podía perder la sangre que ya se había materializado en un hijo que formaba líderes natos, la prueba era Arámbula mismo. Además, quién, que sea hombre, no tiene un hijo bastardo. Enrique tuvo uno, y luego otro. Los dos hombres que procreó habían nacido fuera del lecho conyugal, los dos hombres que llevaban su sangre habían provenído de entrañas paralelas: dos putas, dos amantes. Mi nacimiento, hecho por la fractura de un primer matrimonio que atentó en contra de su dignidad masculina. El de Roberto, apenas esbozado que no tuvo tanta suerte.

VI

Oaxaca fue la herida que aún no hemos podido superar, que aún nos trae secuelas. Después de la violación fui mandado a vivir con mi tía a Guaymas, alejado del núcleo familiar. No supe cuál fue el destino del chofer y he olvidado un sinnúmero de detalles. Silvia llegó al año con Nora para rescatarme de mi exilio. Regresamos a Oaxaca a pasar el verano. Parecía que había recobrado la familia, pero no fue así. Al poco tiempo de haber regresado, Silvia nos sacó a Nora y a mí de la cama y abordamos un autobús ADO con rumbo a Hermosillo. Fueron 24 horas de trayecto ininterrumpido. Nos inscribió una vez más en la escuela, le dejó dinero a su hermana y se largó otra vez. Ahora entiendo que estaba librando una batalla en contra de la “otra” que requería de toda su atención emocional, de todos sus ardides amorosos para poder luchar contra ella. Silvia le había dado un varón, sólo que ahora era un varón fracturado, un varón del que ya no estaba segura de su hombría, un hombre en quien ya no podría confiar. La otra también le había dado otro varón y estaba, por tanto, todo en riesgo. Sabía

que aquél le dio al final puntos en su victoria y que, así como ella había desintegrado una familia, su estabilidad económica peligraba. Aún sin universidad, con sólo una Normal y algunos créditos de la Normal Superior no podría enfrentar un mundo de necesidades económicas. Menos ahora que el destino de Enrique parecía tomar el vuelo que había esperado por diez años, de los cuales ocho habían sido de matrimonio estable. En retrospectiva, diez años pueden parecer sustantivos, pero no lo son. Ahora lo entiendo más, sobre todo en una relación matrimonial. Por alguna razón cuando eres hijo piensas que tus padres han nacido contigo, que su historia detrás nunca existió y que la fuerza de una familia es algo que nunca puede colapsarse. Eso pensaba. Su historia no era nada más que un espacio para la perfección y el sentido de justicia y equidad o cuando menos eso quería pensar. El matrimonio de Silvia y de Enrique había perdurado por razones que no conocía, o incluso nada había perdurado; sólo era la insistencia de Silvia en no irse la que sostuvo esa relación. Nuestro exilio duró tres años y quien salió victoriosa de la pelea fue Silvia, los costos luego los sabríamos.

Esos fueron los años en que menos la culpé, no me importaba no tener madre y recorrer el pueblo libremente, ir a la escuela de monjas y sentirme solo, pero libre y sin ataduras. A pesar de haber sido castigado a golpes por los compañeros en varias ocasiones, fue un rito iniciático y acabaron por aceptarme. Para ellos era un forastero, aunque en realidad fuese uno más de esa tribu indómita. Era el lugar en donde tenía que haber vivido si Silvia no hubiera salido a buscar a Enrique primero a la capital del estado y luego a la capital del país. Ese era mi único país. Mi madre lejos reclamaba su sacrificio, exigía sus prebendas. ¿Qué tanto había pesado el hijo en la decisión de darle un padre?

La primera hija, Eugenia, no fue razón suficiente porque ni siquiera se había casado. La justificación de Enrique pudo haber sido que era muy joven y no sabía lo que hacía, además de ser la hija de una enfermera acomodaticia queriendo cazar a un joven profesionista de abolengo.

Si Enrique se había casado por imposición como me lo dijo (creo que me lo expresó como favor hacia Silvia), era porque la esposa valía la pena; lo que quería decir que la enfermera no. En ese entendido Silvia peligraba. Silvia podía ver que sólo estaba con ella por el hijo, que llevaba el mismo apellido, porque consideraba que esa, a la postre, era la única razón por la que había continuado con su matrimonio, al que calificaba de vez en cuando como “martirio”. Es probable que lo haya sido. Perder la autonomía en favor de algo más volátil como un nombre, nombre que tuvo que ganarse a pulso. Su victoria no sólo fue posible por sus virtudes amorosas sino por el momento histórico en que resistió. Sus hijos ya no eran problema porque los había encargado en adopción pasajera; resistió el saber que la virilidad de su hijo había sido puesta en peligro; resistió una amante, resistió otro hijo; pero sobre todo resistió porque sabía que Enrique aspiraba a otras cosas. Sus aspiraciones políticas lo obligarían a mostrarse en público y otro divorcio, dentro de la sociedad mexicana de principios de los ochenta, no iba a ser bien recibido; así que resistió con estoicismo su papel de esposa. No sé si salió fortalecida, pero resistió ese primer embate.

En la Subsecretaría de Salud vendría el peor momento para Silvia, o quizás el que más me impactó porque iba reconociendo el mundo exterior. Yo terminé la primaria en Guaymas para ser rescatado, una vez más, y trasplantado al DF e iniciar la secundaria a los 12 años. El cambio fue brutal. De la libertad absoluta pasé al encierro absoluto en un

departamento en San Ángel, junto con un desarrollo sexual que me impulsaba a manifestarlo de todas las maneras. Quise cogerme a la sirvienta en varias ocasiones, metiéndome en su cuarto de noche. Se llamaba Domitila y tendría a la sazón 16 años. Silvia la había traído de Oaxaca, de un pueblo llamado Valdeflores, adonde Silvia iba a conseguir sirvientas porque había más mujeres que hombres. Me dejaba tocarle las nalgas con el miembro erecto mientras fingía dormir. Cuando Silvia no estaba y jugábamos a las escondidas me metía con ella a los closets y le acariciaba las piernas. Alguna vez le besé las tetas en un closet y no me dijo nada. Supongo que no debía decir nada, o quizá era la suerte que debía seguir, ser la puta privada del “joven Rico” como me decía, además de hablarme de usted.

Silvia intuía lo que estaba ocurriendo, pero dejaba que todo sucediera. Quería ver si la naturaleza podía recomponer algo que al final ella había tratado de reparar. Silvia había comprobado mi erección en esas visitas esporádicas cuando iba de Oaxaca a vernos a Guaymas en las que se quedaba por dos semanas. Dormía en mi cama, me acariciaba el pene y lo frotaba contra su vagina. En alguna de esas ocasiones se lo introdujo y musitó algo mientras yo me hacía el dormido. Eso ocurrió meses después de que nos fuéramos por primera vez de Oaxaca. Simple y llanamente Silvia también me había violado. Para rectificar todo lo sucedido debía violarme también, saber si mi cuerpo era excitable, si mi erección podía ser utilizada y responder a una vagina sedienta de contacto como la suya. Por eso no detuvo ningún encuentro que tuve con Domi, como nos gustaba llamarla a Nora y a mí. Creo que Domi de alguna manera se enamoró de mí y yo de ella. Los encuentros furtivos subieron de intensidad: se habían convertido en un riesgo. Nunca la penetré, pero sí le acaricié

todo el cuerpo desnudo. Era de un moreno intenso, de amplios muslos y de senos firmes. Su cabello era negro y largo, y a veces lo trenzaba. Me gustaba verla mientras barría y trapeaba porque podía contemplarle las nalgas que se adivinaba tras la misma falda verde que usaba todos los días como uniforme de trabajo. Al contemplarla sentía cómo mi pene pulsaba. En la tarde cuando aún no había nadie me iba a su cuarto a alzarle la falda y tocarla mientras planchaba las camisas de Enrique.

Después de un tiempo, Silvia la corrió; no por las incursiones furtivas que tuvimos, sino porque entró muchas veces en mi defensa después de las golphizas brutales que Silvia me propinaba al regresar del colegio y que Domi juzgaba innecesarias. Las razones podían ser desde algún nueve hasta la manera en la que me sentaba. Si Silvia creía que mi postura no era lo suficientemente varonil, la reprimenda venía acompañada de un par de cachetadas. Domi podía intuir que, aunque era mi madre quien me lo hacía, no caía dentro del buen trato humano. La confrontó más de una vez.

—¡Qué vas a saber tú, pinche india malnacida! Después de que te saqué del pueblucho ése para que vieras el mundo. Eso me pasa por tratar de rescatar gente como tú —le espetaba también.

Yo sabía que nadie podía aguantar los insultos de Silvia y que sus desvaríos coléricos eran conocidos por todos en el pueblo. Se me hacía injusto que tratara así a Domi. Ella solo me defendía y saber que no podría soportar ese nivel de violencia me afligía sobremanera. Sabía que después de esa discusión no podría quedarse, nadie que cuestionara la maternidad de Silvia podía vivir bajo el mismo techo. Era una dictadora en sus terrenos. Domi era una india, sí, pero la india más hermosa que recuerdo, tal vez porque nunca antes me habían querido de esa manera, porque nadie había salido en mi defensa.

Cuando se fue no pude evitar derramar algunas lágrimas sin que Silvia me mirase. Llegaron otras a las que también intenté manosear o mejor, sentir que les importaba, pero no tuvieron la misma intensidad que viví con Domi ni la misma respuesta. Se iban al descubrir la violencia de Silvia y las apariciones fantasmagóricas de Enrique. Algunas sí que me impedían tocarlas, otras me acusaban sin que Silvia hiciera nada. Esa respuesta que Silvia le dio a Domi me dejó marcado de por vida y me escandalizó más de lo que pude entender. Para Silvia los seres humanos no existían. Las sirvientas eran seres inferiores, abyecciones, gente “prieta” como se refería a ellos. A mis doce las había querido más que a todo el mundo. Me pregunto si Domi todavía me recuerda.

VII

Como subsecretario, Enrique prácticamente vivía en su oficina, a unos pasos de la glorieta del Metro Insurgentes. Siempre quise llegar en Metro, pero nunca me dejaron. Silvia era demasiado paranoica, y como éramos de piel blanca decía que llamábamos mucho la atención en esa tierra de indios que era el DF, por lo que debíamos estar siempre bajo estricta vigilancia. Nos acompañaban a todos lados la sirvienta en turno y el chofer. Comencé a ir a la oficina de Enrique por las tardes porque en Guaymas el colegio no era bilingüe y la secundaria lasallista sí, por lo que me contrataron una tutora privada que se encargaría de enseñarme el inglés que no había aprendido en la primaria. La miss era anglofrancesa y no sé cómo la consiguió Enrique. Fue la primera vez que convivía con alguien extranjero. Lo que más me impactó de aquel encuentro intercultural fue que todos los días llegaba oliendo a cebolla. También recuerdo sus

manos, su pelo rubio y sus lentes de colores brillantes. Escribía con pluma fuente y yo no entendía la letra porque trazaba en forma manuscrita. Mis calificaciones en las materias en inglés eran deplorables mientras que las calificaciones en español eran sólo dieces. Silvia no comprendía que si no entendías lo que te decían no había poder humano que te hiciera saber qué responder o cómo estudiar. Ella no hablaba ni habló nunca ninguna otra lengua, salvo pinceladas, dos o tres palabras que para ella eran suficientes.

Estar en la oficina de Enrique era entrar a un universo masculino. La miss me daba tutorías en la sala de juntas. Todos los muebles estaban tapizados con cuero de tonalidades rojizas. La madera de los escritorios olía a bosque y estaba pulida hasta el reflejo. Las secretarias eran jóvenes y guapas. Había dos: una recepcionista que contestaba el teléfono y otra que atendía a Enrique en sus dictados y escritos a máquina. Esta última era la ejecutiva. Además, tenía un secretario particular, el famoso Dr. Franccini que había sido amigo de Enrique desde la escuela de medicina. Era un solterón empedernido que vivía en hoteles lujosos en la Zona Rosa. Estaba calvo, usaba solo un guante de piel de varias tonalidades, era corpulento y hablaba con voz muy grave. Intercambiaba la corbata por el gasné los viernes casuales y por lo general usaba ternos. Fumaba puros y tabaco indistintamente dependiendo de la hora. Por las mañanas prefería los cigarrillos y ya por las tardes tomaba un puro con una copa de coñac. Tenía instalado un pequeño bar en un carrito de servicio en su oficina adyacente a la de Enrique. Silvia lo calificaba de marica, insulto que también extendía a Enrique por ser su amigo. Le reprochaba haber contratado a Franccini como secretario particular. Cuando conocí las oficinas y le dije a Franccini que la suya era muy elegante, me respondió con aire de superioridad:

—Mi querido y bien ponderado, Ricardín. Tienes que aprender que en esta vida no importan las apariencias, lo que importa es saber si por tus venas corre sangre, y por éstas —se levantó la manga y dejó ver su brazo peludo— corren cientos de litros.

Su comentario me pareció de lo más críptico. No había manera de que a los 13 años pudiera haber entendido lo que Franccini aventuraba como lección de vida que debía pasar a alguien que tenía la vida por delante. Enrique se refería a Franccini como todo “un personaje”. En verdad estaba fuera de toda normalidad. Su elegancia dandística contrastaba con su fealdad. Tenía manos con manicure y se podía percibir un cierto brillo en las uñas. A mis escasos años yo no estaba capacitado para saber distinguir la orientación sexual; sin embargo, no me pareció nada fuera de los terrenos de la normalidad. Siempre me pareció excesivamente feo, mal parecido, tal vez por eso le causaba tanto resquemor a Silvia. Por otro lado, decía que Franccini era el único que le había advertido sobre el calvario que viviría. “Silvia, te vas a meter de redentora con Enrique y vas a salir crucificada”. Algunas veces, como yo ya tenía una edad en la que debía convivir más con hombres que con mujeres, a juzgar por Enrique, lo recogíamos en su hotel para ir a desayunar al centro, les gustaba alternar lugares. Me convertía en el interlocutor silencioso de los dos que me dirigían sus consejos sobre las mujeres y las relaciones humanas. Ambos tenían una necesidad de aleccionar y casi diría que era para lo que Enrique me llevaba, para tirarme uno que otro apotegma que satisficiera sus necesidades paternas. Casi empecé a creer que ser padre era sólo decir verdades, máximas que revelaran algún aspecto oculto de la vida que debía conocer. Para eso estaban ahí. Tenía dos conversadores que me hablaban. Los consejos

más oscuros eran los de Francini. Recuerdo todavía uno de ellos en el que me decía que todos los seres humanos podían ser padres, que la naturaleza no perdonaba a nadie, que hasta los animales podían procrear sin esfuerzo ni preguntárselo, pero que ser padre esa era la verdadera cuestión: ser o no ser. El comentario no me ha dejado desde los trece. Creo que su invitación a la paternidad responsable era una advertencia, un tema que tal vez Enrique no quería sacar a colación (por haber tenido algunos bastardos incluido yo) o que tal vez creía que yo necesitaba oírlo de un tipo excéntrico para poder creerlo. No recuerdo si acabó la admonición sugiriendo el uso del condón o sólo ocultó el dato de que se podía coger sin necesidad de experimentar embarazos.

La oficina de Enrique era la más grande y lujosa que había visto en toda mi corta vida, incluso mandó construir un privado con un baño y un reposet en el que hacía la siesta para no volver a casa y trabajar el resto de la tarde. Adyacente a su gran oficina con sala y una mesa de juntas para ocho personas, había puerta a otro despacho en el que trabajaba la doctora Berenice Saxton, misma que se convertiría en el nombre maldito pronunciado en la casa. Era de Tijuana. Tenía el cabello castaño ondulado y era alta y de cuerpo muy bien torneado. Parecía provenir de una familia de Alaska que se había bajado en busca de mejores oportunidades al calor californiano y por alguna razón habían atravesado la frontera. Era médico, como se autonabraba, especialista en Salud Pública. Silvia contaba que ella misma se la había presentado hacía años, por lo que se sentía traicionada. Tanto Silvia como Enrique tenían debilidad por convivir con gente del norte perdidos en el centro; era una reminiscencia regionalista para autoafirmarse como seres superiores. El trato entre Enrique y Berenice era tan respetuoso que parecía actuado. Esta fue

la época que sucedió a Oaxaca, una de las más intensas y prósperas.

Al año, Enrique compró la casa que su medio hermano había construido en el Desierto de los Leones, cuando se enteró que tenía problemas con el hígado y tuvo que mudarse más cerca del hospital. Le habían detectado un síndrome hepatorenal que le iría deteriorando el hígado hasta matarlo. Mientras la salud de su medio hermano, Antonio, empeoraba, Enrique emprendía un ascenso vertiginoso. La nueva casa estaba ubicada a mitad de un bosque cerca del parque nacional del Desierto de los Leones. Era una privada exclusiva donde sólo había cuatro casas. A partir de entonces dejé de ver a Enrique. Sólo me lo topaba ocasionalmente los fines de semana. Decía estar muy ocupado y si por alguna razón estaba en casa, Silvia y él tenían encuentros sumamente violentos en el que había golpes o, mejor dicho, ella comenzaba a golpearlo y él no lo impedía. Por consiguiente, los golpes se extendieron a todos los miembros de la familia y yo acabé también golpeando a Nora a la menor provocación a lo que ella respondía con arañazos en la cara. Nora y yo comenzamos a distanciarnos; empezó una historia de resentimientos mutuos que creo que aún no hemos podido subsanar. Creamos una distancia que, después de tantos años, he tratado de ir cerrando poco a poco no con el éxito que me gustaría porque aún hay muchos temas que no hemos tocado por temor a perder todo lo que hemos ganado. Los abusos sexuales son uno de ellos. He querido saber si ella también sufrió alguna clase de abuso sexual en el tiempo oaxaqueño. No sé para qué, tal vez para empezar a sanar desde ahí, para explorar la distancia, las necesidades, las extrañezas que nos hacen ser completamente distintos, como si hubiéramos sido criados en dos casas opuestas. Pero ¿a qué se debe todo eso?, me lo pregunto sin tener muy clara la respuesta.

No recuerdo bien dónde estaba ella cuando todo esto ocurría, pero sí tengo la certeza de que hubo episodios en los que el chofer se sacaba el pene y nos perseguía con el miembro erecto por toda la casa cuando no había nadie. Espero que a ella no le haya ocurrido nada, quizá lo ha olvidado o no quiera hablar de eso porque desde su idiosincrasia nunca pasó. Desde los días oaxaqueños se inauguró en mí una sensación de soledad, de extravío existencial. Sabía que no había nadie que en realidad me cuidara, que debía hacerlo yo. No cuidé a Nora y eso es parte del reproche que pudiera tener hacia mí. Pero cuando eres niño apenas puedes mantenerte a flote. Había una casa sí, pero nunca hubo solidez dentro de ella. Sabía que estábamos a merced del poder irracional y desenfrenado de quien estuviera a cargo, y que la mayoría de las veces no había buenas intenciones de por medio en nuestros cuidadores. Supongo que ver a dos niños perdidos y tan vulnerables hacía pensar en sacar ventaja de ellos. Porque fuimos escudo para que Silvia pudiera seguir construyendo su camino hacia... sabría Dios dónde. Nuestra exposición al daño era mayor a medida que se ausentaban más y más.

Silvia tuvo que idear otro plan ante la inminencia de saber que Enrique tenía una nueva amante. A diferencia de la anterior, a quien había derrotado pese al hijo bastardo, ésta era una mujer profesionalista, una mujer autosuficiente porque a Enrique no le gustaba pagarles, sino ponerlas en la nómina. Al ser de mayor nivel sus exigencias fueron subiendo. Enrique se sentía indestructible y actuó de esa manera. Sus viajes aumentaron y su derroche cobijado por el presupuesto subió de manera sensible hasta tratar de cubrir el resto de sus gastos amorios con tarjetas American Express. Mismas que gracias a la devaluación del 94 acabaron por mandarlo al suelo, aunado al asesinato de Ruiz Massieu que era el oficial

mayor de la Secretaría de Salud. Le ofrecieron una promoción que involucraba riesgo en algún manejo de fondos. Él sería el punto donde se podía “romper el hilo”, según su metáfora, por lo que la rechazó. Los Ruiz Massieu eran parte de una élite política establecida. Esto lo oí por error. Después de todo, Silvia le servía a Enrique como consejera política, táctica. A ella recurría cuando el agua le llegaba a los aparejos. La deuda de la American crecía a la par. Recuerdo a la Dra. Saxton vagamente, más a su asistente que me parecía mucho más guapa, Susan Angling. Era rubia, alta y también de estructura ósea bien formada, con grandes carnes y tetas prominentes. Me decía que le encantaba que la besara con mi bocota y que la mirara con la intensidad de mis ojos. Yo lo hacía con mucho entusiasmo mientras experimentaba una erección. Sólo por eso me gustaba que la Dra. Saxton estuviera ahí, para besar a la también doctora Susana Anglin, ella de Mexicali, amiga de la Saxton, como se refería a ella Silvia. En ese momento sentía que Enrique y yo teníamos cubiertos los dos frentes: él con la Dra. Saxton y yo con la Dra. Angling. Habíamos hecho ese pacto entre caballeros por no dejar a ninguna fémina en la indefensión. Sentía que los dos Arnaus que prevalecían se complementaban.

VIII

En medio de la devaluación Enrique tuvo que renunciar. Silvia resistió una vez más. La Dra. Saxton dejó a Enrique en cuanto renunció al puesto como subsecretario por miedo a que lo involucraran en algunos fraudes que acabaron con el asesinato de Ruiz Massieu en 1994. La devaluación puso la deuda de American Express por las nubes. Empezó a vender

propiedades que tenía en Baja California, terrenos en Los Cabos frente al mar y en pleno centro de San José. Silvia al descubrirlos (siempre los mantuvo en secreto) se opuso, pero Enrique ni siquiera reparó en sus gritos de dolor.

—Estás vendiendo todo lo que he construido. Eres un hijo de la chingada, qué digo hijo de la chingada, si ni madre tienes. Eres un pobre diablo.

Este lamento fue acompañado de golpes y cachetadas que le propinaba.

—Ahora sí... A ver dónde está esa puta de la Saxton... Si estaba contigo sólo por tu posición porque ni siquiera por tu dinero porque además todo lo pagabas con crédito. Pero de seguro hasta le diste una extensión de la American y te la goleó antes de irse. ¿No es así? Pero si eres un pendejo, canalla. ¿No te has visto en un espejo?

Todo esto lo decía sin importar que estuviéramos presentes o que yo estuviera presente. Al final tenía razón. El dinero que decía deber no lo había gastado con nosotros, pese a tener coches, choferes, gran casa, y tres sirvientas. Todo eso era cargado a la nómina de la Secretaría. Era raro cuando lo veíamos en la casa. Yo no sabía si todo era cierto porque Enrique lo negó siempre. Supe que vendió las propiedades en Baja California y la casa en la que vivíamos. Soberón trató de rescatarlo de alguna manera y lo nombró jefe de la Oficina de Asesores. El problema era que sus finanzas personales no estaban sanas, mejor dicho, sangraban de manera escandalosa. Lo que tenía ahí era una hemorragia que si no se cauterizaba acabaría por mandarnos a la calle.

Enrique se había arruinado. Pudo supurar la herida, pero nos quedamos sin techo propio ni terrenos con los que soñar como herencia. Los coches y los choferes se esfumaron, así como las tres sirvientas. Salimos del bosque para instalarnos

en un departamento en la colonia Guadalupe Inn, justo detrás del Instituto Cultural Helénico. Era la primera vez que vivíamos en lo que Silvia llamaba la ruina. Pero era la sensación de pérdida lo que imperaba dentro del espíritu de Silvia y por tanto de nosotros. Todo podía ser reconstruido, pero hasta cierto nivel, hasta cierto momento porque lo demás dependía de estar dentro de una espiral que no tenía nada de meritocracia sino de exposición al riesgo que Enrique no quiso tomar. Lo comencé a contemplar como un pusilánime; no estaba seguro si porque había oído demasiado que no sabía cómo procesar o si lo hacía para favorecer a Silvia, tomar partido por ella. Después de todo, la Dra. Saxton existía. Nunca tomamos vacaciones a lugares exóticos, en cambio él se había ido con ella “de trabajo” a Japón con el ardid de que Enrique no hablaba inglés y necesitaba alguien que le tradujera. De regreso de ese viaje me trajo un modelo de tren bala a escala de metal. Sabía de la velocidad del tren y no es que estuviera fascinado por ellos, pero la calidad del tren era de las mejores que puedo recordar. Como no era fanático de los trenes lo perdí con el tiempo y las mudanzas.

La historia de Silvia se corroboraba con las acciones de Enrique. Nos quedamos sin la opulencia que conservó Enrique por dos años. Silvia comenzó a acercarse más e inició una etapa en la que me convertí en su escucha. Se quejaba del comportamiento de Enrique y de su miseria. La mayoría de las veces me echaba la culpa y luego se entregaba a un llanto desolador, como de derrota. En los años de bonanza del Desierto de los Leones, reactivó sus dos semestres de la carrera de Derecho en la Universidad del Valle. Carrera que también Enrique financiaba a la par de las escuelas privadas de todos sus hijos que estuvieran en edad escolar. Ya en la Guadalupe Inn, Silvia tuvo que abandonar los estudios; ya

había cubierto tres de los cinco años. Por eso también se había sentido más frágil. Ahora competía contra algo en lo que no podía ganar: estudios, inteligencia, disponibilidad, pero sobre todo juventud. En esos años se sintió perdida, además había cruzado la barrera de los cuarenta, un par de años menos que yo en este momento. Aunque ella misma se decía que a los 40 apenas comenzaba la vida, sabía que su condición de mujer traicionada y dependiente la hacía mucho más vulnerable. Cuando iba en las noches a llorar a mi cuarto me preguntaba con lágrimas en los ojos:

—¿Qué voy a hacer, Richie, si tu papá un día me abandona y me echa a la calle con ustedes? Yo voy a luchar y no renunciaré porque todo esto me lo debe tu papá. Yo lo he hecho. Lo saqué de su “Adoración” que lo trataba con la punta del pie. Le echaba agua hirviendo en la cara para que se fuera. Yo lo rescaté, Richie. Lo he convertido en lo que es, pero de eso no se da cuenta. Es muy fácil para las otras quitar y arrebatar lo que no saben cómo se gestó. Ya ven el producto terminado. Pero no saben lo que yo he sufrido por estar con este hombre. La cantidad de insultos que me he tragado. Todo lo que he tenido que soportar. ¿Y sabes por qué, Richie? Porque el mundo es miserable. Porque en el mundo no hay justicia, y ¿Sabes lo que es la justicia, Richie? ¿Tú qué vas a saber lo que es la justicia? Dar a cada gente lo que se merece. ¿Y será que yo me merezco todo esto? ¿Me merezco todas estas vejaciones? ¿Me merezco ser tratada como la sirvienta? Tu papá me hace esperar cuando voy a su oficina. Nunca le ha gustado que vaya. Se avergüenza de mí. Y más ahora, y ya ves. Lo vendió todo para no ir a la cárcel. Y nos dejó en la calle, Richie. Por supuesto la Saxton se largó como se largan las ratas cuando el barco se hunde. Pero tú eres bueno, Richie. No seas como tu padre, por favor. Es lo único que te pido. No seas como él.

Sus lamentos me dejaban exhausto, fatigado. No sabía cómo ver a Enrique, cómo reconocerlo como persona íntegra si hacía sufrir a Silvia bajo esos esquemas que me parecían demasiado escandalosos. En esos años ante tanta confusión me entregué a la vida de los santos que televisaban en el canal 4. Silvia me había hablado de justicia divina y de injusticia terrestre. ¿Por qué entonces había dos? ¿Significaba, entonces, que una negaba a la otra y que al final los buenos, nosotros, Silvia y yo, iríamos al paraíso y Enrique se pudriría en el infierno? Ubiqué la iglesia más cercana en la glorieta Valverde a unas cuadras del departamento, a la que me iba a pie todas las tardes. En casa las emociones estaban bastante trastocadas tanto, que lidiar con esa bastedad de confusión era simplemente inundarse en sentimientos de rencor y remordimiento.

Enrique pudo contener su deuda de American Express y las que se habían filtrado dentro del presupuesto de egresos de la Secretaría. El resultado había sido la suspensión de todo lo superfluo y de vuelta al mismo terreno de cuando Silvia empezó con Enrique.

El proyecto de descentralización de los servicios de salud en el país se consolidó y el perfil de Enrique no había quedado tan dañado. Aguantó un año como asesor de Soberón y después le ofrecieron la Dirección del Centro Nacional de Prevención de Desastres, dada la intervención de Soberón y su disciplina partidista. Ciertamente había podido subir, dar el viraje en lo que denominó más tarde un bache. En esa ocasión supo lo que significaba estar ya en contacto con lo más oscuro de la política, donde el mundo operaba bajo otros esquemas menos kantianos por así decirlo. Dar el salto era exponerse y decidir hacerlo era la diferencia entre los pusilánimes o los aventurados. Pero los Arnau no tenían un prefijo dado, sólo la noción del viaje, pero sin saber para qué

lado otear el horizonte conceptual. Había que darle ese prefijo para continuar bajo alguna forma. Su esquema, después de valorarlo, se dirigió a evitar el conflicto, aunque nos llevara a la ruina, o mejor dicho a bajar de nivel económico. Quería que su decisión fructificara, que su obstinación en permanecer no fuera a terminar con un fracaso inminente, con un regreso a un pueblo minero perdido o tal vez a Guaymas una vez más para recomenzar y darle el gusto a las hermanas de verla con lástima por haber perdido el piso y arriesgarse a ser una mujer dependiente y casada en circunstancias oscuras que no dejaban de incomodarles. ¿Qué más entonces? ¿Aguantar o salir corriendo y ser el hazmerreír de sus hermanas? Su padre, Justo, mi abuelo, le había dejado de hablar al momento en que decidió irse a la capital del Estado en busca de nueva fortuna. Cuando dejó la plaza como maestra de quinto año para buscar al que quería que fuera su esposo, el Dr. Arnau, a sabiendas de que estaba casado. Un movimiento que todo el pueblo supo, que todo el pueblo cuestionó exhibiendo la mala educación que Justo le había inculcado a su segunda hija, pero al mismo tiempo con el consentimiento de su abuela.

Decidí aguantar, quedarse para cuidar lo que viniera, para ver el futuro, para imaginar que su esfuerzo no había sido en vano. Aguanté porque no podía hacer otra cosa, aguanté porque es de mujeres aguantar la brutalidad, el maltrato, la vejación por los hijos, para exigir un buen trato para sus hijos. Así nos mantuvimos en el colegio privado lasallista a pocas cuadras del departamento. Podía caminar o tomar un camión Ruta 100 por la avenida Insurgentes que me dejaba en la esquina de la calle Fernando Villalpando en Plaza Inn. A veces entraba a la plaza para mirar las tiendas y sentirme desposeído como decía Silvia que nos debíamos sentir. Algo no operaba del todo dentro de mi vida. El desasosiego de

Silvia me contagiaba, me ponía a la defensiva, sus quejas me hacían pensar que todo estaba perdido, que yo no era ya parte integral de aquella clase pequeño-burguesa de la escuela y que era completamente inadecuado. Una especie de intruso dentro de una comunidad cerrada. Sentimiento con el que he tenido que cargar durante toda mi vida. Sentimiento que me pone en los márgenes de todo. De no sentir que pertenezco a ningún grupo social, a ningún círculo, que soy como un fantasma que se desliza por el mundo sin ser visto, que soy completamente invisible, que soy un mediocre sin remedio y que mis aficiones acaban siendo meros devaneos de algo que cada vez se vuelve más personal, más sin sentido, más íntimo, como si al contemplar lo que he sido me viera a mí mismo borroso, sin contornos definidos, queriendo ser algo para afirmar lo que no he podido ser porque los márgenes me jalan, me arrastran a su esquina y no me dejan salir. Creo que eso lo aprendí en esos años viendo a Silvia desgarrarse por dentro. No había nada que pudiera hacer más que resistir. En aquellos años Enrique le dijo que si no lo aguantaba que se fuera. Invitación que nunca tomó y que Enrique le hacía siempre con gritos de por medio cada vez que tenían un altercado. Silvia trataba de conservar su fuerza para pelear algo que por derecho decía que le correspondía.

Mientras dirigía las epidemias y los desastres, en casa todo giraba bajo las mismas condiciones. Sin embargo, Enrique sabía cómo separar los asuntos privados de los públicos con gran maestría. Comenzó a formar parte de la Organización Mundial de la Salud. Empezó a viajar por Latinoamérica dando charlas sobre cómo contener epidemias y mostrando a México como el paradigma de un país latinoamericano que podía combatir desastres al por mayor. El recuento del episodio con la Saxton dejó como balance una herencia

truncada y una posible solvencia económica de parte de Silvia para poder sortear sus últimos días. Enrique pudo reponerse de este bache que significaba otra vertiente de lo que había hecho, dedicado más a la salud pública que a los asuntos considerados políticos. Pero como los caminos de Dios son insondables y la política tiene algo que provoca adrenalina, a pesar de la oferta de convertirse en embajador de la OMS en Chile, donde le ofrecían casa, sueldo, coches y servidumbre pagada de manera que tendría un sueldo libre, se abrió otra oportunidad que no dudó en tomar.

Bernardo Arriaga, su amigo de toda la vida (al que yo nunca había visto y del que nunca había oído hablar) obtuvo la nominación del PRI para ser gobernador del Estado como pago a un brazo que había perdido en la campaña de Miguel de la Madrid. El tío, como después tuvimos que llamarlo, era hermano de la esposa del medio hermano de Enrique, Antonio. Para Silvia todos ellos eran el paradigma de realeza a la que aspiraba. El tío Toño había tenido además de Eduardo, dos hijas que Silvia ponderaba como la belleza aspiracional de Nora. Yo sólo las recuerdo en bikini de algunos veranos en los viajes que tomábamos a la playa en Baja California. Eran tres y cuatro años mayores que yo, por lo que cuando yo estaba en la secundaria ellas comenzaban a ir a la universidad. Los Arnau por parte del tío Toño habían vivido solos, sin madre. La tía Elena se había ido a refugiar a un lugar desconocido y toda la familia la veía como traidora, hasta que su hermano fue nominado como candidato y ganó la elección en 1988. La tía Elena enterró al tío Toño a los dos años de abandono. Sin embargo, como Enrique había sido nombrado segundo mando, la tía comenzó a tener mayor simpatía entre los Arnau.

Ante la nominación de Arriaga como candidato, Enrique vio factible continuar por la senda del poder. Evidentemente

eran de un grupo que no había comulgado con el anterior, con diferencias sustanciales, en cuanto a las nociones de un supuesto arraigo que Enrique había explorado y explotado por los dos lados. Era y no era. Su formación de médico en la Ciudad de México lo colocaba de lado de los entendidos, visto como uno de ellos, pero como muestra de superación. Resultaba demasiado estudiado para el gusto de las masas. Esto no le impidió construir una serie de deseos políticos y vio la posibilidad de recorrer ese mundo hasta llegar a la cima. Consideró que su casamiento todavía podía tener algún beneficio y decidió que, como parte de su propuesta, Silvia sería central. Venía de un pueblo minero casi a punto de morir; era el emblema de la clase trabajadora y la prueba fehaciente de que una mujer podía superarse.

Silvia se volvió a matricular en la Universidad del Valle. Súbitamente el poder podía conquistarlo todo y así pudo terminar los créditos de la carrera de Derecho en un año. Se tituló en 1992 a la edad de 48 años.

IX

Llegamos a La Paz en 1987. Yo fui el primero en acompañar a Enrique. Abandoné el colegio lasallista en el tercer año de secundaria. Situación que molestó a Silvia porque decía que perdería todo el porte de una educación privilegiada en el DF por una educación mediocre en el único colegio de monjas de la zona, con un nivel académico deplorable. Desconozco la razón por la que determinaron que yo debía irme, pero así lo hice. Mis años de secundaria en la ciudad habían sido, lo que puedo catalogar, los más míseros que viví. Además de mis correrías con las sirvientas había empezado a creer en Dios,

en el de los ejércitos, en Jesucristo redentor, en la injusticia terrestre frente al pago de la justicia divina. Comencé -por coacción- a estudiar todo lo que pude. Con la idea de Dios mis correrías con las sirvientas pararon y en la pubertad, luchar contra las erecciones al menor roce o avistamiento de un seno me volvía loco. Mi mente no podía dejar de pensar en el terror del pecado y en su engendro exquisito: la culpa. Luché contra ella todo lo que pude y como pude, llegando incluso al martirio y a la flagelación absurda. Si durante toda la vida Silvia y Enrique me habían latigueado de acuerdo con lo que consideraban subjetivamente una mayor o menor culpa con diferentes objetos y había aguantado con estoicismo cada azote, decidí que el material más potente para mortificarme eran los cables de extensión para la corriente. Esas eran firmes, sólidas y de plástico. Sonaban como latigazos y dejaban marcas e incluso sangre. Mantuve esa práctica durante toda la secundaria en el DF mientras el matrimonio de Silvia se iba fracturando.

En aquellos años Enrique me habló por primera vez de sexo, de algo que ya conocía, por lo que nunca supe la razón por la que Enrique me había azotado en Oaxaca. También en alguna vacación en el pueblo de Silvia, un amigo de calle 4 llamado Rodas me había enseñado las primeras revistas pornográficas que había visto. Me las prestó junto con su baño en donde pasé la siguiente hora en medio de un calor veraniego de 40 grados. Exploré las fotografías con la verga punzante y entre frotación y frotación, como de la lámpara mágica de Aladino, un genio demoníaco apareció mediante una eyaculación que había salido con la fuerza de un escupitajo sólido, de esos que al expulsarlos daban placer y orgullo. Fue la primera vez que sentí un orgasmo, y como toda primera vez, ahora resulta risible por toda la confusión

que se generó en mi alrededor. Me podía considerar normal, no había más temor de mi parte, más desvergüenza que Silvia pudiera sentir. No podía resistirme a considerar mi hombría como una conquista. Había rozado la derrota, pero ahora todo era normal. Al escrutar el semen por primera vez noté un olor que se me hacía familiar, el del cloro junto con el del sudor de los genitales. Me sorprendió su consistencia pegajosa y la cohesión densa que tenía, casi como para que no saliera nada de su liquidez.

Me sentí agotado y al mismo tiempo quise repetir el procedimiento para saber si aquello sólo había sido un golpe de suerte. Las piernas me temblaban y no podía mantenerme en pie; cuando volví a ver la revista una erección se volvió a registrar para percatarme de que el miembro y los testículos me dolían. Salí del baño como un campeón desahuciado en la batalla, sudado de todas las partes de mi cuerpo y orgulloso porque había comprobado que las mujeres eran lo mío; porque el fantasma del abuso se disipaba y yo podía gozar con el cuerpo femenino, no con el de Silvia ni con el chofer. Sin embargo, había algo que de cualquier manera no me gustaba; era un sentimiento oscuro que quedaba detrás, un arrepentimiento por considerar que todo eso no era la verdad del alma sino la del cuerpo. Las historias de los santos equiparaban cualquier gozo a la inmundicia y yo debía de tomarlo así. Por otro lado, Enrique comenzó a ser más diligente con mis necesidades y ante tanta urgencia (aunque en realidad era un sentimiento de culpa profundo) me mostró algunas revistas que tenía escondidas para que disfrutara de los “artículos”, según me sugirió. Así resolví que la flagelación era necesaria para unir las dos paradojas: el deseo y su rechazo. Irme del DF disipó todas mis ansiedades amoratorias al encontrar una tribu bastante elemental para lidiar con el deseo. Caí en un colegio

de monjas, pero no en la rigidez; el deseo sexual no podía controlarse por el calor que imperaba en aquella mitad de isla.

Enrique, por su parte, se dejó vencer del mismo modo por la seducción del poder. Ya instalado en la nueva oficina política del estado contrató a una secretaria que había sido finalista en el concurso de belleza Miss México, Genoveva Armenta. Veva, como le decían, era de un biotipo al que Enrique no podía decir que no. Alta, de piel blanca, su figura era una mezcla reminiscente entre la modelo sesentera y la estilización de los ochenta. Se pintaba el pelo de rubia y tenía curvas bastante pronunciadas. Como su papel era ser la recepcionista y el calor lo permitía, usaba minifaldas que traslucían una tanga de hilo dental que todos los presentes admiraban cuando dejaba su escritorio para entrar a hablar con el secretario particular de Enrique. Una semana después su oficina era una de las más visitadas del palacio de gobierno. Había incluso gente de planta que no se iba en todo el día. Lo supe porque había acabado la secundaria y en el verano Enrique decidió emplearme como mandadero sacacopias de su oficina. Tenía acceso directo a Veva e incluso me invitaba a sentarme con ella en su silla; nuestras nalgas entraban en contacto, lo mismo que sus piernas descubiertas rozaban las mías. Ella tendría unos 20 años y no había ido a la universidad. Era particularmente tonta. Su tontería me asombraba y descubrí que la lejanía del pueblo con el macizo continental sí había afectado el grado de desarrollo intelectual de todos sus habitantes. En el DF me había dedicado a estudiar con una intensidad y disciplina militar, fundamentalmente para evitar pensamientos sexuales. Ahora que ya había eyaculado, comencé a contemplar el sexo de una manera mucho más vital, es decir, a aceptar su mareo y su arrojo, la pasión que me conducía a ir a los baños de cualquier lado a masturbarme

en cada oportunidad sólo por el placer de la eyaculación. Lo sentí como un primer acercamiento a las drogas. Lo hacía para sentir placer y nada más. Conforme me acercaba más a Veva, sus piernas se hacían más carnosas.

El nuevo chofer, Cosío, se percató de mi afición por Veva. Para facilitarme el trabajo la llevaba a recogerme a la prepa durante el primer semestre. Nos sentábamos los tres en los asientos delanteros del carro y ella se colocaba en el medio dejando los pies y las piernas de mi lado.

—Mira tus vellitos contra la luz. Están bien güeritos, Richie. Mira cómo se ven los míos también. Tócalos... Sin miedo, que no te voy a comer.

Por dentro deseaba que nos comiéramos mutuamente. Le acariciaba las piernas temblorosamente. Veva se reía al ver mi indefensión. Quise alguna vez subir mi mano hasta su pubis, pero fui demasiado cobarde. A los dos meses de correrías, el Cosío me dijo que Veva ya no iba a ir con él a buscarme.

—Es que me regañaron, bato. Alguien que no te puedo decir quién, la quiere para él. Alguien grande que anda sobres.

—¿Arriaga? —le pregunté, después de todo más arriba que Enrique sólo estaba el gobernador.

—No te puedo decir, loco

—¿Mi papá entonces?

El Cosío se rio mostrando un diente falso que había perdido, según me dijo, en una barrida jugando beis hacía unos cinco años.

—¡Tú sí que eres cabrón! —Sentenció como para darse aires de gran conocedor de la psique masculina.

La estrategia era entonces desarticular los embates del Cosío. Veva al parecer era amiga íntima de la Paty Munguía que acabó siendo amante en turno y luego concubina permanente de Arriaga. Las dos eran recepcionistas y el Cosío había

incidido en la contratación de la Paty porque la conocía desde la primaria. La diferencia entre la servidumbre del centro y la del norte es que la del norte no se siente menos. Se considera a la par del otro porque no existe una estratificación racial indígena que los prive de ser iguales a quienes sirven. De ahí que el Cosío acabó siendo más como un amigo que como un simple chofer.

Cosío me dijo que cualquier acercamiento a ellas estaba prohibido y que hubo amenazas de muerte. Cuando me lo platicó lo sentí demasiado exagerado, la Paty era guapa y Veva me provocaba erecciones, pero a esa edad todas las mujeres jóvenes me las provocaban. Las visitábamos por la tarde, ya después de la jornada laboral. Yo resultaba la coartada de Cosío por lo que me llevaba a verlas y con ello también garantizaba esa seguridad de la que, según argumentaba, carecía por trasgredir los límites de lo ajeno.

La historia de Cosío no estaba tan errada. Tanto la Paty como la Veva dejaron de vivir en pequeñas casas del Infonavit y renunciaron a sus respectivos puestos, pero sin dejar de cobrar sus quincenas que se volvieron más jugosas. Ambas se fueron a vivir puerta con puerta a unos departamentos en la Colina del Sol. Las dos amigas acabaron siendo las dos amantes de los hombres más poderosos del estado: Arriaga y Enrique. Los tres años que duró como secretario de Gobernación mantuvo a Veva como amante en turno. Incluso, me dijo el Cosío, después de que lo despidieron, la Paty se iba a casar con Arriaga y tal vez la Veva con Enrique. Esto último no ocurrió porque Enrique tenía más ambiciones políticas y quería ser gobernador, por eso tuvo que contener sus impulsos. Arriaga sí se enamoró de la Paty y se divorció de su esposa para casarse con ella. Ya casado, acompañé a Enrique varias veces para verla hacer charrería. Por alguna

razón sentía un poco de pudor al verme y evitaba mirarme a los ojos. Recuerdo que hacía las suertes charras bastante bien; todos los presentes la ovacionaban. Veva no corrió con la misma suerte. Fue la amante de Enrique durante esos tres años. Yo sabía todo gracias a que el Cosío había quedado muy dolido de todo el episodio. Dos años más tarde me la encontré en un bar al que había entrado ilegalmente. Veva llevaba una minifalda azul ajustada y un escote pronunciado en el que se veía el nacimiento de unos senos abultados y enormes.

—Ahora sí te puedo abrazar, Richie —me dijo ya con muchas copas encima.

Me cubrió la cara de besos mientras me apretaba contra sus tetas. Yo correspondí sus besos de la misma manera. Al querer situar mi boca sobre la suya me detuvo.

—Esto no está bien.

—Vámonos de aquí entonces —repliqué.

—No, Richie. No entiendes lo que una tiene que pasar.

No entendía, pero tampoco no había nada que no me pudiera imaginar.

—Tú estás joven y con la ayuda de tu papá serás más que él. Estoy segura. —Me escrutó la cara como queriendo ver en mi algo distinto—. ¿Por qué estás tan morrito? —Pronunció esto último más como lamento.

Ella de 25 y yo de 17. A Veva le gustaban los hombres maduros, que la supieran tratar como se merecía y yo no tenía más que lo que Enrique me pudiera dar. El mundo imaginaba que tenía demasiado, aunque no fuera así. El primogénito del segundo hombre más poderoso del estado, el cerebro de todo lo que sucedía, no podía ser un don nadie. Sin embargo, a juzgar por Veva, yo era muy joven, casi un juguete al que había que entrenar en los misterios de satisfacer las necesidades frívolas de una ex Miss Baja California.

Enrique la había dejado para no poner en riesgo sus aspiraciones. Temía que su nueva amante actuara en detrimento de su posible candidatura. Qué sabía yo de lo que Enrique hacía con su tiempo o con su verga. Por primera vez sentí celos de él. Yo era la juventud y él sólo un hombre de cincuenta y pico años en el cenit de su poder político. Él lo tenía todo: Miss Baja California, leonera, presupuesto estatal, fealdad, inteligencia, esposa colérica depresiva, reputación de jefe intransigente, segundas nupcias, bancarrota financiera, propiedades vendidas, exesposa demente, terrenos perdidos, futuro prometedor, verga experimentada, negocios por construir, presupuesto qué robar, yate del gobierno, avionetas, carros último modelo, guardaespaldas, putitas, hijos por doquier, canas, nariz malhecha, joroba pronunciada, pies deformes, dentadura postiza, entonación chilanga, más putitas, casas de citas con cuentas abiertas, botellas de whisky (aunque prefería el coñac), primogénito raro, hijas dependientes, enemigos baladís, gusto por las gráficas y proyecciones económicas, más putitas, muchas más putitas y más putotas, más putas y más putas, siempre putas que coger. Y yo no tenía nada. Veva me reprochaba mi falta de edad y de experiencia, mi falta de poder, mi falta de dinero, de hombría.

—Es que eres igualito a tu papá, pero en guapo, y yo le tengo miedo a los hombres guapos. Por eso me enamoré de tu papá. Su fealdad es algo así como que masculina, Richie. Pero por favor, no le digas que me viste.

En aquella época en realidad no nos hablábamos mucho, casi nada. Yo todo lo hacía y resolvía a través de su secretario privado: dinero, gasolina, dinero, gasolina, más dinero y más gasolina. Ante tanta ausencia tenía que padecer a Silvia, quien ante las desapariciones de Enrique se concentraba en mí para nombrarme responsable de sus miserias, de que Enrique

estuviera con Veva mientras ella iba viajando lentamente hacia la decrepitud. Conocía las intenciones abiertas de Enrique y sabía que por esa razón no la dejaría. Ella sólo debía resistir una infidelidad más, una habladuría más. Cuando menos sabía que esta nueva era una pendejita sin cultura ni escuela y eso no le preocupaba tanto. Enrique había aprendido una lección con la Saxton y era que las mujeres inteligentes y con grados académicos le podían sacar hasta las entrañas. Veva en cierto sentido era insignificante, no podía constituir una amenaza real. Para Arriaga la situación había sido distinta, él ya había conquistado el sueño de Enrique y podía dedicarse a construir un patrimonio monumental en los seis años de gobierno que tendría sin importarle lo demás. Se podía dar el lujo de casarse con la Paty, pero Enrique no podía casarse con Veva. Sus movimientos tendrían que ser más calculados y si presumía de racional éste debía ser el momento. Por eso la dejó. Inició su campaña a senador de la República como el candidato interno, arropado por Arriaga y la maquinaria del gobierno. En la nómina de candidatos también estarían presentes los que iban a ser sus competidores y verdugos, el segundo senador, el general Valderrama y el diputado Macías. Los otros dos eran parte de dos tribus más de la clase política estatal. Arriaga y Enrique eran los disidentes, los expulsados, los de un arraigo construido desde fuera que databan del primer gobernador constitucional. Ambos habían estudiado carreras en la UNAM y habían gozado de ciertos privilegios durante la administración de los anteriores, hasta apartarse de la administración previa a la de Arriaga, mientras Enrique vivió entre la bonanza, el despilfarro y las devaluaciones de las que no salió indemne. Fortalecido pues, Enrique debía pelear por lo que creía le había pertenecido desde que transformó el territorio en Estado en 1974. Según me dijo alguna vez en un trayecto en coche, había

puesto todo su empeño en llegar hasta ahí. Estaba ahora en lo que sería todo o nada. Su todo o nada era una invitación a una pelea histórica. Rompía corazones porque el amor no era nada, salvo recreación humana. Me quedó claro que no había amado a Veva y para mí, a los escasos 17, el amor tenía que expresarse de alguna manera, ser el motor de algún tipo de convivencia. En realidad, lo que más me fastidió era saber que Enrique estaba ahí para tomar ventaja de quien se dejara. Yo había deseado a Veva de la misma manera en la que Enrique también la había visto. Sin embargo, él le doblaba la edad y yo era un aprendiz que no tenía los elementos necesarios por no tener esos cincuenta y pico que se requerían para cautivar a una Miss Universo. Sin duda, Veva quería una verga enhiesta dentro de su coño, pero compartir un cuerpo con padre e hijo podría ser una situación incómoda para la familia. ¿Qué podría hacer yo al final? El padre y el hijo por fin dentro de la misma arena, dentro del mismo campo de batalla donde el carita era derrotado por la cartera. Verbo mata carita pero cartera mata todo. Era yo un cadáver exquisito entonces, carita andando, con un poco de dinero prestado. Carita de muerto por el padre con su cartera llena de promesas, de oportunidades, de grandeza, carita triste y llena de melancolía, carita sufriente, carita errante, carita de pollo, carita de pato, carita de sueños con la verga más punzante que la de Enrique, carita llena de deseos por el bien ajeno. ¿Quién era Enrique para mí? Una figura distante que entre más quería ser algo para mí más se alejaba de mí. Ahora el hijo podía aspirar a las mujeres del padre, entrar en una confrontación primitiva, animal, bestial donde yo tendría que darle la puñalada por la espalda para no verle el rostro amenazante. La cobardía o la confrontación abierta, eso era lo que esperábamos, pero de mí era de quien debía provenir la iniciativa.

Veva había quedado dolida, usada, aunque ese era su estado natural y no sabía cómo zafarse de ese destino. Comprendí que no me daría lo que le había otorgado a Enrique, aunque lo pidiera por favor. Quería estar ahí disponible para cuando Enrique la necesitara. Todo parece que ya no la volvió a ver porque, salvo aquella ocasión, ya no he vuelto a saber nada de ella.

X

La cara de Enrique empezó a reproducirse por toda la ciudad. Lo veía en pósters en cada poste de luz, su nombre en bardas con tipografías verdes y rojas, con logos del PRI, con emblemas de campaña. Comenzó la época más egocéntrica de su vida. Sesiones fotográficas que duraban todo el día, propaganda política que contenía mensajes de “bienestar para tu familia”, “juntos sí lo conseguiremos”, “unidos todos por Baja California Sur” y demás discurso político que no tenía ni pies ni cabeza. Sus fotos eran de perfil tres cuartos porque en ellas se disimulaba su fealdad y su nariz protuberante. Le gustaba hablar frente a las masas de lo que llamaba, “las colonias populares”, saber que los acarreados corearían su nombre. Silvia estaba completamente embelesada con el proceso. La casa se convirtió durante dos meses en una especie de cuartel general desde donde se estaba orquestando un poder extraordinario. Se llenó de gente que no había visto. Silvia comenzó a desarrollar y a manifestar un delirio de persecución. Comenzó a creer que las líneas telefónicas estaban intervenidas y que no podíamos hablar de nada. Articuló ciertos códigos que debíamos aprender para comunicarnos. Sentía que estaba en medio de una conspiración. Me prohibió salir en las noches porque dijo haber recibido amenazas de

muerte y de secuestro contra mí y Nora. Les gustaba ser el centro de la atención y tener el lugar de honor en los templetes, llegar tarde, portando siempre lentes oscuros para imitar a algún personaje de la realeza europea.

Enrique ganó la elección sin ningún problema y yo continué saliendo por las noches y entrando ilegalmente a los bares. Enrique sería flamante senador de la República por segunda ocasión. Eso lo distanciaría del estado y de Silvia, decía que no nos podíamos mudar al DF porque perdería la “residencia”. Todos en la casa sabíamos que era un pretexto para no estar juntos, más por la salud mental de Enrique que por la familia. Se fue en agosto llevándose a Nora para que viviera lejos de Silvia y se hiciera cargo del nuevo departamento que había comprado en la calle de Fresas, a una cuadra del parque Hundido. Era un penthouse de dos pisos. Puso a disposición de Nora una sirvienta y un chofer para que la condujera a todos los lugares que necesitara. El chofer se llamaba Adolfo y provenía de la costa chica guerrerense. Era lo más cercano a la negritud que se podía ver en México. Era una especie de policía comisionado al servicio de Enrique. Había estado con él en la Secretaría de Salud por lo que estaba garantizada su confianza. Así Nora se instaló en el DF para empezar la prepa en el Colegio Williams. Yo me quedé en la capital del estado estudiando en mi mediocre prepa de la que no puedo contar nada, excepto la terrible desazón intelectual que sentí en esos años en los que no había nada qué hacer ni qué estudiar porque nadie sabía nada, y tampoco hacía falta.

Para Nora esos años fueron más decisivos e incidieron más en su formación. Para mí, la prepa se convirtió en un lugar sin sentido. Pese a que yo era el mejor alumno de toda aquella prepa sabía que no hacía ningún esfuerzo y que todo ese tiempo que perdía tendría que recuperarlo tiempo después.

**TERCERA
PARTE**

I

EL PRIMER ENCUENTRO entre Silvia y Enrique fue en el pueblo minero de Santa Rosalía donde Silvia había nacido. Lo conoció cuando Enrique era el delegado del PRI en el territorio de Baja California Sur. Silvia regresó de la Normal Urbana en La Paz con plaza permanente para ser la maestra de cuarto año en la primaria Benito Juárez, la única que había en el pueblo. Silvia regresó a vivir a la casa de su padre, Justo. Para entonces la embotelladora de la cual habían vivido, o más o menos subsistido, se fue a la quiebra porque Justo era adicto al juego, afición que corría profundamente por las venas de todas la Echegaray, quienes hacían peregrinaciones semestrales a Las Vegas para jugar en los casinos. Justo Echegaray se jugó toda la refresquera y un mercadito que tenía a un costado de su casa en el barrio llamado Ranchería. No había estudiado más allá de la secundaria y se había casado con Sonia Castro, hija de ganaderos, que poseían dos ranchos: uno en la Sierra de Comondú y el otro en la Sierra de Guadalupe. El menor de los hermanos, Ricardo apodado el Richard, apenas hubo acabado la primaria lo llevaron a vivir entre cabras y vacas, por lo que no tuvo contacto permanente con las demás hermanas ni con el hermano mayor, Víctor. El resto del clan vivía en dos casas, una de la Nina y la otra de Sonia. Justo vivía del dinero que el padre de Sonia les mandaba para sostener la refresquería y

la tiendita. Al regreso de la Normal, Silvia se instaló en lo que había sido la casa familiar y ahí vivió por cuatro años.

Al conocer a Enrique le sorprendió la madurez y sus maneras muy fuera de lugar, casi finas, para lo que ella había experimentado con el tipo de hombres machos. Indagó sobre él para descubrir que estaba casado con una mujer de buena familia y que tenía dos hijas. Había estudiado la carrera de medicina en la UNAM, y para ella la capital del país podía ser lo equivalente al desarrollo cultural. Se vieron brevemente porque la escuela había preparado un bailable para deleitar a la comitiva que había llegado. Silvia supo en ese momento que ese aire de autosuficiencia y madurez con sus quince años más, era lo que había buscado dentro de las pesquisas que emprendió. Enrique era una especie de extranjero perdido en el desierto donde aquellas maneras rozaban el exotismo. Si no se enamoró, sí supo que en el reducido mundo peninsular podía haber gente ajena a aquellos desiertos, gente que pareciera un oasis cultural. Después de todo, lo único que había visto era una capital del territorio olvidada de la mano de Dios, Guaymas como el centro de la civilización y Tepic adonde se iba los veranos a cursar la Normal Superior en español, pagándose ella misma el costo de hospedaje, el ferry a Guaymas y el autobús a Tepic. Ese había sido su universo. Enrique venía de la capital del país en una época de bonanza donde el haber tenido una carrera universitaria lo elevaba a un grado exponencial que Silvia nunca había ni siquiera contemplado como parte de su universo.

El pueblo no era lo que ella necesitaba, su capacidad mental, se lo habían dicho, daba para más y en ese hoyo minero no podría dar rienda suelta a lo que había descubierto como una especie de super poder que debía explorar y explotar. Si tenía la inteligencia debía ser para salir de aquel

moridero desértico. Su primer intento fue un tal Carlos, marinero, al cual muchas veces mencionó para decirnos que había cometido un error al casarse con Enrique y no con el marinero. Con él planeaba irse del pueblo para llegar a Veracruz. El marinero era parte de la Fuerza Naval y ese sería su destacamento permanente. Ahí pensó que podría acabar la Normal Superior y quizás después empezar una carrera universitaria, de Derecho, dado que la Normal Superior sería revalidada como preparatoria. Su abuela Nina le había metido en la cabeza que sus antepasados habían sido abogados de gran renombre, que habían llegado desde la región vascuence para establecerse en Mulegé y ejercer como figuras de autoridad. Silvia quiso utilizar ese discurso como parte de un destino que debía completar.

El segundo avistamiento que tuvo de Enrique fue cuando se lo presentó directamente el segundo del delegado, Arriaga, en un mitin del PRI. Bromearon un poco y Silvia fue invitada como parte de la comitiva a comer unos callos de hacha, pero más como invitada de Arriaga que como posible víctima de Enrique.

Desconozco los detalles de la relación que tuvo con Arriaga, salvo algunas referencias que ella misma ha hecho junto con lo que me ha revelado Nora. Comentarios agresivos que le hacía a Enrique:

—Debí haberme casado con Arriaga cuando me lo propuso. ¡Qué pendeja fui! A mí era a quien buscaba, y yo estúpidamente pensé que tú eras el que tendría más éxito, el que llegaría a ser gobernador. Eso me pasa por ambiciosa, pero ¿qué podía yo hacer si venía de un pueblo minero?

Nora fue quien me refirió la historia de Silvia hace muchos años, una historia narrada a cuentagotas, en pequeños fragmentos que he tenido que ir desentrañando para tratar de

reordenar la mía y al final, sí, de justificar ante mí, la madre que he tenido. Y esto, me duele decirlo, porque ha sido lo que Nora y yo hemos hecho a lo largo de todos estos años, repasar la historia de Silvia para buscar el porqué, el cómo fue posible que nos haya ocurrido lo que nos pasó, para tratar de ordenar nuestros recuerdos más ahora en que hemos tenido que ser padres y que cada vez que nos confrontamos con la paternidad (y la maternidad en su caso), no nos cuadra nada; nada tiene sentido. Yo me tuve que alejar y aceptar mi derrota ante ella, dejar de hablarle completamente para no perder el piso y la fe en lo que hago. Porque sé que me llamaría mediocre, fracasado, inútil y, finalmente, uno de los insultos más dolorosos que no he podido quitarme, aunque ya hayan pasado más de 35 años: gusano. A sus ojos nunca pude ser más que Enrique, y ciertamente no lo he sido. En sus estándares soy un completo fracaso y el summum de la mediocridad.

—¿Para qué quieres ser escritor? De eso no se vive y ni siquiera tienes buena ortografía. Ya vi alguno de tus apuntes y ni siquiera sabes cuándo acentuar “mi”.

Esto me lo dijo a los 15 años. La verdad es que no tenía idea de muchas reglas de acentuación y sí, mi ortografía tenía muchas deficiencias. No recuerdo por qué quería ser escritor. Creo que sólo porque los escritores tenían una especie de fama, su foto salía en las solapas de sus libros y me parecía que ya el solo hecho de tener una foto distribuida por el mundo era estar del lado de los ganadores. Ahora con su muerte me siento más relajado. Sé que no me estará juzgando, que no tendrá boca para insultarme por la boca de Nora como solía hacerlo aun en sus últimos años.

Nora y yo hemos especulado el porqué de sus desvaríos mentales, de su ansiedad sexual, de su esquizofrenia. Por mucho tiempo pensé que su preocupación hacia mí era

derivada por la serie de abusos que padecí, incluso por ella. No le he confesado a Nora por lo que tuve que pasar, tal vez por la distancia o la vida de adulto, donde lo que no nos mató nos hizo más fuertes. Sin embargo, el trauma ha quedado intacto, en una especie de presencia silenciosa. Silvia supo lo que me sucedió y trató de corregirlo con ella misma como remedio poniendo mi pene dentro de su vagina. Pero de cualquier manera ese hecho tenía que haber salido de algún otro. Sí, yo había sido violado, pero al mismo tiempo también mis exploraciones sexuales no terminaron ahí. Siguieron con niños de mi edad. Nos desnudábamos en nuestros cuartos para jugar a tener sexo o jugar lo que haríamos en caso de encontrarnos en una situación semejante. Con alguno fingía penetraciones que ambos tomábamos como reales al poner el pene enhiesto en las nalgas del otro para acabar torpemente manipulándonos el miembro mutuamente. Sólo existían erecciones, pero nunca hubo ninguna eyaculación porque tendríamos alrededor de 10 años. Así como yo tenía una historia secreta, Silvia debía tener la suya. Nora y yo hemos tratado de reconstruir esa falla, sin mucho éxito, debo agregar. En la historia que Nora me ha ido narrando hay lugares para incluirla, por ejemplo, cuando Silvia cuenta que Nina, su abuela, la golpeaba por no tener novio a los 12, que fue la primera en insinuar que Silvia tenía preferencia por las mujeres. Tal vez entonces el trauma pueda venir desde generaciones anteriores, en la historia de la Nina que fue tomada como amante y obligada a tener sexo de las formas más inverosímiles o más primitivas, incluyendo la sodomía constante. Podía ser la vergüenza de la Nina que se materializaba en Silvia y que ésta también había padecido. Silvia sufrió de incontinencia hasta los 16 años. Esa fue una de las razones por las cuales se regresó de la preparatoria en Hermosillo. Silvia mojaba la cama, se meaba

en las camas del internado y en las de su casa. Me pregunto si esa incontinencia tenía algo que ver dentro de su estado mental o físico. Desconozco las razones por las que alguien se orina en la cama. Nora me lo refirió como un problema de esfínteres; ¿cuáles podrían ser las circunstancias de esos problemas?, ¿serían de abuso también?, ¿de inconformidad? o simplemente un problema físico que nada tiene que ver con una correspondencia perversa.

En los años como maestra, Silvia tuvo varios amoríos, de los 18 a los 22, pero nada que se pueda relacionar con algún trauma. Según Nora todo lo sexual parece completamente normal, aunque la normalidad en la sexualidad sea lo menos medible del mundo. Es un viaje privado que se resuelve al margen de todo y de acuerdo con la pulsión del momento. Es el amor pasional que asalta al cuerpo y no lo deja retractarse. Eso lo sabía por mis correrías donde lo que privaba era un sentimiento de confusión más que de exploración. Por eso, lo que Silvia haya vivido no es parte de nuestro territorio vivencial pero sí de sus secuelas. Vivimos esas secuelas por partida doble, tratando de lidiar con su infierno y paulatinamente conformando el nuestro, solidificando el nuestro.

El segundo encuentro con Enrique le abrió la perspectiva de un mundo menos elemental que el que le ofrecía el marinero. Sin embargo, Enrique tenía familia, pero la determinación de no morir en aquel lugar la hizo marcharse con la promesa de que Arriaga la ayudaría a conseguir trabajo en la capital del territorio. Así, Silvia partió del pueblo minero para irse a probar fortuna en donde radicaba su hermana Refugio que salía con un ingeniero agrónomo que estaba ahí de paso para llevar a cabo una reforma agraria sui generis. Comenzaron a vivir juntas. Silvia pidió su cambio de plaza y sin mayor complicación por la intervención de Arriaga lo pudo conseguir.

De igual modo, la recomendó con Pancho King, el dueño de la estación local de radio. Después de una etapa de prueba y debido a su tono de voz, modulación y dicción al leer, pudo tener un espacio dentro del noticiero de la tarde. Así incursionó por primera vez en el mundo de las comunicaciones, en el mundo de la radio, que de alguna manera marcó sus pasos siguientes en la persecución de Enrique a la que entregaría sus fuerzas confundiendo el destino con el capricho, con el miedo a la pobreza y la posibilidad de entrar a formar parte de una sociedad a la que veía desde afuera. Arriaga le había dicho (tal vez después del coito) que su amigo Enrique vivía un infierno, que su esposa era altamente peligrosa y que a él le daba pena la miseria en la que vivía, después de todo la relación entre ambos era más bien familiar, su hermana se había casado con el medio hermano de Enrique. Rosa tenía un principio de enfermedad mental que no había sido diagnosticada hasta ese momento. Lo perseguía por toda la ciudad con sus dos hijas en brazos mientras Enrique departía con otras en los bares. Encima, todo el mundo sabía que la hija más pequeña no había sido suya. Razón por la cual abandonó a Rosa para ir a esconderse a la casa de su hermana Elvira. Ahí vivía en un pequeño cuarto con entrada independiente. Elvira era hermana natural de Antonio, producto del segundo matrimonio del padre de Enrique, por tanto, medio hermana de Enrique. Se había casado a los 15 años con un piloto al que apodaban el Capitán Rodríguez. El Capi había sido de los primeros fundadores y desarrolladores de Los Cabos; con ayuda de Enrique y la Reforma Agraria se hizo de cerros completos que daban al mar. Después de procrear con Elvira siete hijos se marchó a Los Cabos; volvía ocasionalmente algunos fines de semana. Elvira había heredado la casa del padre de Enrique frente al malecón en la que vivía con sus

siete hijos. El Capi, al marcharse también, olvidó alimentar a sus hijos. Elvira y el Capi nunca se divorciaron, por eso nunca hubo coacción judicial ni demanda de parte de la tía Elvira.

La situación de la tía Elvira era un tanto particular. Mientras Los Cabos crecía, el Capi comenzó a amasar fortuna sin que sus hijos vieran un cinco. El Capi argumentaba locura, manías y misantropía que nadie le tomaba en serio por lo que se estableció en Cabo San Lucas indefinidamente. No tenía estudios salvo una licencia de piloto privado que había sacado ya estando en Los Cabos, para transportar gringos a las islas cercanas y pasearlos por toda la extensión de la península. Hay quienes argumentan que fue de los primeros en trasladar droga hasta Tijuana, pero de eso no se ha descubierto nada, sobre todo en la época cuando se reveló que los hermanos de Arriaga sí comenzaron a traficar droga y acabaron en Almoloya, sólo para ser liberados tres años después. Al Capi nunca se le comprobó nada.

Ante la coyuntura que Arriaga involuntariamente le ofreció, Silvia propuso a Pancho King una entrevista con los personajes políticos del territorio, pensando antes que nada en el Dr. Arnau. King aceptó la propuesta y Silvia se puso en contacto con Enrique que ocupaba el puesto de presidente del PRI en el territorio. Tenía 34 años y había sido el secretario de Salud del territorio más joven de la historia a los 24. Puesto en el que duró seis años para después ejercer algunas delegaciones del Comité Ejecutivo Nacional del PRI en Sinaloa, Chiapas, Morelos y Tamaulipas. A Silvia le intrigó e inquietó un currículum como el suyo. En sus estándares era lo más cercano a un tipo cosmopolita. Su fealdad era vista como prueba de su hombría dado que su cara no podía atraer nada; era entonces su bolsillo, su posición dentro de la política, su valía como personaje histórico lo que acabó alimentando

la obsesión en Silvia. La entrevista transcurrió dentro del terreno de las obviedades. Silvia a sus 22 podía impresionar a cualquiera; amplias caderas, piernas carnosas y tetas abultadas, siempre enfundada en una minifalda y con la tensión sexual que el poder vierte sobre algunas mujeres, especialmente las que carecen de figura paterna. Todo esto alimentó el deseo de Enrique quien se vio completamente a merced de una mujer guapa y que podía articular bastante bien las palabras, además de que se había preparado para la entrevista estudiando toda la hoja de vida de Enrique. Su carrera de medicina en el DF y su posición en la política le abrían una puerta en la que el humanismo de la medicina y el poder se conjuntaban para dar un producto en el que una actividad complementaba a la otra. Silvia se vio obnubilada por su presencia, porte y acento. De igual forma, Enrique, en medio de su debacle matrimonial, trató de atacar a la incauta que tenía enfrente sin imaginar que esa incauta actuaba con premeditación para salir de la pobreza y ascender en el escalafón social.

Enrique notó las ansias de Silvia por agradar y mostrarse como una mujer experimentada, aunque no conocía más allá de un noroeste fragmentado. Ella le recordó la vez que Arriaga los había presentado y la ocasión en la que habían convivido en la comida multitudinaria en el pueblo minero del que provenía. Los años que había pasado en el DF le habían enseñado a Enrique que sí había una diferencia etnográfica entre el centro del país y el noroeste. Definitivamente la mayoría de las mujeres resultaban con rasgos menos indígenas, más occidentales, más blancas si es que ese podría ser el término. Él mismo era de una blanchura pálida heredada de su madre. Tenía el cabello negro y abundante y canas que ya empezaban a despuntar para darle un aire mucho mayor de lo que era realmente.

Con la seguridad que da el poder y estar enfrente de una oportunidad para reivindicar su vapuleada condición de cornudo se lanzó al ruedo:

—Podemos seguir la conversación con una cena en Las Brisas, frente al mar. Si le interesa conocer la carta para tomar una decisión informada, el restaurante se especializa en carnes de muy buen ver y de mejor sabor.

Su cortesía venía permeada de un doble sentido que a la sazón desconcertó a Silvia; no supo si tomarlo literalmente o si era parte de un avance que ella misma había motivado.

—Doctor, yo estaría encantada de departir con usted para seguir con la entrevista.

—Digamos que la entrevista podría dar un giro e incluso le podría revelar más cosas que a nadie le he dicho.

La cortesía de Enrique comenzó a tomar forma para mostrar una intención que a todas luces condujera a la cama. Después de todo tenía enfrente a una muchacha con algunos años de experiencia docente y una ambición que brillaba en sus ojos.

—Si accede, la espero en Las Brisas. Mi chofer pasará adonde me indique por usted. Dele sus datos cuando la regrese a la estación de radio.

—El chofer de la radio está esperándome. Muchas gracias —le respondió Silvia.

—Ya no está. Le he mandado decir que nosotros la llevaríamos.

Enrique había sacado toda la artillería pesada para deslumbrar a una joven en minifalda. La había recibido en las oficinas del PFI y la despedía con lujo de prepotencia, con un desplegado de órdenes y de anticipaciones. El padre de Silvia era una figura completamente ausente, entregado al juego y ella buscaba alguien que la guiara por el mundo más allá de

una península. La insistencia de entrar en la vida de Enrique estaba dando resultado, pero podía salir lastimada y eso lo sabía; sin embargo, la vida requería de movimientos bruscos, de entregarse al juego... de eso sí que tenía experiencia. Conocía la adrenalina del azar, de tentar a la suerte, de sentirse ganador en cada mano, en cada tiro de dados. Así que jugó porque sintió que tenía el as bajo la manga, un cuerpo que explotar, una oportunidad que descubrir. Si lo que Arriaga le había dicho era verdad, lo encontraría vulnerable, maleable a su cuerpo indómito que pedía muchas cosas y un hombre con tanto mundo, para ella, era el ideal.

Aceptó la invitación para el fin de semana. Enrique ejercía la puntualidad con disciplina militar. Presumía ejercerla como un acto de rebeldía en un país completamente impuntual. Le gustaba llegar a la hora indicada como un instrumento de manipulación, siempre y cuando él fuera el que estaba en posición superior.

Silvia llegó con veinte minutos de retraso. Enrique bebía un coñac que balanceaba rítmicamente en su mano. La vio radiante con sus 22 años bien puestos, resaltados por una minifalda blanca y un escote que revelaba el nacimiento de sus senos, sus pezones se traslucían ligeramente. Enrique se levantó de la silla para saludarla. Silvia le extendió una mano firme pero que dejó sin fuerza al estrechar la mano blanca de Enrique. Al verla tuvo una erección. Se la imaginó en la cama gimiendo de placer. Su intención al invitarla no era meramente ofrecerle su amistad sino pedirle todo su cuerpo. Eso era evidente cuando menos para él. Silvia también sabía adónde entraba. Quince años mayor que ella y en una posición de poder, Silvia no podía esperar que Enrique jugara a un cortejo juvenil. Sin embargo, Enrique la trató como ningún hombre lo había hecho, con una cortesía que nunca antes había experimentado

por ningún troglodita local, minero o marinero. Sus maneras llevaron a que Silvia creyera que Enrique era una persona culta y entendida de los placeres sociales. Eso le agradó aún más. Al llegar le recomendó un aperitivo apuntando a su bebida. Estaba claro que el restaurante era el espacio en el que Enrique se sentía con la libertad de jugar. Llamaba al capitán de meseros con familiaridad y lo hacía venir mediante un tronido parecido a un beso. Estos detalles que de cierta manera eran baladís, en Silvia se materializaron como producto de un conocimiento profundo del mundo y de las relaciones sociales que se deben articular en una sociedad donde hay dominadores y dominados. Transfirió su deseo de machismo y sometimiento a un terreno más abstracto, menos corporal y más mental. Esto le produjo un sentimiento de excitación que nunca antes había sentido. Su contacto anterior con los hombres era más bien de sometimiento físico, vaciar sus energías sexuales con ella, utilizarla más como la reafirmación de un objeto que de una persona. Sin duda el sexo para Silvia había sido entre brutalidad y abyección, una especie de mal necesario para la vida. Podía utilizar el cuerpo a su favor, pero con una salvedad: tendría que rendirse a las caricias y deseos de los hombres. Así aprendió a tragarse la insatisfacción sexual y asumir su postura de lo que llamó alguna vez su “condición de mujer fregada”. Utilizaba el adjetivo fregado como sinónimo de jodido, con implicaciones sexuales. Ser mujer era, ante sus circunstancias, aceptar la vejación y la violencia para que el hombre desfogara esa pasión, esa necesidad que justificaba como atributo intrínseco de la hombría que nunca rechazó, al contrario, trataba a toda costa de afirmarla.

No había duda que el sexo no era un encuentro con su placer sino un encuentro con el otro al que debía mantener feliz. Esto por supuesto que le trajo un sinnúmero de

complicaciones y de posiciones riesgosas que no siempre acabaron en buenos términos.

Una cena con vino tinto descorchado en la mesa bastó para deslumbrar la falta de cultura culinaria que tenía Silvia. Enrique no era un enterado de la cultura vitivinícola, pero como había vivido la mayoría de su historia adolescente en el DF con sus abuelos ya había estado en contacto con las maneras que mostraba su abuelo Ernesto en la mesa. Pidió un par de cortes New York de calidad sonorenses término medio y le sugirió a la maestra, como le llamó tratando de mostrar todo el respeto del mundo y que Silvia se sintiera más relajada, que aceptara su recomendación. La carne había que probarse con esa consistencia para degustar todos sus sabores, le reveló con autoridad. De entrada, sugirió un jugo de carne “vigorizante” que contenía algunos ostiones. Esa vigorización tal vez no fue percatada por Silvia. Los ostiones no eran el tipo de platillo que se consumía con un sueldo de maestra renegada convertida en locutora. En la charla Silvia trató de comprobar todos los rumores que había escuchado sobre la esposa de Enrique. Dentro de su instrucción amorosa, Enrique sabía que lo que tenía que decirle era la verdad o si se prefiere la verdad a medias, la manipulación de la verdad para entrar a terrenos del deseo, de tensión, de contacto que una joven de 22 tiene en ese momento. Enrique le confesó que su matrimonio estaba pasando por un bache, por un reajuste (utilizó esa palabra). Nunca pronunció la palabra divorcio sino problemas, nunca dijo infidelidades sino contrariedades. Jugó el viejo truco de un matrimonio infernal en el que había tenido que separarse por algún tiempo. Lo cierto es que su partida del hogar había coincidido con el descubrimiento reciente de que su hija menor no era suya. De ahí el abandono, la huida de su lecho conyugal. Enrique analizaba las cosas,

por un lado, había sido engañado por su esposa, aunque él la hubiera engañado muchas veces previas. ¿Cuál tendría que ser el comportamiento de un verdadero hombre? ¿Dejarla o aceptar la infidelidad como penitencia? Luego de darle vueltas al asunto decidió que lo más sensato sería poner un poco de distancia de por medio por lo que se mudó a la casa de su medio hermana para enfriar las cosas.

—El amor es así —sentenció Enrique.

¿Significaba que el amor era una pasión y un capricho?

—No todo —respondió Silvia comprensivamente.

A Enrique esta respuesta lo intrigó. Si el amor no era pasión qué es lo que significaba. Tal vez Enrique había proferido esto sólo como cliché popular, como parte de un nulo conocimiento de las cosas del amor y Silvia le había revirado con otra manera de concebirlo.

—Si no es así, entonces, dígame, maestra, ¿cómo es el amor?

—El amor es respeto, admiración; es reconocer al otro por lo que es y lo que hace. Entregarse incondicionalmente.

Al oír esto Enrique sintió una nueva erección. Sabía que esas palabras eran la manera en que Silvia trataba de mostrar su inclinación hacia Enrique. La verdad sea dicha, no había experimentado a este tipo de mujeres antes. ¿Significaba que Silvia le estaba declarando abiertamente un respeto y admiración sólo por ser él? Esto desarmó a Enrique e hizo que su interés creciera más allá de la atracción que sintió por su boca y sus senos prominentes.

Después de la cena, Enrique se ofreció a llevarla a la casa donde alquilaba un cuarto. Juzgó suspender el avance y confirmar que ella aún estuviera interesada. Subieron al auto que Enrique tenía a su disposición propiedad del PRI. A Silvia le pareció extremadamente elegante y de un lujo digno de una princesa moderna.

Al llegar a la casa que habitaba Silvia, una modesta construcción de dos cuartos a un costado de la Normal, bajó a abrirle la puerta, gesto al que no había estado acostumbrada en sus devaneos pasados. Se despidió de ella con un saludo de mano y aventuró un beso que plantó en el envés de la palma de la mano. Se percató de que entrara, subió al coche y partió dejando un rastro de polvo en la calle aún sin pavimentar.

II

Silvia intentó corroborar la historia conyugal de Enrique por ella misma. Sabía perfectamente cuál era la casa en la que Enrique decía vivir con su hermana. Ayudada por Refugio al volante emprendieron un par de vueltas de reconocimiento. Silvia quería cerciorarse de que la historia de Enrique cuadrara, de que el mismo carro en el que la había llevado estuviera estacionado en la pendiente de la casa de la esquina. Había visto la coyuntura para entrar en la vida de Enrique y nunca pensó, ni por asomo, que era el mismo discurso, la misma narración que ha surtido efecto tantas veces. Y es que ella se sentía especial, importante, inteligente, y con esa inteligencia es con la que tenía que conquistar su posibilidad de huida de la vida banal que el destino le había otorgado, sin renombre, sin educación, sin títulos nobiliarios, por haber nacido en un pueblo minero lejos de cualquier civilización. ¿Cómo hacer para entrar a formar parte de la vida de Enrique sin que hubiera riesgos de por medio? Más con la pulsión de los veinte que con un frío cálculo de daños, le pidió a Refugio que se estacionara atrás del coche que la había traído a su casa hacía una semana.

—Pero Silvia, ¿qué estás haciendo? No está bien esto. Ese hombre ya está tomado, si hasta familia tiene. ¿Qué quieres hacer con un hombre casado?

Pese a la revolución sexual de los años sesenta, a la península sólo había llegado algún personaje perdido, alguna canción a la radio que Silvia identificaba como música del momento. Enrique era más o menos portador de ese cosmopolitismo incluso en su indumentaria. Llevaba el pelo demasiado largo para la época, peinado de raya al lado, y un brazalete de cobre para extraer toda la buena energía de las ondas magnéticas disueltas en la atmósfera. No era exactamente un hombre abiertamente comprometido con causas contraculturales, sino que su estancia en el DF y su falta de ortodoxia médica le habían otorgado una posición más bien escéptica y por ende abierta a todo lo que no estorbara, desde un amuleto hasta un colgijie de artesanía oaxaqueña. Era de igual modo un excéntrico en ese desierto alejado de toda simbología cultural.

Pese a la advertencia de Refugio, Silvia abrió la puerta del coche, y mientras salía, únicamente musitó un “ahorita vengo”. Con el temor de que Silvia cometiera una tontería en sus arranques pasionales trató una vez más de detenerla.

—Silvia, esto es una tontería... A qué te bajas, sí vive allí. Ya vámonos. ¡Silvia...!

Refugio se quedó al volante y no supo qué hacer. Optó por permanecer dentro del carro y observar la escena con relativa calma, pero en estado de alerta. No era la primera vez que presenciaba un arranque de Silvia por el mundo. Refugio había tenido que entrar al rescate sobre todo cuando Silvia perdía el control de la situación de manera violenta, porque hay que aclararlo, Silvia era una mujer violenta.

Silvia subió una pequeña escalera hacia la puerta principal. Con determinación tocó el timbre y esperó unos segundos a que alguien le abriera. Asomó una mujer de la misma edad de Silvia con un niño en brazos. Refugio se mantenía alerta al volante. Vio que cruzaban algunas palabras mientras el lenguaje corporal de Silvia se preparaba para algún lance. La mujer que atendió a Silvia entró y cerró la puerta. Silvia se veía sensiblemente alterada. Finalmente había llegado hasta ahí sin saber qué esperar de Enrique o siquiera si éste la recibiría sin previo aviso. Silvia le hizo una seña a Refugio indicándole que tenía todo bajo control; quiso bajarse para llevarse de ahí a Silvia, pero se contuvo después del señalamiento que le había hecho desde el rellano. Refugio pensó por un momento que esa podía ser la esposa de Enrique y el niño algún hijo de Enrique. En cuanto esta idea le cruzó por la cabeza se angustió aún más. La puerta de la calle volvió a abrirse y apareció la misma mujer sin el niño en brazos. Parecía decirle que Enrique no podía atenderla; Silvia comenzó a subir la voz. Desde lejos Refugio veía cómo Silvia comenzaba a manotear. La mujer parecía querer conciliar de alguna manera haciendo indicaciones de que se calmara.

—Enrique no se encuentra en este momento... Es mi hermano y ésta es mi casa —la hermana de Enrique, Elvira, trataba de poner un poco su distancia. —A lo mejor está en el partido o en su casa. Pero si quiere dejar algún recado, cuando venga yo se lo doy.

Silvia se aprovechó de la apariencia poco belicosa de Elvira. Era mucho menos corpulenta que ella por lo que empezó a proyectar hacia adelante el cuerpo para dejar en claro quién podía dominar la escena.

—¡Cómo no va a estar aquí! —le increpó con tono sarcástico—¿Me quieres ver la cara de idiota? Sé perfectamente

que ese es su coche y sé que está aquí. Así que ve y dile que salga, que necesito hablar con él.

Elvira se notaba sensiblemente molesta e incapacitada para lidiar con este tipo de violencia. Trató una vez más de conciliar.

—Enrique no está, pero tenga la certeza de que yo le diré que vino. ¿Con quién tengo el gusto?

—Soy la locutora de radio Silvia Echegaray.

—Encantada de conocerla... Señorita locutora —contestó Elvira.

Silvia la miró a los ojos con detenimiento mientras Elvira le extendía la mano. Silvia alargó la suya, pero en un acto completamente irracional, su brazo cobró fuerza para asestarle un par de cachetadas con todo el peso de la mano. Elvira casi se fue de bruces contra el suelo por el peso del golpe y lo inesperado de la situación. Ante el tambaleo de Elvira, Silvia le soltó con ira:

—De mí nadie se burla.

Sin importarle la situación en la que había quedado Elvira, Silvia se encaminó hacia el coche. Refugio vio todo con estupefacción y angustia. Silvia acababa de golpear a la hermana de Enrique. Al subirse azotó la puerta del coche y sólo le ordenó a Refugio: “¡maneja!”.

III

¿Qué era lo que había puesto en marcha la violencia en Silvia? ¿En qué momento la tía Elvira se había burlado de ella? Al reconstruir este episodio en la vida de Silvia no hago más que preguntarme en qué momento se había activado toda la ira para detonarla sobre una persona a la que nunca antes

había visto. Esta “anécdota”, como la llamó años después Nora, ponía al descubierto la propensión a la violencia en la que Silvia estaba inmersa. De igual modo, los problemas de comunicación a los que años más tarde nos enfrentaríamos. Se me ocurre pensar que el tono haya sido lo que impulsó a Silvia a asestar el primer golpe, la humillación que no venía de Elvira sino de ella misma. Al haberse puesto frente a esa puerta había algo en ella que debía trasgredir. De entrada, se había sentido sucia, sin merecimientos de estar con alguien fuera de su realidad social. Era una advenediza sin más pasado que el que ella misma recordaba y desde donde ella quería situarse. Optó por dar el primer golpe, literalmente. “El que pega primero pega dos veces”, alguna vez me lo había dicho. Pretendía que yo fuera el que desencadenara toda la violencia para que pegara dos veces, para que golpeará al caído, para que me ensañara con el débil, para que tomara ventaja y les escupiera a mis enemigos. El problema radicaba en que ni siquiera los tenía. Cuando no se tienen amigos es posible que tampoco se tengan enemigos. Nadie me odiaba en esas cantidades, y mi espíritu belicoso no estaba del todo puesto sobre la mesa para explotarlo a la menor provocación. No odiaba a nadie que no fuera parte de mi núcleo familiar, o eso fue lo que descubrí con el correr de los años en los que fui aprendiendo a amar y odiar a Silvia al mismo tiempo. Yo hubiera querido tener la familia de otros, la armonía de otros en los que todo estaba bien, en los que no hubiera falsas pretensiones de reconocimiento, una familia con roles funcionales y esa pretensión de que todo estaba bien. Pero el universo por alguna razón se había confabulado (tal vez debido a mis vidas pasadas según me lo argumentaba Silvia al tratar de justificar mi maldad en su destino) para ponerme en medio de una familia más cercana al caos, a la indiferencia,

pero sobre todo a la violencia intrafamiliar. Silvia era una mujer cuya intimidación recorría todo el espectro desde lo físico hasta lo mental haciendo una gran pausa en lo emocional. Sus mecanismos los fue refinando conforme avanzaba dentro de su ascenso social y llegó a ser una mujer temida por todos los que tenían que interactuar con ella.

Desde la perspectiva de Enrique, el episodio con su hermana no dejaba de ser más que una gracejada, una ocurrencia de una mujer extremadamente apetecible que le mostraba una entrega incondicional, una auténtica mujer amazónica dispuesta a golpear sin miramientos. Después de haber sido rebajado por su esposa, Silvia lo ponía como centro de sus energías. Esto sin duda lo halagó como nunca. Enrique contempló la posibilidad de explorar más las intenciones de Silvia y la invitó a tener otro encuentro, al cual Silvia accedió gustosamente. Enrique dudó por un momento entre invitarla a cenar a un hotel o a otro lugar para después ir al hotel. Pensaba que si iba directamente al hotel no tendría que desplazarse. Por otro lado, ponderó que una invitación a cenar en un hotel podía mostrar que sus intenciones eran bastante directas, sobre todo desde la óptica de Silvia. La podía tratar como a una dama o como a una prostituta. Sintió que ya había hecho lo primero y habría que moverse, por lo que se decantó por lo segundo. Finalmente, era una joven que se había presentado de la nada, sin familia detrás, sin escuela más allá de una prepa normalista. Además, una vez separado de su esposa no tenía la más mínima intención de fingir un juego amoroso. Decidió ser sincero. Por supuesto que Enrique sabía que su posición podía atraer a cuanta muchacha quisiera y Silvia resultó ser una de ellas. La citó en el hotel Gran Baja que tenía vista al mar. El hotel se erigía aparatoso con sus 20 pisos (único con tantos pisos), restaurante de alta cocina en donde se podía

perder la gente y sobre todo donde Enrique solía llevar a sus amantes pagadas.

Ahí tuvieron su primer encuentro sexual. Al parecer la experiencia más significativa que Silvia había tenido a lo largo de su accidentada vida sexual. Silvia percibió la misma consideración y gentileza que demostraba Enrique en sus maneras, extendidas a la cama. Fue el primer hombre que se preocupó por su orgasmo, de igual forma, casi con terror e incredulidad, le permitió que se le acercara a la vagina para mamársela. Después de que Enrique jugueteara con su clítoris, Silvia había decidido guardarle todo el respeto y admiración no sólo por lo que ella intuía como poder político sino por sus atributos como amante. Del mismo modo, Silvia correspondió con una felación un poco descuidada que no satisfizo del todo a Enrique, pero eso no era lo importante. Tenía frente a sí el cuerpo desnudo de una jovencita de 22 años a la que le llevaba 15. Enrique sabía que podía disponer de ella en la forma que se le antojara y Silvia estaría dispuesta a dejarlo entrar en cualquier rincón que quisiera. No había que apresurar las cosas. Enrique había quedado más que complacido con su desempeño. La sensación de haber cumplido con su trabajo lo llenó de orgullo y supo que desde esa vez tenía a Silvia para despertar su cuerpo mal cogido con el que se le había entregado. Era un hombre instruido en la ciencia del amor, es decir, en cada uno de los rincones y extensiones del cuerpo que sus cursos de anatomía le habían brindado. Se sentía un gran amante, con poder, estudios, y conocimiento de la anatomía femenina dada por la Facultad de Medicina. Había pasado anatomía con la nota más alta de su clase, una prueba de memorización para la que había estudiado un sinnúmero de horas. Pensó que había sido el curso más provechoso de su historia académica. Claramente había aprendido a tender el

puente entre una mera descripción corporal y su aplicación a todo el sistema nervioso disuelto en la piel. Por eso se sentía tan traicionado por Rosa. ¿Cómo había podido haberse ido a buscar a otro, un tendero, y encima haberlo engañado de esa manera? Él, gran experto en orgasmos femeninos, él, gran dador de vida, él, gran hombre con miembro viril enhiesto, él, gran hombre educado.

Sin embargo, para Enrique la relación que inició con Silvia era meramente sexual. Pese a reconocer su sentido común no hablaba de nada más con ella, sólo a veces después del coito ella quería intercambiar alguna idea esporádica. No es que no confiara en ella, sino que ahora había comenzado a desconfiar de ellas. Jamás la vio como a un igual, siempre la percibió como una subordinada, y pese a los escándalos que había comenzado a hacer, no los tomaba como algo digno de ser atendido más que con alguna consideración, como la histeria de una mujer en sus días.

Silvia se convirtió en una de las amantes de Enrique por espacio de un año. Procuraba no exhibirse demasiado y guardar toda la compostura y discreción que pudiera. Finalmente, su matrimonio seguía vigente y en él había dos hijas que podrían salir afectadas con todos sus amoríos. Sobre todo, porque su nueva amiga era de temperamento colérico, algo que a Enrique más que preocupar le divertía. Desarrolló cierta predilección por ella porque se mostraba pendiente de lo que hacía y opinaba de manera coherente en los temas de política. Percibía a una mujer enterada y que establecía relaciones con la información que le llegaba a la radio. Era lo más parecido que había a una mujer profesionalista, y era la mujer más inteligente con la que se había acostado. La prueba había sido que la sostuvo como amante durante todo el año.

Un año después fue nombrado representante del Territorio en la capital del país. Se mudó llevándose a sus hijas y Rosa a vivir con él. Nunca pensó que volvería a ver a Silvia. El asunto había quedado terminado para él, una amante más, una menos, ni siquiera se despidió de ella. Silvia se enteró por las noticias que reportaba, que el Dr. Arnau había sido nombrado representante del gobierno. No se sintió traicionada expresamente sino avergonzada, de repente sintió que su oportunidad de salir del círculo de la miseria o, mejor dicho, de una vida normal dentro de los límites de sus circunstancias se le iba de las manos. Estaba dispuesta a salir de ahí, de terminar el círculo de las desventajas, del círculo de la regresión kármica, de una casta de perdedores instalados en un pueblo donde no había un solo libro por ninguna parte.

Refugio se había ido a la capital del país siguiendo a su novio ingeniero. Había pedido su cambio de plaza y se lo habían otorgado. Antes de irse, Refugio le dijo que se fueran juntas. Nunca habían estado en la capital y no sabían nada de ella salvo lo que podían haber visto en televisión. Silvia le dijo que no. No tenía la más mínima intención de vivir con los chilangos. Ahora que Enrique se había ido pensaba diferente, pero no sabía cómo o si acaso eso fraguaría de alguna manera. Sabía que Refugio vivía con el ingeniero pero que no se había casado. En alguna carta que le mandó le mencionó que vivían en una colonia con nombres de calles en inglés, al parecer ciudades gringas. Pensó en llegar con ella para seguir el pene de Enrique. Silvia movilizó todo para pedir una vez más otro cambio de plaza, además Pancho King la alentó para que se certificara en locución de radio. No había que estudiar, sólo tomar un examen y le garantizó que con el entrenamiento que tenía podría pasarlo sin problemas. Esa fue la justificación racional que se dio y la que trató de externar a quienes sabían

cuál había sido el tipo de relación que había sostenido con Enrique. Esa certificación sólo se podía realizar en el DF.

IV

Su cambio lo consiguió en una primaria en Tlalnepantla. Cuando lo recibió ni siquiera podía pronunciar la palabra. Era un territorio inimaginado para ella, producto de una sonoridad que sólo le había llegado como parte de un contenido “tahualila”, como les llamaban a los inmigrantes perdidos que confundían la ruta para llegar a Tijuana. Sintió entre tristeza y desazón al ver el nombre de ese lugar que nadie conocía. Sabía que Enrique había vivido parte de su infancia y su juventud en el DF, pero siempre pensaba en películas de César Costa y la revolución del rock que se generaba dentro de aquella ciudad, sobre todo en una Zona Rosa, epicentro de todo arte de vanguardia que se filtraba desde Europa. Esa voz indígena no le dijo nada. El cambio de plaza estipulaba que era en el Estado de México y fue a externar su frustración porque ella había pedido expresamente el DF y le habían concedido otro lugar. En la SEP le explicaron que había sido la más cercana a la Ciudad de México y que estaba justo en el límite hacia el norte donde colindaban ambas poblaciones. Para Silvia las distancias aún no cobraban sentido en su realidad, se había desplazado en minutos de una zona a otra, incluso en Hermosillo donde se podía atravesar la ciudad en 20 minutos y con una hora y media de por medio se llegaba a Guaymas. Sus viajes más extenuantes los había realizado entre Santa Rosalía y La Paz donde mediaban dos días de camino de terracería, pero cuando se pavimentó la transpeninsular el viaje sólo era de ocho horas. Esas distancias eran consideradas

verdaderas separaciones y no imaginaba cómo podía ser un traslado al interior de la capital; tampoco sabía dónde se ubicaba el departamento de Refugio, salvo las referencias a las calles de nombres de ciudades gringas no tenía la menor idea, pero juzgó la zona de gran estilo por el exotismo que emanaban esos nombres, que si bien no eran franceses, aún podían ser parte de realidades europeas inglesas, sobre todo la calle Rochester que se leía en el sobre en el que Refugio había mandado su última carta.

Telegrafió a Refugio su decisión de salir y su cambio de plaza. Refugio le contestó escuetamente, tal vez por el costo excesivo de mandar más palabras de las indispensables, de tacaña nunca la bajó. Se embarcó en una nueva travesía de ferry hacia Mazatlán y de ahí tomó un autobús hacia el DF. La primera un tanto familiar y la segunda una distancia nunca antes cubierta. Incluso Mazatlán ya eran terrenos en los que nunca antes había puesto un pie. Sin lugar a dudas el amor, o eso que parecía tenerle a Enrique, podía más. Ella misma se hizo la promesa de estar con Enrique. Le invertiría toda su juventud y lo perseguiría hasta que algo pasara. Llegó al DF por la terminal del norte a las seis de la mañana, el día despuntaba y pudo comprobar que el aire no era del mismo color que en el desierto. En el trayecto poco a poco fue dejando las cactáceas por una vegetación que atraía una lluvia constante. Un mundo natural se le comenzaba a abrir en la mente. Había visto todo aquello sólo en la tele, pero no sabía que pudiera haber un clima más noble, menos asfixiante que el sol de los desiertos. Le comenzó a extrañar, e incluso a incomodar, la densidad de población. La gente brotaba por doquier, mexicanos que comenzó a ver con cierto desprecio debido al color de su piel y sus semblantes indígenas. Le extrañó la pobreza que se veía dentro de la terminal de autobuses. El paisaje urbano le

proporcionó un malestar casi metafísico. De entrada, sintió que todo el esfuerzo que había puesto en salir de su península no valía la pena. Sin embargo, pensó en la empresa que tenía por delante, ¿cómo llevarla a cabo? ¿Dónde buscar? Si Enrique ya la había rechazado de una manera un tanto desprestigiada ¿qué podía hacer? Confiaba en su juventud, en sus caderas, en su rostro, en sus senos, y en su inteligencia que le había abierto las puertas para poder desplazarse de un lado a otro con cambios constantes de plaza. Ya en la terminal telefonó a Refugio quien le indicó que tomara un taxi a la dirección que le había dado. Silvia pensó una vez más en la tacañería de Refugio y se enfadó un poco con ella a pesar de que había aceptado darle hospedaje en el departamento de Rochester que alquilaba su presunto novio ingeniero agrónomo. Tardó 45 minutos en llegar a la colonia Nápoles. Fue su primer encuentro con la ciudad. Recorrió casi entero el periférico. Esa desazón que sintió al llegar a tan temprana hora la fue dejando hasta hacerla sentir que de verdad había entrado a una ciudad cosmopolita. No se parecía ni a Hermosillo ni a Guaymas ni mucho menos a La Paz, ni siquiera a lo poco que vio en Mazatlán. Estaba en una auténtica ciudad. Pese a que el trayecto fue por el periférico pudo ver cómo la metrópoli se iba construyendo ante sus ojos. Llegó en agosto, un día nublado y fresco. Según le dijo el taxista era la estación de lluvias. El clima le pareció un buen augurio. Nunca antes había contemplado tan de cerca aquellos edificios de arquitecturas que sólo había visto en algunas fotos en revistas y en algunos reportajes de la tele. Se sintió diminuta ante la majestuosidad de la ciudad, se avergonzó de su origen, pero al mismo tiempo, al comprobar que la gente era de piel oscura, con rasgos indígenas, se dio fuerzas para sentirse superior, las ideas de su abuela volvían a resonar dentro de su interior. Era mejor

porque provenía de una raza que había descubierto el fuego y moldeado el hierro primero. Entonces lo vio como posibilidad para reconfigurar su pasado. Finalmente, entre tanta gente su lugar de origen podía pasar como un componente más de su exotismo. Ante ella, se dio cuenta, se abría una oportunidad para reinventarse, para ser lo que ella quisiera. Esa nueva posibilidad la embriagó y le causó una ligera excitación. Tenía 23 años y la vida, sintió, podía al fin ser otra cosa.

Al bajarse del taxi comprobó que estuviera delante del número 28 de la calle Rochester en la colonia Nápoles. El edificio era moderno, databa de unos 10 años. Buscó el departamento 8 en el interfón y llamó. Le contestó una voz familiar para decirle que cuando oyera un timbre empujara la puerta. Eso hizo y entró. Saludó al portero al que le dijo que buscaba a la señorita Refugio Echegaray.

—No la conozco...Es que aquí hay más señoritas, fíjese.

—Vive en el departamento 8. Es mi hermana, somos del norte.

—Ah, ¿la muchacha alta, que habla como golpeado? Han venido varias de por allá, pero luego se van. No les gusta estar aquí, no se hallan o se van a hacer otras cosas. Usted sabe.

De entrada, no lo sabía, pero tampoco quiso imaginar más allá de lo que tenía certeza. El edificio tenía un estilo moderno de arquitectura con espejos en el área del lobby. El portero tenía su cuarto en la planta baja adonde se dirigió después del breve diálogo sobre cómo se componía demográficamente aquel edificio de la calle Rochester.

Llamó a la puerta del departamento y a los pocos segundos abrió la puerta Refugio. Se abrazaron y Silvia felicitó el buen gusto de Refugio. Pudo admirar un piso de parquet, unas paredes blancas texturizadas, una sala de terciopelo azul, un comedor con cuatro sillas. El departamento tenía dos

recámaras y un pequeño cuarto de tele. En seis meses Refugio había podido consolidar ya un espacio para vivir.

—Ahora que estás aquí y que a nadie le importa, te voy a decir cómo funciona esto. Bulmaro vive aquí, pero no siempre está. Tiene otro departamento en una colonia que se llama Tlatelolco. Me ayuda con los gastos y la renta. Él amuebló el departamento. Dice que tiene que dormir en el otro de vez en cuando para que no crean que no hay gente y se metan a robar. Yo me hago cargo de la comida y voy a trabajar. No te había dicho, pero aún no consigo que me reasignen la plaza. He ido a solicitar trabajo a algunas escuelas privadas que hay por aquí, pero quieren la Normal Superior para contratarte y algunas son por horas. Ocasionalmente he ido a cubrir a algunas maestras. No te lo dije antes porque no venía al caso y a lo mejor se te salía y acababa en un mitote. La verdad es que dependo de lo que me da Bulmaro y hay veces en que lo veo toda la semana y luego se ausenta y no aparece en tres días. Ya ves cómo son los hombres. Le dije que venías y como que no le gustó mucho la idea, pero lo convencí de que no iba a haber problema. Así que por favor compórtate porque al final es él quien paga la renta.

Ese “compórtate” venía cargado de conocimiento de causa. No podía insultar a Bulmaro y no sabía a ciencia cierta qué ocurría en su relación. Por más hermanas que habían sido aún tenían esa brecha mental, esa brecha de dos infortunios llevados en direcciones opuestas. Ambas estaban ahí para lo mismo. Por un momento Silvia temió que Bulmaro fuera un tipo violento, que su hermana estuviera en una especie de prisión. Pensó que su propia situación sería distinta; ella sí tenía plaza confirmada y no sabía entonces cuánto tiempo iba a poder quedarse en casa de Refugio y si el sueldo de maestra en Tlalnepantla sería suficiente para vivir ahora cerca de su

hermana en la Nápoles, donde de acuerdo con el portero vivían muchas señoritas.

—No te preocupes, Cuquis —le respondió, el departamento se ve muy bien. En cuanto me paguen y me adapte me consigo un lugar donde vivir.

V

Es probable que Bulmaro haya fantaseado en cogerse a las dos hermanas al mismo tiempo en una orgía más de la colonia Nápoles. Yo lo habría hecho. No puedo imaginar el tener a dos chicas en plena juventud viviendo en una misma casa. No conozco las circunstancias de Bulmaro. Sólo sé que era ingeniero agrónomo de Tamaulipas, y que a la postre se enriqueció de manera cuantiosa durante la Reforma Agraria. Refugio acabó siendo millonaria y heredando en vida todos esos millones que puso en cuentas de bancos en Calxico. La relación de ambos fue para nosotros un misterio. Nunca se casaron, tampoco dejaron de frecuentarse, cuando menos dos veces al año. Tuvieron una hija a la que Bulmaro no le dio su apellido y a quien le faltó un padre todo el tiempo.

La naturaleza de Silvia no pudo contenerse y estalló en un ataque contra Bulmaro a los dos meses, cuando ya había comenzado a dar clases en Tlalnepantla. Acabó asestándole un par de cachetadas que Bulmaro no le devolvió. Sólo le pidió que se marchara de ahí, que no quería verla más. Refugio pudo mediar un poco la situación prometiéndole que cuando él estuviera ahí Silvia se iría y no llegaría hasta que él se fuera. Bulmaro aprovechó esta coyuntura para frecuentar a Refugio sólo los fines de semana por lo que Silvia debía hacer planes de pasar las noches en otros lugares. Bulmaro

secretamente la deseaba. Dos años más joven que Refugio despertaba aún más su libido. Esto fue lo que hizo explotar la situación, de acuerdo con Silvia. Argumentó que mientras dormían, a Bulmaro le gustaba merodear cerca de la puerta de su cuarto. Bulmaro lo negó y Refugio no le creyó una sola palabra, sabía a su hermana, dada en construir malvados, fantasías donde ella era la víctima. Intercedió por ella de manera indirecta, pero Silvia había quedado muy molesta porque Refugio favorecía a Bulmaro.

Se reintegró con un grupo de Baja California que había llegado también en busca de fortuna en el arte, congregados en torno a la revista *Claudia*. Entre ellos estaban el pintor Olachea y el fotógrafo Angulo. Con ellos pasaba los fines de semana en casa de quien pudiera. Al término de la noche telefoneaba a Refugio para preguntar si podía o no llegar al departamento. Cuando no, en ocasiones se pasaba toda la noche en vela en algún VIPs tomando café con Olachea o con algún amigo homosexual que pudiera ayudarla sin sentirse amenazada. Si bien los morenos del interior, como les llamaba, no le producían temor sino lástima, podía verlos como entidades menores que podían comportarse violentamente y si iban en corro aún más.

Rápidamente se acopló a la ciudad que cada día le parecía ser el lugar idóneo para trascender, pero no sabía en qué ni cómo. No tenía un espíritu altruista ni una vocación de servicio hacia el otro, tampoco podía ver en los rostros morenos una empatía hacia su labor educativa de Tlalnepantla. Se inscribió para tomar el examen de locutora. Su situación económica comenzaba a ser precaria. En *Claudia* le propusieron que hiciera modelaje comenzando con la fotonovela. Lo contemplaba como último recurso. Había oído historias en ambos lados del espectro, una como puerta a la prostitución más formal y otra como sacrificios para abrazar el éxito. Su

postura era ambivalente; Silvia intentaba trazar una línea entre la actividad pura de la prostitución y el papel que como amantes habían tenido ella y Refugio. La prostitución al final podía ser una cuestión semántica, de presentación de los hechos y de la forma de ejercerla. Ser amante no era lo mismo que ser prostituta. Ambas asumieron esa diferencia para separarse del resto. Un detalle que no articuló ninguno de los hombres con los que estuvieron. La prostitución era más bien la promiscuidad femenina al mejor postor o a cualquiera que les ofreciera dinero. Refugio era la amante, la otra, y en esa otredad su espacio moral se diluía, se hacía más tenue para nunca toparse con el de la prostitución abierta.

Silvia terminó por ir a modelar para las fotonovelas. Nora me ha dicho que sólo lo hizo un par de veces cuando no tenía dinero y quería comprarse ropa, como trabajo extra para darse algún lujo. Alguna vez le pregunté si creía que Silvia habría guardado algún ejemplar de esos días. Dentro de la bibliografía que utilicé para tener mi primera eyaculación se encontraba una fotonovela *Casos reales* en blanco y negro. Cuando Nora me contó el episodio de las fotonovelas imaginé a Silvia con sus senos prominentes y su amplio culo con minifalda en una de sus páginas. Me dijo que no; cuando se lo contó, quería destacar la belleza de su cuerpo de juventud, no la profesión de modelo, que también podía ser un eufemismo de prostitución más fina.

Desde el primer día pensó en buscar a Enrique, pero no sabía bajo qué pretexto. Pese a haberlo tenido como amante, Enrique ni siquiera se había despedido. Aparecerse tan de la nada en la oficina de la Representación le hubiera parecido rebajarse aún más. Sin embargo, la falta de horizonte que percibía después de seis meses la impulsaba aún más a forzar algún encuentro, pero en esa ciudad habitada por millones

de personas encontrarse por azar podía tardar una eternidad por lo que decidió ir a la oficina ubicada en la colonia Del Valle. Fue después de su turno en Tlalnepantla, de regreso a la Nápoles. Iría con el pretexto de revisar alguna convalidación del examen de locutora que estaba por tomar. Llegó hacia las cinco de la tarde, sólo estaba una secretaria, Enrique, un chofer y un ayudante. Se dirigió a la secretaria para preguntar por el Dr. Arnau.

—Ahorita está ocupado. ¿Tiene cita?

—Sólo quisiera hablar con él. Soy de Baja California y tengo algunas preguntas para unos trámites de convalidación de estudios —dijo casi ingenuamente.

—Si gusta esperar. En un momento le digo que usted está aquí. ¿Cuál es su nombre?

—Soy la profesora Silvia Echegaray.

Al decir su nombre comenzó a sudar un poco y su corazón empezó a latir con más intensidad. No sabía si aparecerse por ahí sería contraproducente o haría que comprobara que no se libraría tan fácil de ella. La secretaria entró por unos minutos y al salir sólo le dijo que esperara.

Así lo hizo por 45 minutos hasta que se levantó del sillón. Sacó un papel y le escribió una nota que extendió a la secretaria en la que se leía “Estoy en México desde hace seis meses, llámame...” luego se leía un número. Salió de la oficina sintiéndose derrotada y humillada. Le había dado su nombre y no había sido para hacerla entrar. Era la primera vez que se presentaba en su oficina, espacio al que nunca antes había accedido. Se lo había dicho desde los días peninsulares, y Silvia había mantenido ese contrato. Sabía que a un hombre casado había que darle libertad para que pudiera maniobrar un matrimonio, pero sintió que haberse presentado ahí, dada la lejanía, tendría alguna justificación.

Entró al departamento molesta con ella misma. En cuanto Refugio la oyó le dijo que Enrique había llamado.

—Dijo que marcaría en una hora, que por favor esperes la llamada.

No hizo más comentario. Decidió callarse y no decirle lo que había hecho y cómo se había abierto por completo.

—¿Sabía que estabas aquí? ¡A menos que hayas ido a buscarlo! —le gritó desde la recámara. —Ya te habías tardado —la increpó. Ya deja en paz a ese hombre. Bastantes problemas tiene con una esposa loca y dos hijas para que vengas a traerle más.

Una vez más la irrupción del amor. Para Silvia no todo estaba terminado. Había forzado al destino, a la naturaleza propia del deseo. Necesitaba esa adrenalina del futuro, esa incertidumbre de retar a la suerte para hacerle una mala jugada y que se postrara frente a ella. ¿Quién podía fiarse de la suerte? Eso no existía, Silvia estaba dispuesta a salir de la miseria y Enrique era lo más próximo a esa salida. Qué le importaban los inditos malolientes y desnutridos a los que enseñaba a leer. Jugar al altruismo era una estupidez, quién quería permanecer pobre cuando enfrente puede haber una tabla de salvación y eso era lo que Enrique podía ser.

Una hora más tarde sonó el teléfono. Silvia lo tenía delante y esperó hasta que sonara cuatro veces para no aparentar que lo había estado contemplando desde hacía unos 45 minutos. Descolgó la bocina y se oyó una voz de mujer. Por un instante pensó que era número equivocado pero la voz se le hizo familiar. Era la secretaria quien hablaba.

—Me podría comunicar con la profesora Echegaray, por favor.

—Ella habla, ¿qué se le ofrece?

—Le hablo de parte del Dr. Arnau para invitarla el sábado por la mañana al tianguis de arte de San Ángel. Me dio indicaciones de que llegaría a las 12 y media de la tarde.

—¿Puedo hablar con el doctor? —preguntó un poco con indecisión como quien conoce de antemano la respuesta.

—Acaba de salir a una reunión, pero me encargó mucho esta llamada.

—Dígale que ahí estaré —colgó el teléfono un poco desconcertada.

No supo qué pensar. Por un lado, lo sabía un hombre ocupado y sus interacciones habían sido desde el principio un poco abruptas y en ocasiones mediadas por estos filtros. Por otro, esa distancia en medio de una ciudad plagada de gente alcanzó a lastimarla. ¿Se habría molestado por aparecer así en la oficina? ¿Era esa su forma de castigar su impertinencia? Lo cierto es que quería verla y había derrotado de esa manera a los hados del azar. Sólo tendría que ir, perderse entre más gente y jugar al escondite. Nunca había estado antes en el bazar de San Ángel, había oído hablar de él y sus amigos llevaban algunas pinturas para poder venderlas, siempre sin éxito. Pensó que si todo salía mal siempre podía refugiarse con ellos. Al acostarse esa noche pensó que todo el futuro estaba de su lado. Se sintió casi feliz, lejos del desierto, el solo hecho de saber que vería a Enrique le produjo una excitación. Se masturbó pensando en el último encuentro y sintió que lo recuperaría. Sus dedos se concentraban en el clítoris y en las aureolas de sus pezones. Alcanzó un orgasmo y no pudo dejar de soñar con la lengua de Enrique jugando en su vagina.

VI

Silvia llegó a la Plaza San Jacinto en taxi con un retraso intencional de 20 minutos. Enrique no había especificado ningún lado en particular. El bazar estaba en su apogeo y mucha gente poblaba la plaza. El día estaba soleado, pero hacía un poco de fresco que se llevaba bien con un suéter o una chamarra ligera. Silvia había tomado prestado un saco del guardarropa de Refugio que combinó con un vestido ajustado comprado en Liverpool de Insurgentes para la ocasión, agotando toda su quincena. Con él se sentiría más segura de su personalidad y de las interacciones que podría tener con el mundo chilango en el que por su origen se sentía cada día más superior. Comenzó a deambular por el bazar en estado de alerta, pero fingiendo ocultar el deseo de ver a Enrique. A los cinco minutos apareció. Lo encontró más seguro de sí mismo, más dentro de su elemento, en una ciudad que le brindaba todo el anonimato que cualquier figura pública podría esperar. La saludó y sin miramientos le plantó un beso. Silvia se incomodó un poco, más por la costumbre de haber permanecido al margen como la otra, pero en cuanto se dio cuenta de las nuevas circunstancias sintió que podía reclamar a Enrique como suyo.

Caminaron por el bazar, ella con su brazo entrelazado con el de Enrique. Silvia quiso reprocharle la ausencia, el silencio, el abandono, pero se contuvo, aún no podía hacerlo. No era el momento de hablarlo sino de reconstruir un plan que creía muerto. Una vez más pensó que la escasez en la que había vivido tenía una salida. El DF, aunque cosmopolita, también la hacía sentirse vulnerable por las mismas razones que podían liberarla. Enrique le compró una mascada de seda de color rosa chillante que ella ató a su cabeza y la invitó una vez más

a comer a La Mansión de Insurgentes. Al subirse al coche, sintió paz, lujo, pero sobre todo, comodidad. El transporte público le pareció entonces degradante. Nada mejor que ir en ese espacio que te aislaba de tu realidad exterior, le parecía que el coche era la extensión de una casa y en esa realidad mexicana las apariencias, aprendió, lo eran todo. No tener una fisonomía indígena era despuntar, robar la atención de todos los que sí la tenían. Y así lo había sentido cuando una noche de vuelta desde Tlalnepantla esos mismos indígenas ciudadanos del transporte colectivo estuvieron a punto de demostrarle toda la admiración que le tenían por la fuerza. Iba sola en el camión; el conductor y su ayudante discutían, en un momento dado, apagaron la luz interior y el chofer aceleró sin razón aparente. Se fueron alejando del carril de la derecha para situarse en el de la izquierda para que la gente que esperaba a las 10 de la noche, entendiera que habían suspendido el servicio. Al ver esto Silvia se levantó para intentar bajar del camión. Presionó el timbre para anunciar una parada. Los tipos ignoraron su llamado. Se comenzó a poner nerviosa y los increpó.

—Oigan... ¡Déjenme bajar!

No le respondieron, y haciendo acopio de toda la confianza en su propia seguridad, trató de retarlos. Sacó de su bolso una pluma que esgrimió como daga para amenazarlos. Se rieron de ella, intentaron doblar para salir de la avenida. Se pararon en una bocacalle y en un alto comenzó a gritar y pedir ayuda. Corrió con suerte; había una patrulla que sospechó algo y prendió las torretas para detener al camión. Silvia salió llorando y los del transporte se dieron a la fuga. Al verla le preguntaron qué había sucedido.

—Querían violarme —apuntó.

—No se preocupe señorita, la llevaremos a su casa.

Al llegar al departamento de Refugio, pensó que todavía había gente buena en el mundo y que una vez más su belleza podía ser una fuerza que la protegía o que la hacía temer por su seguridad.

Se sintió segura al lado de Enrique. Pensó en que tenía que buscar que Enrique estuviera ahí para protegerla. Después de La Mansión fueron a coger al hotel Diplomático. Silvia no quiso preguntar por Rosa. Estaba ahí para ser rescatada y se entregó a la marea melancólica de un amor que no era el de las películas sino uno real, ese que le había tocado. Entendió que si quería continuar había muchas cosas en las que tenía que ceder.

Nora me dijo que a principio de los años setenta la Nápoles era considerada la zona donde vivían las amantes (quiso utilizar la palabra prostitutas, pero se contuvo). Esto lo descubrió al leer una novela de Mastreta. Me lo dijo casi escandalizada. Más por el comportamiento de su madre, que por el de su padre. Su madre había sido la amante, la otra, aquella que lo había perseguido hasta el fin del mundo. Una mujer que lo había cazado. La culpa siempre fue de Silvia, nunca de Enrique. Él sólo se dejó llevar por la acción de las hormonas, por el cuerpo joven y lozano de Silvia, por sus caderas voluptuosas, por sus enormes tetas de grandes aureolas.

Tal vez por esa cultura machista Nora ha tratado de justificar a Enrique más de lo que realmente se merece, o de lo que yo lo he hecho. ¿Podemos decir que su comportamiento sólo obedecía a los esquemas sociales de entonces o argumentar que tener amante era una conducta necesaria dentro del mundo masculino del México sesentero? Silvia se convirtió en su amante permanente. Después del rencuentro en el bazar de arte, la frecuencia de las visitas comenzó a incrementarse. Enrique argumentaba que su matrimonio era casi inexistente, aunque aún se hiciera cargo de ella. Lo hacía

por sus hijas, le confesó a una Silvia de 23 años. El chofer de Enrique comenzó a llevarla a la escuela en Tlalnepantla y a recogerla por las tardes para llevarla dos veces a la semana a una habitación del hotel Diplomático que estaba muy céntrico para ellos: a un costado de la Nápoles y otra de la del Valle donde vivía Enrique con Rosa y sus dos hijas.

A los tres meses, Enrique decidió alquilar un departamento a unas cuadras del de Refugio, en la calle de Filadelfia, al que se mudó Silvia. Enrique le ofreció tratar de permutarle la plaza a la primaria pública más cercana de la zona. Todo parecía indicar que quien perseveraba sí podía alcanzar, dicho que le gustaba repetirnos en contadas ocasiones más como mantra para autoayudarse que para infundirnos valor a Nora y a mí. Sospecho que era su ritual para decirse que las cosas tendrían solución, y que ella estaba, al final, destinada a triunfar. Al mudarse Silvia, Enrique la visitaba con asiduidad, pero no se quedaba a dormir de forma permanente. Algunas ocasiones, los fines de semana, cuando se escapaba poniendo de pretexto algún viaje que adelantaba un par de días para pasarlos con Silvia. El trabajo de Silvia comenzó a interponerse en esas escapadas que Enrique hacía por lo que la animó a renunciar a su plaza. Parecía que los sacrificios estaban por comenzar. No lo pensó dos veces y dejó su plaza. A cambio Enrique ofreció darle dinero cada semana para sus gastos personales y la comida; le puso un chofer de planta. Esto Silvia lo interpretó como una diligencia de parte de Enrique y no como vigilancia y reporte de todos los movimientos que pudieran acontecer en su ausencia del departamento que Enrique llamaba “Filadelfia”. En escasos tres meses su suerte comenzaba a cambiar completamente. Las comidas en restaurantes comenzaron a proliferar, especialmente entre semana. Los domingos los pasaba con sus hijas y por extensión con Rosa. Fue una

costumbre que se extendió durante toda su vida. Sobre todo, en casa de Alejandra quien se suponía era la más apegada a nosotros. Y de hecho lo fue. Yo incluso desarrollé una especie de deseo incestuoso hacia ella, mismo que se incrementó con el paso de los años al coincidir mi pubertad y adolescencia con la mujer más joven, después de Silvia, que tenía a mi alcance.

En la ciudad, los encuentros entre Silvia y Enrique solían ser más relajados, sin el temor de que fueran descubiertos, esto agradó a Silvia más que otra cosa. Se sintió legítima, sintió que la pasión que operaba en ella no era digna de vergüenza, sino de exploración, por fin un hombre mayor la trataba como creía que se lo merecía: con dirección y cuidado. Eso era para ella el amor, un sentimiento de guía que debía de corresponder con su cuerpo abierto, disponible. Le enseñó también el poder del dinero, el confort que otorgaba una cartera repleta de billetes que a ella le excitaba. Su afrodisíaco era esa seguridad de saber que tenía, por fin, un hombre o, mejor dicho, un padre que se la cogiera, y que ese amor no fuera ofrecido como algo dado por sentado al que no tenía que corresponder con nada. Al final Silvia también creía en una especie de ley de retribución universal en la que todo es un intercambio de igual o de menor valor. Ella no tenía dinero ni lo había tenido nunca. Su padre no había sido un caballero. Se había aprovechado de su esposa, le había saqueado todo su dinero, era un vividor contrastado con la imagen que Enrique le brindaba; esto era lo más cercano a una historia de amor que estaba dispuesta a defender porque nunca se propuso una honra como meta. La honra no había sido para ella; lo suyo era salir de ese infierno en el que había vivido, su poder, su don había sido perseguirlo, buscarlo por los senderos más peligrosos porque el fin siempre ha justificado los medios y lo suyo era una guerra, una batalla por dejar aquella infertilidad

del desierto que nadie conocía; de ahí su optimismo, su posibilidad para una reescritura, para un cuento que no fuera el de la miseria, el del padre barbaán, de un padre adicto al juego y a golpear a la mujer, de quien se aprovecha porque está en su derecho natural por la ley cristiana.

Silvia debía estar disponible para los encuentros de Enrique, siempre vigilada por el chofer y controlada por el dinero que le daba durante la semana. Se lo dejaba cada vez que se veían para que cubriera los gastos de esos días en los cuales no estaría, de igual forma la llevaba a Liverpool de Insurgentes o Palacio de Hierro de la calle de Durango a que se comprara ropa, vestidos, atuendos formales. Comenzó a acompañarlo a reuniones selectas donde llevar a la amante era parte de la invitación. Eran fiestas diurnas en donde los políticos en ciernes llevaban a presentar a las amantes para que el resto admirara “el culo que el otro se estaba tirando”. Silvia, me ha dicho Nora, no se enteraba del tipo de círculo al que asistía, incluso llegó a existir intercambio de parejas o de “préstamos” a los que, dice Nora, Silvia siempre se opuso. Por supuesto que hubo llanto, pudor, arrepentimiento y pequeñas recriminaciones del pasado, conforme el nivel social iba aumentando, conforme incrementaba su contacto con otros hombres de la clase política por el único partido. Pensó alguna vez en dejar todo y empezar de nuevo, pero el nivel de vida al que estaba accediendo no tenía nada que ver con el que su plaza de maestra de quinto año podía ofrecerle. La desgracia que tenía que detener era la suya. La única que contaba. Por lo demás, que el mundo se viniera abajo. Tenía que demostrarles a sus fantasmas que la inteligencia podía más; que una mujer como ella, condenada al ostracismo al momento de nacer en un desierto y atreverse a dejarlo, era suficiente para rescatarse y así reescribir el destino kármico

que precisaba una vida mediocre, sin miramientos sociales, sin experiencias que abrieran su universo sensitivo. Fue cayendo en la trampa del tiempo, en la de la comodidad, en la del poder. Sí, Enrique era feo, de eso no había duda, de labios amplios y dientes disparejos, con una joroba que no podía disimular, pero aun así no estaba ahí para admirar su belleza, sino para servir a su fealdad masculina, a servir para que el llamado doctor descargara todo su deseo viril y lo depositara en su vagina. Sólo que Enrique se comportaba también de manera muy inteligente para no caer en la trampa del hijo que no le permitiera dejarla en cualquier momento. Silvia sabía que ese momento tendría que llegar y materializarse porque el amor era así. El deseo se extinguiría y había concentrado toda su capacidad intuitiva en mantenerle la erección constante y estar siempre deseosa de que la penetrara. El problema era que Enrique sabía de ritmos, de menstruaciones, de vaivenes, de cambios hormonales y, sobre todo, de métodos anticonceptivos; conocía demasiado la geografía humana, le aplicaba él mismo una inyección anticonceptiva que compraba con recetas que él prescribía. Era un tipo metódico y por ello sabía muy bien cuándo y bajo qué condiciones penetraba a su amante. No tenía la menor intención de tener otro hijo. Su matrimonio aún se mantenía, tal vez como parapeto, como ardid para que el suegro le facilitara las conexiones con el gobernador del territorio. Por él conoció directamente a Cervantes del Río quien fue ascendiendo en el escalafón priista hasta que Echeverría le arrebató la presidencia por servir como tapadera de la masacre del 68 en Tlatelolco. Enrique sabía, asimismo, que Rosa comenzaba a perder la razón, o cuando menos eso era lo que Nora me dijo. A raíz de que Enrique se descubrió cornudo y en una respuesta de compensación emocional, Rosa comenzó a seguirlo por todos

los bares, fiestas, centros nocturnos a los que iba de noche. Era cierto que el amor no era de un perfecto equilibrio, al final Silvia pudo entender el amor como un contrato que la llevaría a salir de su pobreza y comenzar una nueva vida, sin importar las condiciones en las que entraría. Si antes los episodios que había tenido con él en El Gran Baja y en Las Brisas llevaban el signo del desprestigio de sus allegados, lo que vivía en el DF era otro universo cosmopolita, una verdadera bonanza para su paradigma aspiracional. Silvia le reprochó en numerosas ocasiones haber amado más a Rosa que a ella. Tal vez era para incrementar la tensión melodramática de Silvia, pero podía existir la posibilidad de que eso hubiera sido cierto, ¿cómo saber el funcionamiento del amor entre dos? Rosa había cruzado el límite de lo permisible para una mujer y él había quedado sumamente fracturado, herido en su orgullo masculino. Al final eran sus hijas. Por ellas podía escabullirse de un espacio a otro y al mismo tiempo pasar a otros lugares para buscar otras mujeres conforme le apeteciera a Enrique. La paternidad se limitaba a proveer. Eran las exigencias que la mujer debía comprender por estar en un medio hostil y agreste que se llamaba civilización. Sin embargo, algunas ideas de liberación se fueron filtrando. Silvia se veía a sí misma vulnerable y quería hacer algo para no perder ese pequeño coto de libertad que en ocasiones sentía que perdía y en otras que no merecía. ¿Cómo hacer, entonces, para recobrar el control sobre su vida, y qué significaba ese control? Ser maestra de primaria sólo servía para eso; en los sesenta era un grado que equivaldría a terminar la prepa, pero sin la posibilidad de continuar una educación universitaria. Dedicó sus tardes de claustro a leer novelas realistas y poesía decimonónica mexicana. Llegó a la conclusión de que su vida era como *Madame Bovary*, una mujer pobre que salía de esa

miseria para conquistar el mundo aristocrático y explorar sus deseos más íntimos. Sólo que ella sería más lista que la Bovary. No terminaría en el suicidio ni en el desprestigio del que ahora se sentía parte. Tendría que escribir su propia novela. No era el siglo XIX sino la segunda mitad del XX y en él sonaban los Beatles y todo parecía indicar que habría alguna liberación esperándola. No podía pensarse a sí misma como una prostituta porque no lo era, aunque aceptara dinero por amor y aunque Enrique se lo dejara cada día que se veían en cash. Era su amante sí, pero nunca, desde que se conocieron, le había puesto el cuerno. Ella sabía que siquiera intentarlo habría sido el acabo de todos sus movimientos. De cualquier manera, para ella el sexo era una necesidad y una forma de control que disfrutaba unida al orgasmo que podía producir el mismo acto. Le parecía una violencia necesaria al final, pero no estaba dispuesta a perderlo todo como Rosa lo había hecho por una infidelidad. Pero una vez más entender el amor era la clave, entender el amor que podía otorgarle a Enrique era lo más importante. A los dos años, cuando acaba el deseo y se tiene que suplir con otros sentimientos, Silvia sabía que era momento de buscar esa conexión en común que toda relación humana pretende hallar. Un hijo podría ser la respuesta. Había oído hablar de que los anticonceptivos no eran cien por ciento seguros. Había posibilidad de que fallaran. Eso le ocurrió a Refugio quien había tenido una hija a la que en ocasiones cuidaba. No sabía si entregarse a un plan de maternidad era lo que quería. No podía vislumbrar a dónde la pondría un hijo y si en lugar de hijo lo que podría engendrar sería una hija. Hasta el momento Bulmaro no se había casado con Refugio y su situación continuaba en las mismas condiciones de inestabilidad que desde un principio. Incluso no le conocían ni ella ni Refugio otra mujer, aunque Silvia siempre sospechó

de la existencia de otra. Bulmaro no reconoció a la hija. Las cosas se fueron fracturando hasta hacerla volver a su lugar de origen con un cambio de plaza seis años más tarde. Esa era la muestra, un destino cercano con el que podía compararse. ¿Quién estaba en mejor posición?, se preguntaba. ¿Cuáles eran las diferencias entre su concepción del mundo y el hombre que tenía en frente comparado con Bulmaro? No se había casado con Refugio y todo parecía indicar que no lo haría, pensaba Silvia. Según supo, Bulmaro se había sentido traicionado por Refugio por haberle estructurado un plan para atraparlo.

Debía arriesgarse porque Enrique tendría que regresar a la península. Su puesto como representante estaba por terminar y debía reunirse con Cervantes del Río para llevar a cabo un posible proyecto en el que el territorio se convirtiera en Estado. No podía trabajar a distancia y era necesario estar más tiempo en la península. Aprovechó estos viajes para ir con el ginecólogo y tratar de cambiar de método anticonceptivo a pastillas; sabía que aún podían ofrecer riesgo de embarazo. Si Enrique se regresaba no sabía entonces qué pasaría. ¿La dejaría ahí? ¿Cuál sería su papel? Empezó a sugerir el tema del divorcio de Rosa. La presencia de Silvia se fue haciendo más patente en la vida de Enrique y Rosa, por lo que ésta comenzaba a resentir emocionalmente el malestar. Fue cuando Rosa comenzó a oír voces, que Enrique pudo contemplar la posibilidad de un divorcio, pero aún estaba el tema de las niñas. No podía dejarlas con una madre que comenzaba a violentarse más de lo normal. Tampoco confiarle demasiado a sus hijas porque descubrió que las golpeaba de manera frecuente para liberar la tensión de saberse lejos de su marido. Silvia parecía ser, si no dócil, sí más acostumbrada a lidiar con niños, después de todo era maestra y Rosa sólo estilista. Llevó a Rosa a ser diagnosticada por un psiquiatra

amigo suyo de aquellos tiempos de la facultad. En efecto, su amigo le advirtió que tenía principios de esquizofrenia y que la situación se deterioraría con el tiempo hasta constituir un peligro para ella misma y para los que la rodeaban. El psiquiatra sugirió terapias de electroshocks y medicamentos para controlar sus tensiones. Las voces que oía empezaron a ser más frecuentes y la realidad comenzó a confundirla con lo imaginado. Rosa comenzó a negar la presencia de Luz, la menor, que sencillamente para ella no existía. La borró de su realidad mental y la desconoció como hija.

Enrique comenzó a lidiar con este problema que llevaba a Filadelfia. Habló de internarla en un manicomio, habló del bienestar de sus hijas de 8 y 5. Enrique, huérfano de madre y con un padre ausente, tampoco sabía qué hacer para protegerlas. Su abuela, quien lo había criado después de la muerte de su madre a la que conoció sólo en foto, acababa de morir. Trató de explorar la posibilidad de que Silvia se hiciera cargo de las niñas, después de todo era mujer, y era su amante, debía de pagar el precio. Él nunca le mintió, se decía a sí mismo, sabía perfectamente que tenía hijas y una mujer que parecía estar demente.

Comenzó también un periodo de inestabilidad para las hijas de Enrique. Sobre todo, para la de ocho, Alejandra, quien fue la más receptiva a todo lo que estaba ocurriendo. Luz fue culpada por la otra de haber sido el vehículo del desprestigio social y de que su familia se fuera resquebrajando. Silvia, en calidad de secretaria privada, iba al colegio Simón Bolívar por las niñas para llevarlas a Filadelfia y quedarse toda la tarde con ellas. Les daba de comer y las ayudaba con la tarea. Silvia lo veía como un acto de vejación que le hacía pasar Enrique.

—Oigo lo que dicen las monjas cuando me alejo —le reveló a Enrique. Saben que no soy su madre porque las muy

cabronas le mandan saludos conmigo. No estoy contigo para ser mamá de nadie. Que las cuide su madre que para eso es.

—Tranquila, te lo estás imaginando todo, mi Reina — la trataba de convencer Enrique.

Era la Ciudad de México, pero no se podía ser por completo anónimo. En un acto de revanchismo por haberle quitado a sus hijas, Rosa fue a Filadelfia a armarle un escándalo a Silvia que acabó en llantos y agresiones. Aparentemente ambas tenían una personalidad parecida y eran coléricas. Rosa la llamó “puta”, “destructora de hogares”, “chusma”, “gentuza de rancho”.

—¡Podrás tener a Enrique para ti, pero nunca tendrás clase, ni nombre ni apellido... puta arribista! ¡Nunca!

Silvia no pudo contenerse y se le abalanzó para asestarle un par de cachetadas. Las niñas entre llantos intentaron rescatar a su madre de la terrible escena de verla agredida. Alejandra se armó de valor y le gritó que se detuviera.

Silvia le soltó una cachetada a la niña para dejar en claro quién era la que mandaba en esos territorios de la calle Filadelfia. Rosa se levantó del suelo temblando. Dudó si volver a arremeter a Silvia quien era sensiblemente más fuerte y más joven. Optó por llamar a sus hijas e irse.

VII

La irregularidad con la que se tomaba las pastillas anticonceptivas no surtió el efecto deseado, seguía teniendo menstruaciones regulares, por lo que Silvia optó por hacer algo mucho más agresivo. Tal vez su decisión se dio a raíz del episodio con Rosa. Decidió mentirle a Enrique sobre su consumo y dejó de tomarlas completamente. Le dijo que no le había bajado la

regla en tres semanas y ella, lo sabía Enrique, era muy regular. La noticia no fue recibida con felicidad. Enrique sugirió un aborto. Él no estaba en condiciones de tener otro hijo que ni siquiera estaba seguro de que fuera suyo. La desconfianza se había agravado en él gracias a Luz. Silvia le garantizó con lágrimas en los ojos que era suyo, que no tenía ojos para nadie más. Era cierto, era su último cartucho, un boleto que podía ser desastroso, al final llevaba en la sangre la adrenalina del juego, y aquello era su última apuesta. Era la culminación de un plan en el que lo estaba dando todo. Estaba apostando su resto y como buena jugadora pensaba que ella sí tendría la suerte de su lado. A Refugio no le había resultado, ni a muchas antes que a ella. ¿Pero qué otra cosa podía hacer? Tal vez dar por terminado su periodo en el DF y regresarse a la península o a Guaymas para intentar recobrar lo que había dejado, sólo que con una criatura entre brazos no era opción, estaba descartado. Regresar al pueblo minero estaba fuera de cualquier intento. Su padre la había condenado a un futuro miserable al enterarse que se había ido a México sola para seguir a un tipo cuya familia había representado cierto prestigio en el territorio. Sabía que un hombre de alta estatura social podía aprovecharse de la inexperiencia de sus hijas, pero no supo cómo decirle algo de esto y optó por sentirse deshonrado y verlo como la encarnación de la vergüenza familiar.

Su única esperanza, pensó, era darle a Enrique un hijo varón, si era mujer podía olvidarlo. Desde el momento del primer día de retraso comenzó a rogar a Dios, a la Virgen y a todo el coro celestial que su hijo fuera varón. Se lo había dejado entrever en las conversaciones postcoitales que sostenían. No es que fuera un reproche, sino más bien, un deseo. Enrique no sabía lo que era tener padre, aunque lo hubiera tenido y quería comprobar lo que podía ser un hijo para un padre. El proyecto de

Silvia debía resultar, pero era una apuesta muy arriesgada. Los primeros meses de embarazo fueron particularmente difíciles, llenos de desconfianza y suspicacias de Enrique, también fueron bastante gravosos, las náuseas, los vómitos, el malestar generalizado. Silvia, al mismo tiempo, temía por retener a Enrique. Con el embarazo podría irse a cualquier lado como lo había hecho antes. Sin embargo, Enrique se mantuvo cerca, con especial distancia para no salir perdiendo en caso de que todo fuera otro ardid parecido a la paternidad extraña de Luz. En esos momentos se refugió aún más con Refugio, a quien visitaba casi todo el tiempo. Refugio había empezado a trabajar porque las visitas de Bulmaro comenzaron a espaciarse aún más. Le dejaba dinero, pero no lo suficiente para cubrir gastos superfluos o de entretenimiento. Además, Refugio comenzó a prever los años venideros, de ahí que Silvia siempre le haya imputado una tacañería exacerbada, frugalidad que Silvia siempre quiso evitar para distanciarse de esa realidad que le mostraba su hermana. Silvia afirmaba, según Nora, que en esos años fue explotada por Refugio como su nana mal pagada. Se sentía vulnerable pero no quería ventilarlo con Refugio. La impostura fue uno de sus atributos más persistentes de su vida. Utilizó a su sobrina como entrenamiento, un entrenamiento que tampoco le agradaba porque sólo quería que no fuera mujer. Deseaba un hombre para tener el consuelo de que, si el padre no respondería, el hijo lo haría. Rochester fue su refugio y en Filadelfia el mundo empezaba a resquebrajarse.

VIII

Enrique dividía su tiempo entre la representación del territorio, el departamento de Filadelfia y su casa en la Del

Valle. Cuando llegó Silvia iba a ingresar a la maestría en Salud Pública en la UNAM. Había querido ser radiólogo y cursar una especialización en Estados Unidos, en la Universidad de Texas, Austin. Cervantes del Río le había ofrecido una beca por parte del territorio por intercesión de su padre y de su suegro. Ésta sería jugosa porque Enrique era visto como el emblema de un nuevo bajacaliforniano, de un origen con raigambre, como les gustaba decir a los políticos, además que podría llevarse a su familia. Echó por la borda estos planes porque Rosa no quería vivir en Texas. “Eran otros tiempos”. Esa fue la justificación que alguna vez me reveló por ese episodio. Ante la negativa de Rosa a vivir en los Estados Unidos, Enrique se tuvo que conformar con hacer una maestría y no una especialidad. Al fin y al cabo, tenía trazado un destino o, si no, un camino del cual tenía que ser parte. Había estudiado medicina por tradición familiar, aunque su padre se hubiera graduado hasta que Enrique tuviera 13 años, y él 39. Había sido así porque el tiempo y la lejanía de la península lo dilataba todo. También eran “otros tiempos” para su padre, como lo fueron para mí en los momentos en que dije que me iría del país. Siempre son otros tiempos en los que vivimos, otras lecturas, otras experiencias que nos distancian y que nunca logran acercarnos del todo.

La apuesta de Silvia era por tener un varón. Aún no había esa certeza del ultrasonido para acelerar la alegría o la decepción de alguno de los padres. Rosa sabía que Enrique se iba con otras y hasta cierto punto ella lo permitía, pero una cosa diferente era la posibilidad de una paternidad, sin saber de quién o cómo la tendría.

Enrique trató de mantener una ligera distancia entre Silvia y él, pero sin pretender alguna huida. Silvia sabía cómo complacerlo y dada su corta edad podía ser muy moldeable.

El tiempo le dio la razón y también ella puso todo de su parte en cuidarlo de la mejor manera en que ella lo entendía. La mayoría de las veces con sexo, un sexo que lo mantuvo ahí por esos años que fueron determinantes.

El día de las contracciones era viernes por la mañana. Silvia se encontraba durmiendo en Rochester. Enrique debía llegar ese día por la noche. Estaría el mayor tiempo posible para cuidar a Silvia. Al final la sentía como una responsabilidad. Ella podía comprenderlo mejor que cualquier otra putita que se tirara en cualquier otro lugar. Incluso había descubierto que una mujer pensante no era del todo negativo en su vida. Podía contarle situaciones que ella desmenuzaba con soltura, parecía tener una gran visión de los otros.

Le había dado indicaciones de que fuera al Hospital de México en el circuito interior. De Rochester se podía llegar en cinco minutos. Refugio fue quien le reveló que el malestar que sentía eran contracciones. Silvia insistía en que no era nada porque era un dolor que se iba y venía. Lo había sentido desde la noche, pero había sido espaciado por lo que no prestó mayor atención. Por la mañana Silvia le comentó a Refugio que tenía uno dolores muy raros. Decidieron tomarles el tiempo. Eran cada hora. Refugio decidió que era tiempo de irse al hospital.

La llevó e intentó localizar a Bulmaro para que diera algún número de tarjeta; les pedían una forma de pago. Después de mucho telefonar pudo encontrarlo y a regañadientes dejó un número como depósito. Refugio le garantizó que Enrique se haría cargo.

Esa misma noche llegó Enrique al hospital. El médico que atendía a Silvia era su amigo por lo que pudo ingresar hasta la sala de parto en donde estuvo con ella toda la noche y el sábado. Las contracciones irregulares no dilataban del todo la vagina para dar espacio a que el bebé pudiera

salir. Se percataron de que venía mal acomodado y que, de igual modo, el cordón umbilical parecía estar alrededor del cuello. Después de un intenso trabajo de parto acordaron que no podía ser por vía natural; si no sacaban pronto al bebé ambos morirían. La decisión la tomó Enrique, aunque quien tuvo que dar el consentimiento fue Refugio por ser la familiar más cercana de Silvia; ya no podía más con el dolor y se había dado por derrotada. En esos momentos no sabía que todo ese esfuerzo serviría para algo y quiso tirar la toalla. No creía que la maternidad fuera para ella, pero era su única alternativa. Hacia la madrugada del domingo nació un varón por vía cesárea, aparentemente normal, apenas alcanzaba los tres kilos.

Unas horas después, ya que había recobrado la conciencia vio a Enrique a su lado:

—¿Qué fue? —le preguntó casi como súplica. Quería saber si la apuesta final la había ganado o tendría que irse con una derrota.

— Hombre —le contestó Enrique complacido.

—Es un regalo del cielo —exclamó suspirando. —Por fin, Dios ha sido justo conmigo. Unas lágrimas se le escurrieron por sus mejillas, cerró los ojos y volvió a quedarse dormida.

IX

Ese sentimiento de vulnerabilidad que experimentaba Silvia no se había disipado del todo. Había tenido un varón y Enrique parecía estar satisfecho, pero no había ganado la guerra sino una batalla considerable. Tendría que ver si Enrique reconocería a su hijo. Apenas despertó de los efectos del dolor y de la anestesia, Silvia sabía que no debía perder ni tiempo

ni el rumbo de sus pesquisas. Había que registrar al hijo a como diera lugar con el apellido del padre y si era preciso con el mismo nombre. Llamó urgentemente a Refugio para pedirle que la acompañara al registro civil en cuanto pudieran para registrar al bebé con el nombre y apellido de su amante. Enrique no lo tenía del todo claro. Si bien sabía que las cosas podían tomar otro rumbo nunca contempló la posibilidad de reconocer al nuevo hijo como parte de su linaje, un linaje del que se sentía poseedor. Después de todo, a sus 36 años podía ostentar una serie de títulos políticos y gubernamentales que pocos, muy pocos, habían siquiera soñado. Había un parecido muy grande entre Enrique y su nuevo hijo, como nunca lo hubo con su padre. Trató de tomarse las cosas con calma y redefinir su situación. Ahora su compromiso era con la nación sudcaliforniana, era parte central del comité para declarar al territorio como estado. Su rol era el de constituyente. Pensar en un hijo o el destino de un hijo no era su prioridad y Silvia lo sabía. Quedó con Refugio para que el martes, después de salir del hospital, a pesar de su estado, irían las dos al registro civil con la criatura. Quería registrarlo como hijo con padre legítimo. Para hijos fuera del matrimonio debía ir el padre. Ese sería un impedimento. Enrique tenía que regresar a la península y no volvería al DF hasta dentro de un mes. Silvia quería registrar al niño cuanto antes y en un mes las cosas podrían cambiar escandalosamente para ella. La presencia de un hijo aún no garantizaba que su situación cambiaría o que la relación que tenía con Enrique se sostuviera por sí sola. Ya la había dejado una vez. Temía por su estabilidad. Fueron al registro civil, ella aún con dolores de la cirugía. Estaba en juego un importante movimiento en ese engranaje que había calculado desde que decidió embarazarse y tener al bebé. Mediante un fácil soborno fue posible registrar al bebé sin la

presencia del padre. El acta no muestra la firma de Enrique, sólo el nombre. Le había dado al hijo el nombre del padre que deseaba. Con la ley de su lado pensó que el padre tendría alguna responsabilidad para con el hijo, que un hijo en una sociedad machista representaba todo para el padre.

Enrique trató de reevaluar lo sucedido en el avión. La paternidad con un hijo varón era distinta. Así lo sentía. Iba decidido a separarse de Rosa. Hacía mucho tiempo que lo que tenía con ella no se podía llamar matrimonio, sino más bien incomodidad necesaria. Sin embargo, Enrique podía encerrarse en sí mismo y no dejar pasar a nadie. No recordaba a su madre, yo sólo le conocí una foto que estaba perdida por ahí. Al recorrer sus documentos encontré que su madre había nacido en Guadalajara. Era una foto blanco y negro que denotaba una piel clara y un cabello negro como el suyo. Nunca habló de ella ni tampoco me contó ninguna historia sobre lo que podía haber hecho o cómo había sido su infancia. Esos años de turbulencia fueron para mí tal vez años de falta de cuidado.

Silvia se había quedado en el DF y no sabía qué opciones tendría. Enrique pensó sólo en que podía ser padre de un hijo. El suyo también había estado ausente. Al morir su madre, Enrique pasó al cuidado de sus abuelos paternos, quienes eran dueños de una de las tres tiendas de la capital del territorio: “El Emporio”. Podía llenar los vacíos que su padre le había dejado o tratar de recobrar lo que creía que podía ser una paternidad responsable. En el avión decidió prestarle atención al hijo y con ello proteger a Silvia de lo que pudiera ocurrir. No sabía si se casaría con ella. Ni siquiera si eso valdría la pena o si representaría un escándalo. Silvia era, en los términos de la época, casi una plebeya, alguien fuera del círculo social de amistades de lo que llamaban “la gente bien”. Sabía que

podría comportarse, pero temía sus arranques impulsivos, la fragilidad de su condición social que parecía emanar en forma de violencia. Silvia temía el ridículo y buscaba un poco de aceptación de ese universo social del que no era parte, pero pretendía serlo. Podía guiarla y en esa guía las cosas podían enderezarse o sólo fragmentarse para abrir más una herida que no podría cauterizar. Al término del vuelo de dos horas decidió que su hijo podría llenar ese vacío que había sentido con su padre. La última vez que habló con él, Enrique le llamó desleal y hasta merolico de la medicina. Enrique lo había criticado por no confesar a sus pacientes que no tenían nada y mandarlos a su casa con sólo una aspirina. Eso le pareció en su época de recién egresado una torcedura ética que aún no entendía.

—La medicina no es sólo un encuentro con la ciencia — le había repetido antes su padre. —Para mí son más clientes que pacientes; son clientes porque regresan y yo no puedo mandarlos a su casa sin algo que crean que los aliviará. Tú no entiendes la medicina en su nivel humano. Te crees científico pero la ciencia sin sentimientos te impide ver la persona y buscar una esencia que no existe. No estamos suspendidos en el mundo, Enrique.

Esto era lo que siempre lo distanció de su padre. Al carecer de madre también careció de una predisposición afectiva para los demás. Encerrarse en sí mismo era lo que un hombre debía hacer, de otra manera se volvería débil y correría el riesgo de confrontarse demasiado consigo mismo y preguntarse por la ausencia del padre y de la madre. La carencia de madre lo llevó a desarrollar un sentido crítico que lo alejaba de los otros. Creció invadido por el resentimiento y la anulación de las emociones de los demás. Silvia, de igual forma, provenía de las mismas carencias. Ella tampoco había entrado en comunicación con su madre más que para regañarla

y avergonzarse de ella, de burlarse por querer amasar unas tortillas de harina en el DF y empeñarse en encontrar manteca de cerdo Kuino y manteca vegetal Inca. Fue ahí donde se fue gestando esta distancia que tanto Enrique como Silvia abrían entre ellos y los demás. En ese sentido nunca fueron una pareja equilibrada, en donde uno era el contrapeso del otro, sino que Silvia al provenir de tantas carencias debió volcarse hacia Enrique quien era el ser completo, el hombre íntegro, y eso significaba que era un hombre ya hecho. Eso es lo que buscaba Silvia. Nos lo decía cuando alguien hacía referencia indirecta a su fisonomía un tanto deforme.

—A mí no me interesaban esos mariconcitos que andaban por ahí con voces afeminadas. Tu papá era un hombre hecho y derecho, con presencia, con mundo, que sabía complacer a una mujer y eso se aprende y se valora. Al hombre no se le juzga por feo o bonito. Eso es para las viejas. Tu padre siempre fue un hombre en toda la extensión de la palabra.

Su visión se había ajustado al pasar de los años. Podía recorrer todo el espectro entre bondad y maldad hasta darle la vuelta. Era una cuestión de matices, de modificaciones causales con las que pretendía, a la postre, justificarse a sí misma. Supongo que esa misma “hombría” que argumentaba lo llamaba a buscar más mujeres para comprobar que no había otra conducta y que sólo tenía que aceptarlo si quería tenerlo ahí, acceder por él a todo ese mundo social del que ahora sentía que podía alcanzar. Así, Enrique se mostraba entero y distante. Siempre tratando de guardar todo el silencio del mundo para no extrapolarse de todo y fingir tener dominio sobre lo que le rodeaba. Justo es decir que esa seguridad que trataba de proyectar le valió también tratar de obrar siempre del lado del mal menor, del lado del plan B. No apostó ni apostaba por todo y de ahí que nunca lo haya tenido todo.

Silvia lo insultaba llamándolo “segundón”. Era la frustración que Silvia tenía detrás de todo y ese deseo de ser admirada por haberse quedado con Enrique, ese fue su más grande triunfo, debía ser aquilatado y mostrado como suyo. Desde el inicio de su relación para Silvia lo más importante era que no se fuera, retenerlo, y el hijo era parte de su plan A. Ella sí que sabía apostar todo y confiar luego en una suerte de hados para concretar sus planes.

La decisión de Enrique por hacerse cargo del hijo fue hecha por el abandono de su padre. Silvia había ponderado esto o tal vez no, pero la causa verdadera del porqué había decidido que seguiría con Silvia fue demostrarle a su padre cómo se era un padre genuino, quería enseñarle que sus mecanismos no eran los únicos; era una manera de reprocharle su ausencia.

X

Rosa comenzó a presentar un deterioro en su condición mental. Enrique juzgó que la salud de su verdadera hija corría peligro y la apartó del cuidado materno para internarla en una pensión de monjas de María Inmaculada en el DF. Alejandra tenía 12 años. En cambio, decidió no hacerse cargo de Luz. Estimó que debía ser responsabilidad del tendero o de Rosa, o de la familia de Rosa, o de todo mundo menos de él. Al llevarse a su hija, Rosa terminó de perder la razón. El diagnóstico había sido esquizofrenia, ésta se fue agudizando a lo largo de los años hasta llevarla completamente a la locura y a un martirio que sus hijas tuvieron que soportar en los años de su adolescencia y pubertad.

Enrique también decidió hacerse cargo del hijo de Silvia, pero antes debía resolver varios trámites. El primero era un

posible divorcio de Rosa, sobre todo, en dónde lo colocaría dentro del contexto político-estatal. A cuántas personas podría afectar su decisión además de a sus parientes más próximos. Era una decisión más bien política que tenía que resolver si quería dar al hijo toda la validez que pretendía. El proceso de divorcio iba a ser sinuoso, pero tenía la ventaja de que el comportamiento de Rosa lo colocaba en una posición empática con los demás.

Basta decir que no fue un proceso fácil para Enrique. Entre el nacimiento de su hijo y la culminación de su divorcio mediaron dos años. Rosa no quería ceder ni un ápice y tuvo que esperar hasta que se cumplieran las condiciones de abandono de hogar y un diagnóstico detallado de su estado mental. Esto lanzó a Rosa a un estado de shock y de violencia pronunciado. Sus arranques coléricos aumentaban de intensidad. Aunque Silvia había permanecido en la Ciudad de México, Rosa comenzó a perseguirlo en La Paz, sobre todo de madrugada. Se sentía acosado y comenzó a ser agredido físicamente por Rosa. Enrique nunca respondió a sus golpes. Los aceptaba con estoicismo por lo que la violencia comenzó a subir de tono. En ese sentido, había desarrollado una tolerancia bastante amplia hacia las agresiones que provenían de las mujeres. Fuera porque había sido huérfano, fuera porque buscaba de alguna manera compensar esa ausencia aceptando a quien tenía enfrente, desarrolló cierta disposición hacia mujeres un tanto trastornadas. La convivencia con Silvia no fue nada distinta a esto. La violencia, desde que recuerdo, ha sido un componente de la rutina en la familia. Sin duda la combinación de ambos hacía que se respirara un aire denso, un temor latente en cada rincón que era habitado por Silvia y por Enrique. Con el tiempo Enrique se acostumbró a los golpes que le propinaron sus mujeres...

Después de pasar esos dos años entre dos aguas, dos techos y dos familias, con viajes de ida y vuelta a la capital del país para terminar el proyecto de convertir al Estado en el número 31 de la nación mexicana, pudo obtener un divorcio que no había quedado zanjado del todo. Rosa había jurado que no lo dejaría en paz. No iba a permitir que le arrebatara a su hija. Era más que una mujer herida, una madre despojada, una madre expuesta a un mundo machista que comenzó a ser repudiada por la misma sociedad de la que formaba parte.

El proyecto constituyente llegó a buen término en octubre de 1974, después de muchos intentos por justificar un autosustento como entidad. Como premio a su dedicación y su experiencia en el DF, Enrique fue nombrado uno de los primeros senadores de la república por el primer gobernador del Estado. Había sido uno de los más jóvenes en pisar el recinto. Cambió su residencia a la Ciudad de México por los siguientes cuatro años. La notificación del divorcio le llegó ese mismo año en el verano. Firmó el acta de matrimonio con Silvia en el juzgado de la delegación Benito Juárez el 12 de agosto de 1974. Los testigos fueron Refugio y Bulmaro. Para probar el matrimonio, Silvia aquilataba una foto en blanco y negro que para mí era la boda de mis padres. En ella se podía ver claramente a Silvia firmando el acta, Enrique a su lado con semblante serio; en segundo plano Refugio esbozando una ligera sonrisa confundida y Bulmaro a su lado derecho también con rostro seco. Tenía 26 años y Enrique 38. Esa fue la única celebración ritual que tuvieron. La boda por la iglesia había sucedido para Enrique hacía catorce años y nunca podría celebrar otra. Catorce años había permanecido casado con Rosa, esta nueva aventura le llegaba casi como obligación por cumplir. Su cara no denota felicidad sino complacencia. Alguna vez me reveló que su primer matrimonio había sido

por compromiso, y ahora no veo razón para no sospechar que el segundo también lo había realizado para saldar otro compromiso echado a cuestras.

Silvia guardó la foto todos los años de su vida. Incluso cuando la visité por última vez vi la misma foto pegada en la pared, junto a una de mi graduación de la prepa en la que iba con mi novia de entonces jugando a que éramos una pareja rumbo al altar. Esa prueba era la culminación de todos sus sacrificios por los que tuve que pagar yo mismo. Como me lo había dicho durante los primeros 25 años de mi vida, yo había sido el causante de su desgracia. Conmigo empezaron sus problemas y, de acuerdo con ella, yo fui la verdadera causa del porqué nunca pudo liberarse del todo, sino permanecer atada. Mi foto con mi novia de la prepa se alzaba como una historia alternativa de situaciones aspiracionales que no tuvo y buscaba remendar con la yuxtaposición de imágenes. Era yo finalmente el que podía ir al altar y llevar a quien me placiera. Me convertía en una nueva versión de ella en esa imagen que le hubiera gustado tener de sí misma. Yo era una versión suya en masculino, que es como debía ser el mundo. No es que hubiera reencarnado en mí, sino que su universo kármico se reescribía para salir de ese capullo de decisiones equivocadas, de pretensiones insatisfechas. Eso era al final la foto, un momento suspendido desde el cual se podía reescribir la historia de la humanidad, de mi humanidad con la suya. Yo era una especie de versión mejorada de ella dispuesto a elegir el camino que quisiera sin que nadie me lo cuestionara, para eso se había sacrificado y era lo que más le dolía. Pero ¿qué quería hacer, entonces? ¿qué hubiera hecho entonces?

La felicidad fue un concepto muy laxo para Silvia. Nunca tuvo tiempo para ponderarlo. Sus cuestionamientos éticos eran más bien cuestionamientos cósmicos de orden ontológico.

Su pregunta constante era ¿por qué a mí?”. Misma pregunta que nos extendió a mi hermana y a mí. ¿Por qué ella se sentía extraviada en el universo?, ¿por qué percibió su posición siempre tan frágil, tan vulnerable? Le echaba la culpa a su condición de mujer. Percibía que la mayoría de sus problemas habían provenido de un defecto cósmico que le había jugado una mala broma. Luego me culpaba a mí directamente por haberle arruinado la vida. Yo había sido el causante de ese matrimonio, sí. Un matrimonio que le había servido para afianzarse. Tal vez no quiso tener un hijo, e incluso la idea de abortarlo pasó por su cabeza y la detuvo más el miedo al procedimiento que la falta de acceso al dinero para hacerlo. A los cinco meses después de firmar el acta de matrimonio nació mi hermana Nora. Se me ocurre pensar que fue como para sellar el compromiso de que sería ella con quien habría de pasar el resto de sus días. No se divorciaría de ella ahora con dos hijos y si lo hacía tendría que pagar manutención de dos hijos reconocidos. Estaba dispuesta a quedarse ahí lo que hiciera falta. Al ser nombrado senador se mudaron de casa a una de estilo colonial californiano en la calle Nebraska. A Silvia le seguía gustando el exotismo de las calles con nombre en inglés porque acentuaban un glamour que nunca antes había experimentado. Además, quería estar cerca de su hermana. Ella se sentía segura, pero debido a la intensa vigilancia de la que era objeto nunca aprendió a conducir en la ciudad, por lo que cuando quería escaparse de la vigilancia del chofer, salía con Refugio siempre más autosuficiente.

XI

La casa de Nebraska fue la primera que me viene a la memoria en los recuerdos más alejados a los que he podido

llegar. También la recuerdo por unos álbumes fotográficos que Refugio aquilataba. La casa era enorme. De dos pisos y un cuarto de azotea. Dice Silvia que esa época la recuerda con tristeza porque fue muy miserable. Tenía que quedarse enclaustrada por culpa de sus hijos y de la hija de Enrique a quien, dice, tuvo que cuidar por algunos años. Esto no lo recuerdo. Salvo un par de veces en que a los tres años me mandaban a dormir a otro cuarto con mi hermana para que la otra hermana, a la que Silvia llamaba la Medina, pudiera estar con Enrique durante los fines de semana. Sólo era Alejandra. Luz nunca estuvo ahí. En las fotos aparezco con camisas de olanes, corbata de moño azul de terciopelo y un short del mismo color y material que la corbata, el pelo cortado al estilo que Silvia llamaba de “príncipe valiente”, un pelo demasiado largo para la época que Silvia se empeñaba en que trajera pese a las burlas de mis compañeros de kínder. Las fotos están tomadas en la fuente del patio de la casa de Nebraska y atrás se percibe una mujer con rasgos indígenas en un azulejo. Se inclina para beber agua directamente de la fuente y lleva una falda roja y una blusa blanca. Al inclinarse alza el pie contrario al primer plano en actitud sensual. Nora y yo parecemos rastros de algún criollismo creyendo que estamos en otro país de no ser por la imagen de la indígena en la fuente. Hay muchas fotos de nosotros con el mismo paisaje. Al parecer era el punto predilecto para testimoniar el paso del tiempo y el músculo económico que Silvia por fin había completado con todas las de la ley. Sin embargo, desde entonces recuerdo más reproches y tristezas que nos acompañaron toda la vida familiar. Silvia había dejado atrás su pueblo desértico perdido en la mitad de una península frente al mar. Ahora estaba encerrada en su casa estilo California que le recordaba a su pueblo desértico, pero tratando de

sostener dos casas, y dos hijos. Ella, para quien la maternidad no era lo suyo. Yo lo comprendí muchos años después, luego de entender que la paternidad podía ser otra cosa y ver cómo Aminta se comportaba con nuestra hija. Ser madre, he corroborado cuando menos con ella, es algo más que está fuera de cualquier explicación racional. Es pensar que los hijos estarán mejor, aunque esto no sea cierto.

Al hablar con Nora sobre el destino perdido en nuestra memoria de Luz me dice que siente pena y conmiseración. Me ha dicho que fue la que más ha sufrido de todas. Aún cometemos ese error de ver quién ha sufrido más, quién ha vivido una vida más jodida para justificar, creo yo, nuestra amargura o el resentimiento que le tenemos al mundo. Sé que ambos hubiéramos querido tener otra vida con otros padres distintos a los que tuvimos. Por eso cuando me reveló que Luz había sufrido más, me lo comentó casi para otorgarle el premio. Yo no sabía nada de ella salvo información inconexa, aleatoria.

Rosa siguió a Enrique hasta la capital del país una vez más. En el DF Rosa se instaló en un cuarto de azotea en la misma colonia Nápoles, muy cerca de Nebraska. El abandono de Enrique impulsó que ese desequilibrio que llamamos sanidad tuviera otros rumbos hasta llegar a la locura clínica; esa de manicomio, soledad, pérdida de la memoria, esquizofrenia y violencia. Al llegar sin marido a la capital se dirigió a la oficina de Enrique a exigirle que le devolviera a su hija. Enrique tuvo que sacarla con ayuda del personal de seguridad. Quiso razonar con ella, pero ya había pasado ese estado. Sólo quedaba en ella otra porción de odio profundo, de herida expuesta que con cualquier viento que soplara le ardería muy profundamente. Se dedicó entonces a la bebida y a trabajar en un salón de belleza cercano a donde se había quedado con su hija Luz de seis años, a quien dejaba por las

tardes sola después de la escuela. La distancia me hace sentir vergüenza de lo que la opinión de Silvia ha influido en mí respecto al trato con ella. Logró aislarnos de una manera triunfal. Como ella, pensábamos que no teníamos a nadie más que nos quisiera. A la par que nos insultaba y nos golpeaba, se reconciliaba con nosotros con lágrimas en los ojos y nos cubría de besos rogándonos que la perdonáramos. De hecho, yo siempre esperaba ese ciclo con ansia. El del perdón que era el que más me llenaba; me sentía amado con una intensidad plena. Luz se mantuvo siempre al margen de nosotros. Incluso ahora que escribo, no recuerdo ni siquiera el timbre de su voz, tampoco ninguna conversación con ella donde me enterara de sus inquietudes más humanas.

En esos años Silvia iba a la iglesia, pero nunca a misa. Prendía veladoras a San Judas en la iglesia de San Hipólito en la colonia Guerrero todos los domingos. Yo me quedaba afuera porque al principio me aburría y años más tarde traté de articular, también, algunas plegarias. Experimentaba el sufrimiento de Silvia de manera muy rara. Me daba lástima y quería hacer algo por ella. Pedí alguna señal como en las películas de santos, pero nunca me llegó nada. Silvia lloraba cada domingo. Después de cada visita comenzaba un bombardeo de reflexiones negativas, de frustraciones externadas por el tiempo y por lo terrible de nuestra historia, aunque se refiriera a la suya. Mi hermana y yo éramos parte del mismo destino maldito que nos perseguía por ser hijos de mi madre y ella era parte de un complot cósmico que nos predisponía al fracaso, a la burla, al terror de estar vivos sin nada que argumentar salvo la ira de un dios que se empeñaba en traicionarla. Sus idas a la iglesia eran la manera de reprochar a ese dios su destino. Iba a expresar su impotencia y ese dolor lo vertía en nosotros. Enrique sólo la oía despotricar

todo el tiempo sin hacer ningún comentario, ¿qué podía decir? ¿qué podía argumentar?, si él era parte de ese castigo, de ese martirio por el que tenía que vivir. Si Dios no la oía, entonces debíamos ser nosotros, mi hermana y yo, quienes no nos cansaríamos de ser el receptáculo del odio de Silvia, el retrete en el que nos convertiríamos cada día que pasaba con más odio de su parte. Ya tenía la vida a la que había querido acceder y aún la felicidad no se manifestaba.

XII

Indagando atrás en el tiempo empiezo a recordar mis años de infancia hasta que nos mudamos de Nebraska a la Guadalupe Inn, más hacia el sur de la ciudad. En aquel departamento recuerdo la televisión por cable, un Superman que me decepcionó, un hombre elástico que mutilé, una fiebre tifoidea que me dejó sin ir a la escuela por un mes y la llegada una vez más de Alejandra a vivir con nosotros por un verano.

Alejandra llegó cuando tenía 17 años, era su último año de prepa y Enrique había decidido que regresara a Baja California para que viviera y cuidara a su madre, quien pasaba la mitad del año internada en el manicomio, la otra mitad debía hacerse cargo la familia. Alejandra ya estaba en edad de hacerlo. Yo tenía alrededor de 8 años y estaba por terminar el segundo de primaria. Alejandra se había instalado en el cuarto de Nora donde había dos camas individuales, mismas que aún siguen en la casa de Silvia. Había alcanzado la madurez física y se había desarrollado completamente. Tener a una mujer tan joven a mi lado, alguien prácticamente desconocida para mí, me afectó de muchas maneras que apenas podía comprender. Tuve una especie de despertar confuso. Por las

noches en el cuarto de mi hermana, mientras mirábamos la televisión, Alejandra llegaba después del baño con la espalda desnuda cubriéndose los senos con una toalla o una camiseta a pedirme que le untara crema en los granitos que apenas se le dibujaban. Al principio yo no le di importancia. Yo quería ver por primera vez cable en la tele. Estaba más interesado en las caricaturas en inglés de las que no entendía una palabra, pero que veía con deleite seguro de que si las seguía viendo sin perder detalle en la escena algún día entendería todo. De ahí que cuando llegaba a pedir que le pusiera crema en la espalda era más una molestia que otra cosa. La rechazaba y entonces se volvía a Nora quien accedía en el acto. Siempre me lo pedía a mí primero hasta que una noche en que Nora no estaba y no había más a quien recurrir no me pude negar. Estábamos solos en la casa. Se tendió en la cama con la espalda desnuda. Me dio la crema que comencé a frotar contra su espalda mientras trataba de seguir el programa en la tele. El contacto con su piel comenzó a tener otros resultados, empecé a tener una erección. No es que nunca la hubiera tenido, sino que nunca podía atribuir el porqué de semejante estado. Era claro que el frotar la piel de Alejandra resultaba en esa insuflación de mi incipiente miembro viril. A Alejandra parecía agradaarle.

—Baja un poco más las manos —me ordenó.

Soltó un gemido de satisfacción cuando apliqué un poco más de presión sobre su piel. Mis manos infantiles ahora se posaban en la espalda baja. Mi respiración empezó a acelerarse y al mismo tiempo a entrecortarse. Sentí que tenía una erección sostenida. Mientras Alejandra se complacía con el trabajo de mis manos yo descubrí otro aspecto en mi medio hermana que no comprendía del todo. No entendía qué me llevaba a esa serie de confusiones ni por qué la fuerza de las piernas me abandonaba. Me quedé embelesado por la

sensación y la espalda de Alejandra que se me presentaba de una forma nunca antes vista. Pude adivinar el nacimiento de sus nalgas y la voluptuosidad que sentí fue enorme. Su espalda se transformó en una superficie nueva. En un campo de sensaciones inusitadas. Mi incipiente erección me incomodó, más como un estorbo que como una trasgresión. Si trasgredía algo era más una traición a Silvia que quería que odiáramos con pasión a la Medina. Desde ese momento la comencé a ver con otros ojos. Debo decir que me enamoré de ella de una forma infantil, pero al mismo tiempo perversa. Cuando Alejandra se dio cuenta de que las aplicaciones de crema transformaron un poco el ambiente que ella misma había abierto para mí, trató de no darme importancia, después de todo sólo era un niño de ocho años. Pero supo que me había mostrado un poco de esa urgencia que sentía en el despertar de su propio cuerpo.

A raíz de eso se me ocurrió un plan para forzarla a no usar ropa interior e imaginarla sin ninguna barrera entre la ropa y ella. De esa forma su cuerpo desnudo se vería forzado a excitarse y yo estaría ahí para presenciarlo. Escondí paulatinamente su ropa interior por las tardes para que cuando llegara no tuviera con qué cambiarse. Lo hice diligentemente por tres días. Por primera vez veía otras prendas interiores que no fueran de Silvia como espacios de la intimidad femenina, secretos que me hacían temblar las manos con una ansiedad en la que perdía el control de mis movimientos, una debilidad que entraba por mis ojos y me hacía palpar con una mezcla de culpa y de felicidad.

Uno a uno, sostén y calzones, me los fui llevando a mi cuarto con la intención de esconderlos en un lugar fuera del alcance de todo mundo y que nadie descubriera mi plan. Alejandra me preguntó si yo había visto un bras suyo por algún

lado. Le contesté que no. No tenía la menor idea de lo que me hablaba. Me hice el despistado y salí avante en esa ocasión. Sabía perfectamente que estaban debajo del colchón de mi cama y nadie debía atestiguarlo. A media semana, Alejandra tuvo una explosión de ira contra la sirvienta. Mi plan había resultado de la manera más incidental para mí imaginable. La sirvienta había sido la culpable. Sencillamente no la había contemplado como parte de las responsables, ni siquiera como alguien que dentro de sus necesidades humanas tuviera que ponerse ropa interior. Sólo era para mí parte de un decorado con el que había que interactuar porque era necesario comer. Silvia confrontó a la sirvienta: la llamó ventajosa, india, mal agradecida y la corrió enseguida sin decir más. Le dio un par de horas para que sacara sus cosas y se marchara de la casa sin pagarle lo que había trabajado esa semana. En un acto de suma caridad le dijo que el chofer la llevaría a la TAPO para que volviera a sus regiones oaxaqueñas, donde seguro reinaba la maldad y la necesidad.

Mi escena sexualizada se fue convirtiendo en un territorio lleno de incertidumbre. Mientras Silvia increpaba a la sirvienta, yo detrás de ella sentía un remordimiento casi infinito. La veía receptora de todo el odio de Silvia. Se alió a Alejandra no por amor sino por honor a la justicia, por combatir a una raza inferior o una multitud de indios advenedizos que se rozaban tan cerca que acabarían robándonos hasta el alma. Sentí pena por ella, pero no lo suficiente para que de mi boca saliera su reivindicación, para reparar una injusticia. Después de todo, su humanidad no era nada para mí. Había sido la pieza que en este ajedrez secreto me daba una partida ganadora. No creo haber comprendido que estaba entre los ganadores de una clase privilegiada. Lo que me pareció más normal es que ella recibiera la culpa por mi acto. Pese a lo que clamaba que era

cierto, que ella no había tomado nada y que le revisaran su cuarto, Silvia llevó más allá las intenciones de la sirvienta:

—Claro que ya no los tienes —le increpó. Los has de haber vendido en cuanto tuviste oportunidad. Con ese dinero te puedes ir a traicionar la confianza de la gente decente que te contrata. Siento asco por ti.

Por un momento pensé que el asco que sentía Silvia recaería en mí si revelaba lo infame de mi acto. Sería parte de su odio que no podría borrar por haber tramado un plan tan perfecto. Callé y me mantuve firme. Al ver el resultado y cómo las lágrimas de la sirvienta se derramaban, quise sellar el acto para terminar de concretar el plan maestro con el que me habían regalado las iniquidades del mundo.

—Yo te vi entrar al cuarto de Nora y salir con algo escondido. Te veías muy nerviosa.

Este fue su tiro de gracia del que no pudo volver. Me miró desconcertada como preguntando cuál era la infamia que había cometido.

—Pensé que eras un buen niño, Rico —me dijo.

Recuerdo que el color se me subió por todos lados. No esperaba una recriminación de su parte tan fuera del lugar, es decir, apelando a mi humanidad, apelando a la misma dimensión humana que yo le negaba. Me hablaba de igual a igual y además me decía que al final era menos que ella y yo lo sabía. Sabía perfectamente que era partícipe de un crimen donde el verdadero culpable era yo. Me mantuve en el mismo tono inculpándola de todo lo que había sucedido. Descubrí que podía mentir sin contratiempos, que los hechos no se cuestionaban, sólo la procedencia de las palabras. Cómo pensar que un niño se robara la ropa interior de su medio hermana si ni siquiera se masturbaba. Aprendí que las diferencias importaban y que mi posición en el mundo tenía

algo más de las cosas que yo podía notar, que podía entender y que ese lugar me hacía conservar mi imaginación libre.

Ante tal escándalo, al día siguiente en la tarde opté por devolver las prendas de Alejandra al clóset de mi hermana. Traté de poner todo hasta atrás de manera que pareciera que no las había encontrado porque no había buscado bien. Pensé que de ese modo me eximiría del crimen o de la culpa de que habían corrido a la sirvienta por mi culpa. Ni podía obligar a una recontractación porque no sabía cómo se operaba, pero sí podía salvar finalmente mi pellejo y pensar que la sirvienta había sido un malentendido que ya no tenía remedio y que no había culpables. Finalmente, Alejandra encontró su ropa interior y mi plan para que se excitara fracasó de forma infantil. Sin embargo, ahora Silvia se había dignado a defender su causa y no dudó en recriminarle a Alejandra su comportamiento por el que la obligó a despedir una sirvienta

—Con lo complicado que es encontrar una —le espetó a Alejandra, casi como para nombrarla la sirvienta sustituta.

Ahora el resentimiento de Silvia se inclinaba a Alejandra una vez más. Le exigió que debía hacer los trabajos que hacía la sirvienta. Enrique la defendió sin mucho entusiasmo en la noche después de llegar de trabajar, más como compromiso que con convicción de hacer lo correcto, después de todo era su hija. Silvia seguramente sentía también un poder culposo por haberse entregado al juego de Alejandra, quien al mismo tiempo juraba no haber visto su ropa interior en el clóset. Una vez más yo era el artífice de todo el malentendido, el artífice del odio que mi madre generaba a diestra y siniestra. Tenía la opción, una vez más, de hacer lo correcto y despejar esa duda, esa incógnita y afrontar toda la culpa, pero no lo hice. Una vez más callé y traté de no articular palabra. Observé todo desde afuera, ajeno a cualquier remordimiento que me

delatara. Silvia la quiso correr también como lo había hecho con la sirvienta, sólo que no de esa forma tan cruel. A las dos semanas desapareció de la vida familiar. Nora, Enrique, Silvia y yo nos fuimos a Oaxaca. No volví a ver a Alejandra hasta muchos años después cuando comencé a vacacionar en La Paz como adolescente.

**CUARTA
PARTE**

I

LLEGUÉ A LA PENÍNSULA por Los Cabos después de diez años de no haber vuelto. Hice un viaje que creía ser más engorroso de lo que fue en realidad. Los años me habían aislado mentalmente. Pospuse lo más que pude el viaje porque no quería confrontarme con lo último que tenía que suceder y eso era ver la casa de mis padres en franco deterioro. Por alguna razón temía que todo ese monstruo se me fuera de bruces contra el piso para decirme que todos estos años había perdido el tiempo huyendo de algo que había dejado de resultar una amenaza. Nora me había dicho que los últimos años Silvia ya no había dormido en su casa sino con las monjas Brígidas en donde alquilaba una media pensión. Por las mañanas iba a su casa a ver qué le había sucedido en la noche, como si las noches estuvieran llenas de fantasmas y malhechores. Desarrolló una paranoia muy exacerbada que le impedía dormir en su casa, aunque se estuviera muriendo de sueño. Era una mujer sola y eso era lo que más le atemorizó durante los últimos diez años en los que vivió sin la presencia, cuando menos de nombre, de Enrique. Había elaborado una teoría en la que determinaba que la hora ideal para el crimen era a las tres de la madrugada. En ese momento todo el mundo estaría en un sueño profundo y los delincuentes experimentados podrían introducirse a las casas para hacer todos los desmanes

habidos y por haber. Decir que sus sospechas eran infundadas sería errado en cierta forma. Creía que había toda una red de delincuencia organizada que estaba poblando las colonias de la gente de bien. Fue la primera en argumentar que su vecino era un narcotraficante porque había vigilancia en la casa de enfrente. Silvia abría los ojos a las tres de la mañana para no poder pegarlos hasta que despuntaba el alba y volver a cerrarlos hacia las siete de la mañana, por lo que dormía en realidad sólo cinco horas diarias que se le iban acumulando como prueba de un cansancio que era más bien metafísico. Así fue como pudo controlar ese cansancio espiritual. En cuanto murió Enrique comenzó a ir a misa y a comulgar, no como una gran devota que parecía serlo, sino como mero emblema de libertad; lo hacía más porque ahora sí podía sentirse cercana a Dios. Durante años quería hacerlo, pero su situación pecaminosa de amasiato se lo impedía. Nunca se casó por la Iglesia y supongo que todos esos años vivió lamentándose de la imposibilidad por hacerlo. La muerte de Enrique le quitó un peso moral sin el cual se pudo dirigir al dios cristiano para pedirle con más vehemencia que escuchara sus súplicas como nunca antes lo había hecho.

Después del encuentro que tuve con ella su situación mental comenzó a deteriorarse a la par que su situación financiera. Si bien Enrique la había nombrado heredera única y universal de todos sus bienes habidos y por haber, la dejó con una pensión que completaba con un medio tiempo en la universidad donde daba clases de Derecho Constitucional y Filosofía del Derecho.

Silvia terminó la licenciatura con 49 años de edad hacia 1994, después de haber dedicado casi 10 años a su estudio. Al terminar se inscribió a la Maestría en Derecho en la UNAM. Era una vez más su oportunidad para seguir aquilatando otro

título que la validara como mujer ya a sus cincuenta años. La cursó con asiduidad por cuatro semestres para investirse de una valía intelectual que nunca antes había poseído. No había sido percibida por Enrique como alguien autorizado para el ejercicio de un discurso legal en el marco político. Incluso llegó a reprocharle a Enrique la envidia que sentía hacia ella porque él no sabía nada de Derecho. Mientras ella estudiaba la maestría, Enrique se dedicó a leer los libros de Silvia. De ese modo sentía que aún podía estar por encima de la mujer a la que de alguna manera había construido, cuando menos pagándole la carrera de Derecho en la Universidad del Valle de México. Terminó la maestría casi al mismo tiempo en que Nora acabó su carrera de Derecho en la UNAM. Al término de sus estudios, Nora le recriminó por segunda ocasión lo inútil de su empresa.

—Como que ya es tiempo de que tu educación pague de alguna manera, ¿no crees? —le había dicho Nora con cierta beligerancia.

Silvia enfureció. En esos días tuvieron enfrentamientos leguleyos en los que se debía de derrotar el argumento del otro mediante procedimientos jurídicos. Silvia acababa gritando más sus argumentos y riéndose estrepitosamente de Nora. Nunca supe quién ganaba la discusión, aunque siempre quise pensar que Nora podía tener la razón.

Silvia no buscó una posición laboral. Si por algo había luchado ahora desde la Ciudad de México fue para tener ese tiempo libre que la equiparaba con una señora de clase. La molestia de Nora derivó en confrontación constante. Finalmente, Enrique debía elegir quién era la auténtica y se decantó por continuar con Silvia.

En ese entonces vivían en la colonia Del Valle. Yo no vivía con ellos. Me acababa de casar, en contra de su voluntad, con

Aminta porque había quedado embarazada. Coincidió con la debacle en el estado del partido y con la de Enrique. Después de la pérdida de la alcaldía, conferida más como premio de consolación para Enrique, su ánimo se fue menguando hasta caer en una depresión profunda. Pudo rescatar seis años más en el DF después de la elección y cuando ya no pudo, trató de cobrar favores con el gobernador en turno para que no lo dejaran morir. Enrique encontró más puestos dentro de la salud y agonizó en una cama prestada del Hospital General Salvatierra. Mientras tanto, Silvia emprendía su proyecto monumental de tesis de maestría que nunca concluiría. Pretendía hablar de la Constitución en toda su abstracción. Después de todo, Silvia era una idealista y defendía todo lo que emanara del documento con una devoción religiosa. No es que no escribiera la tesis, sino que no dejaba de escribirla. Llenó cuadernos a mano con una letra ilegible que pretendía que alguien se la pasara “a máquina” como le decía a la computadora. Según entiendo sólo hubo un par de personas que podían descifrar su letra y una de ellas había sido Manu. Con su despido de la oficina de Enrique el proyecto de Silvia quedó inconcluso. Los cuadernos seguían ahí pero no había quién los pasara a computadora. Los primeros archivos se perdieron, pero Silvia aún conservaba los manuscritos de lo que decía era su obra fundamental. Cuando regresó a La Paz, pudo hacerse de unas clases en la carrera de Derecho que le permitían ventilar ese conocimiento que vertía en sus cuadernos. Después de 20 años comenzaba a trabajar y a utilizar ese estudio como fuente de ingreso. Al tiempo consiguió un medio tiempo, pero nunca la plaza de tiempo completo. Trató de estudiar francés dado que su herencia cultural así se lo marcaba, pero nunca pasó el examen. Resultó que su capacidad para las lenguas extranjeras no se podía corroborar

en esa inteligencia que decía poseer. Le pagó a gente para que tomara los exámenes en su nombre y la estafaron un par de veces. Hizo todo lo que el dinero le permitió, pero nunca consiguió satisfacer el requisito. Además, su proyecto de tesis se convertía en una madeja que tejía y destejía como tratando de esperar a que algo sucediera. Ese Odiseo tal vez pudo haber sido yo; ese que llegaría para rescatarla y desposarla finalmente. Así vivió sus últimos años tejiendo y destejiendo una madeja de palabras, de artículos con sus incisivos para comprobar que algo absoluto podía todavía regir su vida y que la recompensa era la justicia en sí misma.

II

Mi relación con Aminta había terminado de una manera no tan drástica como podía haberla imaginado. Los años, al tiempo que acabaron por distanciarnos, me alejaron un poco de lo que quería buscar a una edad en la que había determinado era mi última oportunidad (aunque suene infantil) por volver a explorar el sexo con otras mujeres. Esa fue la razón más poderosa que sentí para convertirme en una especie de profesor del deseo. Comencé a explorar mi autoestima con las alumnas para percatarme que aún podía considerarme deseable entre jóvenes inquietas y mujeres en la cúspide de su oportunidad para la procreación. Salí con cuanta mujer pude a espaldas de Aminta. Aunque me dijo varias veces en las discusiones que tuvimos que le dijera antes de cometer cualquier adulterio. Yo sabía, y creo que ella también, que primero lo haría y luego de que el remordimiento me alcanzara y terminara quebrándome, se lo diría. De hecho, fui un cobarde y hasta un pusilánime porque jamás acepté que la había engañado. Lo había hecho

en periodos muy esporádicos, pero conforme uno avanza en años las fuerzas se tratan de centrar en otros aspectos que no siempre se cumplen de la misma manera. Mi vida comenzaba a tener una historia con peso narrativo. Nadie imaginó que fuera un atribulado, un ser que sólo conservaba cierta estabilidad para huir de esa inestabilidad y angustia que me generaba la soledad. Creo haber experimentado el amor, pero tras el descubrimiento de mis escarceos amorosos no pude decirle que lo sentía de manera en que me hubiera gustado explicarme. El tiempo acaba por sepultar en las parejas las necesidades de los individuos, o cuando menos las mías. Habíamos vivido juntos por un periodo bastante largo, quince años en los que pretendo creer que tomé decisiones basado en el bienestar de un concepto, de una guía, de una institución. Traté de dar rumbo a mi vida, uno nuevo. Intentaba liberarme de toda responsabilidad doméstica, de toda construcción de sociedad y de toda forma de control en el mundo social.

La muerte de Silvia me dio una vez el pretexto para explorar mis recovecos históricos: volver a un lugar después de diez años y comprobar que la gente permanece como lo ha hecho uno, de una forma idéntica en la que se ha tratado de permanecer con vida. Corroborar que el tiempo nos consume a todos por igual fue una experiencia que me golpeó fuertemente el ego, la conciencia de permanecer en el mundo. Volver, como cantaba en mi primera juventud entonando un cover de Miguel Ríos, no era una forma de llegar, sino una forma de autoflagelamiento. Me había ido para descubrir que el tiempo en los demás era el mismo tiempo en mí. La cantidad de tiempo en los otros sólo reflejaba la cantidad de tiempo proyectado en mí. Al haberme ido, había salido del tiempo de los otros y había pasado a ser una sombra gris en sus conciencias.

A la primera persona que vi fue a Aurelia. Había sido mi alumna antes de marcharme definitivamente. No quiero pensar que me aproveché de ella, que la pervertí, pero su madre tuvo razón cuando Aminta me dejó por primera vez en 1998 y la telefoneé. Su madre contestó para decirme que por favor no la molestara en su casa y que si tenía algo que decirle lo hiciera en la universidad. Aurelia fue mi alumna en la materia de Comentario de Textos Literarios, era apenas mi segundo año como profesor universitario por asignatura. El grupo era particularmente anodino y con un rendimiento académico bastante mediocre. Ella era alta, de una belleza que podría confundir a todos aquellos que no supieran que su mayor secreto era esa combinación exótica de razas, historias, situaciones y quiebres mentales. Su apellido al pasar lista me sorprendió por lo exótico de la combinación: Ayón Yee. No recuerdo las coincidencias que me llevaron a trasgredir esos contratos tácitos éticos en los que nos reconstruimos como entidades conscientes. Estuvimos juntos en varias ocasiones y tuve que ser su maestro en todos los sentidos. Tenía una agencia sexual que no había podido experimentar nunca antes en mi vida. Fue el primer quiebre que tuve con Aminta a los dos años de habernos casado. Sostuve con ella comunicación intermitente con algunos correos electrónicos que nos mantenían, si no en contacto, sí en un estado de alerta. Pensé en terminar con Aminta definitivamente para explorar en Aurelia todo lo que hubiera podido. Me contuve y la dejé ir. Era muy joven y su juventud a la vez que me hipnotizaba me pedía que no le destruyera la vida. Mi hija ya había nacido y con mis 26 años mal puestos y comprometidos con una historia de amor que no entendía, decidí dejarla pasar y lanzarme a la conquista de otras latitudes. Me atemorizó lo que podía dejar de hacer en su vida, más que las posibilidades

de un reproche y una culpa. Después de todo, Aminta me reprochaba haberlo dejado todo por mí para seguirme a aquel desierto donde el teléfono era lo único que podía servir como paliativo a la soledad y al calor al que la había confinado, según sus palabras.

Aurelia tenía una personalidad nerviosa, pero al mismo tiempo sus ganas de hacerse notar surtieron efecto porque sus maneras me causaron siempre intriga y desconcierto. Creo haber sido quien la enseñó a coger y a masturbarse, a ver el sexo desde otra perspectiva. Se sentía rebelde y de alguna forma lo era. Vestía de negro en el calor del desierto cuando eso era más un autocastigo que una postura estética, aunque ella siempre lo consideró como esta última; se veía a sí misma como una trasgresora y lo fue en mí. Su trasgresión me envolvió de forma escandalosa y creo que ella salió mucho más debilitada. Puedo entender un poco qué fue lo que la llevó a acercarse a mí. La primera vez que estuvimos juntos había sido después de haberle metido los dedos en la vagina humedecida a sus escasos 18, frente al mar, al caer la tarde, mientras admiraba sus ojos y su cara de desconcierto y placer porque no sabía cómo reaccionar a mi necesidad de verla extasiada. En esa ocasión, Aminta todavía no se había marchado al DF, fue justo cuando aconteció esto que me dijo, casi intuitivamente, que se iba donde sí tenía amigos y familia que no la nulificaban. Ahora entiendo que lo que me planteaba era que yo perdiera la mía para que ella conservara la suya. Al marcharse Aminta pude construir un puente entre los dos, o mejor aún, pude dedicarme a explorar sus deseos. Su juventud me producía conflictos entre rendirla a mis pies casi con violencia o entregarme con menos reticencia. Creía que amaba a Aminta, o cuando menos eso era lo único que podía llamar amor, pero su cuerpo y la tersura de la piel de

Aurelia se materializaban en una mezcla inusitada que no podía siquiera imaginar. Confieso que toda ella me resultaba extraña, sus ojos, sus grandes labios, sus tetas, sus piernas largas y su afición por lo oscuro; me ponían en una posición culturalmente incómoda con la que nunca había lidiado y al mismo tiempo me arrojaba a otros abismos, tal vez a una libertad que creía que experimentaba, pero nunca lo supe hasta muchos años después. En ese momento Aurelia se dio cuenta de mi confusión metafísica.

—¿Estás bien? —Me preguntó casi con ingenuidad infantil después de venirme la primera vez que hicimos el amor. Más temerosa porque pensó que su inexperiencia sexual iba a aburrirme e incluso decepcionarme. Años más tarde cuando la volví a encontrar, ya con más experiencias al hombro que yo, me confesó que me sintió como si estuviera cargando un mundo y eso era un escape; le hice el amor más con desesperación que con lujuria. Sintió mi turbación y yo su necesidad de salvarme. Nos vimos varias veces más, luego de que Aminta me dejó. Se quedó a dormir una noche en mi casa. Esa fue la primera vez que a sus 18 años no pasaba la noche en la casa de su madre y estuvo un poco más relajada, pero aún ansiosa por agradar. Entre la comunidad estudiantil se esparció la voz de mi proceder y toda la responsabilidad recayó sobre ella. Era ella quien me había asaltado sexualmente y por tanto fue excomulgada, más de lo que ya se encontraba, de los favores de los demás alumnos. Al irme le di la más alta calificación sin haber entregado siquiera trabajos, más como una práctica de autoritarismo de mi parte que por recompensar sus entregas. No sabía que la dejaría en una situación muy mala, incluso entre los que habían sido mis colegas. Los avances de otros profesores no se hicieron esperar y las envidias tampoco. Sufrió una campaña

de descalificación tanto moral como intelectual que acabaron mermando su autoestima, situación que nunca preví por la estupidez de mis pocos años y mi deseo ferviente de tener su piel y descubrir la magnitud de su coño. Tuvo que rechazar los embates sexuales de por lo menos cinco maestros de la universidad estatal que confundieron la admiración que me tenía con mera lujuria a la figura de autoridad.

Mi encuentro con Aurelia alcanzó a darle el primer golpe a la vida que por inexperiencia y casi por obligación me vi en la necesidad de llevar en esos años. Aurelia había sido la primera chica con la que engañé a Aminta a lo largo de todo nuestro matrimonio. Dejé La Paz sin mirar atrás y sin pensar en el daño que me había hecho por no poder reconocer que algo acababa de romperse entre Aminta y yo.

III

Aminta me había servido para controlar mis impulsos y mis pasiones de manera lenta pero efectiva. Pude escribir todo lo que quise. Pude dedicarme a no odiar al mundo tan intensamente por espacios prolongados y mi vida se tornó un poco una fuerza estable hasta tres años después cuando casi sin querer acabé enrollado con otra estudiante de nombre Amanda Davis. Era una exalumna rubia que no pude llevar a la cama pero que fue el principio del fin. Su rebeldía la había llevado a verme como un espacio de conquista que la llevaría a pasar de su primera juventud a la fuerza correspondiente de una mujer en sus veintes. Aminta se había ido también a enterrar a su padre quien había muerto repentinamente de cáncer. Después de la noche de bares que culminó en un salvaje manoseo en mi carro, no le hablé más por temor a

que accediera a acostarse conmigo. Recordé mi episodio con Aurelia y se me ocurrió que lo que me enamoraba no eran las mujeres sino sus nombres. Era evidente que tenía una debilidad por las “A”. La mayoría de las mujeres que han representado algo en mi vida, sus nombres han comenzado con la letra A. Pensé en la fuerza mística de la A como en la primera letra del alfabeto griego, la Alpha. Todas ellas me habían parecido tener esa agencia sexual que tanto me desarmaba. A ninguna le podía decir que no. Amanda me mandó dos años después un mensaje de texto en el que me decía que me recordaba y que le gustaría verme. Fue un diciembre mientras paseaba a mi hija por el parque y veíamos una escultura de arena de Santa Claus. Temblé mientras me trataba de deshacer del mensaje. No le contesté y no volvió a mandarme otro. Conozco mis límites y sé reconocer el miedo al precipitarme al vacío emocional y la fuerza devastadora de un sexo fresco y deseoso.

Seis años después de que me fui de la península, volví a contactar a Aurelia para vernos en Guadalajara en la Feria Internacional del Libro. Voló de La Paz para encontrarse conmigo. Tenía 26 años y la encontré radiante y llena de vitalidad. La había utilizado para hacerla personaje en una de mis novelas. Aún confundida, me enfrentaba a otra mujer, más segura de sí misma pero todavía con una inseguridad que no entendía, que se me escapaba porque estaba demasiado absorto por querer resolver otros episodios domésticos que requerían mayor concentración. Hicimos el amor hasta cansarnos, hasta saciar todas las ganas que un treintañero pudiera tener por un cuerpo joven y apenas explorado. Al desnudarla aparecieron un par de alas de ángel que se había tatuado, así como su nombre en una lengua que llamó élfico. Era la primera vez que tocaba un tatuaje y ella se convertía

en la única mujer tatuada con la que había estado. Sabía que le gustaba el rock metal y eso se me hacía más una curiosidad que podía explorar y criticar al mismo tiempo. Su atuendo negro en el desierto me hacía verla como un producto más de una confusión que se me antojó antihistórica.

La esperé en el lobby del hotel y la vi bajarse del taxi con una sonrisa nerviosa un viernes por la noche. Aquella cara casi infantil había desaparecido. Ahora parecía una mujer convencida de que el mundo debía ser un lugar por explorar y que el amor podía materializarse en mí. Me dijo que había dejado las cosas que tenía que hacer y había tomado el avión porque estaba enamorada de mí. En ese momento no le di la importancia que necesitaba, que hubiera debido poner en sus sentimientos. Pensé que era un impulso que se desvanecería en un momento dado.

Aurelia ha sido la única persona por la que hubiera suspendido todos mis proyectos. Pensé que era como el abismo, como una fuerza cósmica que se extendía sobre toda mi vida y que volvía por rachas, como una especie de oleaje lento. Recuerdo su minifalda negra al bajar del taxi, su sonrisa y mi cara de contrariedad por la incertidumbre de verla. Con ella había preferido no involucrarme, es decir, no saber nada de ella, no pretender siquiera enterarme de qué había dejado ni cómo lo había hecho. Sencillamente obvié todo y temía que hubiera algo que me delatara con Aminta para llevarnos a la ruina. A pesar de que le rompí el corazón, fue el mejor sexo que había tenido. Se mostró con un coño afeitado que para mí era novedad. Después de todo, los 10 años de diferencia era algo que se podía notar en las costumbres higiénicas entre las generaciones. Las mujeres de mi generación aún no se depilan completamente y se rasuran el vello no para exterminarlo sino para redecorarlo. Sin embargo, Aurelia se lo había depilado

entero. Verla sin vello púbico me excitó aún más. Le mamé el coño y me empapé de ella todo lo que pude. La hice venir todo lo que mi entrenamiento sexual me había enseñado.

El último día la vejeé emocionalmente para garantizar que nunca más se volvería a aparecer en mi vida. En dos palabras: la usé. Ahora creo que una vía racional hubiera sido mejor; no tenía necesidad de destruirle su autoestima por segunda vez. En mi favor argumento que sólo tenía 36 años y en un momento pensé en inmolarme y comenzar a sufrir todo lo que necesitaba para poder escribir. Me odió por algunos años y trató de olvidarme. También al paso de los años cuando me he puesto a contemplar mi estado descubro que la violencia verbal que ejercí con ella fue parte de una inestabilidad honda que tardé tiempo en entender.

Un par de años después de nuestro encuentro se casó con un rockero de la escena *underground* y se hizo productora de metal, organizó conciertos y se mudó al DF. Exploró otros rincones lingüísticos. Nunca dejé de estar al pendiente de su vida. Por alguna razón me sentía culpable de sus decisiones. Creía que haberla expuesto a mis circunstancias era construir en ella un puente entre ambos que no se debía cerrar jamás. Sin embargo, el puente estuvo cerrado por espacio de ocho años. Al final ocho años parecen mucho y lo son. Ella tuvo una vida intensa. Gracias a la herencia de su abuelo viajó por el mundo. Me mantuve al margen de su vida hasta que la muerte de Enrique me devolvió a esa región y por ende a su recuerdo. El divorcio de Aminta me pegó de una manera muy extraña. Sentía que había hecho lo correcto, pero al mismo tiempo que la había traicionado por no poder ajustarme a ser ese hombre que ella trató de preservar. Me controlaba mediante artilugios muy sofisticados que se alimentaban gracias a mis grandes carencias infantiles. Busqué una vez más a Aurelia cuando me

empapé de su recuerdo. No podía controlar el deseo que me hacía sentir.

Fui a La Paz a encontrarme con el fantasma de mi madre y con Aurelia. Le mandé un poema para comprobar el poder de literatura, o sólo tal vez para ver si podía interesarse en un poema escrito por mí por más malo que fuera. Se me antojó que el poema definía esa fuerza extraña que podía sentir por ella. Era un poema que hablaba de lo que el tiempo nos había traído y cómo las cosas que uno hace nunca son lo que uno pretende de sí mismo. Cuando menos eso lo pensaba de mí. El tiempo es algo que hace estragos cuando lo que se hace es producto de otros y no de uno solo. Apenas había aprendido la lección. Al ver a Aurelia aún estaba afectado por la separación de Aminta. Me aparté de ella no con dolor sino más bien con una culpa gigante: no estaba capacitado para romper con ella emocionalmente. El proceso duró más, dado que Aminta me conocía más de lo que yo mismo me podía intuir. Pero los ciclos cósmicos se completan de alguna manera y Aurelia fue la fuerza que necesitaba para adentrarme en mí mismo. Fui a La Paz en agosto con un proyecto de investigación que debía completar. Había decidido poner tierra de por medio a su presencia y me pareció que volver al terruño podía tener algo de simbólico.

No había tenido la intención de ver a Silvia muerta. Su muerte accidental ocurrió dos meses antes del tiempo en el que tenía previsto hacer la investigación por lo que tampoco estuve en su funeral. Con esta ausencia se equilibraban las fuerzas de invisibilidad de mi parte. No había asistido a ningún velorio ni funeral de ninguno de mis padres.

Mi proyecto empezaría en agosto y mi madre había muerto en junio. No pude irme antes de cancelar las clases de verano que necesitaba para suplementar mi sueldo normal y pagarle

pensión a Aminta, una pensión que decía no querer cuando nos divorciábamos y que ahora demanda con asiduidad.

Me dio gusto cuando por Facebook Aurelia me contestó con una sola pregunta: “¿Cómo le va señor escritor?”. Profesionalmente no lo he sido a pesar de que mis libros se han agotado, aunque han sido ediciones de sellos independientes por no decir desconocidos. Me encantó saber que respondía a mi señal de humo. Nadie, salvo mis tres amigos de distintos lugares, conocían mi historia con ella. El segundo encuentro con Aurelia se lo confesé a Juan Espinoza, un amigo cubano 15 años mayor que yo. Fue el primero en decirme que Aurelia me quería y yo no lo veía. Por alguna razón intuía cuál era mi relación con Aminta porque siempre me recomendó que me buscara otra mujer, una que me quisiera de otra manera. El amor es tan complejo que nunca se sabe cómo se articula o bajo qué premisas se conforma. Yo no le hacía caso del todo, sino que pensaba que él no podía percibir el mundo desde donde yo me encontraba. Y desde donde yo me encontraba el que no podía percibir muchas cosas era yo.

IV

Al bajarme del avión en Los Cabos mi piel sintió una vez más el calor que entraba por cada poro para dejar exudar un sudor que comenzaba a olerse a la distancia. El sol me cegó. Recordé esa última vez cuando había regresado años después de la muerte de Enrique. En el avión era el único mexicano que pese a no parecerlo sentía que regresaba a casa, cuando menos a una península que pensaba reconocería en toda su plenitud. Desde que vi por la ventanilla del avión la tan conocida dualidad desértica, alabada por todos los regionalistas, sentí que algo

familiar retornaba. El cielo brillaba más que lo que había visto antes. Pareciera que en el desierto el sol adquiere una intensidad más nítida, más climática, por llamarla de alguna manera. Era un sol nada ajeno, más directo, más estrafalario de lo que podía ser un sol cualquiera. ¿Era entonces que el sol se convertía en una entidad singular? Pensé en la pertinencia de preguntarme cosas, de filosofar sobre el papel de los cultos solares, pero el deseo me ganaba más de lo que podía sentir. Llevaba un objetivo fijo y pensaba en ese encuentro con Aurelia más que en la posibilidad de recorrer con la vista las inmediaciones de la casa paterna o, mejor dicho, de la vida con mi madre y sus secuelas. Estas páginas al final han sido esa secuela y este viaje era su culminación.

Al salir de la sala con un equipaje más grande de lo que usualmente solía traer en mis viajes de conferencias, fui en busca de un carro para alquilar. Renté un auto compacto y manejé por la nueva carretera. Una vez que mis esfuerzos por no parecer extranjero habían fracasado, me dejé conquistar ante el empleado de Avis por los miedos al futuro. Todo se resumía a no pagar una fortuna en caso de que algo improbable ocurriera. No quise preguntar por donde tenía que salir del aeropuerto porque intuía que nada podría haber cambiado en quince años. Aunque lógicamente esto era una tontería. Gracias a las indicaciones que el tipo que me entregó el carro me dio, y a las señalizaciones que quedaban en pie después del huracán Odile, me enfilé rumbo a San José del Cabo y Cabo San Lucas. Para mí habían sido poblaciones separadas, pero ahora aparecían como una misma zona. La carretera que recordaba en mis incursiones adolescente a las playas surfistas ya no era la misma. Se había convertido en un boulevard extendido de 30 kilómetros. Pasé lo que parecía ser San José y me dirigí a San Lucas con la intención de saludar a

mis parientes, especialmente a mi primo Sebastián del que no había sabido nada desde que nos habíamos dejado de ver en 2000 en la boda de Nora. Había sido para mí el otro hermano que nunca había tenido. Esperaba encontrarlo todo como mis recuerdos de los noventa lo habían dejado, pero nada parecía igual. Me adentré al pueblo tratando de rememorar todos los recovecos que había en lo que creía era un pequeño poblado deshabitado. Pensaba que mi memoria tendría la misma efectividad y la misma infalibilidad que en aquellos años preparatorianos. Las calles no eran las mismas, las recordaba de terracería y ahora todas tenían concreto. Incluso el edificio que había heredado Sebastián de su padre, el famoso Capi Rodríguez, adonde lo había acompañado hacía dos décadas a pedirle dinero para que se fuera a estudiar arquitectura en el ITESO en Guadalajara, había cambiado. Ahora albergaba un Banamex que conservaba los arcos burdamente contruidos lejos de la fachada principal.

Aquella tarde, el Capi le dijo que no tenía dinero para pagarle la colegiatura. Era la respuesta esperada por todos. Optamos por embriagarnos hasta perdernos en el Squid Rod y en el Cabo Wabo, le tocamos el culo a un par de gringas alcoholizadas y lloramos nuestras tristezas. A mí también me habían negado la colegiatura para estudiar en el Tec, sólo que por razones que no eran de dinero. Tres semanas después el Capi telefoneó a Sebastián para decirle que le pagaría otra universidad mejor, el Tec de Monterrey en el campus de Monterrey; sólo si podía pasar el examen de admisión. Al parecer el Capi había querido ser arquitecto y la prueba había sido el edificio que había diseñado en lo que habían sido las afueras de Cabo y que ahora se revelaba como parte integral de una ciudad mal distribuida. Esto le hizo proyectarse en el hijo menor y recrear esa carrera para sí mismo a través

de lo que Sebastián pudiera construir; le reveló su invento, “la rodriloza”, con el que había erigido el horrible edificio que apenas pude identificar al entrar al pueblo, pero ahora rodeado de puestos ambulantes y un banco donde las colas se desbordaban porque llegué en día de quincena.

Al internarme en San Lucas, después de pasar sin darme cuenta el libramiento hacia La Paz y una vez localizado el emblemático Squid Rod seguí utilizando la memoria de lo que se parecía al Cabo de mi adolescencia. Había sintonizado una estación local para irme acostumbrando al acento que hacía años había olvidado pero los locutores sonaban más bien chilangos. En el último huracán se decía que los de afuera habían sido los responsables del saqueo. Se manejó que incluso se habían formado bandas terroristas que se dedicaban a robar agua y entrar a las casas de la “gente de bien” de las zonas exclusivas. En el radio se criticaba la administración de Peña Nieto y el impacto que había tenido la violencia dentro del destino turístico. Se habían registrado asaltos en los cajeros a los turistas gringos. De alguna manera sentí la vulnerabilidad de ser turista y ahora gringo con todas las de la ley. Incluso intuí que el que me había rentado el coche tenía algún plan para rastrearme y darme un levantón (como ahora le decían al secuestro) y exigir una suma ridícula que nadie estaría en posición de conseguir.

No pude encontrar en Cabo ningún referente que me pusiera en la dirección de aquella casa en la que mi primo Sebastián y yo acabamos llorando las desgracias de una paternidad egoísta. La ciudad le había ganado espacio al cerro y mi conteo mental de cuadras, vados y colinas se había confundido. Esperaba ver lo mismo, pero con más deterioro. Conduje entre cerradas y calles con baches imposibles. Peiné la zona sin dar con nada que me recordara algo. El sol era

intenso, era lo único que me daba la certeza de que estaba en la península. Pasé por la papelería Romo que también recordaba perfectamente.

V

La familia Romo había vivido también en Oaxaca por la misma época en que el chofer me había violado. Eran amigos de Silvia y Enrique y tenían dos hijos de edades similares a Nora y a mí. Sus nombres eran Rogelio y Romina. Con Rogelio trabé una relación homosexual infantil exploratoria. No puedo determinar con exactitud si la violación del chofer ocurrió primero o si la relación homosexual fue lo que abrió la puerta a la violación, o si las dos cosas se desarrollaron simultáneamente. Al hacer un poco de reflexión podría argüir que ésta fue la primera incursión y que, casi, se desarrolló a la par, dado que dentro de mis recuerdos el escenario mental resultaba ser la misma casa. Con Rogelio exploré situaciones hipotéticas que implicaban tocarnos los penes erectos, restregárnoslo en las nalgas como si fuéramos a penetrar a una niña, pero de preferencia a alguna sirvienta. Era, según Rogelio que era un año mayor que yo, un entrenamiento para el día verdadero, mismo que llegaría muy pronto porque en la mira estaba precisamente su sirvienta que amablemente me la ofreció una vez que él la hubiera probado. Prometió asimismo darme todos los pormenores de su encuentro.

Nos exploramos en repetidas ocasiones. Como yo era menor, él insistió en que yo era el que debía doblarme primero. El hecho de que tu piel entre en contacto con la de otro del mismo sexo para mí era una sensación inusitada. Rogelio además jugaba para el equipo de beisbol y cubría la

primera base, por lo que me producía una fascinación extraña; admiraba su posición en el cuadro y el guante que me mostraba con orgullo. Además, Rogelio era zurdo por lo que su padre le había comprado en el “otro lado”, un guante especial para zurdos, marca Rawlings. Era el pináculo de la sofisticación de guantes. A partir de ese momento para imitar a mi amigo quise jugar beisbol y tener un guante como el suyo. La primera vez que nos desnudamos él llevó la batuta del juego. Me quitó la ropa como si yo fuera la mujer y me puso de espaldas para intentar penetrarme por el ano. Al ser los dos niños, pese a lo que creyera de él, el acto no pudo ser consumado. Su pene y el mío eran frágiles e infantiles. Restregó su pene contra mis nalgas y mientras hacía un movimiento rítmico me tocaba el mío. No tenía una sensación de claro placer, pero sí una excitación que sólo puedo catalogar de ingenua. También cronometramos el tiempo en el que podíamos vestirnos para abrir la puerta y que no hubiera sospecha de algún juego perverso. Silvia y Enrique no solían ser muy sociables y cuando nos reuníamos con más familias Rogelio siempre prefería a los de su edad por encima de mí. Esto hizo que los encuentros entre Rogelio y yo fueran de alguna manera más esporádicos. Fue hasta que hicimos una vacación a Puerto Escondido, cuando intentamos penetrar a la sirvienta que nos había acompañado y había dormido en nuestro cuarto. Habíamos fraguado un plan para asaltarla directamente en la cama mientras durmiera. Esperamos a que cerrara los ojos. Se llamaba Estela y era bastante joven. Era una indígena del Istmo de Tehuantepec que Silvia decía haberles conseguido a los Romo. Para nosotros al ser la muchacha que nos cuidaba tenía un contenido de objeto. Una vez que determinamos que dormía, Rogelio se bajó la trusa blanca y dejó su miembro al aire, mismo que me enseñó para que yo constatará su

excitación y aprobara la acción. Se acercó cautelosamente a la cama y comenzó a restregar sutilmente su pene con lo que se adivinaba eran las nalgas de Estela bajo las sábanas. Se acostó a su lado en la semioscuridad del cuarto, porque habíamos dejado la luz del baño prendida. Con un movimiento de mano me invitó a que me uniera al festín. Un poco nervioso me acerqué también en trusa a intentar explorar el culo dibujado de Estela que creíamos dormía de manera profunda. Tendría a lo sumo 15 años y era un momento en el reclutamiento de las sirvientas en que las familias indígenas las entregaban a los señores criollos modernos para que se hicieran cargo de su manutención y del servicio que se requiriera con los “señoritos” de las casas. Estela resistía los embates de unos semipubertos; cuando menos en mi caso no sabía a ciencia cierta cuál era el propósito de aquellas escaramuzas. Lo consideraba un juego más que otra cosa. Rogelio tenía la batuta de todos los encuentros. Lo repetimos las tres noches que pasamos en Puerto Escondido. No pasó a mayores. Ya no recuerdo qué más pasó con Rogelio; años después volví a ver a Romina. Silvia me había dicho que habían regresado a Cabo y que ahora la familia Romo regenteaba una papelería. También me dijo que Romina se había convertido en una muchacha muy guapa y que había estado en el otro lado perfeccionando su inglés. Como detalle curioso, casi hasta como juego, se rio de que allá se había hecho “aleluya”, mote con el que designaba a los protestantes. Ahora estudiaba en el Tecnológico de La Paz.

En uno de esos viajes a Cabo, no recuerdo la razón por la que tomé el autobús, la encontré sentada delante de mí. Le hablé por el solo hecho de que leía un libro. En aquel desértico escenario no había mucha gente que se dedicara a la lectura. Confieso que el título me decepcionó bastante.

Llevaba consigo *Los cazadores de mamuts* de un tal Auel. De entrada, intuí un libro más bien antropológico, pero le otorgué el beneficio de la duda. Los dos argüimos que nuestro encuentro estaba destinado por mis dioses paganos y por el suyo cristiano. Recordé a Rogelio mientras hablábamos. No le pregunté por él ni ella lo mencionó más allá de revelar un paradero fuera de la península. Al llegar a la estación de autobuses nos despedimos luego de que su madre me saludara cuando Romina le dijo quién era yo. Su madre me plantó un beso muy efusivo y me preguntó por mis padres.

Quedamos para volvernos a ver alguna otra ocasión. Me dio su número en La Paz para que la contactara. Dos semanas después así lo hice. Confieso que sólo tenía intenciones de llevarla por ahí y tratar de tener un encuentro sexual en el carro con ella. Pasé por la tarde a una casa de la colonia Indeco con una calle de nombre de fruta donde me dijo que alquilaba un cuarto. Salió con un vestido hasta las rodillas que me excitó un poco porque no llevaba medias y sus piernas eran blancas y lustrosas. Mi plan era invitarla a cenar con la tarjeta de mi padre y acabar en la playa intercambiando líquidos de cualquier índole. Finalmente, el periodo que habíamos vivido en Oaxaca había sido todo menos inocente. En la cena me habló de su cambio en la vida, de cómo a pesar de que estudiaba química creía en Dios, y no sólo en él sino en Nuestro Señor Jesucristo. Por aquel entonces ya me había decepcionado sobremanera de todo lo referente a la religión. No creía en nada, ni en las posibilidades que se podían dar después de la muerte. Había estado en retiros y en encuentros de renovación del Espíritu Santo que nunca me renovaron sino el deseo de no creer en nada. Por lo que me platicaba emocionada, Romina parecía ser una de esas congraciadas por el Espíritu Santo, por una fuerza casi fantasmagórica

que los destinos no me habían revelado. Decían que para ser el elegido no había que esperarlo y yo siempre lo quise ser. Creo que de ahí la decepción tanto de Dios como la mía para no recibir nada en ninguna noche en las que fui a los retiros espirituales. Romina ahora era bautista, me lo dijo con orgullo. En ese momento no me importó la denominación que me presentaba. No sabía qué era lo que me quería decir, pero intuí que me lo confesaba para que la viera como un ser especial y no como un mero objeto sexual, que era precisamente como lo imaginaba todo a los veinte. Bendijo los alimentos antes de comer y me pidió que lo hiciera con ella. Yo sólo balbucee algunas palabras para que no se sintiera desfasada conmigo, después de todo aún negociaba algún acercamiento. En la cena me habló de cómo había oído el llamado de Dios en alguna parte de Iowa, lugar que no hacía ninguna mella en mi mapa mental. Habló durante toda la cena. No hizo ninguna alusión a nuestra vida infantil en Oaxaca. Salimos del restaurante Carlos and Charlie's y me enfilé rumbo a la playa para ver si estar en comunión con los astros podía ser lo mío o, mejor dicho, que los astros y el creador del universo me abrieran la posibilidad de entrar literalmente en el suyo. No sucedió de esa manera. Al momento de doblar hacia la playa por una brecha, sentí que Romina se ponía nerviosa. Comenzó a musitar una especie de melodía. Entre más la Bronco blanca se internaba en descampado, sus canciones subían de tono hasta que pude comprobar que no eran canciones sino himnos como me lo había dicho que hacían los miércoles en lo que llamó con aire de pertenencia "su iglesia". Cantaba himnos al Salvador, al Señor, para que el demonio se alejara, sus letras impactaron más y más mi manera de conducir por la brecha hasta que no pude más con la alusión al pecado y a librarse de las fuerzas malignas que en ese momento sentí que yo

encarnaba. Opté por corregir el rumbo y dar una vuelta en U. Al momento de virar el volante, Romina comenzó a relajarse y sus cánticos se fueron apagando hasta llegar a la carretera donde se esfumaron del todo. Cuando se quedó en silencio, expulsé el cassette de baladas que había preparado y opté por poner otro de Mötley Crüe que Manu me había prestado. Le subí al volumen hasta donde no pudiera ya oír nada de lo que me dijera y la dejé en la casa de la Indeco donde la había recogido. Al bajarse sólo me dijo “Sonríe, que Dios te ama”. Desde entonces no he vuelto a saber nada de ella.

VI

Intenté preguntar a un trabajador de fisonomía indígena por dónde podía salir hacia La Paz. Sólo me indicó con un ademán y una sonrisa “Dele todo derecho”. Por unos minutos me dio la sensación de estar completamente perdido. “Todo derecho” no era en realidad nada. No se podía ir derecho hasta el infinito y estaba seguro que su instrucción era completamente subjetiva. De cualquier manera, opté por recorrer la calle hasta donde pude; a las cinco cuadras la situación se fue poniendo más complicada debido a los baches y el terreno. San Lucas ahora era un lugar para la inmigración. Su población había cambiado radicalmente y lo podía ver con más claridad. Si quería salir de ahí tendría que preguntar. Me abstuve de hacerlo mientras me perdía más. No podía ser que estuviera perdido en Cabo San Lucas, lugar por el que hacía 20 años no hubiera dado ni un centavo. Por alguna razón sentía que la geografía me estaba derrotando. Comprendí entonces que el desierto también podía ser un laberinto perfecto. Encontré una gasolinera donde pregunté con un

acento claramente impostado cómo podía llegar a La Paz. Me dieron indicaciones que resultaron mucho más complejas de lo que yo hubiera esperado. Implicaban una vuelta en U, varios quiebres, vueltas en ambas direcciones y lugares clave que no sabía siquiera qué cara tenían. Me mentaron como puntos de referencia una tienda Soriana, una Comer y tres Oxxos que tenía que encontrar para descifrar ahora un mapa enorme de la realidad fracturada por el paso del tiempo donde los hombres lo habían desvirtuado todo. Pensé en el progreso fijado por los Oxxos; se me antojaron pequeñas muestras de lavado de dinero, enclaves de una economía subterránea. No entendía cómo en sólo unas cuadras podía haber tanto Oxxo, ¿qué eran los Oxxos simbólicamente? me pregunté: verdaderas tiendas para quedarse con el dinero de los más desposeídos, me respondí ya instalado en un marxismo que ahora intentaba profesar.

Por fin di con la carretera después de que encontré un Soriana gigantesco. Doblé a la derecha y respiré porque lo que veía parecía conducirme a aquellos rumbos a los que no había vuelto en mucho tiempo pero que se me hacían familiares. Ante mí se reveló una carretera de cuatro carriles que encontré bastante solitaria para ser martes a las 4 de la tarde. Tenía hambre, pero no efectivo para pararme en un lugar y comer una machaca con un plato de frijoles refritos. Recordé que Enrique ponderaba ese tipo de viajes culinarios, parecía ser una expedición que llevaba la forma de un acercamiento telúrico al lugar. Por primera vez pisaba el territorio de mis ancestros ya sin ellos y me dio nostalgia pensar en que todo lo había dejado. Ese territorio que recordaba mío ya no lo era, quizás nunca lo había sido por más que me empeñara en recapturarlo. Si bien es cierto que la relación que tuve con Silvia me había distanciado mucho, Aminta fue la pieza clave

para que no volviera en ese espacio de años en los que me había mantenido físicamente al margen. El control mental que ejerció en mí fue decisivo: “¿A qué vas a pelearte con tu madre y gastar el dinero?”. Era su argumento más fuerte y contundente. Ya había ocurrido años anteriores, la última vez que la vi. Me sentía más extranjero que nunca. Mi voz, mi tono, habían cambiado con los años. Ahora me decían que sonaba más grave. Mi acento seguía sin ser el adecuado y casi ya lo veía como una condenación. Cómo comprobar que era parte de esa mitología si ni siquiera podía emular correctamente el acento con el que me había criado. Sí... había salido del territorio nacional y regional, pero al final era todo lo que tenía para pertenecer a algún lugar. Tal vez el influjo de Silvia hizo que nunca me olvidara de Aurelia. Tal vez ahora Aurelia era la reconfiguración de todo un mundo telúrico que quería recuperar por la falta de raíz, por esa pérdida de rumbo en la que me había quedado después del rompimiento con Aminta. Y es que a medida que pasan los años, ya cuando el camino es un descenso, hay que volver a plantearse el misterio de la pertenencia. Silvia pensó que algún día yo volvería para estar con ella. No fue así. Tuvo que morir para que yo pudiera ver esta tierra como parte de mi información genética, y es que ser de esa península es como una rara perversión; es como una desviación psíquica que impacta en la forma de percibir tu propio cuerpo pulsivo. Es una forma de sadomasoquismo que incita al dolor placentero, un dolor que te dice que estás vivo todavía y que no hay nada más que decir.

Manejé por la carretera de doble carril y de momento contemplé la posibilidad de que entraba a un campo de guerra donde el narco lo dominaba todo. A medida que me alejaba de Cabo esa paranoia cesó y volvía a reconocer los paisajes oceánicos de la juventud. Sabía que esa soledad era la que me

atrapaba y me hacía sentir, al mismo tiempo, miserable, sin propósito en la vida. Siempre ha sido la contemplación de la belleza la que me hace recordar mi propia nulidad. Después de todo en esa belleza desértica, minimalista, me había enamorado de las formas más radicales y siempre corría a la playa para tratar de mitigar algún dolor absurdo por no poder estar con alguien. Así la playa me había servido como lugar para el amor, pero también como sitio para corregir cualquier desazón espiritual. Vi el Pacífico como se contempla una obra de arte en un museo al que se ha ido innumerables veces. Me sentí en casa. Había sol, pero a medida que recorría la carretera rumbo al norte empezaba a nublarse y a caer una lluvia que no sabía si tomar como mal augurio o como una señal de redención espiritual.

Pensaba comer en Todos Santos, ahora que lo habían puesto en la categoría de “Pueblo Mágico”. Quería saber qué implicaba hacer mágico a un pueblo de una sola calle. Manu me había contado que ahora había alcanzado una categoría cosmopolita y que él frecuentaba festivales de comida y vino donde “venían batos bien chingones de Europa y el otro lado a cocinar, y se van muy contentos porque les gusta esta madre”.

Sin lugar a dudas la aprobación del otro era importante. Había estado y pasado varias veces por Todos Santos y me había creído también que el Hotel California de Eagles había sido inspirado por el único hotel que en los noventa constituía la única opción para hospedarse un día e ir a la playa, única actividad que valía la pena. También había pasado algunos días con hijos de políticos del gabinete del gobierno en fiestas a las que Enrique me mandaba con el deseo de que construyera nexos para el buen gobierno del Estado y del país.

Desconocía que la nueva carretera tenía un libramiento que evitaba pasar por la única calle. Quise desviarme, pero sólo

pensaba en llegar. Había quedado de ver a Aurelia esa tarde y confieso que la excitación de estar con ella fue mucho más poderosa que mi hambre y mi necesidad de reconocimiento del lugar. Era la primera vez que la vería, literalmente, desde que nos habíamos comunicado por mensajes electrónicos y teléfono. Según me dijo, había decidido suspender sus labores y quedarse para vernos. Su decisión me pareció bastante radical; me dijo que quería darse otra oportunidad, sin importar si esto resultara o no. Era un riesgo que valía la pena tomar. En ese momento consideré que los riesgos podían tener un doble significado y que siempre se optaba porque la esperanza ganara. Aunque jugar para perder era una cuestión casi ética y romántica no quise hacerme a la idea de ganar y establecer una relación; tal vez una relación que nos llevara hacia otros lados, ella más madura y yo menos ansioso por el futuro.

La lluvia torrencial me acompañó durante todo el camino de la nueva carretera. El nublado del cielo contrastaba con el azul que recordaba al llegar y que me había confrontado con mis recuerdos juveniles. Ya no lo era; sin embargo, recorría esos mismos caminos, esa misma historia de rebeldía donde todo quedaba ahora en el recuerdo. ¿Qué más hacer si el progreso ponía la diferencia? Pasé Todos Santos por el nuevo libramiento y no pude corroborar el tiempo transferido a los objetos. Pretendía ver con otros ojos el Hotel California, ya icónico más por esa tradición oral que pretendió validarlo como el auténtico. En mis recuerdos la carretera pasaba por la mitad del pueblo y no había nada que pudiera determinarlo en aquel entonces como “Pueblo Mágico”. La única magia que le conocía era ser el poblado del marido de una prima que decía tonterías a diestra y siniestra.

Pasé de largo aún con hambre y manejé 45 minutos más por la carretera de doble carril tratando de acelerar lo más que pude. Al llegar a los límites de la ciudad de La Paz descubrí que había crecido de manera exponencial. Comenzaron los asentamientos humanos desde lo que yo recordaba era la antigua gasera a la que Silvia me mandaba a comprar los tanques de emergencia y a la que fui un par de veces a conseguir los míos cuando vivía ahí con Aminta. Todo mi universo urbano había quedado absorbido. Me pregunté si el putero Valle Verde aún existiría, si aquellos rituales de la carne habrían prosperado pese a la institucionalización de los tables o habían tenido que ajustarse a las exigencias del mercado con bailes privados. Era una reflexión que juzgué necesaria, después de todo la pasión, el sexo, el amor o como quieran llamarle, lo asociaba con esa península en donde me fui transformando en adulto deseoso que demandaba sexo por amor, y que lo había confundido en innumerables ocasiones. Me sorprendió una vez más la cantidad de Oxxos que se me aparecían en el camino, uno tras otro, como una especie de enfermedad urbana. La última vez que había venido no había notado la proliferación de esa enfermedad de la urbanización mexicana. Los Oxxos, junto con las tiendas Soriana, comenzaron a materializarse atrás de la lluvia. Pasé un retén de policía al que sólo saludé con un movimiento de cabeza porque todos estaban resguardados debajo de una carpa. No quería pensar demasiado en Aurelia y traté de reconocer cada parte de la mancha urbana que tenía enfrente. Definitivamente ya no era la ciudad en la que había pasado años complejos, años extraños, una vida en la que todo se me confundía. Pensé en el que había sido; en Silvia y en Enrique. Mis padres me volvían a traer al recuerdo de los días pasados. Al llegar a las inmediaciones de la universidad escampó. Ya

la universidad había sido comida por la mancha urbana. Al parecer, La Paz había crecido hacia el sur. Las casas de interés social ahora poblaban ambos lados de la carretera que era una extensión del bulevar. Tenía idea de dónde me encontraba, pero no de todas las posibilidades de viraje en el bulevar.

Conduje hasta dar con el malecón y comencé a reconocer los rumbos que me eran familiares. Quise pasar por la casa que había albergado a Silvia estos últimos años, pero el hambre y la necesidad de contactar a Aurelia me motivaron a llegar a un hotel. Pensé también que si quería pasar a la casa de Silvia primero tendría que ver a Brenda para recoger las llaves y eso me tomaría más tiempo. Todo el mapa urbano lo tenía en la cabeza y trataba de que resurgiera. Iba a rumbo tratando de encontrar lugares específicos. El malecón lucía igual en esencia y supongo que eso es parte de la muestra de la civilización. Pasé por el hotel Los Arcos al que había llegado la última vez. Mostraba banderas de huelga, y parecía que había un conflicto irresuelto con los trabajadores que había hecho que el inmueble se fuera deteriorando de manera sensible.

Me decidí por un nuevo hotel del que me había hablado Nora, se encontraba en el barrio del Esterito de donde había salido toda mi historia. No había cambiado salvo por más calles pavimentadas, pero ahora de un solo sentido. No sabía cómo contactar a Aurelia porque no tenía ningún número telefónico para hablarle. Me hubiera gustado ir a verla de inmediato, pero sólo sabía de ella lo que me había dejado y eso era muy poco. La primera vez que salió conmigo pasé por ella a lo que me dijo eran “algunas cuadras” de su casa. Ya he olvidado en qué zona era y si lo recuerdo creo que ya no seré fiel a la verdad sino a la recreación de algo que no sé si ocurrió. Lo que recordaba de Aurelia era que su madre y la mía provenían del mismo pueblo, Santa Rosalía, y que por

alguna razón su familia vivía en una casa de material, como le llamaban a la construcción de cemento, frente a las otras hechas de madera. Al parecer tenían dinero, propiedades. Las dos provenían de la misma zona que llamaban “Ranchería”. En las conversaciones previas que tuvimos, comencé a escarbar esa historia que había quedado enterrada en los recuerdos que se ocultan hasta que un buen día resurgen. Pareciera como si cada quien pone una nota mental en cada persona que de alguna manera significa algo en nuestras emociones y cuando esa persona aparece se activan todos los recuerdos que creímos perdidos, aunque en esa reactualización se pierdan detalles, se confundan escenarios y situaciones que transformamos en otras. Así pues, recordaba que Aurelia se había puesto un vestido muy corto para la ocasión y yo la había recogido en una esquina. Incluso puedo recordar cómo la escena se me filtró en la cabeza como algo impropio. No sabía qué debía hacer con ella o, mejor dicho, lo sabía, pero no sabía si podría ser capaz, con sus 18 y yo con mis 26, de ponerle una mano encima. Al final lo hice, no esa noche sino en otras subsecuentes.

Me instalé en el hotel 7 Crown, y una vez conectado al internet le mandé un mensaje. Lo respondió inmediatamente. Quedamos de vernos a las 9 de la noche en un restaurante enfrente de la bahía. Había viajado todo el día y estaba reventado. Ya no era aquel joven que solía viajar como desesperado casi todos los fines de semana adonde pudiera sólo para escapar de la Ciudad de México, sitio que siempre me había despertado animadversiones. El calor se hacía más patente ahora que la lluvia había cesado por lo que la humedad no se hizo esperar. Me duché y traté de descansar un poco sin lograrlo. La excitación que sentía por ver a Aurelia iba en aumento.

Salí del hotel diez minutos antes de la cita. No preví un tráfico que parecía haber crecido más. Teníamos el plan de estar juntos y recrear aquel fallido encuentro —para ella— de Guadalajara. Pese a los dos meses de comunicación y confesiones históricas, ahora que la distancia las limpiaba aún persistía un halo de incertidumbre de parte de los dos. El tiempo podía hacer estragos en la fisonomía de cada uno y yo ya no era el muchacho de los treinta ni ella poseía esa juventud de los veinte que tanto debió de haber gozado con su hermoso cuerpo. Habíamos hablado mucho. Revisitado cada uno de los episodios de nuestra historia y de los momentos en que el tiempo nos había hecho coincidir si no geográficamente sí mentalmente. Antes de este episodio me pregunté un sinnúmero de veces quién era Aurelia para mí y por qué insistía en hablar con ella, en explorar algo con ella. No podía quitarme esa sensación de miedo que me daba. La sentía mi abismo, un despeñadero por el que si entraba podría caer. No sabía si Aurelia podía recordarme episodios no resueltos con Silvia. Lo cierto es que su presencia, o cuando menos su ausencia fue una ausencia presente en todo lo que duró mi matrimonio. Fue la fuerza que me había hecho replantearme todo y que al final no acerté en entender. Se me antojaba que estaba frente a una nueva posibilidad de reconstruir todos mis abismos, todos mis desmanes. Finalmente, Aminta me había domesticado hasta castrarme y Aurelia representaba la posibilidad de recuperar un falo arrojado al arcón de los recuerdos. Siempre me hizo falta sexo con Aminta; con ella mis experiencias sexuales se resumían a una vez al mes desde 2006, cuando estuve con Aurelia en Guadalajara. Estaba tan narcotizado por mi propio discurso que no podía ver más allá de mi nariz y tampoco replantearme un posible cambio de vida. Mucho de esa resistencia tenía que ver con haber pasado

tanto tiempo en un país donde no había nadie más en quién volcarse. Era una dependencia emocional dada por soledad, por la necesidad de empatía con ese otro con el que se había procreado. Era algo así como lo que podía llamarse amor. Pero al provenir de esa disfuncionalidad funcional los cables se me cruzaron y entendí que la comunicación era algo que me quedaba muy en el aire. En eso se había transformado mi vida marital, en una constante falta de comunicación, en una malformación discursiva, donde decir era lo mismo a atender lo que no se sabía cómo, o lo que yo podía imaginar para decirlo de la manera precisa para ser expresada.

Aurelia, cuya voz me parecía que había cambiado para hacerse un poco más chilanga, me producía un desfase, además de una sostenida erección, de todo lo que había sido mi vida con Aminta. Tal vez con un poco de celos me dijo en alguna ocasión que mi círculo amoroso se componía de “frigidillas hippies cuarentonas que gustaban de Silvio, Fito Paz y Andrés Calamaro”. Eran exactamente los gustos de Aminta y el tipo de mujeres que se me acercaban y con las cuales tampoco podía conectar.

VII

Llegué al restaurante del muelle adonde habíamos quedado de vernos con cinco minutos de atraso. Los ojos me pesaban e iba en un estado de somnolencia funcional, la excitación era lo único que me movía. La busqué rápidamente pero no pude identificarla. Pasé la terraza y me fui hasta el otro café sólo para confirmar que no estuviera ahí y para recordar los lugares que había dejado al irme ya hacía 15 años. La última vez que vi a Silvia no había abarcado todos los lugares de

antaño. Regresé y la pude ver leyendo un libro. No tenía bebida alguna. Hicimos contacto visual y pude percibir su nerviosismo. Días después me dijo que no pensaba que yo llegaría. Me reveló que como había jugado con ella tanto, esto al final podía ser parte de mi último juego. Olía a perfume floral con toques cítricos. La veía justo como la recordaba en aquella incursión en Jalisco. Al llegar a la mesa me acerqué a su rostro y le besé la mejilla; una erección me sorprendió. Sentí su piel abultada y carnosa y aumentó el deseo de atraerla hacia mí. Recordé su cuerpo en el mío, sus manos en mí, sus besos y sus grandes senos abarcando todas mis confusiones. Seguía su afición por lo negro, como lo había hecho en Guadalajara. La pensé como una mujer de ideas fijas, incluso hasta un poco testadura. Sin duda podía tener ese privilegio. Se mantenía firme dentro de su esquema valorativo. Podía hacer lo que quería y lo había hecho. Incluso su relación con el rockstar había tenido esas constantes. La había hecho durar hasta que ya no pudo, todo por querer que las cosas le resultaran como las había planeado. Se me revelaba como una mujer que al mismo tiempo que llevaba a cabo sus proyectos podía morir incluso por las razones equivocadas. Leía un libro de Lobo Antunes. Yo me quedé azorado contemplándola. Me reveló que ahora se había tatuado más.

Se paró, y más como producto de su nerviosismo, me enseñó el rediseño de las discretas alas que se había pintado en la espalda; ahora le llegaban más a la espalda baja. También las inscripciones en sus brazos. Aproveché para tocárselos y leerla. Había frases en latín, en español y en inglés. Además de una naturaleza oriental en su antebrazo. Seguía siendo la única mujer a la que le había conocido tatuajes. Al final provenía de otra generación y ciertos aspectos de su comportamiento me lo ponían de manifiesto. Tenía 34 y ese

mismo mes hacia el final cumpliría los 35. Pensé que diez años podían ser bastante o la verdad es que no quería pensar en ello. Esa había sido una de las razones por las cuales mi relación con ella, creía, no había prosperado. Ahora el mundo era otra cosa. Si bien era cierto, yo era el que le había roto el corazón un par de veces, me había sobrevivido para darse a una vida frenética que casi acaba por destruirla. Era a lo que le tenía miedo después de todo. A esa persecución casi suicida a la que se entregó. Lo sabía desde que la conocí. Era una chica demasiado intensa y demasiado inteligente para no aceptar las convenciones y tratar de desafiarlas hasta que no pudiera. Aceptar el mundo tal cual era constituía un signo de fracaso, un gusto que sólo era para los conformistas. Quería probar y probarse cómo el mundo tenía y podía ser otra cosa que lo que le habían dicho. Su gusto por la música metal de corte satánico le brindaba ciertas concepciones: el diablo como lo humano, como la rebelión, incluso como la crítica al mundo místico. Es probable que estos postulados hayan llegado hasta su inconsciente y se hayan quedado ahí para asimilarlo como otras cosas. Comenzó a hablar con ciertas palabras que le recordaba: me habló de estética, me habló de posturas sociales, me dijo que yo tenía horchata en las venas. Yo sólo la contemplaba porque finalmente su historia había sido parte de la mía. Compartíamos escenarios, idearios, orígenes, con una década de distancia que no sabía a bien cómo resolver. La historia de mi matrimonio mutó en una historia de control materno y ahora con Aurelia tenía miedo de que mis antiguos fantasmas se me presentaran para dictarme comportamientos que no quería repetir. Mi terapia psicoanalítica me había puesto en guardia ante mis propias carencias y la repetición de mis modelos caseros. Sin embargo, mi madre había muerto y Aminta no quería saber nada de mí. ¿Qué fuerza secreta

me había hecho estar ahí, frente a una mujer de negro con grandes ojos ligeramente rasgados y claros?

No podía ignorar que su fuerza amorosa me había cautivado desde un principio. ¿Cómo era el amor entonces? ¿Cómo podía identificar un sentimiento que se me había ido diluyendo a lo largo de los años? No sabía por qué había seguido con Aminta durante todos estos años o, mejor dicho, lo sabía, pero había pensado que lo que mutaba resultaba ser una expresión de algo que se parecía a tantas cosas que había visto. Yo había llegado después de todo porque el tiempo me había devuelto, porque Silvia había muerto de una manera muy estúpida y tampoco sabía si se lo había merecido o no. Ahí estaba yo frente a una mujer que me recordaba todo sobre ella. No era su reflejo, pero sí una proyección mucho más asequible para mí. Aminta fue mi segunda madre, una madre que había necesitado por muchos años y que por fin me había dado la posibilidad de reencontrar un pasado que viví en los ojos de nuestra hija. Pero quién era entonces Aurelia, ¿un fantasma, un demonio o ese ángel extraviado con el que siempre la había relacionado?

Comenzamos a hablar y entre el cansancio que me alcanzaba en los ojos pude ver su deseo expuesto. Los dos meses anteriores nos dedicamos a mandarnos mensajes que calificaban más con el nombre de cibersexo que de hotline. La tenía ahí frente a mí prácticamente para lo que yo quisiera. Tomamos cervezas y nos fuimos a mi hotel. El sexo que tuvimos fue monumental. Difería en todo de aquel que habíamos experimentado cuando creí que había sido el mejor de mi vida, yo aún casado con Aminta. Puse entre paréntesis todos mis proyectos y durante diez días no vi el mar más que desde sus orificios.

VIII

Aurelia había sido mi regreso y la razón de mis regresos posteriores. Con una casa deshabitada podía darme la libertad de visitarla en dos ocasiones y continuar intentando hacer algo de ese impulso. Se comenzó a dibujar algo que no podía saber qué era. Las mujeres me han rodeado o tal vez sea justo decir que me he rodeado de ellas. Sin duda la imagen de Silvia me había dado el impulso que requería para poder construir un universo que sentía no se había logrado. Ya no quería una madre. Su historia había muerto al mismo tiempo que la historia de Aminta. Dos madres habían muerto para mí. Una madre biológica que había abusado de mí durante toda mi vida, tanto verbal como físicamente, y otra a la que dejé controlar la totalidad de mis fuerzas. Era cierto que después de la relación con Aminta quedé muy fracturado y casi hasta en guardia de cualquier mujer que se me aproximara. Yo era un hombre al que le gustaba complacer a las mujeres. Mi analista alguna vez me había dicho que lo había confundido en muchas maneras. Complacer a las mujeres sin duda podía tener sus retribuciones, pero no siempre y no si esas retribuciones podían ser parte de un discurso esquizoide con el que había crecido. Hablar con Silvia era hablar con un ser impredecible, con un ser al que le faltaba consistencia. Ese tipo de comunicación resulta en una incertidumbre, sobre todo cuando se es niño y si las respuestas correctas significaban una paz, no sólo mental, sino una integridad física. De ahí que la relación que había vivido con Silvia me había hecho permanecer con Aminta por tantos años. Podía aguantar, sabía cómo hacerlo. Aunque los últimos cinco de matrimonio hayan sido, literalmente, una carrera de resistencia y de obstáculos. Esos últimos años corrí cuatro maratones. Los maratones que corrí y los

entrenamientos semanales de 60 kilómetros habían hecho que mis querellas existenciales se fueran apaciguando entre universos de respiraciones y kilometrajes descomunales. Resistir estaba en mi naturaleza. La historia de Enrique había tenido las mismas constantes que las mías. Al final Enrique había podido sobrevivir con Rosa, su primera esposa, y con Silvia. Ambas padecían serios problemas mentales, estar en la compañía de ambas conducía más a la resistencia espiritual que a una idea de matrimonio.

De no haber sido por la infidelidad comprobada, Enrique hubiera podido permanecer con Rosa por el resto de su vida. Mi nacimiento le abrió esa posibilidad de huida o de cambio. Había cuestiones que tenía que transformar, en apariencia porque a la postre sucedió lo mismo que había ocurrido con su relación anterior: la paranoia en la que vivió Silvia había derivado en todas direcciones. Parecía estar siempre a la defensiva y Enrique de igual manera parecía que le gustaba ese rol de padre con ella. Si bien Silvia y Enrique permanecieron juntos hasta su muerte, hubieran podido haberse separado. La estadía de Silvia era más meditada que la necesidad de Enrique de vivir solo. La falta de madre y el comportamiento de su abuelo, quien fungió como padre putativo, le hicieron ponderar la resistencia como emblema de la responsabilidad masculina. Permanecer era la respuesta de lo que entendía Enrique como responsabilidad. Su deber ser kantiano me había hecho rechazarlo de modos tan categóricos que acabaron dañando las relaciones sentimentales en las que me embarqué para acabar infeliz. Sé que el concepto de felicidad puede ser relativo, pero aun después de intentar conquistarla por todos los medios no se me acomoda de ninguna manera. No sé si Silvia y Enrique fueron felices juntos o que la costumbre, como bien señala Juanga, sea más fuerte que

el amor. Pero ahora que lo pienso bien, no es que sea más fuerte que el amor, es cómoda. La comodidad es un bien en sí mismo que pondera que la vida continúe más o menos redireccionada. Así lo había comprobado al correr de mis años matrimoniales. Pensaba en la felicidad como vía para el abatimiento de las relaciones humanas. Creía que vivir era eso mismo: permanecer en el mundo con cierto grado de conformismo, con cierto grado de narcotización constante en el que nada podía ocurrir fuera de los mismos esquemas. Así pasaron sus vidas, así como yo había pasado mis quince años matrimoniales en donde intenté no sentirme de esa manera más por el cariño que le tenía a todo el entorno; por la lucha, la conquista de una fuerza que nunca supe si había sido mía o yo era más bien un instrumento de los caprichos ajenos. Sabía y he sabido que buscar madres ha sido una de las tareas a las que me he dedicado por muchos años.

No fui testigo de sus últimos años como pareja. Sin duda el uno se había acostumbrado al otro. Las rutinas eran bien planteadas y por lo mismo ya había cierta consistencia que en el terreno de las relaciones sentimentales ponderaban una consistencia que daba certeza a los cambios de humor de Silvia y el nivel de respuesta de Enrique. Sabía cómo contenerla, cómo controlar sus desvaríos siniestros pero el problema era que cuando Enrique no se encontraba, que era la mayoría del tiempo, estos descontroles de Silvia terminaban por explotar y estrellarse contra mí. Al final era yo quien debía ser el responsable de los desvaríos de Silvia y fungir como el esposo sucedáneo en el que ensayaba su renegado sino.

IX

Diez días después de mi llegada fui con Aurelia a la casa que había sido parte de mi infancia. Quería mostrarle dónde había sucedido mucho de mi historia y desde dónde había salido para no querer regresar. Si bien ahora siento que lo que tuve con Aminta fue un secuestro de baja intensidad, haberme ido del lado de Silvia fue una de las mejores decisiones que pude haber tomado. Dejar todo lo que era y por ende la ciudad en la que se había materializado mucho del abuso, terminó dándome la tranquilidad que nunca me brindó. Una vez más pude comprobar que el deterioro era una cualidad del tiempo que sólo podía disminuirse por la acción del dinero. Sentí la casa más triste que nunca. Ahí había vivido Silvia completamente sola los diez años de viudez que sobrevivió a Enrique. Su estatus económico disminuyó, aunque logró aparentar que Enrique le había dejado una fortuna al morir. No fue el caso. Lo que sí, para dicha de Nora y mía —no porque hubiéramos podido hacer algo sino porque no tuvimos la monserga de decir mentiras— es que no tuvimos que mantenerla. Silvia mantuvo ese nivel de apariencia que tanto le había preocupado por todos esos años. La pensión de Enrique le ayudó a sobrevivir, pero no fue suficiente para que su casa, misma que se me revelaba en mi conciencia como parte de esos años de bonanza, conservara esa imagen. Decía haberme construido una especie de altar que nada tenía que ver con la noción de adoración que al final de sus días afirmó tenerme. Me sentí más raro aún. Su fantasma se extendía en cada rincón como recuerdo de mis años juveniles. A pesar de que yo era un adulto maduro a la mitad de la vida, Silvia se había convertido en una suerte de presencia incómoda igual que la de ahora. Mis imágenes anteriores ya habían desaparecido y

quise entender el deterioro como una forma de retribución entre la vida y la muerte. Había que irse muriendo día a día para conocer que el tiempo era infalible. Aurelia me tomó de la mano con fuerza: “¿Estás bien?” No sabía si lo estaba. Quería pensar que estar bien era una condición de fortaleza. Estar bien no podía ser otra cosa que no desmoronarse ante la pérdida de algo o de alguien. Yo casi no había perdido a nadie que me importara tanto y el dolor de las pérdidas familiares nunca me hicieron mella ni me dolieron en aquella intensidad que hubiera podido imaginar. Me había dolido más su existencia, su presencia que su ausencia.

El deterioro de la casa no era el mismo. Silvia la había cuidado más de lo que hubiera yo creído. La vez anterior en la que me paré por su casa, ocasión que acabó en una desastrosa y carrereada partida, aún se notaba una confusión interna reflejada en las paredes y en la disposición de los muebles. Si bien es cierto había cosas que no habían cambiado, sí había ahora un orden que denotaba más reconciliación de ella consigo misma. Sentí la fuerza de Silvia al entrar. El azulejo que decoraba todo el estacionamiento y el poco patio interior se hallaba más maltrecho que nunca, faltaban muchas lozas. Seguían siendo blancos e incluso diría que los que continuaban ahí mostraban un blanco más intenso que el esperado por mí. Estaba claro que Silvia se había preocupado los últimos años por habitar su interioridad en las cosas. De igual manera el mármol del piso se encontraba resplandeciente. Era entonces un recordatorio de que había pasado sus últimos años realineando sus expectativas hacia los otros y hacia ella. La cocina, de la que Nora me había dicho que estaba en franca decadencia, no me lo pareció del todo. La estufa no servía y sólo había una parrilla de un quemador que al momento de entrar estaba recargada sobre un costado del

refrigerador. Pensé que para una persona sería suficiente. Me pregunté por la rutina de Silvia. ¿De qué se habría alimentado los últimos años de su vida? ¿Quién le lavaría la ropa? ¿Qué muchacha de limpieza la habría acompañado ese año antes de morir de forma tan poco heroica? Caminé despacio a ese interior de la ballena blanca que era su casa. La alusión a *Moby Dick* me llevó a pensarme como un Ismael confundido: *call me Ishmael*. Ahí había permanecido, Enrique había sido su ballena, esa casa. Me hubiera gustado haber tenido alguna conversación con Silvia, alguna especie de confesión desde sus entrañas, pero su estado mental solía ser demasiado inestable y nunca sabía qué podía ser verdad o qué podía ser mentira. Yo mejor optaba por pasarlo todo por el cedazo de la mentira y guardarme toda su información reservadamente. Con Aurelia comencé a descubrir lo que nunca me dijo. Su madre la había conocido. Su abuelo sí había llegado desde las vascongadas, dejándose conquistar una vez más por los territorios americanos. La historia de los apellidos de Pablo L. Martínez, que termina en 1900, no tiene registro de su nombre, por lo que la historia de Silvia tenía un sustento teórico irrefutable. De ahí había salido mi abuelo materno con el padre y otro hermano. Vinieron a hacer fortuna a América y llegaron al pueblo minero. El padre de los hermanos los había casado con las muchachas más finas y acaudalas del pueblo. Al ser rubios y, según me cuenta Aurelia, guapos, no hubo familia ni mujer que no quisiera hacerlos parte de su historia. La madre de Silvia, Bárbara, había sido hija de un ranchero acaudalado de San Ignacio. Bárbara había sido educada para ser una dama en medio del desierto y no levantar ni un plato. Es verdad que nunca lo levantó y que nunca trabajó. El padre de Bárbara le puso cuanto negocio se le ocurrió para que su hija estuviera protegida y Justo lo trabajara: desde una

refresquera hasta un lavado de autos que derivó muchos años después en una llantera y taller mecánico a cargo de uno de los hermanos de Silvia. Su pesquisa había resultado de buena manera y debía ser respetada porque se había ido de aquel moridero con nada para volver con el prestigio de renovar su historia, con una carrera terminada y un deseo de admiración de todos los lugareños.

Nora me contó que cuando tuvieron la última conversación en persona le había dicho que después de diez años de la muerte de Enrique ya podía cerrar ese capítulo y buscar venderla. Por alguna razón me había perdonado esos años de ausencia y ahora planeaba incluirme en su testamento. Los planes de Silvia eran vender la casa blanca y comprar dos departamentos frente al malecón en una zona exclusiva y dejárnoslo una vez muerta. Cuando me lo dijo por Skype me pareció lo más sensato que podía haber dicho Silvia. Nunca sabremos si era sólo uno más de sus planes que nos soltaba más como deseo de ser querida que como acción real. Ese comportamiento un poco esquizofrénico me lo heredó Silvia y he tenido que luchar contra él para sólo decir lo que es verdad y no lo que me gustaría que fuera cierto por arte de magia, sólo para que el interlocutor se sienta movido hacia el que habla. Esa había sido la base de todas las relaciones que había empezado y en la que me estacioné por espacio de quince años sin saber que aquello acabaría por destrozarme no sólo mi autoestima sino la relación que pretendía continuar con Aminta por todo ese tiempo. Sin embargo, aún le creía a Silvia. Quería creer que le importaba, que de alguna manera el egoísmo era una cualidad que no tenía nada que ver con el amor profesado a los hijos. Había madres que nunca debieron haber tenido hijos, pero eso era completamente arbitrario porque de la época de la que databa Silvia, e incluso desde

donde emergían mis relaciones, la maternidad era una condición a la que tenía que aspirar la mujer. De ahí que Nora y yo hayamos construido y consolidado una relación sui géneris de la que proveníamos. Era cierto que no éramos la típica familia y que la distancia en la que vivieron les ayudó a construir un mundo navegable. La distancia entre ellos era lo que los cohesionaba. Vivieron separados la mayor parte del tiempo, cada uno con su respectivo hijo de género opuesto. Las parejas se multiplicaron y en lugar de dos fuimos cuatro. Mientras Nora, en cierta manera y en especial en sus años adolescentes, despreció casi hasta el odio a Silvia, yo no había podido tampoco librarme de ese embrujo psicoanalítico que era el pensar que Enrique era un gandalla, un cabrón que no tenía la más mínima decencia. Engañaba a Silvia con cuanta mujer podía y encima me había dicho que yo hiciera lo mismo porque al cabo de los años me arrepentiría.

Aurelia parecía entre maravillada y fascinada por el nuevo territorio que pisaba. Sabía quién era Silvia y de dónde provenía. Ella era la nieta del *Chino* en aquel pueblo, quien había amasado una fortuna con el modelo incipiente de las tiendas de dólar que había imitado tras sus incursiones al otro lado. Cuando la conocí no sabía ni quién era ni cuál había sido nuestro vínculo, pero sí conocía gente de mi infancia en el puerto donde había sido extrañamente feliz de huérfano de facto. Tampoco sabía que había heredado una fortuna, misma que había gastado en empresas por conocer el mundo y producir discos de música que nunca me habían gustado y que encontraba completamente asonantes. Pero eso era parte de otra historia. La mía era ella ahí, caminando con cuidado y en silencio como si entráramos a una catedral o a un panteón. Era donde Silvia había decidido instalarse y ver el mundo desde su discurso constitucionalista. Nora clamaba como muestra

de la locura de Silvia el proyecto al que se entregó esos diez años. La escritura de dos volúmenes: uno sobre Filosofía del Derecho y otro más sobre El espíritu de la constitución en el caso mexicano. Defendía el poder constitucional como si fuera el poder de Dios, pero mejorado. Decía Nora que en efecto había un manuscrito compuesto de varios cuadernos. Incluso me pidió que viera si tendrían algún valor. No supe si se refería a económico o intelectual.

Ya dentro de la casa, salí de la cocina donde además había sido incorporado un mueble que solía estar, hacía 15 años, en la sala. El deterioro, en efecto, era mayor pero ahora el orden podía contrarrestar esa sensación de abandono. Era la misma casa, aún conservaba ese aire de templo en el que creía habitar por años; sin embargo, me parecía que entraba a un zona devastada y reconquistada por otros demonios que no sabía cuáles ni cómo eran. Aurelia venía atrás de mí. Oí que abrió el refrigerador y que me dijo:

—¡Es verdad lo de las Cherries! Pero déjame decirte que es parte de la cultura de Santa Rosalía. Esther también lo aprendió y ella guarda el bote de Cherries, pero con betún para ponerle a los “quequitos” y hacer así un postre rápido para los invitados.

La revelación de Aurelia sobre las costumbres cachanienses me pareció casi una liberación cómica del estrés que ella sentía o fuera porque quería también reubicar el centro de mis emociones y las suyas. A pesar del poco tiempo en que habíamos retomado la relación y de contar el tiempo efectivo real, Aurelia podía determinar con justa precisión qué me pasaba en cada momento o cuando menos aproximarse a leerme con todo cuidado y aventurar un cambio en las fuerzas. Fui a contemplar el bote de cherries. El refrigerador estaba vacío y a un lado de las cherries no estaba un betún sino una

crema de malvavisco. Nunca había podido determinar si las dos cosas siempre habían sido las mismas o si por alguna razón se habían renovado con el tiempo. Todo parecía indicar que las cherries sí habían cumplido con la misión de alimentar a Silvia. El botecito estaba abierto y faltaba un par de ellas. Se me antojó que esa hubiera sido la última comida de Silvia y que se había ido a la tumba con ese sabor; no había sido el caso, puesto que había muerto al resbalar y rodar por las escaleras del restaurante chino.

La explicación de Aurelia me hizo pensar que Silvia y yo éramos unos completos desconocidos. Apenas si podía esbozar e imaginar sus historias, sus deseos, sus necesidades. Había vivido con ella por veinte años y no la conocía en sus más íntimos secretos ni en sus motivaciones reales. Seguía siendo un personaje de ficción que tuve que construir para dejarla salir y que no rondara en mis noches ni en mis sueños. Le había echado la culpa de todos mis infortunios y mis desaciertos, de mis relaciones amorosas, de mi huida, pero también la de mis inclinaciones literarias, aunque sólo lo hayan sido por mera imitación. Leía novelas y poemas decimonónicos que declamaba cual poseída; luego me los hacía repetir para deleitarse con su pequeño hijo.

Dejamos la cocina y entramos a un recibidor que volvía a identificar como parte de una casa mal diseñada. Cada espacio estaba destinado a no ser habitado; era una especie de no-lugar donde lo más relevante era una silla Luis XV, su tapizado, sus volutas en una clara decantación por el estilo barroco. Eso era finalmente Silvia, un estilo, una postura estética, una diletante del buen gusto, o de lo que ella había creído que lo era. El emplaste caído ya había tocado las partes que no recordaba del primer piso. A la izquierda estaban esos sillones en los que no había manera de sentarse sin sentir incomodidad a

los dos minutos. Conservaban el tapiz floreado y los tonos alegres. Sobre ellos había muchos papeles. Por el momento no quería descubrir ni descifrar nada de lo que ocultaban. Más allá estaba el comedor que por la ausencia de uso parecía ser el único que no se había desgastado con el tiempo. La mesa estaba puesta. Al parecer le gustaba mantenerla así para poder desplegar toda la cubertería de plata que tenía, misma que rescató con lujo de policías de varias casas de las sirvientas que le ayudaron en esos últimos diez años.

Seguimos avanzando Aurelia y yo. Mientras ella entraba a un espacio de excentricidad, puesta en escena para contemplarlo todo como fallas del capitalismo o de la condición humana, todo aquel lujo o esplendor me parecía arrollado por la preservación de un ideal, de un esposo muerto. Eran los muebles que nos habían acompañado durante todas las travesías por espacios más exóticos todavía, el mayor fue Oaxaca, que para los – estimo– 30 años de Silvia, había sido en donde se materializó esa aspiración por poseer algo al lado de Enrique.

Me dirigí a una mesa en la que había fotos de las hijas de Nora y de la mía cuando apenas tenía 2 años. Tenía el pelo ondulado y había captado toda la atención de los presentes. El resultado había sido una serie de fotografías que no había visto nunca. Aurelia no dijo nada. Yo había sido su única experiencia con hombres con hijos y no sabía si al concentrarme en la foto de mi hija estaba removiendo alguna fibra sensible en ella. Le mostré el que había sido el estudio y el cuarto donde agonizó Enrique. Era un cuarto pequeño con un librero empotrado en la pared, mismo espacio que quise reproducir en el estudio de la casa que construí con Aminta. Había más papeles amontonados que seguro databan de diez años y que Silvia nunca se atrevió a revisar, catalogar y al final desechar. Trató todos esos documentos como si

fueran todavía la prueba fehaciente de que seguía rondando el espíritu de Enrique en la casa. Aurelia venía atrás de mí y no pude ver sus reacciones. Aparentemente aquella visita comenzaba a afectarme. A la postre esa casa había sido para mí el lugar de veraneo cuando Silvia se fue el DF a terminar su licenciatura y cursar la maestría a sus 45 años. Salí del estudio y le dije a Aurelia que me acompañara a la planta alta. Aún estaba la cárcel en la que se había encerrado con candados y cadenas, sólo que ahora ya no dormía en el cuarto principal sino en el que había sido de Nora. Los dos cuartos estaban separados por un recibidor en donde estaba el escritorio de mi niñez, más grande de cómo lo imaginaba y ahora más cuidado. Silvia lo había mandado reparar; por alguna razón pensó que mantenerlo en buen estado era parte de ese proyecto mental al que se concentró esos años. Ahora aquella biblioteca que en mi adolescencia me parecía enorme estaba concentrada en el recibidor. Había construido libreros con buenos acabados para albergar sólo sus libros. Había títulos y ediciones de Porrúa de leyes con pastas duras cuyo propósito era sólo la decoración del lugar. Era, ahora lo entiendo, un templo en el que quería hacer constar sus credenciales.

Todo aquello me parecía tremendamente desolador. Había algunos papeles apilados y yo trataba de reconocer una vez más todo el desorden que traía aquel espectáculo de la soledad de Silvia. Era un testamento a sus días de solipsismo; quise conectar con ella de una manera más íntima, más profunda pero no pude descubrir nada que nos uniera. Lamenté también que no hubiera podido hablar con ella de otra cosa que no fuera su decepción por mí y mi fracaso ante la solidez de Enrique, una solidez que yo consideraba más bien accidental, que producto de un esfuerzo intelectual; sin duda la tenía, pero a mí con todo aquel resentimiento no me lo pareció nunca. No hallé más que

rasgos de Silvia y nada de Enrique, salvo fotos antiguas y un retrato al óleo de algún artista visionario que buscaba alguna prebenda cuando fuera el momento político de Enrique. El resto era sin duda la presencia de Silvia extendida por toda la casa. La fachada era Enrique, pero el interior de la ballena era ella. La humedad se había filtrado también al cuarto que llamaba ahora de “las niñas”. Había sido la habitación de Nora y ahora se lo atribuía a sus hijas. La alfombra estaba desgastada y el blanco lucía mucho más percutido. Aurelia se dedicó a hurgar el nuevo estudio. Yo trataba de darle alguna explicación sobre el estado de todo, o sobre la existencia de cada cosa. No había cambiado nada. No había ningún añadido al decorado. Todo era el mismo de hacía ocho, diez, veinte años y tal vez desde que nació. Sentí por dentro una desazón que no podía identificar en ese momento, sentimientos encontrados donde la vida se iba. Estar con Aurelia me había puesto mucho más vulnerable. No sabía si ella podía ser la continuación de mi vida o sólo un oasis a mitad del desierto. El capricho de la vida era algo que no se podía prever. Al final, el desierto ya no era mi casa y lo más probable era que vendiéramos aquel hogar. Ni Nora ni yo queríamos hacernos cargo de ella en las condiciones en las que se encontraba. Había que decidir si la malbaratábamos o esperábamos a que alguien tuviera dinero para hacerle los arreglos pertinentes. La pensión de Aminta drenaba fuertemente mi capacidad económica y aún no había podido recuperar esa parte de mi entrada para encontrar un poco de ahorro. Era muy posible que la casa se fuera de la misma manera en la que nos había llegado. Nora no sentía ningún nexo con ella y quien más pudiera estar conectado sería yo. Ahora Aurelia me brindaba otra posibilidad dentro del espectro de mis relaciones humanas. Esos días habían hecho darme cuenta de que no quería morir en Virginia ni en

ningún otro estado de Estados Unidos. Sin duda mi historia empezaba ahí y debía terminar ahí mismo. Nora me había dicho que ya habían traído al abuelo y lo habían puesto en una cripta en la iglesia del Santuario. Enrique ahora estaba en el panteón en una tumba y Silvia había sido cremada, sus restos estaban también en una cripta, pero no en el Santuario porque al parecer costaba más dinero y Nora había absorbido todos los gastos. Nora y yo éramos los únicos responsables por los restos de Silvia. Sus hermanas le seguirían en un futuro no muy lejano y los familiares tendrían que atender a sus propios muertos. Ahí en esa casa y con Aurelia, la península cobraba otro cariz, otro rostro que no había visto antes del matrimonio en el que me autoexilié con Aminta en los Estados Unidos. Volver era para mí luchar en contra de fuerzas que yo marcaba y en ellas trataba de imponer ciertos atavismos que no fueron los reales sino sólo construcciones que me hacían querer permanecer lejos. En efecto, Silvia y Enrique ya habían muerto y no había un legado tangible de Silvia, si acaso ese manuscrito rousseauiano que decía estar escribiendo. La habitación principal ahora tenía una cama maltrecha con un colchón que databa de cuando era niño. Tenía otro escritorio más pequeño en donde se percibía que había escrito sus disertaciones constitucionales y preparaba sus clases. En el tocador aún estaban los restos de sus afeites y sus famosos perfumes de toda la vida: Shalimar y Aires del tiempo.

—¡Tu madre sí que sabía los estilos! Tenía un perfume para el día y otro para la noche. Dicen que hay que tener tres, uno más para ocasiones especiales. Son los dos perfumes más vendidos en toda la historia de los accesorios femeninos. ¿Sabías?

La revelación de Aurelia, aparentemente baladí, me tomó por sorpresa. Si bien es cierto que la vez anterior a la que nos

vimos después de Guadalajara había visto a una mujer más refinada, aunque tremendamente sensual, no había imaginado que tuviera conocimiento de lo que yo consideraba las frivolidades de Silvia. Aminta no las tenía o si le interesaba nunca me lo dijo. De alguna manera Aurelia era una mujer completamente distinta de lo que había sido Aminta para mí a lo largo de los años que duramos casados. Había creído que sería la única mujer en mi vida sencillamente porque era lo opuesto a mi madre en muchas cosas, pero no en otras. Resistí largos años con Aminta por razones que tienen que ver con el nivel de vejaciones que estaba dispuesto a soportar pensando en que eran mejor que lo que había vivido. Había sido más fácil resistir a una mujer controladora y ocasionalmente agresiva que a una mujer cotidianamente agresiva y controladora. Con Aminta me moví a un lugar menos gravoso que confundí con la calma, que confundí con la estabilidad y a la postre con el amor. En ese momento el concepto de amor se me había trastocado. No sabía cómo podía ser un nuevo amor, una nueva relación y eso me afectaba demasiado. Aurelia estaba ahí y yo estaba con ella. Sin embargo, el tiempo se apodera de uno, el tiempo todo lo doma y con él mis construcciones mentales que parecían ir hacia otras esferas y otros rumbos.

Comencé a incomodarme. Había tantas cosas que no entendía de la vida de Silvia y ya se había ido, ya se había alejado de todo y no había manera de volverla a recuperar más que con estas líneas. Consideré que esta sería mi única forma de salvarla de los oscuros rincones de la conciencia de los demás. Lo que escribía era más bien la exhibición de un ser atormentado por la vida, de un ser que había confundido su universo, que juzgaba que había habido un error cósmico en su nacimiento y que debió haber sido hija de un conde, de un rey perdido en la mitad de un desierto vascuence. Eso

había sido Silvia, una imagen ausente para mí, pero siempre esa imagen que no podía dejar de ver en todo lo grande como una señal inmensa, como un reflector encendido que me decía que el mundo era el lugar para la huida.

X

Esa noche había quedado con Manu de vernos en la terraza del Perla a eso de las siete de la tarde para ir a cenar. El sitio se me antojó demasiado tradicional, me olió a viejo, pero era un lugar donde los dos habíamos estado y, sobre todo, donde Enrique pasaba algunas de sus mañanas en las que tomaba café con los madrugadores a los que siempre criticó por reunirse demasiado tarde, a las ocho de la mañana. Mientras caminaba por el malecón de la mano de Aurelia, una Suburban con vidrios polarizados se detuvo a mi lado. Traté de esquivar la vista, pensé que podría ser algún narco que tuviera alguna cuenta pendiente de mis días preparatorianos que no había saldado, o alguna herida abierta que el tiempo no había cauterizado. Se apareció una cara redonda y barbada para gritarme:

—Hey, cabrón, Rico—. Volví la vista y reconocí a Manu. Traía unos lentes oscuros de aviador Ray-Ban. Por lo visto no había cambiado de estilo o trataba de recuperar lo que era nuestro estilo de finales de los ochenta.

—Güey, te esperaba en el Perla, pero por qué no vamos a otra parte. Está muy ochentero el pedo aquí y ya pasamos la prepa —le sugerí mientras paraba el tráfico y yo me acercaba a la ventana.

Mi sugerencia pretendía ser también una respuesta a su nueva posición. Manu había trabajado en la campaña del

gobernador electo, amigo nuestro de cuando estudiábamos en la UNAM. Se había colado en el círculo privado de Alfonso Green, quien había ganado la elección hacía apenas un mes por el PAN. Yo no estaba al tanto de su importancia dentro del círculo. Mi interés por la política, o lo que en México se conoce por política, no me había llamado nunca la atención. Tal vez porque Enrique era mi Némesis y todo lo que se le pareciera me producía repulsión.

–Súbanse. Nos dijo.

Guie a Aurelia para que se subiera en el asiento trasero. Después de hacer las respectivas presentaciones nos dirigimos al restaurante Tres Vírgenes, que estaba de moda en la zona gourmet, y que para mí había sido el lugar de mi infancia y de mis correrías por el Esterito. El lugar era una casa remodelada y adaptada a las necesidades restauranteras de la gente bonita del puerto de Ilusión, como decía la canción a propósito de La Paz. Sentí que estábamos recuperando aquel poder que yo había tenido muchos años antes cuando Manu me acompañaba, por interés más que por amistad, a los lugares donde nosotros constituíamos la crema y nata de los juniors porteños. Ahora éramos más padres que otra cosa y los seniors habían muerto para pasarnos la estafeta del cambio generacional. El ahora electo gobernador apodado entre nosotros “El Coque” había sido hijo de quien era considerado uno de los gobernadores más queridos de la historia y el segundo ya electo después de la conversión de territorio a estado. El Coque vivía muy cerca de nuestro departamento en el DF. Cuando terminamos la prepa Manu me siguió y gracias a mi amistad y a su capacidad de servicio había aprendido a resolver las necesidades de cualquier tipo humano. No en balde había soportado a Silvia y después de ella cualquier cosa era ganancia. Escaló y supo sacarle partido a todo lo que yo no supe cómo. Era claro

que ése hubiera podido ser mi momento de haber optado por esos caminos oscuros. Sabía que Silvia había muerto reprochándome ese abandono a las raíces, ese lugar que me habían arrebatado y que me había dejado arrebatar. Sabía que se había contentado con mi divorcio y por supuesto fue a Aminta a quien había nombrado responsable por lo que llamaba mis “malas decisiones”.

Era la primera vez que veía a Manu desde aquel encuentro que tuvimos en el Hotel Francés. Habíamos perdido un poco la comunicación, no había mucho que comentar sobre nuestras respectivas vidas porque en realidad nuestra amistad era producto de una necesidad más que de una respuesta emocional. Yo busqué en su casa el calor de un hogar que me faltaba con Silvia y Enrique y sus padres me brindaron ese apoyo que necesitaba un desvalido. Nunca quise cargar con él; sin embargo, creo que, por mi amistad con Manu, Enrique lo vio como una concesión que me hacía.

Manu capoteó como pudo eso años siguientes en los que Enrique lo despidió y los años subsecuentes a su muerte. Fue secretario privado de quien se pudo, siempre conectado con un miembro de la familia Arnau con quienes parecía estar en sincronía. En mis años de autoexilio no lo había procurado más allá de un ocasional saludo vía correo electrónico y alguna conversación superficial la primera vez que nos encontramos en Facebook, más como reconocer que aún había ese antiguo lazo que era Enrique. Gracias a Manu cobramos una herencia olvidada, una póliza que había quedado en la Cámara de Senadores. Silvia en su desventura y luto trató de quitárnosla argumentando que ella era quien había batallado con Enrique y era quien se merecía cualquier tipo de dinero al ser la heredera universal de todo lo que hubiera de Enrique. De acuerdo con Manu, él había sido el responsable de llenar el

formulario y de ponernos a nosotros como beneficiarios. La suma era bastante considerable y no podía ser desdeñada; ascendía a 100 mil pesos en 2009. Cuatro años después de la muerte de Enrique, Manu fue quien le había dicho a Nora que había esa póliza que aún faltaba cobrarse. Le dijo dónde se encontraban todos los papeles, hizo los trámites desde el DF y cobramos la herencia. En 2009 el padre de Aminta se había muerto de un cáncer fulminante. Ella sí fue a ver morir a su padre y se quedó seis meses más en el DF a mis expensas. Nunca supe para qué o, mejor dicho, nunca le quise preguntar por qué había decidido estar tanto tiempo lejos de mí.

En el restaurante Manu eligió la entrada para compartir al centro. Le revelé la relación que tenía con Aurelia. Pude notar un poco el desconcierto de Manu por la presencia de Aurelia. Después de todo, había conocido a Aminta desde el principio y sabía que me había casado casi por compromiso. Con el tiempo y los hijos parece que el ser humano se tira más del lado conservador. No es que Manu nunca lo haya sido, sino que la juventud todo lo diluye y los hijos todo lo exacerban. Además, Aurelia se mostraba como todo lo opuesto a mi anterior relación. Sabía qué estaría pensando y en una oportunidad que tuvo cuando Aurelia fue el baño me lo dijo:

—Pinchi Rico... Tú sí que das bandazos muy cabrones. De una hippie a una rocker...

Su comentario me causó más risa que otra cosa. De alguna manera era cierto. Con Aurelia había recorrido todo el espectro de las personalidades. Aún no sabía qué me depararía el destino con ella. No podía afirmar nada en ese momento, salvo que su compañía me hacía sentirme bien y que me había enseñado mi vuelta al origen.

Manu me reveló cómo ahora él era el hombre de todas las confianzas del futuro señor gobernador. Por fin la revolución,

la que fuera, había salido a su favor. Con Enrique estuvo a punto de conseguirla, pero se le fue por culpa de unos terrenos que Márquez le había regalado a Salinas en Cabo San Lucas.

—Ya sabes cómo es aquí, güey. Los partidos no existen. Además, desde que se murió tu papá tuve que buscar otras entradas y donde me recibieron fue en el PAN.

La información que me brindaba Manu no era del todo cierta. Baja California Sur fue perredista en su primer momento. Lo cual sólo significaba que la gente del que no había sido designado como candidato por el PRI se fuera a otro partido y mágicamente se convertía en militante de por vida y un claro representante de las ideologías de izquierda. Eso es lo que me quería decir Manu, que las ideologías políticas no existían. Podía ponerme filosófico con él, pero no sabía si tendría sentido corregirle la página o sólo oírlo en las cosas que tuviera que decir. Como me acompañaba Aurelia la velada se transformó un poco en tratar de impresionarla y también demostrarme que había tenido la capacidad para organizar una campaña y llevar al candidato del gobierno a un triunfo que llamó de “carro completo”. Por fin podía hablarme sin tener nada que pedirme, por fin se mostraba como todo un triunfador. Seguía siendo El Licenciado y nadie había hurgado aún en sus credenciales porque al final no importaba.

Me contó cómo ahora acompañaba al gobernador electo a los acuerdos en el DF y dónde se hospedaba. Sólo que ahora con cuenta al erario público. Me habló de todos los restaurantes en los que había estado y las reuniones con el nuevo gabinete de gente que había conocido en la prepa a la que fui porque Silvia insistió que ese debía ser mi lugar. No pude evitar pensar en que ese tal vez podía ser también mi momento, pero no. Yo había tomado otras decisiones, me había autoexiliado y Manu había resistido haciendo adornos

navideños y vendiendo velas. Se había hecho de una casa en Cabo sin revelarme las circunstancias de la compra, para al final de la velada declarar contundentemente:

—¡Este será mi sexenio!

De alguna manera me daba gusto por él. Nos bebimos tres botellas de vino y comimos unos cortes de carne para sellar ese nuevo encuentro. Nos despedimos cuando nos echaron del restaurante y al calor de las copas lo llamé “el hermano que nunca tuve”.

Antes de salir Aurelia me llamó para que viera que el restaurante estaba decorado con fotos de su abuelo. Eran fotos en blanco y negro de Santa Rosalía. Salimos del aire acondicionado para entrar en la calidez de la noche. Nos despedimos con un abrazo, cruzamos para ir al coche rentado y me gritó efusivamente

—Seguimos en contacto, no te pierdas.

XI

No pude completar el círculo de la muerte de Enrique sino hasta diez años después. Había ido a su tumba antes de ir a la casa y a la cripta de Silvia. Lo había decidido por cronología. Tenía que construir un puente de transición entre uno y otro y darles cuando menos el tiempo necesario de atención en el que fueron muriendo. A la tumba de Enrique pude llegar con relativa facilidad. Las indicaciones de Nora eran precisas y no tardé más de un minuto en dar con ella. Era una tumba bastante sobria y blanca con una cruz discreta que decía “Tus hijos y tus nietos te recuerdan”. Me llamó la atención la leyenda labrada que se mostraba en el exterior. Silvia no aparecía como parte de los deudos y al parecer la inscripción

la habían mandado a hacer las otras hermanas. Yo era el único varón reconocido por Enrique; el masculino de la palabra “hijos” me hizo sentir que era yo el miembro importante de ese clan de mujeres sumisas. Al final no había aportado ni un cinco a la construcción de la tumba; sin embargo, ahí estaba mi presencia para recordar que efectivamente Enrique había tenido un hijo y que ese hijo era yo. Su nombre me recordó al mío: Ricardo Enrique Arnau Salgado. Verme ahí fue una suerte de apunte de que la vida al final acababa y que la muerte a todos alcanzaba, aunque no lo quisiéramos: “Todos los días llegan alguna vez”. La muerte se ha convertido en un lugar tan común que cuando la experimentamos no queremos repetir las mismas imágenes mentales que pueblan el deber ser de las emociones televisadas. Ese ha sido mi problema con los lugares comunes; al tratar de evitarlos voy perdiendo un poco la capacidad para reaccionar de acuerdo con las necesidades sociales con tal de no ser aquel a la que la imagen común recurre. Es ahí donde se suscita mi desfase. Me paré al pie de la tumba con la mano de Aurelia entre la mía.

—Te dejo solo unos momentos. Vuelvo en quince minutos. Habla con él.

Sentí miedo al quedarme solo ante la presencia de Enrique. Sus restos ya carcomidos por los gusanos dejarían ver una osamenta. Ahí abajo yacían sus huesos como prueba de que sí había existido y no lo podría volver a ver jamás. Aminta nunca me había animado siquiera a regresar para darle el adiós; después de todo ella había tenido nulo contacto con Enrique, y yo me quejaba amargamente de él porque sentía que no podíamos embonar uno con el otro.

—No... quédate —le pedí. Me dio miedo también verla desaparecer entre las tumbas y que en aquel ambiente mórbido alguien le pudiera hacer algún daño. Fue, entiendo,

una proyección de todo el daño que me había hecho yo a mí mismo al querer alejarme de toda esa historia que me conformaba. No quería verlo así porque se me figuraba que confundiría mi historia con la de algún personaje de ficción del que estuviera escribiendo alguien. Y eso mismo pensé. Quién escribiría esta historia si no fuera yo. Quién se acercaría a mis condiciones, a mis emociones, a esas que había experimentado mientras veía a Enrique deambular por una casa donde reinaba una locura que todos creíamos era funcional. Y es que en esas demarcaciones de la locura nunca se sabe cómo o de qué forma se es cuerdo, sólo que ahí reina algo que no hace que los cuerpos se sitúen de una manera cómoda. Ya con unas lágrimas asomándose, dejé que Aurelia me viera y oyera la conversación, el monólogo que tenía que decirle a Enrique. Quería hacer esas paces que no había podido hacer. Las últimas conversaciones fueron desgarradoras y no recordaba ni una sola palabra porque todas habían sido ininteligibles debido a sus embolias. Aún resonaba en mí lo que me había dicho cuando terminé el doctorado después de cuatro años: “Ahora sí te reconozco como persona adulta”. Me lo había dicho a los 33 años. A diferencia de Cristo y su edad de muerte sobrevalorada, mi padre me había abandonado durante los años de posgrado. La artritis reumatoide le había deformado los pies y subir las escaleras de lo que yo había llamado el “Castillo de la Locura” le era imposible. Vivió su agonía en el cuarto de abajo. De ahí se lo llevaron, ahí Silvia tenía sentimientos encontrados. Lo veía sin entender lo que había sido la vida con él o lo que la vida con él había significado. El amor y la convivencia son dos aspectos que se pueden arraigar de forma confusa. Cuando menos para mí lo ha sido. En ellos había existido todo un cúmulo de situaciones que nadie había resuelto y muchas otras que yo tampoco

pude resolver con ellos. Enrique me había reconocido como persona adulta, pero al colgar el teléfono en el otoño de 2004 no sabía qué hacer. ¿Qué o quién había sido yo para él? ¿Un niño jugando a hacer un posgrado, un doctorado sin la ayuda de nadie? Ya frente a su tumba quería hacerle esa pregunta; ¿qué me había querido decir?, ¿quién había pensado que había sido yo los últimos años de mi vida? Sin duda se sentía más exitoso que yo. No había podido ni siquiera alcanzar lo que él consideraba el éxito. Fue electo en tiempos del PRI cuando la democracia era sólo un parapeto con el que se disfrazaba el país. A la postre yo me había criado y creado en ese sistema de explotación del otro donde los privilegios eran nuestros por ser parte de esa gran familia de rancio abolengo que mi primo Eduardo aprovechó al máximo para su propio beneficio. Con ese estigma me presentaba frente a la tumba de Enrique. ¿Cómo tenía que reconciliarme con los muertos? ¿Escucharía aquello que tenía que decirle? ¿Y qué tenía que decirle?

Comencé a llorar y articulé lo que pude, no sé si la presencia de Aurelia tuvo algo que ver con las palabras que utilicé y lo que quería era que ella viera esa porción de humanidad que había en mí. Si al mostrar esa sensibilidad ella pudiera percatarse de que estaba enfrente de algo con lo que no había lidiado. Opté por dejar fluir todo en una especie de poema surrealista que a la vez que me incomodaba me daba cierta libertad, o sensación de que el tiempo que había pasado en el mundo era producto de ese que yacía a tres metros bajo tierra.

—Hola Papá. Me siento ridículo haciendo esto, pero creo que es algo que debí hacer hace mucho tiempo: hablar contigo.

La sensación de incomodidad se fue disipando para dejar que aflorara mi parte más sensible. Comencé un monólogo que iba dedicado a mí. En él se fueron conjugando experiencias que no me habían resultado; decisiones que no supe cómo

tomar. Articulé un perdón que no sabía a bien si debía pedirlo. Había tomado decisiones en contra de la voluntad de Enrique o en contra de su recomendación. ¿Qué podía ser finalmente la vida sino una serie de desatinos? Ahí estaba yo delante de su lápida pensando en que la mía llegaría en unos años, tal vez treinta, veinte o un par. Brenda ya me lo había marcado en sus enseñanzas budistas: “Esto es una vacación y el destino es la muerte”. Nada era nuestro y nada tenía por qué serlo. Aurelia no era un objeto y tenía una personalidad propia. Ya había estado frente a la noticia de una posible muerte. Había vivido hasta tratar de despistar a sus demonios interiores que sacaba cada vez que miraba una película, que oía una música que me aterraba sólo por lo teatral y que a ella divertía. Aurelia podía saber la diferencia entre la realidad y la ficción, entre lo que era relevante para sanar y llenar los vacíos y lo que no. Yo había estado cargando con esos vacíos interiores que había dejado olvidados en algún lugar de mi memoria, fingiendo que ya no era ese que temía de la vida. Estaba frente a la tumba de mi padre y no podía decirle algo coherente. Me había alejado tanto de él que me parecía hablar a un desconocido. Había tenido muchas cosas que reprocharle, muchas decisiones tomadas como reacción a las suyas que me alejaran de su sombra. Recordé una vez más su cara arrugada, su joroba prominente; su deformidad se me reveló como una condición de todo lo que cargó a lo largo de su vida: mujeres y más mujeres. Las mujeres al final eran las que le habían erigido esa lápida de la cual no tomé foto. Había decidido no hacerlo para forzarme a observar con detalle las líneas que percibía en la forma de su tumba.

Al articular más la disculpa, al empezar a verbalizar lo que podía, las lágrimas siguieron fluyendo. En ese instante fui presa de la imagen garciamarquezca de una inundación de

lágrimas que acabara ahogándonos. Le pedía disculpas por no haberme aparecido sino hasta diez años después. No sabía por qué no me había parado, ¿era una culpa o un resentimiento? El odio, al parecer, es más fácil que el amor. Culpar es siempre deshacerse de lo propio; es alejarse de la condición del libre albedrío para relegarla y convertirse uno en mero instrumento de los dioses. Yo aún no sabía dónde poner mis impulsos ni mis deseos, si quería ser sólo una entidad que se entregaba al momento o ser aquel que había tratado de construirlo todo por su propia cuenta. Me sentía más en la última categoría. Después de todo había abandonado todo lo que me rodeaba, la península y ese castillo de la locura para entregarme a otros y construir el mío que había acabado por derrumbarse cuando mi hija partió a una prepa con internado y ya no pude sostenerme dentro de sus paredes. No sabía si lo que había sentido era sufrimiento porque ese sentimiento me había acompañado todo este tiempo y negarlo era una situación nueva. ¿Por qué había tenido el padre y la madre que me habían tocado? Esa fue siempre la pregunta que he tratado de responderme sin sacar nada concreto. Quería culpar a alguien, por qué no. Quería ser ese mismo, quien malinterpreta todo y sentir odio absurdo por cualquier cosa.

Silvia sin duda me lo había contagiado. Ella había vivido con un dolor constante, un dolor que sólo podía entender desde su frustración por no haber sido, tal vez, la primera; por haber tenido hijos que la distanciaron de algo que buscaba, del amor una vez más. Pero ahí estaba yo, tratando de descubrir lo que era el amor, o lo que podía ser ese sentimiento que se extendía por toda la humanidad como necesidad sistemática. Todo el mundo lo quiere, lo busca, lo cultiva, lo imagina, lo descubre de acuerdo a como alguna vez lo vivió, pero nadie antes nos ha dicho cómo se siente. El amor entonces debía sentirse y ser

algo completamente ajeno a lo que yo había experimentado, o así lo quería sentir, como una emoción aparte, como una explosión de júbilo coronado con euforia sostenida, pero en ese momento todo se me iba. No podía evitar sentir lo opuesto, una tristeza y una seguridad de que la orfandad era descubrirse solo, perseguido por los fantasmas del pasado. Mi padre y mi madre, Enrique y Silvia, ahora se habían marchado y más que justificar mi ausencia quise haber tenido un poco más de tiempo para tratar, creo que desfavorablemente, de comunicar algo que nunca pudimos decirnos, algo que no sabíamos cómo articular. No sabía entonces qué era el amor porque el amor había tenido múltiples cabezas, era un cabeza de hidra que al besarla le nacía otra que se reía de mí en cuanto plantaba el primer lamento.

Le pedí perdón por no haber seguido sus consejos, mismos que no sabía adónde me hubieran llevado ni si al seguirlos me hubieran evitado un matrimonio tan largo o un cambio en mi residencia y en mis aficiones. Al irnos Aurelia y yo del panteón bordeé la tumba y me percaté de que había una ventila al costado derecho de la construcción. Me agaché para ver a través de ella, pero no pude ver nada. Sólo musité un imperceptible “Adiós papá”. Tal vez había cerrado ahora el círculo y la vuelta al origen tenía algo de recuperación, algún infortunio acababa o mejor aún, el remordimiento del pasado parecía cesar paulatinamente.

Decidí que no iría a ver la cripta de mi madre. De alguna manera al estar al margen de ella tantos años no hubiera sabido qué decirle o si me iba a hablar desde ultratumba. No sabía si me interesaba hacer las paces con ella. Después de todo su muerte había sido demasiado reciente.

XII

Manu me ha escrito un mensaje de texto. Parece ser que quiere saldar la cuenta con la familia de alguna manera. Me ha dicho que le ha propuesto al Coque, a quien llama el Señor Gobernador, que Enrique entre a formar parte de la rotonda de los hombres ilustres sudcalifornianos, a cambio quiere los papeles del Mercedes Benz 64 que tiene en su garaje. Me ha dicho que sabe perfectamente dónde están y bajo qué legajo de papeles. La idea que Enrique forme parte de la rotonda de hombres ilustres sería algo que Silvia hubiera querido presenciar. Al recibir el texto se me hizo un poco mezquino de su parte. Sentía que la muerte de Silvia estaba muy prematura y que su posición en el gobierno que, aunque no dudara de su incidencia en la toma de decisiones, no estaba del todo convencido de que ese proceso fuera determinado sólo por la voluntad del gobernador. Ese coche se lo pasé cuando me fui a los Estados Unidos para que no cayera en el abandono. Al final creo que ahora quiere la retribución de sus esfuerzos en la familia. No supe qué responderle. Ese coche lo usé para circular en la agreste geografía peninsular hacía quince años y no he vuelto a saber nada de él hasta ahora. No mencionó nada más que eso. Al final le he contestado que podríamos vernos, antes de que me vaya, para ir a la casa de mis padres y que localice el documento. No me ha respondido nada más concreto y mi avión sale mañana por la mañana. Aurelia me ha dicho que continuaremos pese a la distancia, me gustaría creerle, pero también sé que las relaciones a distancia son muy gravosas y requieren de dinero más que de voluntad. No sé si la quiero como ella dice quererme. Hay algo que sigue intenso y vivo entre nosotros. Lamento mucho que los quince años de matrimonio con Aminta me hayan hechoirme con

cautela; sé que Aurelia no ha tenido la culpa, pero el amor ahora no sé qué sea a ciencia cierta.

Me voy sin hacer todo el papeleo correspondiente. Venderemos así como está la casa, tal vez tanta ostentación podrá ser resucitada por algún narco que busque lavar el dinero o por algún miembro del gabinete entrante. En un descuido el mismo Manu tal vez esté dispuesto a comprarla.

Fotografía: Krysheida Ayub Unzón



Raúl Carrillo Arciniega. Ha publicado libros de ficción, poesía y crítica literaria en México y en los Estados Unidos. Su novela más reciente, *Tenesí River* (2017), recibió el premio de Novela Ciudad de La Paz, en 2015. Es autor de las novelas *En la tierra de Op* (2009) y *Los indomables* (2012). En poesía ha publicado tres colecciones de poemas: *Nauta herido* (2009), *Afonía* (2015) y *China Girl* (2020). En crítica literaria ha editado *Huellas y oquedades* (2007), *De héroes, amorfos y sufrimientos* (2014), *Mitografía del poeta* (2015) y *Noticias del destierro* (2017). Además, ha escrito más de una veintena de artículos en revistas especializadas en Estados Unidos, México y Sudamérica. Asimismo, ensayos, cuentos y poemas en revistas y suplementos literarios en la Ciudad de México y diversos estados como Baja California Sur, Sinaloa, Guanajuato y Michoacán.

Hotel Francés explora la relación con la madre, plagada de desencuentros y traiciones, desde una mirada masculina contemporánea en una ciudad del interior, el puerto de La Paz, BC, marcada por un pacto patriarcal, colonial y racista. Y lo hace con oficio novelesco y un estilo literario sólido con el que da cuenta de paso de la educación sentimental —y sexual— de un joven bajacaliforniano capaz de reflexionar y asumir una distancia crítica, incluso paródica, de su entorno familiar y social, y de sí mismo.

Ana Clavel

Raúl Carrillo Arciniega ha conseguido articular una novela tensa y oscura, trabajada con un lenguaje preciso y muy agudo. Un libro que explora a profundidad las contradicciones humanas.

Antonio Ortuño

SDC